

PIETRO UBALDI

ASCENSIONES
HUMANAS

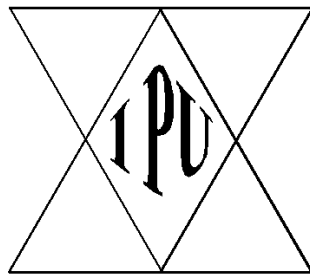
TRADUCCION DEL ITALIANO:
NESTOR IVÁN GUERRA BOSCÁN

INDICE

I. EL PRINCIPIO DE LA UNIDAD.....	5
II. LA ERA DE LA UNIDAD.....	14
III. CAPITALISMO Y COMUNISMO.....	22
IV. LA UNIDAD POLITICA.....	33
V. LA UNIDAD RELIGIOSA.....	37
VI. LOS CAMINOS DE LA SALVACIÓN.....	42
VII. HACER LA VOLUNTAD DE DIOS.....	47
VIII. COMO ORAR.....	52
IX. LA COMUNIÓN ESPIRITUAL.....	59
X. PASIÓN.....	63
XI. RESURRECCIÓN.....	72
XII. CRISTO AVANZA.....	77
XIII. UNA ESTATUA SE MUEVE.....	81
XIV. SEÑALES DE LOS TIEMPOS.....	85
XV. EL ACTUAL MOMENTO HISTÓRICO.....	91
XVI. UNA PARÁBOLA.....	96
XVII. LA DESORIENTACIÓN ACTUAL.....	102
XVIII. EL ERROR DE SATANÁS Y LAS CAUSAS DEL DOLOR.....	103
XIX. EL ERROR MORAL.....	109
XX. MEDICINA Y FILOSOFÍA.....	114
XXI. LA CIENCIA DE LA ORIENTACIÓN.....	118
XXII. EL CONCEPTO DE “PODER” EN BIOLOGÍA SOCIAL.....	123
XXIII. CRISIS DE CIVILIZACIÓN.....	129
XXIV. COMO FUNCIONA LO IMPONDERABLE.....	135
XXV. AMOR Y PROCREACIÓN.....	142
XXVI. SEXUALIDAD Y MISTICISMO.....	149
XXVII. POR QUÉ EL AMOR ES ALEGRÍA.....	152

XXVIII. EL PROBLEMA DE LA CASTIDAD.....	158
CONCLUSIONES.....	163
PIETRO UBALDI Y SU OBRA	

INSTITUTO PIETRO UBALDI DE VENEZUELA



www.ubaldi.org.ve
info@ubaldi.org.ve

I

EL PRINCIPIO DE UNIDAD

Después de haber examinado en el anterior volumen los problemas psicológico, científico, izamos ahora las velas hacia nuevas regiones del pensamiento.

En los capítulos del volumen precedente, desenvolvimos varios conceptos contenidos en “La Gran Síntesis”. Han sido confirmadas así, varias afirmaciones científicas que se pueden encontrar especialmente en los capítulos XII, XIII y XLVI, así como en el capítulo XCVI, de la obra citada. Hemos visto de esta manera que los últimos resultados de la ciencia objetiva confirman los de la investigación por intuición. Aquí tratamos de convalidar dicha investigación con comparaciones en todos los campos, aún los más dispares. Y de cada uno de ellos particularmente nos llega la convalidación deseada, para reforzar la fundamental visión sintética. Dado que cualquier ramo del concebible humano no es más que una visión particular del universo; dado que el objeto observado, aunque desde distintos puntos de vista es único, se torna inevitable que estas visiones parciales y particulares, si no fueran desfiguradas por preconceptos y absolutismos, debieran al final converger y fundirse en una única visión armónica. Ciertamente es que el pensador sintético de hoy debería poseer, si no en los detalles, por lo menos en sus últimos resultados, todo el conocimiento moderno. Si alguna vez el filósofo, desdeñando el contacto con los fenómenos como algo impuro, pudo trabajar sólo en el campo de las abstracciones puras de las lógicas, actualmente él debe tomar en cuenta la riquísima contribución de tantas disciplinas particulares, contribución que ellas en su ámbito ofrecen cual resultante de la investigación objetiva. Hoy ellas se nos presentan inmensas en lo particular, por lo tanto fragmentadas e incluso divergentes. Pero el objeto de investigación es único, es el mismo universo unitario en el cual todos los caminos conducen al mismo centro. De allí las discrepancias, por ejemplo entre revelación, religión, filosofía, ciencia, etc., mientras estos ramos del conocimiento estén todavía involucionados, en estado elemental. Pero es evidente que progresando, ellos sólo puedan decir la misma cosa, siendo idéntico para todos el libro en el cual leen. Y de hecho, hemos visto ahora a la ciencia, evolucionando más allá del materialismo, abrirse un camino hacia la verdad del espíritu ya proclamada por las religiones y filosofías.

Es precisamente este sentido de unidad el que domina la presente obra. De allí deriva la gran dificultad de aislar en el Todo cualquier fenómeno, sea de la naturaleza que sea, aislarlo incluso de los fenómenos que pudieran parecer de un orden muy lejano. Quien concibe el universo con mente sintética y no analítica, como un todo orgánico y no como un océano de fenómenos separados, no puede dejar de sentir, cualquiera que sea el punto del mundo fenoménico que él observe, la multitud de los casos afines a aquel que está estudiando y que se aglomeran alrededor para hacer oír también su voz que hace eco por resonancia. Un fenómeno aislado es una abstracción

nuestra por necesidad de estudio, que sin embargo no responde a la realidad. Ahora, como no es posible observar ningún fenómeno del Todo aislado, sin que en él repercutan e influyan muchos otros fenómenos, incluyendo el representado por el observador mismo, así no es posible enfrentar un problema particular sin sentir allí la conexión con muchos otros problemas, y resolver uno, sin resolverlos todos, hasta el máximo del universo. De esto se sigue que no es posible tratar ningún argumento aisladamente, porque cada uno reclama la presencia de aquellos con los cuales tiene puntos de contacto, y surge entonces la necesidad de localizar su posición en relación a todos los problemas del universo. Cuando se pasa a un nuevo problema es necesario relacionarlo con todos los anteriormente desenvueltos, pues que se siente a cada paso una red de recíprocos contactos que, en un universo Uno, todos los puntos de él, se conectan con cada punto. Esta imposibilidad de aislar cualquier caso, nos lo presenta siempre circundado por una aureola de otros casos a los cuales es necesario tener en cuenta. Por este motivo, en nuestros planteamientos se ven aparecer repetidamente los mismos conceptos, hecho que autoriza al lector superficial a ver en esto una repetición. Se trata, en cambio, del retorno al mismo caso observado de manera diferente, ahora de frente, ahora de lado, ahora desde arriba, ahora desde abajo, observado en función de este o de aquel fenómeno, ahora en un punto o posición del organismo universal, pues es muy importante establecer las conexiones y hacer resaltar las relaciones con otros casos y con el Todo.

Los más grandes descubrimientos pueden nacer solamente de encontrar nuevas relaciones entre hechos ya comprobados. El universo es Uno y no es posible, a cada instante, dejar de encararlo como un Todo. Es difícil, entonces, concatenar en una elaboración lógica y sistemática esto que se presenta como un único bloque compacto de coexistencia de todos los fenómenos, la cual se rebela a la ejemplificación parcial y sucesiva. Este nuestro continuo retornar a los conceptos base, que puede parecer repetición, se debe a nuestra orientación convergente y centrípeta, y no divergente y centrífuga; se debe a nuestro continuo contacto con lo Uno, a nuestro querer permanecer siempre ligados al único centro de todas las cosas, y verlas todas solamente en función de este centro del cual dependen. En vez de seguir una concatenación lógica, el pensamiento de quien observa el universo procede en nuestro caso, según la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos (v. “La Gran Síntesis”), fig. 4.), vale decir, retornos cíclicos que progresivamente elevan, siguiendo las oscilaciones de una onda, el punto de partida en posiciones cada vez más altas. También el pensamiento obedece a esta universal ley de los fenómenos. Cada concepto es, entonces, atravesado varias veces, y cada vez ahondado más, puesto en escena más ampliado y ligado con nuevos y siempre más lejanos conceptos. La primera vez surge de forma genética, como vista panorámica de conjunto, pero después aparece diferenciado en pormenores que emergen y se distinguen con individualidad autónoma. Su desenvolvimiento detallado solamente se puede hacer después, ya que si se hace antes dañaría la uniformidad de la primera visión. Por este motivo, muchos temas simplemente señalados en “La Gran Síntesis”, no era posible desenvolverlos allí sin divagar en digresiones que habrían fragmentado la unidad de dicha obra. No era posible también porque la visión no había alcanzado

tales detalles que solamente después pudieron venir a la luz. De allí la necesidad de retomar cada tema en oleadas sucesivas para llevarlo hacia delante. De esta forma, progresivamente se dilata nuestro conocimiento, tanto en amplitud como en penetración. Así, de los principios generales cada vez más se llega a la actuación práctica de nuestra vida.

En fin, es llevado a ver repeticiones en esta exposición, quien en la lectura busca solamente el concepto y poco se ocupa de transformarlo él mismo en vida, como su acción. Ahora, estos escritos no han sido hechos sólo para ser leídos, sino, sobre todo, para ser aplicados; no son una gimnasia intelectual, un ejercicio literario, sino que comienzan a tener sentido solamente cuando son vividos, pues que sólo entonces pueden ser comprendidos. Quien únicamente los lee, sin aplicarlas en sí mismo, no puede decir que las ha comprendido. Aquí se trata de vida, de conceptos-acción, de pensamientos-fuerza, de un verdadero dinamismo concentrado en la palabra a guisa de un explosivo capaz de una inmensa expansión en el ambiente apropiado, de conceptos-germen capaces de enormes desarrollos si caen en terreno fértil. Entonces, cuando el lector parezca encontrarse delante de una repetición, en vez de decir: “Pero esto ya se dijo, ya yo lo leí; debería decir: “Pero esto todavía yo no lo he hecho, y esta repetición me induce a hacerlo”. Quien lea estos libros como acostumbra a hacer con los demás, por curiosidad o por cultura, sin en realidad pensar en vivirlos, pierde su tiempo. La lectura aquí consiste en aplicar y asimilar; ella se concreta en la maceración, se perfecciona en la maduración y concluye en la catarsis y en la sublimación.

Precisamente, por el principio de unidad que domina en Todo el universo, por el monismo que hemos analizado profundamente en las obras anteriores y que la ciencia ha confirmado, es que constatamos que los principios universales y las cosas más grandes, están ligadas a las pequeñas cosas de nuestro contingente. De modo que nuestra limitada y efímera vida en lo relativo adquiere significados y valores inmensos y eternos. Es así que la vida más simple puede dilatarse y agigantarse en lo infinito. Si este descubrir relaciones nuevas entre las cosas viejas puede parecer su repetición, pues que así no se llega a ningún descubrimiento particular nuevo, sin embargo esto da a estas cosas un sentido y un sabor nuevo. ¡De esta manera, cuánto mejor se podrá comprender cualquiera de ellos, por ejemplo, el fenómeno social, cuando se le ve como biológico que repite al nivel “vida” lo que ya ocurre en los agregados celulares, moleculares, en fin, atómicos de la materia! Este universal método de los agregados o unidades-síntesis que constatamos por todas partes, en todos los campos y a todas las alturas evolutivas, este proceder hacia unidades cada vez más amplias, así como la estructura colectiva de cada unidad, nos muestra la verdad de los principios arriba afirmados, vale decir, por un lado una pulverización del Todo en elementos cada vez menores hasta lo infinito, y por otro lado, la reconstrucción de la unidad con el reagruparse de ellos en aglomerados siempre más vastos. Esta constatación de la estructura colectiva de cada individualidad que es siempre una síntesis, nos muestra precisamente en acción, el ya mencionado proceso universal de reunificación.

Se calcula, dice Lieek, que un hombre adulto está constituido por, aproximadamente, 3 billones de células y que en él existan cerca de 22 billones de glóbulos rojos. Luego, si pensamos de cuántas moléculas está compuesta una célula, de cuántos átomos cada molécula, de cuántos electrones cada átomo, y de cuántas ondas interferentes está compuesto un electrón, se podrá ver sobre qué compleja estructura colectiva y progresiva se eleva todo el edificio del ser humano. No obstante, a pesar de que en él existan una serie de mundos, los elementos de las oceánicas multitudes componentes, se coordinan así automáticamente para dar luego aquella unidad-síntesis que es el hombre, el cual en su “yo” se siente perfectamente “Uno”. Pero el hombre a su vez no es más que un elemento de la sociedad humana, y ésta a su vez es un elemento de humanidades más amplias, hasta el infinito. Si nos atenemos a esta que es observación de los hechos, desde un punto de vista científico podemos imaginarnos a Dios como la máxima unidad-síntesis en la cual se reunifican estos agregados que gradualmente progresando, de unidad-síntesis en unidad-síntesis, llegan hasta él. Si este es un esquema del universo, que de la materia asciende hasta el hombre, lo mismo debe ocurrir también del hombre hacia arriba, pues que hemos visto que el sistema es único a todas las alturas. Él expresa, precisamente, el principio de la división y de la reunificación de la división, confirmando con esto el otro principio del equilibrio universal. Se debe comprender además, que cada unidad síntesis no es solamente la suma de los elementos componentes, sino que es la resultante de su organización, es decir, algo cualitativamente del todo diferente. Esto hasta la unidad máxima, Dios, el cual no es ciertamente la suma de todos los elementos del universo, sino algo completamente distinto e inmensamente más grande, no sólo porque es unidad-síntesis, sino porque en ese punto el cielo de los efectos se agota reunificándose éstos con la causa, que así se mantiene eterna y absoluta, trascendiendo más allá de cada manifestación inmanente suya, que por su naturaleza es agotable, porque opera en lo limitado.

El haber alcanzado a través de la ciencia y la lógica estos principios, nos guía a sus importantes aplicaciones. El progreso es, entonces, sinónimo de unificación, es decir, la evolución no se realiza únicamente en forma individual, mas apenas ella se manifiesta de esta forma, se realiza reorganizando rápidamente los elementos en unidades colectivas. Actualmente, la identidad de intereses comienza a hermanar en grupos a los distintos hombres de todo el mundo, con un sentido colectivo antes ignorado, al menos en estas proporciones y extensiones. Y el individuo puede encontrar en el grupo, cualquiera que éste sea, protección y valorización. La unificación ciertamente responde siempre a un interés mucho más alto, pero la evolución consiste en llegar a comprenderlo. Así, apenas una serie de individuos progresa, ve la mayor ventaja en el vivir orgánicamente, en vez de estar luchando recíprocamente. Hoy esto es comprendido por vastas clases sociales; ayer lo comprendía solamente grupos minoritarios; mañana será comprendido por toda la humanidad. Y la organización será tan amplia como la comprensión. Mientras más se marcha hacia el separatismo, más se desciende. La unificación está, en cambio, en la vía de la ascensión. Nuestra vida social aplica los mencionados principios. Cuando cualquier organismo, sea físico, biológico o social se deshace, entonces es una

unidad-síntesis que se fractura en sus elementos, con un retroceso involutivo y viceversa. En el primer caso sólo permanecen las unidades o elementos componentes menores que retoman la vida por sí solos en un plano inferior, sin ya conocerse los unos a los otros, incluso como enemigos. La red de relaciones que forman al organismo superior se despedaza. Así ocurre en la muerte de un hombre o de una nación. La misma división del tipo humano en dos sexos es una forma involucionada, en la cual cada unidad busca completarse en la otra mitad, sin la cual queda incompleta. Un día el macho actual que comprende sólo la fuerza, el trabajo, el dinero, la organización y la inteligencia, deberá completar su conocimiento con la bondad, el sacrificio, la belleza y el sentimiento, hoy cualidades sobre todo de la mujer. Y viceversa. Y cuando el tipo biológico haya reunido en sí todas estas cualidades, entonces habrá progresado mucho más. Entre tanto, cuando el hombre y la mujer logran coordinar sus cualidades en colaboración en la familia, tenemos entonces un organismo más evolucionado, una primera nueva célula o unidad-síntesis colectiva. Pero cuando una de estas unidades se deshace, al más evolucionado estado orgánico le sigue un más involucionado estado caótico. Cuando una sociedad se disgrega, son entonces los choques los que triunfan, en vez de la colaboración y, en el descenso involutivo, son los más primitivos. Los que toman la supremacía, se valorizan y emergen. Porque el funcionamiento de la vida colectiva ha descendido a su plano. Más alto ella se ha apagado y ya no funciona. Esto ocurre apenas la clase dirigente se agota o entra en crisis, después de las guerras o en las revoluciones. Entonces al orden de un funcionamiento orgánico le sigue el desorden y la rebelión, que se justificarán denominándose “libertad”, hasta que se reconstituya un orden nuevo con una nueva disciplina que se justificará con el nombre de “deber”. La vida social no puede jamás detenerse. Cuando la clase dirigente detentora de la autoridad se fatiga, la pierde, y una clase inferior la adquiere, la clase más involucionada de los primitivos. Son las clases inferiores las que siempre hacen presión desde abajo para ascender a las que el poder en períodos de calma manteniendo la disciplina constriñe a su orden; son ellas las que, aspirando siempre al dominio, a la primera señal de debilidad, saltan a la garganta del viejo patrón para estrangularlo y tomar su lugar en el comando. Pero esto redundará en fatiga y también las clases inferiores se cansan al ejercerlo. Así también el nuevo orden por ellas constituido será después agredido por otros estratos sociales en una lucha en la cual vencerá el más idóneo, aquel que representa mejor los intereses de la vida.

Cuando la unidad-síntesis superior se ha reconstituido en condiciones mejores que la anterior (así avanza la Historia), y se ha afirmado como poder, entonces los involucionados que representan un nivel de vida inferior al de la mayoría, deben subordinarse a la unidad superior y vivir una vida secundaria y sólo en función de ésta. Entonces ellos son encuadrados en el orden y, dado que la vida ahora funciona en un plano más elevado que el suyo, no aparecen ya como héroes de una revolución, sino como delincuentes comunes, enemigos del orden. También el microbio patógeno en el organismo humano es una forma de vida, pero ella se mantiene aparte mientras domina la del organismo sano. Apenas ésta se deshace, he allí que el microbio lo invade todo, encargándose de la liquidación de esa sociedad celular que es el cuerpo

humano. He allí el significado biológico y cósmico de las actuales luchas políticas y de clase, vistas en relación a los principios de división y de reagrupación de los elementos del universo. En todo esto hay equilibrio. Las clases inferiores, como los microbios patógenos, son llamadas por la vida a funcionar solamente y hasta que es necesaria y útil su presencia, y no más allá. Se trata de intervenciones, de crisis de transición (revoluciones), de ejecución de un trabajo de destrucción necesario para la reconstrucción, de la cual dicho trabajo es condición. Pero la obra de los destructores se extingue rápidamente con ellos, apenas los intereses de la vida reclaman, en cambio, la acción de los reconstructores. Así las revoluciones se agotan cuando cumplen su función y sus autores son engullidos por la misma rebelión, en la cual está toda su función. De esta manera se forman siempre nuevos equilibrios. Pero en ellos permanece siempre la ley biológica por la cual, quien es biológicamente involucionado, queda automáticamente por su misma cualidad, sometido por el evolucionado.

Hoy como nunca están en lucha en el mundo los dos principios opuestos, el de la división y el de la reunificación. El nuestro es un siglo de transición en el que se precipitan los equilibrios anteriormente establecidos y se está a la espera de la formación de nuevos equilibrios. Es verdad que este estado es el más creativo, pero también es el más peligroso. Es el más creativo porque todo se derrumba, el viejo mundo se despedaza y el terreno queda despejado, desaparecen las barreras, se desmantelan las defensas de las posiciones conquistadas. Todo se hace móvil, el campo se abre a las cosas más nuevas. Hoy todo es posible. Más que la bomba atómica, tenemos bajo nuestros pies el fermento de las ideas que es mucho más explosivo. Actualmente todo es destrucción. Caen las viejas divisiones nacionales, económicas, religiosas e ideológicas. Es el gran momento del análisis y la modificación de todos los valores humanos. En la hora destructiva son traídos a escenas los corruptores en todos los campos, materiales y espirituales. Es la orgía de la destrucción preparada por el materialismo; esta es la idea que hoy alcanza la plenitud de su realización. Pero precisamente, por estar en plena realización, esta idea está madura y se inclina hacia su muerte, mientras que por ley de equilibrio despunta debajo de ella, aunque todavía como primera señal del alba, la idea del espíritu. Las tinieblas y la luz están en plena batalla. Sin embargo, si por un lado todo se derrumba, nunca como hoy se había visto tan marcada la tendencia hacia las grandes unidades. Involución y evolución se contrastan. La destrucción, el materialismo, el odio, el egoísmo, la envidia desenfrenada e individualista y de los imperialismos opuestos, representan la corriente involutiva. El inmenso progreso científico que nos guía hacia el espíritu, el dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, los grandes medios de comunicación, la formación de grandes unidades sociales, políticas, económicas y religiosas, la tremenda necesidad de orientación y de fe nacida del dolor, representan la corriente evolutiva.

Las características de la nueva era serán la unificación y la universalidad. Solamente esto fructifica frente a los fines de la vida, la necesidad de la destrucción actual. La nueva era será de comprensión, no de imposición. El sistema de la coacción y de la

fuerza, que en el último medio siglo han destruido a Europa, es decir, al centro del mundo civil, nos ha dado la más dolorosa y desastrosa experiencia que un hombre conozca. Quien todavía crea en este método y lo siga, tendrá la misma experiencia y llegará al mismo final, ya que esto está implícito en el sistema. Pero existe otro sistema, incomprendido e ignorado, pero es el único que podrá sobrevivir, el de la comprensión y convicción. Los absolutismos, las verdades exclusivas e intransigentes, dedicadas a dominar y a comprimir al individuo y a la conciencia, en todos los campos, son métodos superados.

De la concepción matemática de la relatividad de Einstein, lo que todos han comprendido ha sido la idea de la relatividad humana. Acercándonos hoy por evolución un paso más a lo absoluto, hemos sentido por repercusión nuestra relatividad, en un principio menos notada, y percibimos por contraste mucho mejor la naturaleza transitoria y evolutiva de nuestro contingente. Nos sentimos en la pura función de punto de referencia. Así los absolutismos exclusivistas que una vez tuvieron sabor de absoluto, ahora son un obstáculo. La divulgación moderna del concepto de relatividad le ha inferido un golpe mortal. De esta manera los nacionalismos se están extinguiendo. En adelante sobrevivirán solamente como imperialismos. Y estos se han reducido únicamente a dos, en lucha por decidir sobre la supremacía final en un solo mundo. Cambia el concepto de patria. Aquello que una vez fue santo patriotismo, hoy se ve que, si es algo bello internamente, más allá de las fronteras llena a los otros pueblos de sospechas contra la nación que lo profesa, pues que un amor así tiende a resolverse en odio y guerra contra los demás países. Junto a ese amor, aparece rápidamente la idea de lo extranjero, un enemigo al que hay que combatir. Actualmente ha surgido, con los grandes y continuos intercambios y contactos, una tendencia a una fusión de todos los pueblos en la humanidad y el concepto de una gran patria que los abarca a todos. Una expansión del egoísmo como ya vimos para el individuo que evoluciona, hasta abarcar a otros pueblos. De esta manera las grandes unidades humanas se reagrupan alrededor de otros conceptos más comprensivos y tanto odio, antes justificado por las divisiones nacionalistas, se encamina a desaparecer. Y ese amor de patria, limitado a una nación, hoy puede representar un obstáculo para el nuevo espíritu tendiente a las grandes unificaciones.

Los caminos son dos: el de ascender y el de descender. El mundo actualmente está suspendido entre los dos. O potencializarse constructivamente hermanándose con la unificación, o potencializarse en el separatismo y la destrucción, masacrándose mutuamente. O construir un más vasto organismo humano como jamás se hizo en el pasado, y solamente por esto destruir lo actual, o destruir por destruir y terminar en la barbarie. El hombre sería capaz también de esto, si la sabiduría de la vida no velara por él que no sabe nada. Así, una gran oleada ascensional es inevitable que al final envista y lleve al mundo. Pero, ¿qué de pruebas y dolores implicará esto? Y será el hombre quien deberá soportarlo. Hay dos senderos en la vida de los pueblos, así como en la vida de los individuos: el del progreso y el del retroceso. Sobre ellos se desenvuelve el gran camino del universo en opuestas direcciones, como ya vimos. Hoy, como siempre, las criaturas siguen uno o el otro, como vemos. Los métodos por

ellos usado revelan el camino que han escogido, su naturaleza y posición. Quien busca la materia, cree en la riqueza y en la fuerza, en los ejércitos y en el dominio, es un involucionado subyugado por la ilusión. En su bruta insensibilidad e ignorancia, debe todavía atravesar durísimas pruebas para comprender la vida; debe, sufriendo las consecuencias de su acción, dado que su pensamiento es concreto, conquistar el sentido del bien y del mal. Por encontrarse en la vía del descenso, solamente sabe crecer con la posesión, agarrando y apoderándose de todo. Por ello es ávido e insaciable. Sólo es capaz de comprender como realización lo que consiste en ligar a su vida física y efímera, las cosas efímeras de la Tierra. Más allá de esto no ve nada. Queda entonces excluido de la más grande vida en la cual se es eterno, colaborador de Dios, ciudadano del universo. Tiene del bien un concepto muy limitado, circunscrito a su egoísmo, en el cual queda aprisionado. Su alma permanece fuera de la grande e inagotable riqueza de Dios, siempre insaciable y, por mucho que posea, siempre estará hambrienta. Mientras más tenga, más crece su avidez: creyendo únicamente en la pequeña ventaja individual y viviendo sólo por esto, es llevado a destrozar a todos los demás. Un mundo hecho con estos seres, no puede ser más que una manada de lobos. Debido a su involución que sólo le hace confiar en la fuerza, nace un universal y egoísta espíritu de rebelión que del mundo hace un caos. Así el involucionado es víctima de sí mismo. Es la reacción provocada por su mismo método que lo golpea: “quien usa la espada, perecerá por la espada”. Estamos en la vía descendente que finaliza en la pulverización.

Pero si el involucionado actúa así, perjudicándose y condenándose a una vida de aflicciones porque no ha comprendido los objetivos de la vida, el evolucionado camina por el sendero opuesto, que sube hacia la unificación. Éste ha comprendido que existe otra conquista muy distinta a los bienes materiales que se puede hacer, ha comprendido la esterilidad de tantas luchas para llegar a una posesión efímera, insuficiente para saciar el deseo infinito del alma. La razón de ser de la vida es otra. La búsqueda de la felicidad a través de las satisfacciones materiales es vana; nos trae enemigos, genera luchas, sangre, dolores, nos deja cansados e insatisfechos con la sensación de la inutilidad de tanto esfuerzo. Sólo el involucionado inexperto puede aceptarla. Entonces se le coge asco a la Tierra que nos ha traicionado y se vuelve la mirada hacia el Cielo. Todo se invierte. El crecer, que es ley de la vida se realiza, pero no tomando, sino dando; el desarrollo no es ya hacia fuera sino hacia lo interior; la riqueza que se busca no es la efímera de la forma, sino la eterna de la sustancia. Cae entonces el odio y se transforma en amor, la fuerza en comprensión, el egoísmo separatista en unificación, la guerra en colaboración.

Ahora, mientras el individualismo no evolucione y llegue a comprender estas cosas, la aplicación de los principios de solidaridad solamente será una utopía y una mentira. La fraternidad humana es el resultado de una maduración y de una convicción, no de la fuerza. Ciertamente en la Tierra se han hecho tentativas en todos los tiempos para llegar a grandes unidades a través de los más distintos imperialismos, pues de ellos nada ha quedado. Con la imposición se domina, se aplasta, se esclaviza, no se unifica. Si las razas se mezclan, esto depende de

desplazamientos demográficos que nada tienen que ver con los imperialismos. Es la vida la que todo utiliza a su modo. No son la fuerza y el egoísmo, dos impulsos separatistas, los que pueden conducir hacia la unidad. La verdadera unidad es algo muy distinto al separatismo al sometimiento o superposición de pueblos o de clases. Existen elementos espirituales extraños que la política ignora. Hay que comprender y sentir la Gran Voluntad directora del universo y saber funcionar con ella.

En este plano de vida dominan principios muy distintos. En vez del egoísmo, el altruismo; en vez de la ley del más fuerte, la ley del sacrificio y del amor. En el evolucionado lo involucionado es invertido en sus instintos y métodos. Si en el segundo la vida del espíritu cede a favor de la vida del cuerpo, en el primero es la vida del cuerpo la que cede a favor de la vida del espíritu. Entonces la Tierra, antes lugar de realizaciones y de conquistas, se convierte en lugar de sacrificios y misiones, porque las realizaciones y conquistas son todas trasladadas al más alto plano del espíritu. En vez de enriquecer, la vida terrena quita, porque para el evolucionado ella pasa al signo negativo, ya que con signo positivo aparece otra vida, desconocida para el involucionado, la vida del espíritu. Quien desee dominar y enriquecerse no se haga ilusiones: él está en la vía del descenso que conduce a la pulverización. Solamente a quien le gusta dar y sacrificarse por los demás está en el camino de la ascensión que va hacia la unificación. Él puede parecer un utopista, pero únicamente él es capaz de transformar un mundo de ladrones y asesinos, en un mundo de civilizada fraternal colaboración. El elemento cohesivo de mayores unidades solamente puede encontrarse en quien concibe la vida como un servicio altruista. Sólo una masa de semejantes individuos puede formar un organismo social. Querer llevar a la práctica un verdadero colectivismo con el tipo biológico involucionado es una completa utopía.

Es en este colectivismo alcanzado a través de dicha maduración y no por imposición exterior forzada, que se puede en verdad valorizar el “yo” y no en el dominio sobre el prójimo, como actualmente se entiende en la Tierra. La hipertrofia de la personalidad de un individuo a expensas de otros representa el triunfo del principio separatista, expresa un estado de pulverización de la unidad. Si es obtenida con la tiranía, ella es una unidad invertida, una construcción forzosa en equilibrio inestable, pronta a disgregarse. Así son las pseudo-unidades, sólo en apariencia constructivas, pero substancialmente destructivas, obra de Satanás. En ellas el “yo”, por más poderoso que sea, está siempre atrincherado en el propio separatismo, quedando como un centro aislado sin jamás abrir las puertas al amor para unir en sí a otros seres. Las uniones impuestas por la fuerza son de superficie, no son sustanciales y sólo perduran mientras tengan la fuerza que las mantiene. En profundidad ellas no unen nada. No es considerando cada cosa en función de sí mismo que esas uniones pueden establecerse, sino considerando cada cosa en función de los demás. Como se puede ver, los sistemas actuales dirigidos a la formación de grandes unidades colectivas podrán servir como tentativa, como experimento y en consecuencia como medio de educación para la penetración de conceptos nuevos. Pero para llegar a la verdadera realización es necesario otro método muy distinto: el de la comprensión.

Por ello se requiere un tipo humano diferente, y no existe otro camino para llegar a esta comprensión, que el que lleva a la formación de este tipo. El más encarnizado adversario que hace hoy imposible la unificación de los hombres en un plano de justicia social, es precisamente el hombre actual, el que más la predica pero con otros fines y que en los hechos es el que menos cree en ella. Tales programas profesados y llevados a la práctica con esta psicología, en realidad se concretan a la inversa y de hecho esconder bajo las bellas apariencias, la acostumbrada lucha por la vida, por la sustitución de personas en las viejas posiciones de dominio y esclavitud. Esto no es progreso, porque es el fracaso de la unidad. La verdadera unidad no se basa en el equilibrio inestable cargado de reacciones, como es imposición forzosa, sino en la libre y convicta adhesión.

Cuando el “yo” quiere construir únicamente por el camino del egoísmo, entonces tiende, más que a construir en unidad, a fragmentarla en el separatismo. Cuando el “yo” se hace centro en el lugar de Dios y se convierte en patrón de todo, entonces se avanza hacia Satanás y no hacia Dios. De tal método solamente puede nacer rivalidad, antagonismos, que únicamente ofrecen una solución posible: la destrucción de uno de los contendientes. Pero a esto no se puede llamar victoria, porque en realidad es una ilusión, pues que en una guerra todos resultan perjudicados y vencidos. Y esto es natural, dado que los mundos inferiores están hechos de traición. Estos métodos son de la naturaleza de estos mundos, como lo es el mal, autodestructivos, cargados de roces, dado que se basan en la fuerza, únicamente pueden dar como resultado destrucción y dolor, aunque prometan construcción y felicidad. Así es el inevitable destino de quien marcha hacia la materia. Estas son las leyes de la vida que funcionan también en el campo de las realizaciones sociales, pues que sería ciertamente ingenuidad suponerlas excluidas del funcionamiento orgánico del universo y susceptibles de ser en dicho funcionamiento arbitrariamente plasmados únicamente por el capricho del hombre. Si éste está invadido por la pretensión de dominarlo todo, no por ello puede hacerlo en los hechos. Las leyes de la vida dejan incluso que el hombre crea en lo que quiera, pero en los hechos ellas disponen todo según sus propias directrices. Cada quien puede creer y decir lo que quiera, pero en su método de actuar él siempre mostrará lo que es. Si cree y actúa solamente con la fuerza, es un involucionado que en ella encuentra su ley. Si cree y actúa con solidaridad, es un evolucionado que en la unidad encuentra su ley. Fuerza y justicia son dos extremos opuestos inconciliables. La una excluye a la otra. Ellas representan la ley y el sistema de dos planos de vida distintos. Quien recurre a una, no puede recurrir a la otra.

II

LA ERA DE LA UNIDAD

He allí que partiendo de una visión cósmica y de conceptos universales, llegamos ahora a su aplicación en las más distantes consecuencias en nuestro mundo y

momento actual. Nos referimos a las condiciones de la presente hora histórica, las cuales, si bien son consecuencia de principios universales, son en su devenir transitorias y relativas. El mundo está actualmente dividido en dos partes separadas por un abismo intraspasable: el oriente comunista y el occidente liberal. Cada uno de los dos se apoya en su principio ideal. Son recíprocamente exclusivistas e inconciliables. Esto porque detrás de los ideales están los intereses que son irreconciliables. Los verdaderos ideales son verdades universales y no particulares, y sobre esta base el acuerdo es natural. Si existe conflicto es porque las dos partes son rivales en el mismo terreno humano y los hombres que las integran pertenecen al mismo tipo biológico y plano de vida de ambos lados. A cada una de las dos partes le gusta esconder detrás de los ideales sus propios intereses. Así ellos se acusan mutuamente y cada una tiene razón mientras se mantenga en el plano del ideal, pero está errada cuando en la práctica lo aplica únicamente en su beneficio. La parte de razón que cada una tiene, aunque parezca sacrificio, constituye su fuerza, y la parte errada que cada una tiene, aunque parezca ventaja, constituye su debilidad. Apliquemos siempre los ya mencionados principios, o sea, que evolución hacia la unidad es ascensión en potencia, e involución hacia la división es descenso en potencia.

Observemos. La Democracia tiene una parte de razón proporcionada por el principio de la libertad. Él representa su fuerza, lo que le permite acusar a la parte contraria. Pero tiene también una parte errada dada por la injusticia económica, por el egoísmo del capitalismo y la desigualdad en la distribución de los bienes. Y esto representa su debilidad, lo que la expone a las acusaciones de la parte contraria. El Comunismo, por otro lado, a su vez tiene una parte de razón proporcionada por el principio de la justicia económica, por la igualdad y solidaridad social. Esto representa su fuerza, lo que le permite acusar a la parte contraria. Pero tiene también una parte errada dada por la limitación a la libertad y al individualismo, expresada por el absolutismo y por el capitalismo de estado. Y esto representa su libertad, lo que expone a las acusaciones de la parte contraria.

Así cada uno de los dos sistemas encuentra su justificación en el fin a alcanzar, pero tienen también sus errores y por lo tanto sus puntos débiles en el modo con el cual buscan alcanzarlo, dado que se busca en ambos casos únicamente el beneficio propio. Se trata en el fondo, en todo lugar de la Tierra, del mismo hombre involucionado que actúa con idénticos criterios. Si cada uno de los dos tiene sus reivindicaciones teóricas que hacer, con lo cual se justifican, tienen también sus víctimas que los acusan: por un lado las víctimas de las cárceles y los trabajos forzados; por el otro lado las víctimas silenciosas, pero libres, de la miseria, aquellas que han generado precisamente la revolución del comunismo.

Lo que lleva a un sistema contra el otro es su parte errada, y esto justamente porque la vida quiere destruirla, empleando a los dos antagonistas como un medio de recíproca depuración, de modo que de ello sobreviva solamente la parte en la cual tienen razón. Del choque entre los dos resultará la destrucción de lo que en cada uno está errado: el egoísmo separatista que es antivital para la colectividad; colectividad

por la cual, efectivamente, todos trabajan. Es inherente a la naturaleza humana que lo que está errado y en lo que tienen razón, méritos y culpas estén mezclados juntos, y es ley de vida que, aunque el hombre sea separatista, todo sea común entre los hombres. La solución solamente puede estar en una recíproca depuración que elimine en cada uno la parte errada. Sobrevivirá lo mejor que exista en cada uno de los dos. Así, vencedora será solamente la vida que alcanzará su objetivo de hacer progresar a la humanidad y para este fin utiliza a ambos antagonistas, confiando a cada uno un principio para que sea afirmado. En este sentido, también el comunismo tiene una función vital, que es la de lanzar en el mundo una idea de justicia con métodos de tal orden que ella pueda ser recordada muy claramente por aquellos que, aún habiéndola recibido del Evangelio, durante 2.000 años se sintieron más cómodos no poniéndola en práctica. En este sentido, el occidente comienza hoy, lo quiera o no, por prevenir lo inevitable que le incumbe porque es impuesto por las masas ahora en arremetida, por aplicar varios principios del comunismo, no importa si bajo banderas distintas. Y así marcha por el mundo la idea de la justicia social.

Cristo la predicó desde hace tiempo, pero visto que su palabra quedó en letra muerta y que los acaudalados no pensaban en verdad llevarla a la práctica, la vida debió utilizar medios coactivos inferiores. Existen maduraciones biológicas que no se pueden detener. El actual movimiento mundial que va hacia la justicia se ha concretado en un determinado país que se ha hecho su promotor por contingentes razones históricas. Pero él es un movimiento de toda la vida humana del planeta, y si no se hubiese configurado en un determinado país, lo hubiera hecho en otro. No importa qué sección política del globo asuma el trabajo, con tal de que el trabajo sea hecho. Es natural que una maraña de intereses rápidamente encuadre y limite cualquier movimiento. Pero este se propaga más allá de los confines de ese encuadramiento, porque en la vida todo es comunicante y universal. Y así el enemigo absorbe las ideas del enemigo, que traspasan los confines políticos; así ellos se depuran, se adaptan, se convierten en vida por todas partes. La idea nacida en un punto, siendo por su naturaleza universal, camina y avanza hasta donde no se sabe, se enciende, se expande y los más diversos agentes son llamados para que cada quien haga su parte del trabajo. De esta manera la idea de una justicia social hoy toma cuerpo, se desarrolla y florece en la realidad; más que como una particular idea política, como un principio de la vida, más allá de cualquier barrera, para alcanzar los objetivos de la vida y no los de un solo pueblo o partido, y cada quien debe contentarse con la contribución que ha aportado para el avance de una idea que es de todos. Hoy estamos en verdad en la madurez de los tiempos y está próxima el alba de una nueva civilización en la cual el Evangelio deberá ser aplicado y vivido seriamente. Quien dirige la Historia son las fuerzas de la vida y no el hombre. El Comunismo no ha sido creado por una doctrina económica o por un partido o pueblo que lo haya proclamado y aplicado. Él no es más que el efecto de la madurez de los tiempos que llevan al Evangelio. Todo lo demás solamente son medios materiales y, por tanto, transitorios que caerán después que estén preparadas las vías para dicha realización.

De esta forma se realizarán por recíproca eliminación las dos zonas erradas y se fundirán las dos zonas que tienen razón en una nueva formación en la cual ninguno de los dos contendientes actuales sobrevivirá íntegro y exclusivo en la forma que hoy pretenden. Se agotará la función de ambas partes que es la de elaborar y realizar en lo contingente una idea universal, ya expresada por el Evangelio, que está por encima de lo contingente y de sus luchas. Ya él contiene fusionado en conjunto cuánto de razón existe en los dos principios opuestos, sin lo errado que hoy actualmente en su aplicación. El Evangelio también contiene comunismo, pero con Amor en vez de con la fuerza; y sostiene la libertad individual, pero con la justicia del: “Quo superest date pauperibus”⁽¹⁾. Naturalmente tendrá que tratarse de un Evangelio vivido y no teórico y solamente predicado. El actual es un movimiento de ascensión biológica y la vida trabaja en hechos y no palabras. No consistirá, entonces, en un Evangelio situado en una particular religión, usado como estandarte por una jerarquía de hombres. Cristo es universal y, como el aire y el sol que deben vivificarlo todo, no puede estar encerrado en las divisiones humanas, ya que supera todas las barreras. Algunas podrían decir: Somos representantes oficiales de Cristo. Nadie lo negaría si, en verdad, vivierais el Evangelio. Y muchos de vosotros también lo viven. Pero Cristo, verdaderamente, está representado por aquellos que viven su Ley. El resto tiene objetivos y funciones que no son las de ser representantes de Cristo.

Así el Comunismo, después de haber recordado a los hombres el Evangelio, sobrevivirá como Evangelio, por el cual trabaja sin saberlo, y caerá como Bolchevismo que es algo contingente; sobrevivirá como justicia económica y con esto agotará su misión; caerá como absolutismo de estado y esclavismo colectivo. La democracia, después de haber defendido la libertad humana y salvado el individualismo en las nuevas y grandes unidades colectivas, sobrevivirá en estos principios del Evangelio y caerá como injusticia económica y egoísmo capitalista. Todo pasará, excepto el Evangelio. Quien esté enceguecido por la lucha viviendo en lo particular, no podrá percibir estos equilibrios. La vida resurgirá en el Evangelio, no ya solamente predicado, sino también vivido. El hombre actualmente no se contenta solamente con la palabra y quiere mirar detrás de los escenarios. Con este fin ha sido educado por duras luchas milenarias, es decir, para poder ver detrás de cualquier verdad, lo que haya de mentira. Ha sido ésta una escuela constante, la única forma de educación que, todos los dirigentes, en todos los tiempos y lugares, en cualquier campo, concordaron en realizar durante milenios.

No sabemos si este Evangelio vivido coincidirá con la Iglesia de Roma que lo profesa y con su forma actual; o si podrá coincidir con otra forma suya, o con un Cristianismo más amplio y no solamente católico, o simplemente con los hombres de buena voluntad a los cuales fue anunciado. La hora histórica actual es apocalíptica y todo es sacudido en sus fundamentos. Ciertamente es que las dos grandes fuerzas en acción actualmente, democracia y Bolchevismo, se han tornado débiles por la recíproca enemistad, pues que cada uno de los dos impulsos es neutralizado cuando se encuentra frente a otro igual y contrario. Es este antagonismo lo que puede destruir a

⁽¹⁾Dad a los pobres lo que te sobre (N. del T.)

ambos, dejando solamente lo que ellos del Evangelio poseen. Es verdad que el ciclo de la materia está por agotarse, se encamina hacia la muerte, y para sobrevivir hoy recurre a los medios extremos de la desesperación. La materia vive en el tiempo y el tiempo no se puede detener. Ya vimos que por las leyes de la vida el materialismo es un sistema fatalmente autodestructivo. Esto llevará a la destrucción de los valores materiales, a los únicos que hoy se tributa veneración. Sólo los valores superiores, espirituales, que son invulnerables a esa destrucción, se salvarán. Y se salvará solamente quien vive en ellos. Quien esté apegado a todo lo que es terrenal, en todos los campos, será devorado. Tales son y así lo quieren las leyes de la vida y nadie puede detenerlas.

Es interesante observar la sutil mecánica con la cual un sabio juego de impulsos, en la lucha entre el bien y el mal, lleva al triunfo del primero. En el Comunismo las fuerzas del mal, dada su naturaleza negativa, naturalmente obran a la inversa y aplican, entonces, el Evangelio invertido. Ellas solamente saben funcionar como inversión de valores. De hecho, nada es tan antievangélico que el método con el cual se aplica, vale decir, la fuerza, dado que la esencia del Evangelio es el amor. ¡Qué error tan grande que en la Tierra, solamente se busque llegar a la justicia, a través de la injusticia! Esto lo contamina todo. ¿Qué hace entonces la vida con estos impulsos negativos? Si los deja obrar es señal de que ellos, de algún modo, son constructivos, pues que existe solamente un centro director en Dios y no un segundo centro anti-Dios en Satanás. El hecho es que el mal, al final, es engañado, pues que esta inversión después se endereza a favor del bien. El mal es ignorante y, queriendo imperar con la fuerza, excita reacciones por todas partes, y hace que todos se unan contra él; genera mártires que forman después la potencia y grandeza moral del enemigo. Siempre ha ocurrido así y el mal, ciego como es, recae siempre en los mismos errores. Y de esta manera hace el juego del enemigo, el bien, al que él combate. Helo así cumplir la función social de depurar a la Iglesia y la de reavivar la fe. El mal es utilizado para divulgar el Evangelio con la idea de la justicia social. Y ese pobre mal que tanto se esfuerza para alcanzar sus fines, cuando, en cambio, los que logran son los del bien que él sin comprender prepara, por las fuerzas de la vida será liquidado a favor de aquel bien que él cree explotar y que, por lo tanto, lo deja actuar, únicamente mientras es un medio de su propio triunfo.

En la sabiduría divina el mal está al servicio del bien. Es natural que para mover al hombre de hoy, sea necesario tocar el resorte de su egoísmo. Es preciso que él crea que realiza su interés inmediato. Con es medio la Ley lo maniobra para sus fines mucho más sabios, para el bien de todos, pues el actual tipo biológico jamás se decidiría a trabajar para tales fines, si viera el real funcionamiento de la Historia. Así sin saberlo, los unos y los otros de los dos grandes enemigos, Capitalismo y Comunismo, trabajan de acuerdo para el loable común objetivo del progreso humano. Ellos creen que el dirigirse al pueblo sea su útil y astuta mentira para alcanzar, en cambio, sus propios fines egoístas, y no comprenden que en vez de lograr estos objetivos egoístas, el de dirigirse al pueblo sea el verdadero fin hacia el cual la vida, valiéndose de su ignorancia, los hace mover, mientras que, llegar al final a alcanzar

su propio interés, es mucho más problemático. Quien participa únicamente de uno o del otro de estos dos polos de la común lucha por el progreso, solamente puede ser el tipo biológico involucrado dominante, que sólo sabe pensar en función de lo contingente. El evolucionado está por encima de la refriega y admira la perfección de la obra divina, en la cual la Ley moviliza para lograr sus grandes objetivos evolutivos de la humanidad, hombres a los cuales es necesaria, para que ellos puedan funcionar, la forma de lucha.

Todo lo que hoy ocurre en el mundo es simplemente la natural consecuencia del grado de evolución en el cual el hombre vive. Si él fuera más evolucionado, su vida sería del todo distinta. Pero evolucionará y evolucionando todo cambiará. Los actuales grandes imperialismos mundiales con poderosa tendencia expansionista, que se hicieron posible hoy en tales proporciones debido a los grandes y nuevos medios de comunicación, se reducen a llevar a contacto tanto en la paz como en la guerra, a las más lejanas razas y naciones. Y entrar en contacto es comenzar a unificarse. La humanidad está por convertirse en una. Asistimos a un universal derrumbe de barreras. Se trasponen todos los viejos límites. El contacto, sea en las posiciones de vencedores o de vencidos, de jefes o de siervos, lleva siempre al mismo resultado: la fusión. Todo concluye siempre con la unificación. Esta es la sustancia de las tendencias políticas actuales: la formación de cada vez más grandes unidades y ésta será la conclusión de nuestro período histórico. Se avanza para conquistar y se finaliza con la fraternidad; moderna tendencia universal en todos los campos. Así como al final de la Edad Media las ciudades traspasaron con alegría la angustia de las estrechas murallas circundantes, extendiéndose libremente, superando límites y rompiendo barreras, con un sentido de liberación donde antes no se podía circular sin encontrarse a cada paso con un obstáculo enemigo, así hoy, al final del II milenio, la humanidad está traspasando con alegría todas las angustias psicológicas que la ahogan. Caerán las barreras que dividen partidos, filosofías, religiones, que aíslan y sofocan con absolutismos que paralizan la circulación de la vida del espíritu. Superaciones que serán beneficiosos para todos. Todo roce social pesa y cuesta. Entonces la máquina colectiva podrá funcionar más desembarazadamente, sin choques ni conflictos económicos, políticos, religiosos, filosóficos, demográficos, sociales, etc. Es un gran obstáculo para la vida no poder dar un paso sin encontrarse con una muralla divisoria. Actualmente los hombres viven agrupados en castillos enemigos dedicados a combatirse. Si esto es útil para su selección, pues otra finalidad no tiene, también hace a la vida demasiado fatigosa. Nuestra época quiere derrumbar estos oscuros castillos medievales del espíritu que, si son una defensa, son también prisiones. Esta es otra forma de expresión vital que terminará en la unificación.

Entre tanto, toda fuerza social hoy en acción, tiene su función en la vida. El Comunismo tiene la función que en todas las asambleas tiene la oposición: la del control que induce a los exámenes de conciencia frente a la opinión pública y a la Historia, y lleva al refinamiento de las armas, elemento de lucha para la selección. De modo muy particular el Comunismo tiene la función de despertar el espíritu de las masas y de educar para el funcionamiento colectivo. La lucha mientras no se torne

cruenta, será por las conquistas de las masas y en este sentido los dos partidos colaboran para la educación de éstas, obligándolas a pensar. Las masas hechas de carne indolente, serán impulsadas hacia el esfuerzo de comprender para aprender a escoger un pastor, cualquiera que éste sea. Actualmente la lucha se reduce a una escuela y los tiempos de lucha son tiempos de escuela, y por tanto, de progreso. El Comunismo sirve para forzar al Capitalismo a admitir algunos principios de justicia a los cuales, de otro modo, jamás se decidiría. Dado que la criatura humana es egoísta y la misma en ambos partidos, si la justicia no fuera impuesta, jamás se obtendría. Esta es la razón biológica por la cual la vida lanza al Comunismo contra el capitalismo. Sin la violencia no se hubiera podido realizar la Revolución Francesa y el mundo estaría todavía en la fase feudal de los privilegios de la aristocracia y del clero. Ciertamente la violencia es lo que revela al involucionado, pues que el evolucionado jamás recurre a ella. Pero es necesario recordar que estamos en el plano biológico animal-humano y no más allá, plano en el cual las cosas solamente pueden resolverse de esta forma primitiva. Y es verdad también que si no se presentara un motivo para que esta violencia surgiera, y esto por una injusticia inicial que está en lo hondo de los actos de todos los hombres en este plano, entonces esta violencia no hubiera tenido oportunidad de formarse.

Como se puede ver, se trata de un juego de fuerzas que en el contraste concurren hacia el mismo fin: el progreso. La carne es perezosa, y la mayoría son carne y no espíritu. Ellos se rehúsan al esfuerzo de evolucionar. Entonces la Ley los apremia e incita a todos, lanzándolos los unos contra los otros, ilusionándolos con espejismos de intereses personales que no lograrán jamás y que caerán apenas sea alcanzado el objetivo de la Ley prefijado y que ellos ignoran. Así actúa la Ley. Por ello los animales poseen una misma carne que, si para algunos es cuerpo, para otros es alimento. Ellos son llevados a desarrollarse, lo que es útil para que aprendan en la lucha a construir la inteligencia, metidos en la necesidad de ampliarla en el ataque y la defensa. Fue así que surgió el Homo Sapiens, y los objetivos evolutivos de la Ley fueron así alcanzados. Como la química y la física, también la vida tiene sus leyes y sus fines de los cuales no se escapa. Esta necesidad de lucha es impuesta por la Ley para sus objetivos selectivos y evolutivos. Esta es la finalidad que tienen las guerras que están primero en los instintos de los pueblos que en el comando de sus jefes, a los cuales, de otro modo, nadie concurriría. Es tan fuerte este instinto de guerra que, no pudiéndolo satisfacer en la verdadera lucha cruenta, las masas lo desahogan al reemplazarlo por las competencias deportivas.

De esta forma, por las continuas competencias, necesarias o superfluas, sangrientas o incruentas, el hombre es mantenido siempre despierto por el asalto de cualquier rival siempre listo para aparecer, movido siempre por la ilusión de un beneficio particular; y así los objetivos de la evolución se alcanza.

El actual antagonismo entre los dos grandes imperialismos del mundo es un problema selectivo. He allí el verdadero juego mundial de la historia actual. Juego inherente al plano del tipo biológico actual. Dado lo que él es, los problemas solamente son solubles por los caminos de la lucha y de la destrucción recíproca. Allí domina la

economía limitada y egoísta del “do ut des”, vale decir, intereses y materialismos, armamentos y destrucción. Pero ya dijimos que existe para cada plano de vida una biología y una economía distinta. Ambos antagonistas terrenales ignoran que existe una biología y una economía más alta, en las cuales ninguno de los dos entra, porque ellos pertenecen a un plano de vida inferior. El ser está encerrado en su forma de conciencia. Más allá de ésta está el infinito, rico en poderes y en bienes ilimitados, al alcance de la mano pero está separado de ellos por la imposibilidad de comprender, al menos hasta que evolucione. Explicarle a este tipo biológico que sus problemas son rápida y automáticamente resueltos apenas se asciende evolutivamente, es inútil. Él no podrá comprender hasta que no haya ascendido evolutivamente, que es por lo que hoy precisamente vive y tanto lucha, destruye y sufre. Observada desde otro plano, toda esta lucha se convierte en unidad y el problema se transforma completamente, pues que todo problema y verdad están siempre en función de la inteligencia que se los plantea y de los límites de ésta. Más arriba, en cambio, se ve la lucha entre el bien inteligente y el mal estúpido, lucha en la cual éste, por su estupidez, realiza su función, pierde y es eliminado como mal, quedando de él tan sólo los efectos, que sin saberlo y sin quererlo ha producido para el bien.

Entonces la visión se pierde en aquella que configura las tentaciones de Cristo. Él, después de haber ayunado 40 días, sintió hambre, y Satanás, el tentador, se le acercó y le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, dile a estas piedras que se conviertan en pan”. Y Jesús respondió: Está escrito: No solamente de pan vive el hombre, sino también de la palabra proveniente de la boca de Dios”... (Mateo, 4:3,4). He allí en lo que se convierte el problema económico que atormenta al mundo de hoy, si es visto desde un plano más alto. El diablo, entonces, llevó a Cristo a lo alto de una montaña muy elevada, y mostrándole todos los reinos de la Tierra y sus magnificencias le dijo: “Te daré todo esto si te postras ante mí y me adoras”. Pero Jesús respondió: “Vete Satanás, pues que está escrito: Adorarás al Señor, Dios tuyo, y solamente a él servirás”. El diablo, entonces, lo dejó, y los ángeles lo rodearon y se pusieron a su servicio”. (Mateo, 4: 9,11). Con esto están fijados los límites al mal que nada puede hacer más allá de ellos, y todas las grandes luchas terrenales por el dominio material y el bienestar económico quedan reducidas a agitaciones de un mundo inferior, más allá del cual la vida es completamente diferente.

Entonces, desaparecen los términos relativos de la lucha actual: el comunismo y el Capitalismo. Ellos se reducen a los que son todas las cosas humanas, una transitoria e ilusoria forma exterior, en este caso, de un único e idéntico movimiento de progreso por el cual concordemente colaboran. Así lo quiere la unidad de la vida. Solamente que, dada la psicología del hombre actual, esta colaboración no puede por ahora encontrar otra forma a no ser la lucha. Lo que realmente ocurre hoy es una formación de conciencia colectiva y un despertar de masas. Movimiento universal de maduración biológica, que en la vida está por encima de las divisiones humanas. Que esto actualmente se vista de Capitalismo o de Comunismo, tiene poca importancia. El movimiento existiría incluso sin estos nombres y teorías, vestidos con otros nombres y teorías. De esta forma él de hecho comenzó y continuará sin esos vestidos si ellos

desaparecieran. De modo que se puede concluir que las nuevas ideologías y concepciones modernas no son tanto la causa de los actuales grandes movimientos colectivos, sino que son la forma relativa y transitoria que, en el actual movimiento histórico asume en nuestro mundo el eterno movimiento ascensional de la vida.

III

CAPITALISMO Y COMUNISMO

Después de haber proyectado el problema de la unidad en sus líneas generales, focalicemos de forma más particular y concreta lo que en el campo político ocurre hoy en el mundo. Para comenzar nos preguntamos: ¿Corresponde a las leyes del universo el principio de igualdad que hoy se trata de imponer a la fuerza?

En la estructura atómico-electrónica de la materia, los elementos individuales componentes no son iguales. Así nos lo muestra la investigación submicroscópica. Pero si después la observación analítica la sustituimos por una observación sintética macroscópica, y con esto constatamos una homogeneidad de conjunto, ésta resulta de las características comunes de los elementos diferentes, que solamente en esto logran una igualdad de conjunto. Esto sin perjudicar su individualidad y su libre manifestación según la estructura de cada uno. Las leyes del ser nos dicen, pues, que la vida alcanza la homogeneidad sin dañar la individualidad, logra la igualdad que unifica sin destruir las diferencias que distinguen. Estas diferencias mantienen, entonces, la individualidad inviolable, sin con esto impedir que todas las semejanzas equilibren estas diferencias, reconstituyendo así la unidad según cualidades colectivas que está en la base de una individualización más amplia que aquella del elemento particular. La igualdad se forma, de esta manera, no como forzosa violación de las individualidades, sino como espontáneo reordenamiento de ellas. La igualdad no es así, una superposición coactiva a la realidad, sino su organización en un plano evolutivo más alto.

Naturalmente es inútil hablar de estas leyes universales a quien no ha comprendido el funcionamiento orgánico y unitario del universo. La igualdad que la naturaleza nos ofrece es el resultado espontáneo, un producto de las individualidades mismas, a lo largo de la línea de sus semejanzas, sin alterar la de sus diferencias. Así ocurre también desde los agregados celulares a los agregados sociales, de los cuales ahora nos ocupamos. Existimos en un universo unitario, con un principio único que se repite a todas las alturas evolutivas; y el fenómeno social, para ser comprendido, debe ser entendido como un momento del fenómeno biológico. La homogeneidad celular en los tejidos es efecto de comunes cualidades dominantes que dejan intactas las diferencias individuales, sin coactarlas o suprimirlas por que, al igual que en el individuo particular, en una sociedad humana ellas son necesarias y tienen su función. Y si el principio es siempre el mismo, y la sociología es biológica, ¿por qué

en los agregados humanos se debería aplicar un principio distinto de aquel que la naturaleza aplica a todos sus agregados? Y entonces, ¿qué representa en este sistema de la vida la igualdad a la fuerza impuesta por el Comunismo?

Asistimos todavía hoy, al hecho de que un comunismo se está desarrollando en el campo social. Y si todo lo que existe tiene una razón biológica, ¿cuál es ella, en este caso? Esta razón viene dada por la actual fase de la evolución humana que asume la forma colectiva, pues que tiende a la formación de grandes unidades de masas, vale decir, de grandes organismos biológicos colectivos. Moderna tendencia de toda la vida humana en el planeta Tierra, que se realiza, pues, en todo el mundo, incluso si asume formas y nombres distintos. Tendencia que implica la de marchar hacia la igualdad social. El mundo, que ha alcanzado a través de la ciencia un inaudito dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, tiende a reordenarse en nuevos equilibrios económicos. Este es el contenido que en su actual fase evolutiva la vida da a la lucha por la selección. Dado esto, es natural que el Comunismo haya nacido primero en los países pobres, donde la lucha de la cual él deriva es mayor. Es allí donde más interesa es el hombre, por lo tanto más se siente la envidia y más fuerte se hace la lucha por destronar a los más pudientes. Donde es más elevado el nivel económico, no germina el odio contra quien posee, pues que todos poseen.

El fenómeno solamente es comprensible, si observamos la realidad biológica que él representa. Las ideologías pueden sobreponerse a las leyes de la vida, pueden ocultarlas y tratar de someterlas, pero no pueden destruirlas. He allí lo que representa el moderno comunismo. La causa ocasional que lo ha generado y localizado en Rusia, si de hecho es un movimiento universal de la vida hacia la justicia social, ha sido la miseria tradicional de ese pueblo. La necesidad de igualdad económica y de justicia social ha sido sentida principalmente y de forma más fuerte, en la Tierra de la clásica desigualdad económica y de la injusticia social. En la Tierra ese pueblo ha sido el “locus minoris resistentiae”⁽¹⁾, para la explosión de la crisis. Las características de la vida en esa tierra se han mantenido iguales a las que fueron una vez: pobreza, sufrimientos, distinciones sociales, odios, la amenaza de Siberia, la misma desolación que encontramos en Gorki, Tolstoi, Dostojewsky y otros. Pareciera que cada nación del planeta tiene una función, en este caso la del dolor. El pueblo ruso siempre ha sufrido bajo un duro destino, y las convulsiones sociales a menudo, más que modificarlo, lo intensifican. El fenómeno es, pues, antes que todo ruso, por lo tanto caracterizado por las condiciones de ese pueblo. E incluso, si la ideología comunista puede ser universal, su forma de Bolchevismo ruso no es aplicable a pueblos del todo distintos, con destinos y funciones biológicas diversas. Aunque la idea comunista se esparza, esto solamente puede ser para asumir en otros lugares formas distintas. Y es natural que los pueblos no se adapten cuando ella quiere seguir siendo rusa para convertir en rusos con el Comunismo, pueblos que por su naturaleza no lo son y que biológicamente no lo pueden ser.

⁽¹⁾ Lugar de menor resistencia (N. del T.)

Entonces, si la idea comunista no supiera librarse de la forma contingente de su tierra de origen, su expansión se reducirá a aquella de todos los imperialismos, excitando las naturales reacciones y resistencias por parte de las otras formas humanas de vida. Si esa idea quisiera mantenerse rusa para convertir en ruso al mundo, el problema efectivo oculto bajo la ideología, será el de cualquier invasión demográfica y predominio racial, viejísima motivación en la historia del mundo. Una guerra sería, entonces, solamente de razas y de intereses, y no de ideas. ¿Tiene el Comunismo actual la capacidad de universalizarse por encima de sus particulares características rusas? ¿Sabrá transformarse en no ruso en otros lugares, con psicología y métodos completamente distintos? La vida, para llegar a lo universal debe atravesar primero lo particular. Antes de la ideología que tiende a la formación de unidades universales, la vida siente mucho más vívida, porque está próxima, la menor unidad biológica nacional. Esta es la realidad y ningún pueblo puede cambiarla. Si el trabajo obligatorio puede ser una necesidad para un pueblo paciente y soñador, en un país inmenso y triste, en el cual la raza está acostumbrada desde hace siglos, ¿cómo puede él aplicarse a pueblos con hábitos seculares distintos que jamás han vivido de esta forma bajo ningún régimen, de cualquier género que este fuera? Lo que decide no es únicamente el tipo de gobierno, sino la naturaleza del pueblo sobre el cual éste actúa. La forma de gobierno no es más que uno de los muchos elementos de la vida de un pueblo, que a menudo son más la causa que el efecto de aquella forma.

Con esto podemos ver de cuantos factores diversos es la resultante el actual Comunismo. Primero: el presente momento histórico o fase biológico-social, que se dirige a la formación de grandes unidades colectivas o vastos organismos biológicos de masas, lo que impone el logro de la justicia social. Segundo: la particular naturaleza del pueblo ruso, la cual ha hecho que este fenómeno fuera sentido y, por lo tanto, se verifica primero en ese país más pobre y sufrido, que en los demás. Esto explica un tercer punto: el porqué este Comunismo, cuya aparición hoy en el mundo biológicamente significa la aproximación a la aplicación del Evangelio esperada desde hace 2.000 años, haya nacido en Rusia al revés, es decir, como odio de clases, en vez de cómo amor evangélico. Hemos debido referirnos al Evangelio porque en su actual impulso evolutivo de la vida tiende hoy a dar un paso decisivo para aproximarse a la realización de aquella Buena Nueva, que hace 2.000 años fue simplemente anunciada. La idea comunista, incluso si en principio lo aplica a la inversa, representa de aquel Evangelio la primera vasta aproximación orgánica en el plano económico-político. De todo esto se deriva que, si aquel Comunismo quiere continuar desarrollándose según la línea trazada por las leyes de la vida, debe completarse, desarrollarse mañana más allá de su actual fase materialista, también en un nuevo lado espiritual, evangélico, que actualmente le falta.

Nadie niega la bondad y la verdad del Comunismo como justicia social. Pero para que una idea sea aplicable en todas partes es necesario que ella sea universal y no el producto sólo de un determinado pueblo y régimen. Ahora, únicamente el Evangelio, que no es hijo de gobierno alguno y que nació de un pueblo del que rápidamente se apartó, tiene no solamente las características de universalidad, sino que también se

presenta completo en el campo espiritual que es necesario a la vida. La Historia nos muestra que cuando el Catolicismo se nacionalizó en un pueblo y en un gobierno temporal, originó la reacción nórdica anti-latina del protestantismo. Y entonces, para evitar sismos en un Comunismo universal, no quedaría otro camino que un imperialismo tiránico y esclavista, lo que significa llegar a la peor injusticia social, a través de la teoría de la justicia social. Un procedimiento así invertido, no estaría de acuerdo con la actual tendencia evolutiva de la vida sino en contra, por lo tanto destinado por esta que es más fuerte a ser destruido, si ese Comunismo no se universalizara y espiritualizara, es decir, no logrará aproximarse en todo, incluso como método, al Evangelio. La acusación puesta en movimiento por la Democracia en contra del Comunismo, es la de que él no es Comunismo, sino un capitalismo de estado, de que no es justicia social, sino una forma de injusticia peor que la que dicho Comunismo detesta y quiere corregir en todas partes. De hecho, él se ha implantado como lucha de clases, vieja ley biológica del más fuerte, que el comunismo aplica como siempre ha hecho la vida, desde que el hombre existe. En una escala más amplia, lucha de clases significa lucha de pueblos y dominio de pueblos, imperialismo y sometimiento a través de la guerra. ¿Dónde está la justicia social? ¿Se puede llegar a la justicia a través de la fuerza? ¿O bien, la ideología es sólo forma y apariencia, detrás de la cual rige la vieja realidad biológica propia del involucionado que solamente sabe afirmarse a través de la fuerza? ¿Entonces la novedad consistiría únicamente en cubrir el viejo sistema de la ley hecha e impuesta por el más fuerte para su beneficio con un manto de teórica justicia social? Por lo tanto, es preciso decir que la vida, dado lo que el hombre actualmente es, no puede usar otro sistema para llegar a esa justicia que, entre tanto, representa la conquista a realizar en esta nuestra actual fase de evolución.

Hemos hablado de la necesidad para un Comunismo del mañana de universalizarse, desnacionalizándose para supernacionalizarse como idea y no como imperialismo de guerra, de la necesidad de superar la fase de imposición a la fuerza por la de libre persuasión, de la lucha de clases, por el amor evangélico. Hemos señalado también la necesidad para el Comunismo de mañana de espiritualizarse, completando así su inicial unilateralidad materialista. En su aspecto actual está incompleto, porque la vida no está hecha solamente de materia y sus problemas para el hombre no son sólo los del mundo económico. Y nadie le impide el poder encontrar en su camino escritos del género de “La Gran Síntesis”, que están en condiciones de darle un sentido orgánico y una orientación universal de la vida, ya que las teorías de Carlos Marx son insuficientes para darle. Actualmente, la vida y todo con ella, marchan hacia el plano súper material. Allí está llegando la ciencia; allí debe por fuerza llegar todo el pensamiento humano. El ateísmo se hace cada vez más absurdo en un universo que la Física-Matemática muestra cada día más pensante, vale decir, hecho de pensamiento en su más profunda realidad. Los miopes, que no se orientan y no se actualizan, que se detienen en la conquista del ahora y de lo contingente, sin saber anticipar un más vasto mañana, sin presentir las continuaciones del presente en el futuro, de la materia en el espíritu, se arriesgan a quedarse a mitad del camino. Se puede existir en la vida

no como estancamiento, sino como devenir. Y nadie puede cambiar las leyes de la vida que así piensa y así lo quiere.

El hombre puede creer en las ideologías que le plazcan, pero, ¡ay de la ideología que trate de sobreponerse a las leyes biológicas para violentarlas! En el conflicto entre ideología y biología vence siempre esta última que es la más fuerte. La vida es un fenómeno mucho más amplio y complejo que el simple fenómeno económico. El hombre solamente es, en parte, un factor de producción. El día que la actual ideología comunista no esté ya de acuerdo con los inteligentes planes que la vida quiere hoy organizar, será rápidamente barrida, no por hombres, gobiernos o ejércitos, sino por la vida que es la única fuerza que con su inteligencia y poder verdaderamente domina el planeta. Resumiendo, no es el Comunismo o la Democracia los que mandan en la vida, sino que es la vida la que comanda a ambos. Ella es la única verdadera patrona del mundo y les impone su voluntad que hoy es la de ascender.

A propósito de este dominio de las leyes de la vida encargadas de guiar los eventos históricos, es este el punto más oportuno para responder a algunas objeciones hechas al Cap: XCIX: “El Jefe” de “La Gran Síntesis”. Quien en Italia y en el exterior ha querido ver en dicho capítulo una referencia particular y exaltación a un determinado hombre y a un dado régimen, no ha comprendido el significado universal de los conceptos allí expuestos, aplicables en todo tiempo y lugar y a cualquier jefe, ya que ellos expresan las universales leyes biológicas. Y la primera entre ellas es la de autoridad-función, la de poder misión. Función y misión que son el único verdadero sostén de la autoridad y del poder, de modo que si caen éstas, la vida quita la autoridad y el poder, y toda la posición, cualquiera que sea la fuerza que quiera protegerla, automáticamente se derrumba. Repetimos, como siempre, que la Sociología no es más que un momento de la Biología, y la política no es más que una creación humana, pero un efecto de las leyes de la vida. Frente a estas realidades el método representativo no es más que una de las formas en las cuales aquellas leyes pueden expresarse.

Quien ha presentado, pues, estas objeciones, no ha leído lo que está escrito en “La Gran Síntesis”, al final del Cap. XCVI: “Concepción Biológica del Poder”. Allí se dice: “Las fuerzas biológicas no garantizan al hombre, sino a la función, y lo demuelen apenas deja de responder a ésta... De suerte que la Historia llamará siempre a sus hombres, superando las construcciones legales; los despierta, levanta y utiliza; los rechaza sin piedad así que cesa la función, o bien incurren en el abuso o la debilidad”. Y dicho capítulo concluye diciendo: “Así nace un Napoleón, puro instrumento de guerra difusos de las nuevas ideas, y luego arrojado por el destino, como un andrajo, apenas se agota su función, justamente como el último Rey de Francia, del cual se había reído...!”

Se trata, entonces, de leyes biológicas listas para entrar en acción a penas se verifiquen algunos precedentes determinados, tanto en el pasado, en el presente, como en el futuro, independientemente de la persona, tiempo y lugar al que estas

leyes se apliquen. La Historia ha confirmado y confirmará siempre estos principios. En esto podemos comprender lo inestable de todas las posiciones de comando que se basan en la fuerza y no en la función. Es fácil, entonces, preguntarse qué estabilidad pueden tener hoy los poderes humanos considerados en general como una conquista en beneficio propio. De allí surgen las desconfianzas y las luchas entre gobernantes y gobernados, la clásica forma de rebelión que parece actualmente implícita junto a toda forma de autoridad, tanto, que asume el aspecto de legítima defensa.

En todo esto podemos ver cómo los criterios con los cuales la vida nos dirige son diferentes de aquellos por los cuales el hombre desearía mandar, y cómo la distinción entre Capitalismo y Comunismo sólo posea un valor contingente y transitorio, en función de algunos de sus objetivos, alcanzados los cuales todo cambia. La distinción biológica es de alcance muy distinto, es entre involucionado y evolucionado, de diferencia evolutiva, de sustancia, de la cual todo deriva y de la cual el problema social actualmente no se ocupa. Así, prácticamente éste se reduce a un conflicto de intereses en el cual los hombres de acción, al proponerse finalidades inmediatas y concretas, quedan inmersos en la contienda, privados de cualquier visión de conjunto, la cual, si bien es de realización más remota, no deja de ser un fin que debe ser alcanzado después. Quien está envuelto en la acción política, deberá asumir la actitud y el encargo de actuar, lo que es indispensable, pero no puede dejar de lado al hombre de pensamiento que es el único capaz de indicarle las grandes líneas de orientación. Cuando se está encerrado en el pequeño horizonte de las realizaciones concretas, no se puede ver el lejano mañana que también deberá llegar, ver el pensamiento de la vida y la voluntad de la Historia, que en la realidad, guían al hombre, aún cuando él se crea dirigente autónomo. Quien se limita a la visión y realización inmediata, ciertamente podrá alcanzar sus finalidades inmediatas, pero no sabrá en qué más lejanas realizaciones terminará después desembocando. A ellos llegará sin quererlo y sin saberlo. Ya señalamos anteriormente a dónde es muy probable que se dirijan y concluyan las tendencias sociales modernas.

El hombre práctico actúa en la política en otro plano. La imparcialidad y la universalidad para él no tiene sentido. Lo que sí tiene, en cambio, mucho sentido, es el encuadramiento de sus intereses en un determinado partido, con exclusión de los otros y contra los otros. La psicología de acción se reduce, pues, a una psicología de lucha y al ejercicio de ésta. Entonces, de posiciones que corresponden únicamente a un particular y transitorio propio relativo, se hace un absoluto. El problema social y político se convierte en un problema particular, aislado, limitado, y no se fusiona con el problema universal del cual, incluso, él depende. Aparecen entonces en primer plano las cuestiones secundarias, perdiéndose de vista los más vastos planos de acción en los cuales obra, en cambio, la más amplia inteligencia de la vida. Y así es que nos engolfamos en una técnica de pura batalla.

De esta forma el Comunismo, que se justifica con la injusticia social, la busca y la amplifica para justificar también su intervención. Se concluye así que esta ideología de justicia, dado que prospera mejor en la disgregación social, de ésta se sirve y trata de generarla. De esta manera una ideología de orden y de justicia, comienza a

aplicarse como desorden e injusticia. De allí se desprende un hecho extraño. Que las naciones capitalistas, para impedir el arraigo del Comunismo, son obligadas a impedir la formación de estas condiciones de miseria que son las que justifican y atraen el Comunismo. El resultado del asalto comunista, debido a su forma de aplicación dada su técnica de lucha, trae como consecuencia en obligar a los estados capitalistas a una tal producción y distribución de la riqueza que forma un alto nivel económico en todos los países no comunistas, de modo que el Comunismo en ellos no encuentra un punto de apoyo, ni razón ni modo para intervenir. He allí que, entonces, más allá de los planos limitados de los hombres de acción, los más vastos planos de la vida realizan un programa completamente distinto, es decir, el de transformar un agente en el desorden revolucionario en un factor de bienestar y el de forzar al Capitalismo a ser el primero en aplicar la justicia comunista, si no quiere ser por ésta suplantado en dicha función hoy universalmente sentida y reclamada. Así, en las manos de la sabiduría de la vida la desorganización se convierte en organización, el mal en bien. De esta manera el Capitalismo conservador es obligado a efectuar el progreso. El asalto comunista se resuelve sin él saberlo y contra su voluntad, en las manos de la vida, en el logro de lo que ella y no los jefes particulares quieren, vale decir, un universal progreso de todos, también de las naciones capitalistas, hacia la justicia social.

La vida alcanza sus objetivos con el método de la reacción. Cuando permanecemos en lo contingente donde hierve la lucha, desencadenar un asalto significa excitar la proporcionada reacción, dada la universal ley de equilibrio. Una benéfica reacción de los estados capitalistas consiste, pues, en ser obligados a efectuar ellos mismos los principios de una equitativa distribución de la riqueza y de la justicia social proclamadas por el Comunismo, al menos gradualmente. Otra reacción consiste en el hecho de ser obligados a cuidar del nivel económico de los pueblos amigos con todo género de ayudas. De hecho, por reacción, surge en ellos esta objeción: Si el objetivo es el de mejorar el estado económico propio, ¿por qué el problema no se puede resolver, en vez de a través de la distribución, a través de la producción de la riqueza? El mismo universal problema del mejoramiento económico, de hecho puede asumir, según la naturaleza de los distintos países, aspectos diversos. Un país pobre, incapaz de explotar su territorio aunque sea rico y vasto, que ha progresado muy poco, se sentirá más impulsado a resolver ese problema con la lucha de clases, disputándose las riquezas ya producidas. Otro país, históricamente rico, con temperamento y clima distinto, joven y dinámico, lleno de recursos dentro de sí y fuera de sí, es llevado a mirar el anterior método como sin sentido y a encontrar mucho más conveniente resolver el mismo problema a través de una mayor producción de riquezas para todos, relegando a segundo plano la cuestión de su más o menos equitativa distribución, de una paridad económica. Entonces las naciones no comunistas pueden replicar que ellas encuentran más conveniente resolver el problema de este modo, y así lo resuelven. Es decir, sin lucha de clases el régimen capitalista puede, por medio de una abundancia general, permitirse trascender sus desigualdades distributivas, mientras que el régimen comunista, aunque distribuyendo con justicia, deja a todos en la miseria. ¿Por qué entonces perder el tiempo en una lucha intestinal de clases con

todas sus consecuencias corrosivas y destructivas, cuando el objetivo se puede fácilmente alcanzar a través de una producción tan aumentada, que eleva el nivel económico de todos, de modo que todos quedan contentos? En vez de luchar contra nuestro semejante con sentido de odio, ¿por qué no luchar, en cambio, sólo contra las fuerzas de la naturaleza para dominarlas? El problema no es distribuir, sino producir. Solamente así se puede mejorar verdaderamente las propias condiciones. ¿No es preferible un sistema de bienestar general donde haya para todos aunque distribuido desigualmente, que un sistema igualitario en la miseria?

En esto podemos ver lo difícil que es el trasplante de ideologías hechas hacia un país hacia otros climas; difícil aplicarlos a otras realidades biológicas que, naturalmente, reaccionan. Lo que puede ser asumido por un pueblo como verdadero, puede parecerle absurdo a otro que tiene cualidades distintas. ¿Cómo se puede enviar un oso polar al Ecuador? O muere, o se transforma. La vida con sus férreas exigencias impone adaptaciones dentro de férreos límites de tolerancia. Por eso, como dijimos, si el Comunismo quiere regarse por el mundo debe desnacionalizarse, adaptarse y transformarse, porque existen leyes biológicas que ninguna fuerza puede cambiar. De modo que el resultado final de la realidad de la ideología originaria no sabemos cuán lejos está de su punto de partida, porque para llegar a su realización, la ideología originaria debe tomar en cuenta a las leyes y a la voluntad de la vida que la amoldarán inexorablemente a sus exigencias y si no se quisiera amoldar, la despedazará. Ya dijimos que el pensamiento de la vida es muy distinto al de los hombres. Es aquel y no éste el pensamiento verdadero que es necesario leer para comprender los fenómenos sociales. Existen más profundos juegos universales que el individuo inmerso en su particular no ve, y que no obstante, actúan. Es natural, entonces, que en el mundo imperen motivos distintos repetidos al son de las armas, pero que todos, aún haciendo la guerra, colaboran por los mismos fines evolutivos de la vida.

Colocándonos momentáneamente del lado del Capitalismo, podemos preguntarnos si la desigualdad económica contra la cual solamente hoy la psicología colectiva insurge en masa, haya sido históricamente considerada una injusticia. Si ella ha existido, si la vida la ha dejado existir, esto significa que debe haber cumplido su función que ahora ha desaparecido, y no se sabe con qué será sustituida. Solamente hoy la vida, en un momento excepcional, decidió hacer progresar a las masas humanas en bloque. Antes, con su habitual parsimonia, ella hizo avanzar sólo grupos limitados que formaban las aristocracias. Sistema que resistía, a pesar del cambio de sus componentes, porque cumplía la función de crear modelos de civilización más progresados, más refinadas formas de existencia, de modo que los menos pudientes pudieran después, a su vez, ascendiendo, imitar. Formas más progresadas a las cuales, sea por medios o por preparación educativa, el grueso de las masas no podía ascender y que, por lo tanto, debían necesariamente resultar limitados a una clase y reducido número de personas. Éstas tenían unas funciones educativas y directoras, representaban un anticipo, un modelo. De esta manera Europa admiró las lujosas locuras de Luis XIV que después formaron el modelo para la civilización

aristocrática del siglo XVIII y, agotada su función, justificaron el asalto demoleedor de la Revolución Francesa. La misma plebe que se sentía honrada y admiraba cuando era admitida al contemplar la suntuosidad de aquella corte, en las cenas del rey, en los jardines, etc., un siglo después consideraba las mismas cosas como un escandaloso insulto. La vida que se expresa a través de las personas, había utilizado el egoísmo de la clase aristocrática, mientras ésta servía para crear su modelo. Pero cuando ésta con el mismo egoísmo intentaba monopolizarlo para su exclusivo placer, la misma vida insurgía y se expresaba a través de todos los que habían sido excluidos y los lanzó contra los monopolizadores. La vida es por sí misma colectivista y no admite injustas exclusiones. Y entonces grita a través de la boca de los desheredados: ¡nosotros también! El error humano que la vida castiga y que para no pagar sería necesario evitar, está completamente en el egoísmo y en el monopolio. La moraleja está en que, según el verdadero colectivismo, que es el de la vida, todos debemos ser hermanos.

Hoy con la igualdad obtenemos ciertamente la justicia social, pero también el nivelamiento de toda distinción y refinamiento, perdiendo completamente el modelo del Señor, que si era rico, también debía ser educado, culto y benefactor, al menos en teoría. Teoría hoy perdida aunque sea justamente, porque fue traicionada por las clases altas, pero perdida. El pueblo está actualmente preparado para apropiarse de todas las ventajas materiales y también de los vicios de las clases superiores, pero no se preocupa por los deberes, y por la educación, tareas inherentes a esas posiciones. De allí se sigue un rebajamiento general del nivel de vida a planos inferiores. El asumir como modelo al hombre de la calle, el campesino, el trabajador, significa también un nivelamiento espiritual correspondiente con el actual materialismo, con la psicología del vientre propia de ese tipo menos evolucionado, así como con la tendencia destructora actualmente en acción en todos los campos más elevados de la mente y del corazón. El problema es muy vasto. Hoy nos encontramos en una fase universal de nivelamiento, y no sólo a nivel económico. Es natural que los bajos estratos de la sociedad humana, despertándose, haciéndose notar y afirmándose, lleven consigo a la superficie de los primeros planos, todas las características del involucionado. El principio igualitario hoy no interesa solamente al mundo económico, sino que es un fenómeno que toca todas las manifestaciones de la vida, incluso aquellas con las cuales parece no relacionarse. Le han puesto en movimiento para sentirse vivir todas las células sociales, incluso aquellas que estaban adormecidas a la espera. Es ciertamente un fermento de vida, extenso pero tosco, primordial. Así se va hoy cada vez más perdiendo la raza del individuo evolucionado y seleccionado, porque una marea de vida emergiendo desde abajo se impone, conquista cada espacio y sumerge toda supe relevación biológica.

Tal es el momento histórico del cual el Comunismo no es más que un aspecto, en el plano económico-político. En su terreno, el nivelamiento podrá ciertamente satisfacer el sentido de envidia de los medios pudientes, pero en verdad nuestro tiempo deberá pagar esta conquista con una rebaja del tipo más elevado de civilización. Aquello era de pocos, y esto ahora es de todos. Por ahora nos faltarán los modelos elevados, tendremos el de la mediocridad. Tendremos un estado de semi-cultura, de semi-

riqueza, de semi-educación y finura, pero igual para todos. En el alma del pobre que sueña, el Comunismo es algo muy distinto a un ideal de justicia social, o por lo menos ésta debería consistir, según él, en sustitución de personas, de su persona en las posiciones de favor según los viejos esquemas sociales. Y él está listo para aceptar el Comunismo mientras que con esto gane algo, y se resignará a una paridad económica, solamente mientras que con esto gane algo, y se resignará a una paridad económica, solamente mientras ésta signifique para él un mejoramiento. Con lo que en verdad él sueña, es con la desigualdad de antes, pero a su favor. Esta posibilidad de emerger distinguiéndose de la plebe, está definitivamente eliminada de la actual fase histórica, incluso para la plebe: Ésta, en la igualdad, tendrá la satisfacción de no ver más ante sus ojos ostentación de riquezas, pero no tendrá tampoco a quién o qué cosa envidiar, no podrá ya admirar, ni siquiera envidiando, aquel espectáculo del cual siempre estuvo ávida. Sin embargo, podría serle útil explorar algunos aspectos de la riqueza que se le escapan, recorrer las experiencias de las clases refinadas que conocen bien otros dolores que la vida justa mantiene distante de aquellos que ya tienen suficiente con el de la pobreza.

Frente a estas más profundas realidades de la vida, todas nuestras etiquetas de partido o de gobierno pasan a segunda línea y parece hasta inútil molestarse con distinciones detrás de las cuales, bajo la engañosa forma de palabras nuevas, se esconde el viejo hombre de siempre. Entonces se desciende al terreno de la lucha, en el cual resulta vano buscar la verdad. Ésta está en otro lugar, en las leyes de la vida. Y para ella, las diferencias individuales existen, permanecerán y como tales volverán a manifestarse. Ningún nivelamiento económico podrá impedir al más inteligente y voluntarioso emerger, y al más obtuso y perezoso tener que someterse a él. La distancia entre siervos y patrones responde a una realidad biológica que está siempre preparada para reconstituirse, incluso en su manifestación exterior de diversas posiciones sociales. Ninguna disciplina de Estado puede cambiar estas posiciones sustanciales. Tanto en los individuos, como en los grupos, el más fuerte se convierte siempre en centro en torno al cual, como planetas, giran los más débiles que siguen la ley y el orden que él quiere establecer para ellos. El movimiento de la vida es siempre el mismo, tanto en el pasado como hoy: la ascensión de las más bajas clases sociales. El nivelamiento no tiene otro sentido. Podrá existir una disminución de la distancia, sobre todo formal, pero las diferencias son insuprimibles. Todavía la plebe es menos evolucionada que sus jefes, en consecuencia es campo de lucha para los dominadores en su favor; los cuales continuarán instruyendo así a las masas que siempre nuevos trucos inéditos, y ellos de esta manera aprenderán que cada pueblo tiene los jefes que merece y que puede comprender. Ellos aprenderán cada vez más a pensar y, de desilusión, escarmentando duramente cada vez, se formará como es justo, a su costa, la conciencia colectiva. Y así la vida, siempre a través de la lucha, alcanzará sus fines evolutivos. Como se puede ver, la actual universal destrucción, no es más que una fase. En biología la destrucción tiene siempre una función renovadora.

La sustancia de todos estos movimientos es la lucha biológica, en la cual cada quien se comporta según su naturaleza. Cualquier ideología debe tomar siempre en cuenta

los insuprimibles instintos que hacen funcionar al hombre, y entre éstos, es fundamental el de la posesión, el de la propiedad, para poder con estos medios ascender. El verdadero Comunismo presumiría al hombre angelical, desinteresado, altruista, dispuesto a renunciar a su beneficio individual por el bien de todos. ¿Existen hoy ejemplares de este tipo de hombre? Y si existen, ¿podrían sobrevivir en el mundo de hoy? Y entonces, ¿con qué se puede reemplazar estas cualidades? ¿Con el espíritu de grupo y el interés partidista? Entonces de la ideología sólo quedará en acción lo habitual, la vieja lucha por dominar, la unión para hacer la fuerza. Esto no es culpa del Comunismo ni del Capitalismo, sino del hombre que en todas partes es siempre el mismo. Sin embargo, la meta es el Evangelio y su justicia. Pero dado lo que el hombre es hoy, una más avanzada aproximación en masa no se puede obtener. Todo ocurre por una profunda razón y busca alcanzar un fin en la vida, y éste está distante, de forma que los hombres de hoy no lo ven. Mañana la fase actual, Capitalismo y Comunismo, será superada. Sin duda la conciencia colectiva se ha despertado y las masas sienten más clara la voz de la vida. Los errores se pagarán y en el dolor serán corregidos, y así por eliminación, sobrevivirá solamente el mejor, seleccionado en las pruebas.

Todos los movimientos actuales, incluso si en parte naufragan, tienen una gran función como escuela y como prueba. Se comenzará a formar un egoísmo de clase, que es más amplio que las unidades psicológicas que se formaron en el pasado. Todo lo que contenga coordinación y unificación, es progreso. Se forma la organización de clases. Es un sentirse en unidad por parte de las células que antes no se conocían. Y la coordinación de los egoísmos de clase en más vastos egoísmos de pueblos y de humanidad, traerá un día un nuevo progreso. Ya vimos en el volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio”, los métodos de adquisición del involucionado. Él es llevado a considerar “legítimamente suya” cualquier cosa sobre la cual, con cualquier método, él logra poner las manos. Las actuales maceraciones lo maduran y lo llevan a concebir una propiedad cada vez menos egoísta y exclusiva, más colectiva y social, hasta su negación en el Comunismo. Esta es una manera de conducir al involucionado a la concepción que el evolucionado tiene de la propiedad, que ya vemos que es muy distinta.

Muchos son hoy los modos con los cuales la vida busca explotar en sus viejas formas. no nos queda más que confiarnos a su sabiduría y limitarnos a seguirla, leyendo su pensamiento que se escribe en los eventos de la Historia. Respetamos a los hombres de acción porque son necesarios, pero no nos dejamos arrastrar demasiado por sus espejismos. Miramos hacia la vida que es la única que no sabe mentir y puede darnos confianza. Ella, dividiendo el mundo entre Capitalismo y Comunismo, no hace más que aplicar su universal principio de dualidad. Y ya sabemos que el dualismo es la base del monismo, porque toda unidad existe en cuanto resulta formada por dos mitades inversas y complementarias. Estas dos mitades son hoy en el mundo: Capitalismo y Comunismo. Ellos forman, por consiguiente, una unidad. Ellos representan la actual forma de los equilibrios de la vida. Vale decir, las dos mitades son, como en todas partes y siempre, equilibrantes, como lo es el positivo con el

negativo en todas las cosas, desde los dos polos en el circuito eléctrico, a los dos términos en el sexo. Así como la Historia tiene sus períodos romántico y clásico, la política sus formas de democracia y totalitarismo, así ocurre con el Capitalismo y el Comunismo. El primero es productor, por lo tanto acumulador, conservador, se basa en la riqueza y en el bienestar material. El segundo es revolucionario, por lo tanto expansionista y guerrero, y se basa en la conquista y en el ideal. Ellos luchan hoy como el macho o la hembra en el amor, creyendo como estos imponer cada uno su propio “yo”, para su propia y exclusiva victoria. Pero el tercer elemento, el hijo que nacerá de este encuentro, no será exactamente ni lo uno ni lo otro, y aún asemejándoseles, será únicamente él. Y para su génesis, ¿quién es más necesario: el macho o la hembra? La vida opera en todas partes y siempre con los mismos principios.

Antiguamente pobres y ricos vivían en la misma ciudad. Hoy esa ciudad es el mundo, y como todos los pobres se han unido, así también todos los ricos se han unido. De esta forma el mundo se ha dividido en dos. La Rusia pobre se ha hecho madre de todos los pobres y ha abrazado a China que es pobre, en una ideología que los justifique a todos. Estados Unidos de América se ha hecho madre de los ricos y ha abrazado a Europa que hasta ayer pertenecía a la casta de los ricos. Si en el pasado los pobres pedían limosna y querían arrancársela a la fuerza al rico, uno detrás del otro, sin preocuparse por los otros pobres, y cada rico daba o regalaba separadamente, hoy por la acción del principio de las grandes unidades, el mismo gesto de una parte y de la otra, es repetido en grandes masas. Actualmente no es un pobre o un grupo de ellos, sino que es la mitad del mundo que pide e impone justicia económica a la otra mitad. La realización del principio de las grandes unidades, a la cual el progreso nos ha llevado, nos ha hecho llegar a la unificación en todos los campos y, primeramente, en el campo económico.

IV

LA UNIDAD POLÍTICA

En los capítulos anteriores hemos observado el principio de la unificación y su actual realización en el mundo, la cual representa la presente fase de su progresar. Se trata de la coordinación de muchos elementos antes heterogéneos en nuevas unidades-síntesis, lo que significa su ascensión a lo largo de la jerarquía del ser, en el sentido de que esto es un momento de aquel progresivo reordenarse del caos, por el cual todo tiende a retomar a Dios. Cualquier actitud que hoy el hombre quiera asumir, en bien o en mal, el hecho nuevo que expresa el progreso actual, es que todo actualmente comienza a suceder en una escala cada vez más amplia, debido a que cada vez más los hombres se sienten a distancias más largas y, por tanto, se agrupan en más vastas unidades. Hablando en “La Gran Síntesis” (cap. XXVII) de “La Ley de las Unidades Colectivas” simplemente constatamos esta estructura analítico-sintética, es decir,

colectivista por agrupamientos orgánicos en el universo. Aquí estamos observando algunos casos particulares, situados en el campo social y en la actual fase histórica, analizando algunas unidades colectivas sobre todo en su proceso de formación, vale decir, no en el aspecto estático sino dinámico de su devenir. Hemos así observado, en el capítulo anterior, el actual fenómeno de las grandes unificaciones mundiales en base a intereses económicos. Pasamos ahora a observar el mismo fenómeno en el campo político, y después en el campo religioso. En el estudio de estos particulares casos de unificación, encontramos también una aplicación y una confirmación de aquel monismo que siempre nos ha guiado en estos escritos. En ellos el lector puede ver que todos los problemas son siempre orientados hacia el mismo principio universal. También ahora partiremos partiendo a un punto de referencia de carácter universal.

La creación no es el resultado de la intervención exterior por parte de un principio trascendente, que crea todo de una vez de la nada. La realidad fenoménica nos muestra, en cambio, que la creación es el resultado de una continua e íntima actividad de un principio que es también inmanente, cuyo crear resulta de un siempre nuevo disponer diversamente en formas transitorias y caduca una sustancia que es indestructible. Lo que cambia y se destruye es sólo la forma. Es solamente ésta lo que nace de la nada y no la sustancia. Ésta es así tomada en una corriente de continua composición y descomposición según modelos distintos. Todo se individualiza en tipos definidos, componiéndose pasan a existir, después se desintegran para recomponerse en una existencia más completa y perfecta, según la marcha de la evolución. A través de este florecer y marchitarse para volver a florecer, nacer y morir para renacer, la vida avanza. Movimiento que, si es esfuerzo y parece inestabilidad, es medio de inagotables conquistas. Ciertamente, quien toma la forma transitoria por realidad definitiva y a ella se apega, abraza solamente una apariencia y se pierde en la ilusión. Esto no le ocurre a quien se apega a la sustancia.

Dicho esto, entremos en la aplicación. La nueva era en la cual el mundo está por entrar no es una creación nueva de la nada, mas tan sólo una diversa y más alta forma de vida en la cual los elementos individuales y sociales de la humanidad hoy existentes son dispuestos de manera distinta, vale decir, más armónicamente y orgánicamente, con mayor amplitud y profundidad de fusión, en la supresión de muchos roces dolorosos, de modo que se pueda formar una individualización biológica colectiva más armónica, extensa, compleja y perfecta, es decir, una civilización más avanzada. Hace milenios que los individuos se elaboran en las más diversas vicisitudes históricas, las cuales es absurdo que vuelvan a repetirse siempre iguales. No existe todavía la comprensión, pero existe la posibilidad de llegar a ella. Es verdad que el hombre todavía es un involucionado en la mayoría de los casos. Pero existen dos hechos nuevos: la extensión de sus facultades racionales con la ciencia y la cultura, y el progreso mecánico que libera al hombre del trabajo material y le permite fáciles y rápidas comunicaciones mundiales. Se ha formado, entonces, en la humanidad la capacidad y el medio para sentirse en todos sus puntos. No existe

todavía el sentido de la organicidad, pero allí están sus premisas. El mundo está maduro para encaminarse a comprender y a realizar la idea nueva de la unidad.

La vieja madre Europa ha agotado gran parte de su función irradiando su civilización hacia las dos Américas, sus dos hijas, la latina y la anglosajona, en las cuales se han expandido y reviven las dos grandes razas europeas. El mundo está dividido actualmente sólo en las dos grandes potencias, Rusia y Estados Unidos de América. Deberán de algún modo enfrentarse y decidir así la supremacía mundial, alcanzada la cual, todo girará alrededor de un único centro, aquel que demuestre como potencia, justicia e inteligencia, ser el mejor. Solamente el formarse de un único gobierno central podrá establecer un orden mundial que aísle y elimine la violencia bélica de los Estados separados. Los idealismos anti-bélicos pueden expresar un deseo y preparar el terreno para la paz, pero no son suficientes para eliminar por sí solos la guerra.

En nuestro siglo de movimiento y velocidad, asistimos a un continuo derrumbe de barreras. Muchos muros divisorios elevados por la ignorancia humana, aún cuando resistan, poco a poco serán abatidos. En el campo político se revela absurda y ofensiva para los excluidos, la idea de una superioridad social, como lo es también la idea de una absoluta superioridad individual. Tanto más es perniciosa esta idea, en cuanto ella tiende al sentimiento y al exterminio de otras razas o pueblos. Todas las razas tienen sus cualidades que no se han formado al azar y que tienen funciones colectivas; cada pueblo puede dar su contribución útil en la formación del nuevo organismo de la humanidad. Y si existe una raza más evolucionada, esta tiene por ello, no el derecho de aplastar y explotar, sino el deber de educar y hacer evolucionar. La mente moderna, especialmente después de las últimas experiencias bélicas, es llevada a hacer la crítica al viejo concepto de nacionalidad que ha dividido y perjudicado al mundo por milenios. Y se pregunta: ¿qué interés puede tener para un individuo matar por razones de estrategia política, personas que no conoce? Frente a toda afirmación, el espíritu crítico moderno mira detrás de los bastidores, y nace la duda de que las exaltaciones heroicas, las condecoraciones de guerra prueban ser creaciones artificiales de gobiernos o clases sociales, solamente debido a sus objetivos egoístas, que en verdad no interesan a los pueblos, conducidos así a la masacre en beneficios de otros. El racionalismo moderno se ha sacudido de la fe simple de antes. Los últimos derrumbes de grandes potencias y las rápidas inversiones de estandartes e ideales, han puesto al descubierto lo dañino de muchas intrigas políticas, en general antes desconocidas. El lamentable aspecto de los gobiernos así desnudados, ha desacreditado la idea de Estado. El haber proclamado a los cuatro vientos los abusos practicados por los dirigentes, ha sonado al oído del ciudadano, natural enemigo de su patrón, el Estado, en vez de cómo una reivindicación de justicia, evidente y pública acusación contra toda autoridad, ejemplo justificativo para el desorden y, por lo tanto, incentivo de rebelión. Se ha estremecido así el prestigio de la autoridad en sí misma, cualquiera sea quien la personifique. El hombre, debido a la constatación de tantos engaños se ha vuelto más astuto y desconfiado, comienza a comprender los trucos de todos los gobiernos, de

todos los programas, de todos los partidos, sabe con qué métodos la prensa fabrica la opinión pública y, entre tantos maestros, ha aprendido a desconfiar de todos. El individuo privado quiere volver a sus negocios, quiere su paz, los pueblos están cansados de las guerras. Hoy sólo comprenden un tipo de guerra: aquella contra el loco que quiera desencadenar nuevas guerras. Por este motivo, quien desea hacer la guerra, primero desempeña el papel del inocente agredido, proclamando al mismo tiempo que es el defensor de la paz.

Entre tanto se afirma: el pacifismo le abre las puertas al enemigo. Es verdad. Pero en la actual convulsión y relatividad de fronteras, con los medios aéreos en acción para superarlos, con la actual tendencia a grandes unidades mundiales, esta fase pierde día a día su valor. Hoy la guerra se hace cada vez más con los capitales y las industrias, y cada vez menos con el patriotismo y el espíritu heroico; cada vez más con las capacidades técnicas y siempre menos con el valor militar. Es así que tiene más acción protectora para el pueblo el sentido orgánico e industrial, que el sentimiento bélico. El mundo se transforma, marcha hacia la fase orgánica colectiva. Ahora, el colectivismo es por su naturaleza colaboracionista, anti-agresivo y pacifista. A través de sus inhumanas destrucciones, la guerra se encamina a destruirse así misma. La técnica la volverá tan destructora, que el mundo se coalicionará para no llegar a su fin, contra quien quiera recurrir a ella. Así el espíritu bélico no será ya virtud, sino defecto. Todo esto hoy puede parecer desmoralización, pero con la evolución cambian las necesidades y los valores éticos y sociales. La vida avanza y abandona los valores que ya no le sirven. Lo que servía en un mundo de paz temporal dada por un equilibrio inestable entre muchas nacionalidades distintas y rivales, no sirve ya en un mundo que gira alrededor de un único poder central, en un mundo orgánico, por lo tanto, ligado al pacifismo. Los medios técnicos conquistados, así como lo emancipan de los esfuerzos animales, lo llevan a consumir sus energías por luchas más elevadas, por una selección espiritual y no material.

El patriotismo, sentimiento tan fundamental en el pasado para la defensa nacional se resiente de las cambiantes condiciones de vida y se transforma. En vez de parecernos exaltación heroica, se nos muestra en otros de sus aspectos, conectado a la intolerancia, a la rivalidad, a la agresividad, a la guerra y a la destrucción. Una idea desemboca en la otra, en cadena, hasta el fondo. El elevarse del nivel de vida, la progresiva evolución del ser humano, lo han sensibilizado más en todo, especialmente en relación a la destrucción, cuyos dolores se hacen cada vez más insoportables. Si el patriotismo es bello en la patria, en lo exterior es una amenaza, y a cada exaltación patriótica en lo interior corresponden una recrudescencia de odios en los países vecinos. Estos aislamientos egocéntricos se hacen cada vez más absurdos en un mundo tan intercomunicado en sus intereses y relaciones de todo género.

Hoy sentimos el peso de las barreras a las cuales en el pasado nos sometíamos resignados como a un hecho inevitable; como nunca se tiene sed de libertad, de una libertad más amplia que la precedente, con más espacio porque el mundo de niño se

ha convertido en adulto. Actualmente como nunca el hombre siente que la vida es mucho más bella y mucho más libre. La intensificación del dinamismo moderno y de los medios para moverse que satisfacen este dinamismo, exigen libertad. Y una mayor libertad solamente se puede obtener con una proporcionada mayor tolerancia y comprensión. Del principio de que es grande quien ama sólo a su patria odiando todas las demás patrias, se llegará al principio de que es grande quien ama al prójimo como así mismo. Lo que a la vieja mentalidad parecía desmoralizador, es en cambio una caída de barreras. El patriotismo del futuro abarcará a todo el mundo y el hombre será solamente ciudadano de la nación “humanidad”. El tipo biológico del futuro, Señor del planeta, el vencedor de la lucha por la vida en sus nuevas formas, no será el hombre belicoso, violento y feroz de una vez, sino un ser orgánico, “el hombre social”, célula de un inmenso organismo humano, cuya vida nada tendrá que ver con ganar en la extorsión de individuo a individuo practicado hasta hoy, sino que se basará en la inteligente y pacífica explotación de las inagotables riquezas y fuerzas que se desbordan en la naturaleza.

V

LA UNIDAD RELIGIOSA

El mundo de hoy no marcha solamente hacia la unidad política e internacional, en la cual está implícita como causa y efecto la unidad económica, sino que se encamina también hacia la unidad religiosa. También en este campo, que es importante como el político y el económico, se tiene actualmente, entre tantos grupos distintos y hostiles, a la unidad, es decir, a la formación de un solo redil con un solo pastor. Pero aquí es necesario comprender que esto no se puede interpretar, como no se puede en relación a las razas y a las naciones, como una superación de una religión y sus representantes con exclusión de las otras religiones y sus representantes. Así como la futura humanidad será una unidad racional y nacional que está por encima de las unidades raciales y nacionales individuales, así la futura religión será una unidad espiritual que está por encima de las unidades religiosas individuales. En otros términos, así como en el campo político, social y económico, también en el campo religioso la unidad solamente puede ser dada por la comprensión y fusión en un todo armónico, de las verdades religiosas existentes. Comprensión no significa sometimiento del superior al inferior, ni siquiera del inferior al superior, sino coordinación según el propio intrínseco valor y peso específico de cada unidad para formar un Todo orgánico único. Cada religión en su justa posición, según su altura espiritual. Hay lugar, entonces, para los budistas, mahometanos, hebreos y cristianos de todas las especies, incluso los católicos. Hay lugar para cualquier religión, para cualquier secta que supere el espíritu sectario, para cualquier forma de fe, sea filosófica o científica, con tal de que sea libre, que tienda sinceramente hacia el espíritu y hacia lo divino.

También esto puede parecer desmoralización. Pero las tantas subdivisiones humanas de la misma adoración a Dios, con las cuales se cree celosamente conservar la fe, son más cuestión de forma que de sustancia y alcanzarán la unidad cuando sepan superar la forma, ateniéndose sobre todo a la sustancia. Le debe dar a la forma el valor que merece, y no más. ¡Cuántos delitos se cometieron por esta forma! ¡Cuántas matanzas se hicieron en nombre del mismo Dios que a cada quien le parecía tan distinto y que es siempre el mismo! Es evidente que todo lo que divide es satánico, y que los caminos de Dios que es amor, llevan a la unidad. El espíritu egocéntrico y sectario es una expresión del mal; el espíritu de comprensión y altruismo es expresión del bien. En todas las iglesias se adora a Dios, y es el mismo Dios. ¡Y entre tanto, nos dividimos por la pretensión de definir lo indefinible infinito, de concebir lo inconcebible, de dar en lo relativo una forma a quien puede asumirlas todas y está por encima de todas las formas! Si la Verdad Absoluta es una sola y jamás cambia, es natural que en lo relativo humano solamente pueda existir una Verdad relativa, limitada y en evolución. Es natural que las capacidades humanas de comprensión no puedan abarcar la Verdad Absoluta que está por encima de cualquier inteligencia humana y que, por lo tanto, a ella solamente se pueda acceder por grados, por sucesivas aproximaciones. En la libre atmósfera espiritual del universo cualquier aislamiento cerrado en una verdad particular, es disecarse y perecer. Todo profeta, cada jefe de religión llevó su mensaje del mismo Dios en formas distintas adaptadas al hombre y proporcionadas a los tiempos. No confundamos la forma con la sustancia. Los diversos mensajes de Dios no son verdades distintas y enemigas, sino las sucesivas formas en las cuales se expresa la palabra de Dios a los hombres en un mismo progresivo plan de educación.

No es suficiente la tolerancia que es una actitud negativa; es necesario llegar a esta comprensión, vale decir, a la hermandad entre las distintas religiones. No se trata de soportar a un enemigo tolerando sus errores con tácito espíritu de condena, sino que se trata de ir al encuentro de todas las formas de la fe, con el corazón abierto, buscando más lo que las une, que lo que las divide. Es necesario comprender que ellas no son más que diferentes estados históricos, fases evolutivas o formas étnicas de una misma religión única, que evoluciona paulatinamente y se completa de época en época. ¿Por qué el adulto debe ser enemigo del joven o del niño, el fruto deba ser enemigo de la flor, del botón o de la semilla, si es siempre el mismo “yo” que camina en el tiempo, evolucionando? La actual manía separatista en el campo espiritual, se hace hoy día cada vez más ilógica y perjudicial. Las barreras que dividen al mundo son todavía muy grandes, pero en el tiempo actual ellas deberán derrumbarse. La lucha entre las religiones ha estado hasta ahora conectada con la lucha racial, política, económica, nacional. Es evidente que alcanzada la unificación en estos últimos campos, se deba llegar a la unificación también en el campo religioso. Dado que la realidad fundamental de las religiones es Una y la misma, y que la lucha religiosa es a menudo la expresión de rivalidades de otro género, es cierto que cayendo éstas, la tendencia hacia la unidad en cualquier campo llevará a la hermandad también en el campo religioso, por lo cual a los más evolucionados le corresponderá comprender y ayudar a los menos evolucionados, y no condenarlos y combatirlos. ¿No es

perjudicial la disputa inteligente cuando nos trae divisiones y odios, cuando la esencia de la religión es la unión, la hermandad, la aproximación a Dios amando al prójimo? La más profunda erudición sin ardor de sacrificio y de fe, será siempre puro fariseísmo.

Es evidente, ya lo dijimos, que en nuestro tiempo asistimos a un derrumbe de barreras en todos los campos. El instinto expansionista, siempre fundamental y activo en la vida, jamás como hoy nos lanza a unos en los brazos de los otros, incluso si esto es por instinto de violencia bélica y un abrazo de odio. No importa. Los objetivos de la unificación en un mundo involucionado se manifiestan sobre todo en la forma de lucha, que es la primera fase de la aproximación. La vida es siempre expansionista a todos los niveles, desde las invasiones bárbaras que reducen a los pueblos a la esclavitud, a los imperialismos políticos y económicos, al mandato evangélico que dice: “Id y predicad a todas las gentes”. Todo tiende siempre a dilatarse y, por lo tanto, a la unidad.

En el particular campo religioso accidental esta dilatación no es realizable por segregación de los disidentes, sino expansión más allá de las formas actuales. Es necesario encontrar, más allá del Cristo jefe de una sola religión, al Cristo universal conectado con todos, en el cual pueda concentrarse el consenso de todos los justos que siguen los principios del Evangelio, incluso si formalmente siguen otras formas, ritos y jerarquías. Una verdadera expansión solamente puede ocurrir en este sentido, porque es la única que no genera reacciones y naturales actitudes de defensa. Todos los obstáculos nacen de lo que es material y terreno. Las divisiones religiosas se generan muy a menudo por rivalidades nacionales y sociales. Cuando la idea asume forma concreta de hombres, jerarquías e intereses terrenales, se entra en el campo biológico con sus antagonismos absolutos. Cuánto más la religión asuma forma material, más se resentirá de la lucha que domina la vida en la Tierra y, por lo tanto, dependerá de ella. Si ésta pudo haber sido una dura necesidad del pasado, por la cual la religión, el poder temporal, la fuerza y la guerra debieron mezclarse en conjunto, es también verdad que todo evoluciona y que con el tiempo todo se espiritualiza. Cuánto menos la idea entra en el duro terreno biológico, entonces ella es cada vez más independiente de todas las limitaciones que de allí derivan y más posible le es la expansión y, por lo tanto, la unificación. Éstas están en función de la espiritualización.

Tal es el proceso evolutivo de las religiones que en su forma expresan las etapas seguidas por la ascensión biológica de los pueblos. Forma que, en consecuencia, es el efecto de la forma mental dominante en las distintas épocas. Las culpas y errores que, entonces, se atribuyen a una jerarquía humana, no son más que las culpas de una época, más o menos de todos los hombres. Cuando la evolución biológica haya civilizado al mundo, la religión se habrá liberado de la forma terrena, y entonces podrá expandirse sin reacciones por parte de otras formas terrenas. Cuando la religión se fundamente únicamente en el Cielo, no existirá, como no existe para los santos, más razón para rivalidades en la Tierra y desaparecerán todos los males que de allí se generan. El Cielo y la Tierra son dos opuestos. Toda potencia terrenal es una

impotencia en el Cielo, y toda derrota en la Tierra es una victoria en el Cielo. De esta manera, cuando la religión sea solamente “espíritu”, entonces automáticamente será universal. La unificación solamente puede ocurrir fuera de la Tierra, en el único Dios universal que, más allá de todas las divisiones humanas, las domina a todas.

En otros tiempos no maduros para estos conceptos, era una necesidad histórica el fijar la verdad en la forma, restringiendo la libertad de pensamiento en el campo de la fe, para impedir su fractura en herejías. El misoneísmo posee funciones conservadoras también necesarias. El “cisma” era el terror de toda unidad religiosa que representaba una laboriosa y precisa construcción que había costado miles de mártires para formarse y un conjunto de pensadores y ministros para mantenerse. Se insurgió contra este espíritu conservador. Pero él tiene su función y, de hecho, no detiene la evolución. No obstante su aparente inmovilidad, las religiones caminan, en relación a todo el progreso humano. De otro modo habrían perecido. Ellas avanzan con la psicología dominante. Cosas que hace pocos años parecían herejías, como el concepto de evolución, hoy son admitidas. Así ocurrirá mañana con estas páginas. Dejemos que en el hombre lo finito camine poco a poco hacia lo infinito, pues que jamás lo alcanzará. Dejemos que el hombre se haga gradualmente de Dios la representación que sea soportable para su poder de concepción. Todo lo que él diga de Dios, jamás será Dios, sino su limitación para uso humano. La esencia de la divina realidad es para nosotros un inconcebible y cualquier especulación filosófica o teológica, no nos dará más que una lejana aproximación. El hombre solamente puede ver a Dios en sus espejos. Pasan por la Tierra seres como el poeta, el genio, el santo, el héroe, mucho más avanzados y en los cuales podemos ver un reflejo de Dios; algunos tan perfectos que nos parecen semejantes a un Dios. Si su esencia no es concebible, las manifestaciones de sus cualidades están por todas partes visibles, y no hay nada que no nos hable de él. Entonces podemos verlo en todo rastro y forma, amarlo en todos los seres, y lo encontraremos en todas partes. Comprenderemos que a Dios solamente se llega amando al prójimo, y que si lo detestamos y agredimos aunque sea en nombre de una dada fe, entonces, por el contrario, nos alejamos de Dios. Por encima de las diferentes formas religiosas, está la sustancia de la verdadera religión de Dios, que solamente puede ser Una.

Hoy todavía vivimos en un mundo de divisiones. No se puede dar un paso sin tropezar con una pared divisoria. Ahora, ninguna fe verdadera se puede hacer con espíritu sectario de dominio. Sin embargo, es esto lo que se encuentra la mayoría de las veces en todos los campos. Es el mismo espíritu humano de lucha y exclusivismo lo que impera. Dios, el bien, el justo están siempre en una parte. Satanás, el mal, la culpa están siempre en la parte opuesta. Es siempre el hombre el que actúa por sí mismo, y no el hombre que se hace instrumento de Dios. Los métodos de Dios son opuestos. Aquel que los sigue, antes de predicar los practica y convence con el amor y con el ejemplo, antes de obligar con argumentos, con amenazas de sanciones y con condenas morales. La guerra santa es una contradicción. Matar es siempre un delito, aunque se realice en nombre de Dios. La guerra religiosa no se hace con la espada, sino con el ejemplo y el martirio. Las persecuciones jamás han podido sofocar la

verdad, sino que han sido, en cambio, instrumentos de divulgación. Por cada creyente que muere por su jefe, se forman centenares de nuevos creyentes. Estrategia de guerra también ésta, aún siendo opuesta a la humana.

En el extremo límite de nuestro ciclo histórico, los conflictos se hacen más ásperos. Si hoy ciencia y fe no están de acuerdo, esto significa que en una de las dos debe haber algún error de juicio y, por lo tanto, una de las dos está errada. Esto porque una religión y una ciencia que sean verdaderas y completas no pueden estar en desacuerdo, debiendo ambas decir en forma diversa el mismo pensamiento de Dios. Es necesario que estas dos alas del espíritu humano se muevan conjuntamente en armonía, sin lo cual el vuelo sería imposible. No se puede volar con una sola ala. Con la religión solamente, se cae en la superstición; con la ciencia sola, se cae en el materialismo. Hoy Oriente y Occidente están divididos, no se comunican, no se comprenden. Sin embargo, el primero necesita de las cogniciones científicas de Occidente, y éste tiene necesidad de los ideales espirituales del Oriente. Un simple intercambio llenaría las dos lagunas. Actualmente las religiones y las distintas formas de la fe, son frecuentemente causa de divisiones y de odios. Quien practique cualquier religión o fe con tales sentimientos, es antirreligioso, y cualquier religión que no genere amor, armonía y unión, no es verdaderamente religión. Las verdades que se basan en anatemas y en recíprocas acusaciones de falsedad, están muy lejos del espíritu de verdadera religiosidad. El progreso del conocimiento exige colaboración en todos los campos, porque cada uno está conectado con el otro, y cualquier descubrimiento, cualquiera que sea, los ilumina a todos. Así el astrónomo, el químico, el físico, el biólogo, el psicólogo, el sociólogo, el filósofo, el teólogo, etc., se ayudan mutuamente. Es necesario que ellos se comprendan y se completen fraternalmente. La síntesis universal del saber solamente podrá nacer de esta unificación en la cual el intérprete de la divina revelación de los textos sagrados concuerda con el intérprete del mismo pensamiento de Dios escrito en la realidad fenoménica.

Todos estos desacuerdos son hoy un continuo obstáculo para las investigaciones y manifestaciones del pensamiento. Cada sección, toda fe tiene su terminología con la cual pretende encasillar la verdad dentro de su propio monopolio. Se confrontan las formas que solamente son el vestido de la misma verdad, creyendo enfrentar la verdad al error. Quien tiene espíritu de separatismo se escandaliza cuando quien tiene espíritu de unidad dice la misma verdad indiferentemente con cualquier forma. Éste último, en cambio, cree que da un buen ejemplo de unificación cuando en el campo religioso, animado de fe, habla y escribe sobre las más variadas cuestiones como si fuesen una misma cosa, cuando demuestra que se siente igualmente bien entre creyente de cualquier fe, sean católicos, protestantes, hebreos, musulmanes, budistas, etc., siempre que sean sinceros, y que sabe venerar a Dios igualmente en una iglesia, como en una sinagoga, en una mesquita, o en un templo hindú, incluso a cielo abierto. ¿No es el mismo Dios en todas partes? Quien tiene espíritu de unidad, que es mucho más que tolerancia, disfruta de este fraternizar que ofende el espíritu de exclusivismo e intransigencia de muchos. Sin embargo, a veces ocurre que una

verdad propia de una dada fe, es condenada porque ha sido expuesta con la terminología de otra fe y divulgada a través de la imprenta de ésta. Y salen a relucir extrañas contradicciones: que un libro o una idea son exaltados sobre todo porque han sido condenados por la parte opuesta que es siempre de Satanás, y que sean expulsados como satánicos apenas el mismo libro o idea sea por esta parte aceptados y suscritos. ¡Pobre verdad! De hecho, cuando se expone un concepto es necesario mantenerse en el principio abstracto, en el cual todos están de acuerdo, porque él toca menos a personas e intereses. Pero si se precisa entrar en particularidades, hasta alcanzar a los representantes terrenales de esa idea, entonces el desacuerdo es inevitable y la condena por la parte opuesta es segura. Lo que demuestra que la aprobación o la condena son con frecuencia frutos de intereses y preconceptos. Muchos concuerdan hoy con seguir al Cristo de la Historia, porque allí se presenta lejano y de forma teórica. Pero, Cuántos lo seguirían si él volviera a la Tierra tocando los intereses terrenales?

Aquí hemos planteado la unificación sobre todo en su aspecto religioso, porque la religión es la base de la civilización. Pero en este aspecto están implícitos todos los demás. Las señales de los tiempos nos muestran el aproximarse de una nueva era para el mundo. Es la era de la unidad. Lo que quiere decir era del espíritu, del amor, de la conciencia. Y solamente cuando exista todo esto, puede haber libertad. Esto es aquel “algo” que el hombre busca y que todavía no sabe alcanzar. La nueva civilización nacerá de la sustitución progresiva de la enemistad recíproca por la ayuda recíproca. Es ley de la vida que la crisálida se transforme en mariposa, que el niño se convierta en adulto y que toda flor se abra y origine el fruto. Todo debe inevitablemente cambiar. Es cierto que siempre hemos estado unidos todos en un organismo universal, incluso si muchos no lo saben. Pero actualmente estamos más unidos por vínculos de odios y de luchas, que de amor y de comprensión. ¡Qué duros y tristes son estos vínculos! El hombre del futuro será consciente de esta unidad que hoy no comprende. Hoy se está más unido por el dolor que por la alegría; unidos sin quererlo, sin comprenderlo, a la fuerza. Unión soportada, sin ser sentida ni conocida; vivida sin co-participación consciente con esta divina unidad de todo lo que existe en el universo, a esta que es la más evidente expresión de Dios y la más grande maravilla de la vida.

VI

LOS CAMINOS DE LA SALVACIÓN

El lector que ha seguido la vasta orquestación sinfónica ascensional con la cual hemos tratado de hacer un eco de aquella que realmente vive y suena en lo infinito, se verá ahora gradualmente conducido al mundo místico. Asomándonos a él, nos acercaremos al punto culminante de este trabajo, para después, gradualmente también, descender hasta su final. A este vértice el lector será conducido por una

experiencia real del autor. Ella, como aquí está expuesta, representa una nueva maduración para él, cuyo trayecto preparatorio está en esta obra delineado en los cuatro capítulos que siguen, desde el VI al IX, desde los cuales se toma el impulso para el capítulo XI: “Resurrección”, que concluye la fase. Este capítulo XI puede considerarse el punto culminante de este volumen.

Estos cuatro capítulos fueron sentidos y registrados en la “Cuaresma” de 1.947, en un impulso instintivo que representa la preparación para la eclosión de la “Pascua” de 1.947 con “Resurrección, que la sigue. Entraremos en mayores detalles a medida que nos aproximemos a él, precediéndolo con: “Pasión”, que representa una culminación anterior, armónico retorno en el ritmo de una vida. Estos cuatro capítulos fueron escritos para un folleto titulado: “La Comunión Espiritual”, el cual debía narrar completamente una experiencia mística, lógicamente presentada y encuadrada. Sin embargo, no siendo posible encontrar un editor religioso que quisiera publicar el folleto sin antes obtener el “imprimatur” ⁽¹⁾ representando después este grupo de capítulos la fase espiritual vivida por el autor a mitad del camino en la génesis del presente volumen, es aquí injertado como su punto más natural y lógico, como verdadera exposición de estados místicos vividos en este punto y momento.

No obstante queda el hecho de que estos cuatro capítulos, habiendo sido escritos para un folleto, han tenido que referirse a conceptos generales que era necesario resumir para darlos a conocer al lector nuevo, pero que resultan en repetición superflua para quien ha seguido este volumen. A pesar de esto, dado que se trata de pocas páginas, hemos querido aquí dejarlo en su originaria espontaneidad sin retoques, tanto porque sería muy difícil hoy llegar a estos estados de alma que ya han sido superados y están lejanos, como por el hecho de que solamente en un texto dejado así íntegro, se podrá enseguida hacer para las almas pías un extracto autónomo, completo en sí mismo, en folleto. El lector que ya conozca los motivos generales que en estos cuatro capítulos son tomados como punto de referencia para uso del lector nuevo, podrá fácilmente dispensar su lectura. Por lo demás, ni siquiera aquí será completamente inútil proyectar estos conceptos complejos bajo un punto de vista distinto, es decir, en forma práctica para las almas simples, más como aplicación vivida, que como teoría o demostración.

Puede saltar estos cuatro capítulos el lector que no guste de la psicología de tipo místico-religiosa, para satisfacerse, en cambio, con los de carácter filosófico, social, científico o psicológicos. Sin embargo deberá admitir que en nombre de aquella imparcialidad y universalidad que aquí siempre han sido profesadas, no se puede excluir a priori ninguna forma de pensamiento, ni siquiera la místico-religiosa, si algunos estados de alma no se pueden expresar de otro modo que no sea este. Los aspectos de la verdad presentados en este volumen son variados, y cada uno lleva en sí su forma mental y relativa terminología. Mientras menos universales sean y más nos encerremos en un punto de vista particular, menos podremos abarcar la verdad.

⁽¹⁾ Autorización de la Iglesia Católica para imprimir.

Para comprenderla es necesario saber pensar en las más distintas formas mentales y expresarse en las más diversas psicologías y terminologías. Quien se encierre en su particular aspecto de la verdad y se escandalice si se le muestran otros aspectos de ella, no podrá comprender estos escritos animados por el principio de la más imparcial universalidad.

En el estandarte que aquí seguimos está escrito: “Religión Universal de Cristo”. Y lo sigue quien viva en la tremenda, pero libre, conciente y por convicción, disciplina del espíritu. Por lo tanto, ninguna anarquía, sino un orden mayor hoy en esto; orden que además de exterior, es sobre todo interior. Solamente la universal religión del espíritu, siguiendo las huellas de Cristo viviendo el Evangelio, reuniendo a todos los justos de la Tierra de cualquier religión, puede dar al mundo una unidad religiosa, que no se puede obtener por imperialismos o imposiciones morales, sino por comprensión y fraternidad.

Dicho esto, quien escribe puede afirmar que lo que sigue, antes de ser aquí expuesto, ha sido por él experimentalmente vivido, objetivamente estudiado, científicamente comprendido. No se trata, pues, de vagas aspiraciones, sino de realidades controladas con el método de la observación y de la experiencia, aunque se trate de realidades inmateriales que escapan a la común sensibilidad del hombre actual. Si éste las niega porque no las percibe y no las comprende, esto no hace que ellas dejen de existir.

Quien aquí escribe se dio cuenta de las actuales desastrosas condiciones espirituales de la mayoría. Pero él sabe que en esta Babel infernal que es el mundo de hoy existen también almas electas, no obstante que son la minoría, y que a ellas es confiada la salvación y el futuro de todos. Nuestra Tierra todavía es un reino involucionado en el cual ramificaciones que ascienden desde abajo, del gran árbol del gran mal animado por Satanás se entrelazan, frecuentemente victoriosas, con las ramificaciones descendentes de lo Alto, del gran árbol del bien animado por Dios. En nuestro plano material donde reina la fuerza. Él se manifiesta a través de sus criaturas. Ciertamente toda criatura es un canal de la manifestación divina, pero los buenos constituyen el más elevado, el mejor medio, el más transparente con el cual Dios puede expresarse con mayor evidencia. De esta manera ellos representan el punto de apoyo del bien en la Tierra, constituyen el canal a través del cual la acción benéfica de Dios puede obrar mejor entre nosotros, son la única vía que ha quedado abierta para que el mundo pueda alcanzar y nutrirse de la fuente divina, de la fuente de la vida que está en el centro-Dios, comunicándose con el principio afirmativo y constructivo del bien. En el otro lado los malvados representan el punto de apoyo del mal en la Tierra, constituyen el canal a través del cual la acción de sus fuerzas pueden actuar entre nosotros, la vía comunicante con el principio negativo y destructivo que se personifiquen en Satanás. Si a los malvados, entonces, está confiada la tarea de masacrarlo todo, espiritual y materialmente, a los buenos está confiada la tarea de salvarlo y construirlo todo. El terreno de su encuentro y lucha es nuestro mundo.

Estas páginas se dirigen imparcialmente a todos los buenos que representan en la Tierra la divina obra del bien. Los demás no pueden comprender y obedecen a otros impulsos y objetivos. Que vayan por su camino. Ahora, quien ha comprendido la vida, sabe con absoluta seguridad que solamente las vías del bien son las de la felicidad, y que las fuerzas del mal, incluso si la prometen, después traicionan y llegan siempre, tarde o temprano, al dolor. La finalidad de esta obra es la de ayudar enseñando a los espíritus evolucionados a abrirse cada vez más hacia lo Alto, de modo que la felicidad que está en el bien, con la cual Dios anhela siempre inundarnos, siempre y cuando sepamos y queramos, pueda por caminos del todo independientes de las cosas terrenales, descender y enfrentar en ellos, para permanecer en ellos, formando su paz interior. Ayudar a las almas preparadas a abrirse siempre más hacia lo Alto, tiene también el objetivo de multiplicar los canales de comunicación con lo divino, de ampliar los caminos, de vivificar las sendas para que más rápida, activa y abundante, por allí pueda fluir y descender la linfa vital del bien, único medio para la salvación.

Como se puede ver, aquí se habla en términos de psicología utilitaria, pues que sabemos bien que el hombre solamente comprende y se mueve en función de una dada ventaja. Y la ventaja en este caso es para el individuo un estado de felicidad dependiente únicamente de sí mismo y no de las condiciones de ambiente y voluntad de otros; y para el mundo es la de recibir la más valiosa contribución hoy posible para alcanzar su salvación en un momento histórico de espantosa gravedad.

Nuestro mundo actual es materialista, vale decir, se proyecta por vías sensoriales a las que llama objetivas, todo en lo exterior y solamente allí busca la solución de sus problemas. Aquí seguimos un camino opuesto. En vez de actuar sobre los efectos, penetramos en las causas, en la sustancia espiritual de las cosas y problemas, habiendo primero comprendido cómo funciona todo. Se trata de comprender para después comportarse de modo completamente distinto del habitual. Las fuentes del conocimiento y del poder, de la riqueza y de la salud no están, como la mayoría cree, en el mundo material exterior a nosotros, sino en el mundo espiritual, y todo lo que se realiza en aquel no es más que una consecuencia de lo que se ha realizado primero en éste. Todo deriva de un centro del universo que todo lo rige y que se llama Dios. Entrar y mantenerse en contacto por vías espirituales con Dios significa poder alcanzar tesoros inauditos y alegrías ilimitadas. Somos libres y podemos, si queremos, alcanzar la felicidad. Pero todo proviene de lo interno y nadie podrá andar bien en lo exterior, si antes no marcha bien en lo interior de nosotros. Solamente si cambiamos en bien nosotros mismos, podremos transformar en bien toda nuestra vida. No se puede pretender que negocios, Salus y los acontecimientos se conviertan en amigos en vez de enemigos, si primero no hemos establecido un orden dentro de nosotros en armonía con Dios y su Ley.

Cuando las cosas van mal, nadie admite que él ha sido la causa. No se comprende que el echarle la culpa al prójimo de nada sirve, que este desahogo al que muchos recurren en el dolor no solamente no lo elimina, sino que lo agrava por el nuevo mal

que así se agrega, pues que quien hace el mal a los demás se lo hace a sí mismo y para hacerse el bien a sí mismo, es necesario hacérselo primero a los demás. La vida descende de Dios y es irradiada desde el centro en forma universal. Para que ella pueda ser fecunda en alegrías, todo debe circular libremente con espíritu fraternal. El egoísmo actualmente dominante, con su separatismo, antivital. Él cierra los canales de la linfa de la vida y las barreras que él pone producen congestiones y estancamientos, súper abundancia inútil y dolorosa miseria, en todas partes tristes desigualdades y penosos desequilibrios de todo género, económicos, demográficos, orgánicos, espirituales.

Aquí procuramos orientarnos de manera distinta, comprender que la vida funciona completamente de otro modo de aquel que se cree y se sigue y que la mayor parte de nuestros sufrimientos depende de no sabernos comportar. Buscamos la felicidad donde ella verdaderamente está y la podremos encontrar si sabemos pensar y actuar. Podrán de esta manera comenzar a formarse en el océano de los dolores humanos oasis de felicidad, en el universal espinero, 33333333 floridos. En la tempestad del mundo algunas almas podrán así formar a su alrededor una atmósfera de bondad y de paz, y en ella reposar. En estos castillos protegidos por fuerzas espirituales, aunque en principio aislados en el infierno terrestre, se podrá establecer, aquí, allá, un anticipo del paraíso. De este estado de orden y armonía interior, no podrá dejar de derivar, espontáneamente, un estado semejante de orden, y por lo tanto también de bienestar en las propias cosas terrenales.

Estos individuos reequilibrados dentro de sí, no podrán dejar de irradiar alrededor de sí mismos equilibrio y paz, llevando consigo a donde quiera que vayan su atmósfera de armonía y con ella saturar todo lo que toquen, sanando el mal y el dolor alrededor de sí, después de haberlo sanado dentro de sí mismos. Se formarán así en el desorden general del mal, núcleos de atracción del bien desde lo Alto hacia la Tierra y de irradiación en la Tierra para el bien de todos. Esto permitirá la formación de corrientes benéficas y salvadoras, un gradual reordenamiento del caos, una progresiva transformación del infernal estruendo terrestre en la música divina del paraíso. La vida podrá, entonces, expandirse cada vez más por las grandes vías del amor. La vida tiene necesidad para prosperar, no de las barreras del egoísmo, sino de los canales abiertos del altruismo y es ley de Dios, que en ellos ella se lance triunfante apenas se formen, para llevar nutrición vital donde hay muerte, amor donde hay odio, paz donde hay guerra, alegría donde hay dolor. Es la bondad de Dios que hace presión para fluir por estos canales y circular, son las fuerzas del bien que por ellos quieren descender entre nosotros en la Tierra para balancear y vencer las del mal, llevando felicidad. Las “gracias” divinas buscan las puertas abiertas y piden almas preparadas para poder llegar hasta nosotros y salvarnos.

Es a estas almas que aquí nos dirigimos, a fin de que alcancen el centro divino y sirvan de canal hacia la Tierra, conquistando así no solamente la felicidad para sí mismos, sino también irradiándola alrededor de sí. Cumpliendo su misión que es la de recibir desde lo Alto e irradiar hacia abajo, ellas formarán una red de corrientes

benéficas que envolverán al mundo y venciendo a las del mal que funcionando en posición invertida quieren estrangularlo, lo salvarán de los cataclismos que hoy lo amenazan.

VII

HACER LA VOLUNTAD DE DIOS

Todo esto es posible, pero es necesario saber alcanzar las fuentes de la vida que están en Dios. Para llegar a esto comenzaremos por acercarnos, tratando de comprender algunas cosas elementales. Helas aquí: el universo es un movimiento continuo que no se desenvuelve al azar, sino según precisas normas establecidas por una Ley que representa el pensamiento y la voluntad de Dios. Mientras más avanza la ciencia, mucho más comprueba en todos los fenómenos un principio orgánico que rige el universo y que muestra la presencia de una mente directora. De allí se sigue que nuestro libre albedrío no es absoluto, ni ilimitado. Si podemos actuar como locos haciendo el mal y, en consecuencia, generando dolor para nosotros mismos, mientras que la Ley de Dios quiere el bien para nuestra felicidad, esta nuestra posibilidad de violación, en un sistema universal de orden, está providencialmente confinada dentro de límites dados por la necesidad de nuestra libre experiencia. El hombre vive para aprender y progresar, debe construirse espiritualmente, realizar conquistas, no como un autómatas ciego instrumento de Dios, sino con plena conciencia. Le es concedida, por lo tanto, la plena libertad de actuar. Pero para que esta libertad no se pueda resolver en su destrucción, ella es regulada por las reacciones de la Ley que se mantiene inviolable y que con el dolor golpea al hombre con el único objetivo de corregirlo e iluminarlo para su bien, apenas de dicha Ley él se aleje con el error y la culpa. Si es libre, es por lo tanto responsable también y debe inevitablemente sufrir las consecuencias de sus acciones.

En el mundo actual el hombre, en su ignorancia, se engaña, tomando como poder absoluto esta limitada libertad de actuar que Dios le concedió únicamente para los mencionados objetivos, y no comprende que se trata de una libertad encuadrada por las férreas reacciones de la Ley de Dios que le inflinge dolor cuando él se equivoca. Así el hombre comete el error de creerse árbitro de todo, mientras que solamente es árbitro de su destino. El hombre actual, en verdad, no ha comprendido la vida, empleándola entonces, casi toda para cometer errores y, por lo tanto, provocarse dolores. Es natural, entonces, que en la Tierra el dolor predomine, dado que el hombre se dedica hoy sobre todo a su construcción intensiva.

Por lo tanto, quien todo lo dirige no es el hombre, sino Dios. ¿Y cómo podría el hombre dirigir en un mundo en el que procede tan mal, tan poco puede y del que nada sabe? Si a él le fuese confiada la dirección, por mala voluntad, por impotencia o por incapacidad, el desastre habría ocurrido desde hace mucho tiempo. El hombre es un

relativo en evolución, imperfecto y contingente. La Ley es eterna, perfecta, absoluta. El hombre es capricho inconsciente, la Ley es sabia disciplina; el hombre es desorden, la Ley es orden y armonía. La primera cosa, pues, que debemos comprender es que por encima de la voluntad del hombre existe esta norma que todo lo regula y que está hecha de bien, de bondad, de amor y que representa la perfección. Nada hay entonces que se pueda agregar o que se pueda modificar. Cuando el mal triunfa y el dolor nos golpea, en vez de culpar a Dios y a su Ley, se debe comprender que esto no es obra suya sino de la criatura que, siendo libre e ignorante, ha errado el camino, y que es precisamente a través del dolor que Dios se hace comprender y la induce a buscar el camino correcto, donde encontrará alegría. Entonces, en vez de rebelarse y maldecir, sería mejor tratar de comprender cuál fue nuestro error para corregirlo. Si se pudiera llegar al absurdo de suprimir el dolor como el hombre quisiera, la vida se detendría en su camino ascensional que la lleva hacia la perfección y la felicidad, porque le faltaría su más grande maestro y más poderoso correctivo. La gran cosa que hay que comprender, es que nosotros no vivimos al azar, sino bajo la guía de un Padre sabio y amoroso, que con su Ley tiende a conducirnos por todos los medios compatibles con nuestra libertad que también es necesaria, hacia nuestra felicidad. Es necesario comprender que Dios no nos hace sufrir por egoísmo o venganza, sino para nuestro bien porque nos ama, que la Ley solamente le hace mal y le inflinge dolor al que la transgrede, y esto para enseñarle que únicamente ella es el verdadero camino hacia la felicidad. Es verdad que el hombre es tremendamente ignorante y se lanza de un lado hacia otro ilusionado por los espejismos cuya falsedad todavía no conoce. Solamente sufriendo puede saber dónde ha errado. Y precisamente el dolor nos muestra cuán armoniosamente Dios vela por nosotros, nos guía y nos provee siempre, incluso cuando nos golpea para nuestro bien.

Dado esto, se comprende que no solamente la felicidad es posible, sino que nosotros en verdad estamos constituidos por ella y que nuestro instinto que nos la hace buscar por todas partes, no nos engaña. Se comprende también que existe un camino no sólo para alcanzarla, sino que Dios utiliza todos los medios compatibles con nuestra libertad para hacernos comprender cuál es ese camino y para constreñirnos a alcanzar esta felicidad. La Ley de Dios indica este camino. Y entonces, la mejor posición posible en nuestra vida, la que expresa el máximo grado de perfección alcanzable para cada quien relativamente a lo que él es y en lo que se debe convertir, es dada por la voluntad de Dios y por la fusión de la nuestra con la suya, en adhesión tan completa que de las dos se forma una sola. ¿Y qué más se puede desear sino adherirse a una voluntad que solamente busca nuestro bien? ¡Si el hombre comprendiera a Dios, vería claramente que él quiere su bienestar mucho más de lo que él mismo lo desea!

Muchos se quedan todavía perplejos, porque no saben cuál podría ser en relación a ellos, la voluntad de Dios. Primero que nada, nosotros, porque lo hemos conquistado, según nuestra evolución, todos tenemos el sentido del bien y del mal. La voluntad de Dios siempre está en el camino del bien. Una regla más precisa es esta: si hacemos nuestro deber, tal cual nos es presentado por las condiciones de nuestra vida,

estaremos haciendo la voluntad de Dios. ¿Qué se entiende por deber? Para estar de acuerdo con Dios y ascender así a lo infinito, no son necesarios actos heroicos. El problema es armonizarse y esto se puede alcanzar muy bien por las vías más simples y humildes. Para cantar la música divina no es necesario aquel estruendo que golpea los sentidos y que en la Tierra tiene tanto efecto, mas es suficiente saber realizar bien nuestro trabajo, con amor y con conciencia. Todo consiste en saber encuadrar nuestra propia actividad en el funcionamiento orgánico de la vida y del universo. Solamente si sabemos cumplir la función que nos corresponde, nos valorizaremos al máximo. Entonces la corriente de la vida nos impulsará, pues de otro modo ella irá contra nosotros y tratará de destruir en nosotros al rebelde y al enemigo.

No es, pues, la importancia y la nobleza del trabajo lo que decide, sino el modo en que es ejecutado por nosotros. Este trabajo puede hasta asumir únicamente la forma de dolor, vale decir, algo que parece no solamente improductivo, sino también dañino. En la sabia organización de la vida todo y todos son útiles en su puesto, cada quien ocupa ya la posición más justa según su capacidad y mérito, la más adaptada para su progreso, la más útil para su bien, incluso si ella es la más humilde, despreciable y dolorosa. Si se observa bien, se podrá ver que la concepción del mundo es completamente al revés de todo esto y que muchos males derivan precisamente del hecho de que nadie quiere desempeñar bien su propio oficio, cualquiera que este sea. Todos se sienten fuera de lugar y quieren cambiarlo, y así el mundo está lleno de descontento y de lucha. Cada quien pretende valer mucho más de lo que realmente vale y cree que lo mejor es cambiar de posición, mientras que lo cierto es que vale más, sabe más y termina estando mejor, quien sabe permanecer fiel en el lugar que le corresponde. Actualmente se considera un fracaso a quien no triunfa de cualquier modo, no importa con qué medios; se piensa que el dolor es una derrota y una pérdida, cuando, por el contrario, puede llevar a una victoria y a producir beneficios; se trabaja solamente con espíritu de avidez, considerándose inteligente el saber hacer lo menos posible el propio deber, con beneficio para sí mismo y perjuicio para los demás. La vida es, en cambio, una misión para todos, con fines, realizaciones y mercedes ultra terrenales. Antes que operarios humanos, somos operarios de Dios, igualmente grandes en cualquier posición social. Cumplir nuestra función en el inmenso concierto universal, cualquiera que ésta sea, como nos es ofrecida por Dios y cumplirla bien, he allí la perfección, pues que esto es fundirse en la perfecta Ley de Dios.

Este es el secreto de la felicidad: encuadrarse en el orden divino. Cuando hacemos en nuestro puesto todo nuestro deber, hacemos lo suficiente para que todo marche bien. Podemos, entonces, reposar tranquilos. Cuando obedecemos en todo a Dios unificándonos en su Ley, propiamente dejamos de ser responsables, porque en la realidad no actuamos por nosotros mismos, no somos, entonces, pasibles a reacciones dolorosas, como cuando nos colocamos en el lugar de Dios y de su Ley, actuando independientemente. Es natural que cuando la elección es nuestra, también las consecuencias y los sufrimientos sean nuestros. Pero es natural también que cuando solamente seamos ejecutores de la voluntad de Dios, tengamos derecho a su

protección y providencia. Nuestra vida entonces encuentra un equilibrio, un sentido de seguridad que el mundo de hoy ignora. Somos entonces tomados por aquel profundo sentido de paz que es el primer paso hacia aquella felicidad interior que es la sustancia del paraíso. Y así nuestra vida se hace rica y nuestra obra, coordinándose en un plano universal, se hace infinita. Sí, en cambio, nos aislamos en nuestro egoísmo, quedaremos apartados y solos, y lejos de Dios, estaremos perdidos. Es necesario abdicar del separatismo, y a través de la caridad hacia el prójimo, convertirnos en una sola cosa con el Todo. Es abrazando a nuestros hermanos que conquistamos la unidad. En un universo con principio unitario, la vía de la unificación es la que lleva a Dios. Es preciso ligarse con amor con todas las criaturas hermanas, porque cada una de ellas es un canal por el cual Dios se expresa y de sí nos habla. Para llegar a abrazar a Dios, la vía más fácil es comenzar a abrazarlo en sus infinitas manifestaciones en lo creado. Es necesario hacerse en todas partes y siempre, ejecutores de la voluntad de Dios que es bondad y amor. Solamente en esto está la vida. Así como un órgano o célula no puede tener una voluntad distinta a la de toda la persona, así nosotros no podemos tener una voluntad distinta de la del Padre. Y así como el organismo provee a través de una sabia distribución para que cada célula y órgano ejecute su trabajo y auxilie a los otros con los cuales está conectado para beneficio de todos, así Dios provee a cada individuo cuando éste ha hecho su deber, es decir, ha cumplido sus funciones en relación a sus semejantes.

Esta es la economía de lo creado. Bienaventurado quien sabe injertarse en ella. Solamente en esta economía el trabajo es remunerado con justicia y el ahorrador puede confiar el fruto de éste en cajas seguras que le darán un rendimiento garantizado para el momento de la necesidad en proporción a su mérito. Sólo así se puede encontrar una forma de inversión segura, que es así porque depende únicamente de Dios que es justo y no de los hombres en los cuales no se puede depositar confianza alguna. Se llega de esta manera a una posesión tranquila y pacífica porque es armónica, y armónica porque se reduce a su verdadera función, aquella de ser un medio para los fines de la vida. El hombre, la mayoría de las veces, coloca la riqueza fuera de su lugar, haciendo de ella un fin en vez de un medio. Y así se vuelve ambicioso y ansioso por el día de mañana, y entre la abundancia termina debatiéndose en tormentos. Dios no nos quiere ambiciosos y ansiosos, sino confiados en él. “Baste a cada día su propio afán”. ¿Cómo podemos pretender dominar el mañana, si de él no sabemos nada? No es a través de la voluntad que podremos imponernos a él, sino a través de la obediencia a la Ley, mereciendo. Podremos así formar en nosotros un oasis de paz, no importando qué infiernos nos circunde en la Tierra. No es el mundo quien nos la podrá dar con sus fascinantes mentiras, sino únicamente la adhesión a la voluntad de Dios. Obedezcamos a la Ley y la ayuda estará garantizada, porque la vida es voluntad de Dios y con ella tenemos derecho a los medios para vivirla. Todos tenemos derecho a la vida, pero solamente si antes cumplimos nuestros deberes para con Dios. Si no hacemos esto, derechos no tendremos, o los tendremos únicamente en la medida según la cual hemos antes obtemperado estos deberes. El mundo no ha querido comprender todo esto, está desfasado y fuera del camino. Es lógico que sufra y marche hacia la ruina.

Pero para muchos todavía todo esto no es suficiente para conocer la voluntad de Dios en su propio caso particular. Si Dios está presente en todas partes, sin embargo no lo vemos nunca manifestarse por su acción directa, sino solamente a través del pensamiento y la acción de sus criaturas, por medio de los eventos, y obras más que en lo exterior, en lo profundo y desde lo profundo de las cosas. Es hacia allí que es necesario, entonces, mirar. Cuando Dios hace una flor, crea un órgano, madura un fenómeno, no actúa con sus manos, como hacemos nosotros, desde lo externo, sino que obra silenciosamente desde lo interno, precisamente porque, si Satanás es exterior, periférico y actúa en la superficie, Dios es interior, central y obra en profundidad. La voluntad de Dios nace, entonces, desde lo interno de la vida y desde allí aflora en los hechos. Es una tácita y lenta transformación que solamente al final aflora en la realidad sensorial, cuando todo el proceso de la génesis está completado. Por eso la mayoría no percibe esto y, entonces, creen que Dios no está presente con su obra continua. Es necesario, pues, saber mirar profundo con ojos no materiales sino espirituales. . es preciso permanecer con oídos vigilantes para oír cómo hablan los hechos alrededor de nosotros, sobre todo como significado espiritual, que no es casi nunca aquel significado próximo y utilitario que nosotros le damos. Si sabemos escuchar percibiremos que Dios realmente nos habla. Él se manifestará indirectamente, a través de otras bocas y otras acciones que no son las suyas directamente, pero se manifestará. A través de los infinitos seres vivientes y pensantes no le faltarán, en verdad, las vías para expresarse en cualquier lenguaje y caso.

Nosotros nos ilusionamos con la voz del mundo. Ella es muy distinta. Es verdad que golpea más los oídos, pero no desciende en el alma. El mundo siempre tiene prisa porque está encerrado en el tiempo. Dios habla calmado porque es Señor del tiempo. Aunque el mundo corra, nunca llega exactamente. Dios con la paz de las cosas eternas, jamás falta el momento. El mal grita fuerte en las plazas, se hace oír muy bien materialmente y por esto parece prevalecer. El bien que viene de Dios se ve menos porque está escondido en lo interno, donde calla y espera, pero madura en la raíz de las cosas. Las vías de afirmación son opuestas, pero las interiores producen efectos mucho mayores. Los hombres escriben en la superficie, pero Dios esculpe en lo profundo en donde todo nace. Así los buenos no aparecen porque no hacen ruido. El bien se mueve lentamente, pero produce transformaciones más sustanciales, por lo tanto, más resistentes. Se propaga específicamente, casi invisible, se ramifica, se infiltra desde adentro sin aparecer, pues que responde a los tenaces y profundos impulsos de la vida que lo quiere. Ansia, estruendo y también inestabilidad están en lo externo, en el reino periférico de Satanás, no en las fuentes, donde está Dios. Allí hay paz y silencio: un trabajo inmenso y tácito que solamente aparece al final, cuando todo está hecho. Dios obra sin rumor. Su acción es tranquila, pareja, segura, tenaz, y en paz todo lo vence, como una lenta inundación. A diferencia del afanoso devenir del mundo, Dios “Es” y calla, y entre tanto, está presente con su acción íntima, constante, benéfica. Solamente con esta su silenciosa presencia, Dios alimenta y renueva el universo, no desde la periferia o la superficie, sino desde el centro; no desde la forma, sino que a ésta llega desde la sustancia donde él “Es” fuente de la

vida. Por esto Dios se nos manifiesta con una sensación de gran paz. Es en esta dirección, es decir, en lo profundo, en el espíritu, donde nosotros debemos de tratar de oír las voces que nos dicen cuál es para nosotros, en nuestro caso y en todo momento, la voluntad de Dios.

VIII

CÓMO ORAR

No es suficiente haber establecido nuestras relaciones con Dios. Es necesario entrar en comunicación con él, es decir, es necesaria la oración. He allí otra cosa elemental muy a menudo no comprendida y que también es necesario entender para alcanzar no solamente el conocimiento de la voluntad de Dios de Dios, sino también la adhesión a ella, y con esto la unión mística del alma con él. En general no se sabe orar y así se explica el escaso resultado que obtenemos con nuestras oraciones.

La Ley de Dios que todo lo regula, incluso nuestra vida, no es y no puede ser ilógico capricho como nosotros a menudo creemos, porque así somos nosotros y porque así nos gustaría que ella fuera, para poderla doblegar como quisiéramos. En esta Ley que guía y rige el universo, todo es orden, lógica, método, disciplina. Lo contrario está únicamente en nosotros, que somos apenas un grosero esbozo de su realización y, por lo tanto, muy lejos de su perfección. El desorden no está en la Ley ni en Dios, sino únicamente en nosotros, y el dolor que de allí se sigue no es una absurda condena de un Dios malvado que nos creó para atormentarnos, sino que es una prueba de su bondad, sabiduría y cuidado que tiene de nosotros, mientras nos conduce por la única vía que lleva a nuestra felicidad, corrigiéndonos sabiamente y enseñándonos en la escuela de la vida. El dolor que tanto nos quema no es una violación del orden divino del universo, sino que es precisamente una reintegración a él, aunque sea a nuestras expensas, lo que es justo porque fuimos nosotros quienes, libremente, quisimos violarlo.

Ahora, al acercarnos a Dios con la oración para comunicarnos con él, en vez de adherirnos a esta su disciplina de la cual está hecho y de la cual primero nos da el ejemplo con su obrar, tratamos de alterarla y violarla para nuestro beneficio. En vez de unificarnos con Dios fundiendo la nuestra en su voluntad, y buscamos las vías del separatismo egocéntrico en las cuales nosotros somos los patrones y dirigentes, las vías que precisamente más nos alejan de Dios que es unidad y, por lo tanto, fusión y no división. Y cuando nos golpea el dolor, en vez de comprender su significado profundo y aceptarlo, reconociendo que lo que Dios nos envía solamente puede ser justo, en vez de admitir que, si él nos golpea es señal de que lo merecemos, en vez de tratar sobre todo de superar esa prueba saludable para aprender y no caer más en el error, nosotros tratamos de mirar ese orden para nuestro beneficio, pretendiendo dirigir y violentar la voluntad de Dios. Y, he allí, en vez de repetir las grandes

palabras de Cristo: “Fiat Voluntas Tua ⁽¹⁾, que nos muestra la conciencia del divino orden del universo, nos hacemos abogados de nosotros mismos con el único fin de evitar daños o ganar indulgencias en nuestro beneficio, y esto casi siempre en el campo material que más nos toca e interesa. En suma, en la oración nos conducimos delante de Dios con aquella psicología de lucha y utilitarismo que pertenece a la Tierra y a las cosas terrenales. Ahora, si esa mentalidad puede ser apta para nuestro bajo mundo, está completamente fuera de lugar cuando nos elevamos hacia lo Alto; la actitud egocéntrica, para no decir egoísta, el exclusivismo es un grave error cuando se habla con Dios. Es, por lo tanto, ilusorio creer que semejante género de oración pueda traernos frutos reales. Ciertamente Dios nos permite que hablemos. Solamente que nosotros no obtenemos aquello que pedimos. Y esto es lógico. Dios solamente nos da lo que merecemos, lo que es justo según su Ley nos es dado. ¡Qué grandes tonterías cometemos cotidianamente en un acto tan vital como es el de ponernos en comunicación con Dios! ¿Qué resultados podemos obtener cuando trasladamos hacia planos de vida más elevados la psicología del nuestro, aquella mentalidad de lucha y usurpación que, si en la Tierra parece tan verdadera y útil porque corresponde a las necesidades selectivas animales, más en lo alto no tienen sentido?

La actitud fundamental en la oración debe ser de obediencia, de adhesión a la voluntad de Dios, de armonización de nosotros en su Ley que es perfecta. Y, en cambio, incluso en la oración, caemos en la primera culpa del hombre que fue también la de Lucifer, es decir, la de erigir el propio “yo” como ley de vida y la de anteponer esta ley en la cual el “yo” es centro, a aquella en la cual Dios es el centro. De esta manera se ora a la inversa, con un impulso de alejamiento, en vez de acercamiento a Dios. Nos erigimos en jueces de nosotros mismos, de nuestros semejantes, del mundo, de la propia acción de Dios y pretendemos indicarle las vías a seguir para nuestro bien. Pretendemos saberlo todo y no sabemos nada. Precisamente al dirigirnos a Dios le mostramos todo nuestro orgullo y presunción. Justamente en la oración le damos prueba de no conocer su bondad y amor por nosotros. Lo creemos, en cambio, un jefe caprichoso al que podemos poner de nuestra parte con ofertas, un Dios de venganzas al que podemos aplacar con sacrificios. Nos lo imaginamos un patrón despótico y lo respetamos solamente porque es el más fuerte. El malvado llega a sentir en la blasfemia con que lo desafía, una prueba de su fuerza. Y muchos oran solamente porque no pueden mandar. Quisiéramos poder mandar, y al no lograrlo, se entregan a una completa sujeción. Muchas veces nos convertimos en petulantes, al pedir y volver a pedir ventajas inmediatas y materiales que, si coinciden con nuestro placer, no sabemos si representan nuestro bien. ¿Por qué esta actitud de mendigos fastidiosos que pretenden despuntar más con la insistencia que con la humildad, con la larga repetición vocal más que con la aceptación confiada? Pero

Dios ya conoce todo de nosotros, sabe lo que necesitamos, sabe mucho mejor que nosotros lo que es bueno o malo para nosotros. Debemos comprender que él es Padre

⁽¹⁾ Hágase tu voluntad (N. del T.)

que nos ama y que, por lo tanto, es suya la premura por ofrecernos él mismo todo lo bueno que no sea para nosotros un daño, antes que nosotros mismos sepamos y lo pidamos. ¿Cómo podemos presumir enseñarle lo que es mejor para nosotros y corramos a ofrecerle ese bello espectáculo de soberbia precisamente en la oración?

No. La oración debe ser distinta. En ella no debemos pretender enseñarle nada a Dios. No es su Ley la que debe cambiar doblegándose ante nosotros, sino que somos nosotros los que tenemos que cambiar doblegándonos ante ella. No pretendamos con la oración hacer de Dios nuestro siervo que trabaja para nosotros, de Cristo un redentor que sufrió, en cambio por nosotros. O se puede invertir, porque es más cómodo, el orden divino. La felicidad debe ser conquistada por cada quien con su propio sudor y dolor. La verdadera oración es acercamiento y adhesión, es dócil aceptación. No por esto debe ser confundida con una pasiva e inerte resignación. Ella es, en cambio, conciencia del orden y voluntad de Dios, es cooperación activa en su acción de bien en el mundo, es aceptación operante, dinámica y fecunda. Aceptar significa colaborar con Dios según sus designios, significa responder a su amor comprendiendo que toda aquella alegría que él según su bondad y justicia puede darnos para nuestro verdadero bien, ya nos la ha dado antes que sea pedida por nosotros, y que si un bien no nos lo da, es porque él nos hará mal. Una privación también puede ser una donación, en vista de una mayor futura felicidad.

Si queremos, entonces, que la oración sea verdadera oración y dé sus frutos, no pidamos lo imposible, que por más que sea pedido y vuelto a pedir, nos será negado. Ella no debe ser una orden ni una petulante mendicidad, ni un dar consejos a Dios sobre lo que debe hacer, sino que sea un acto de humilde adhesión a su sabia voluntad. “Fiat mihi secundum verbum tuum” ⁽¹⁾. Y si queremos reducir la oración a un pedido de gracias, debemos recordar que el mejor modo de obtenerlas es merecerlas. Somos libres de hacer como mejor nos plazca y de aceptar o no en el momento la voluntad de Dios. Pero si no la aceptamos hoy, deberemos aceptarla mañana, en condiciones más graves, pues que la voluntad de Dios es que alcancemos por todos los medios y a cualquier costo, aunque sea con el dolor, nuestro bien. Esta activa adhesión a todo lo que Dios nos prepara, esta nuestra comprensión y buena voluntad de desarrollar los motivos que él nos ofrece, sean ellos de sufrimiento o de alegría, esta superación de nuestro interés inmediato en vista de nuestros más grandes intereses del futuro, en fin, este anulamiento de nuestra individual voluntad en la de Dios que guían los grandes planos de la vida del universo, todo esto es esencial para alcanzar y mantener la continua unión con Dios que aquí nos proponemos alcanzar.

Esta comunicación con Dios a través de la oración presupone en nosotros un estado de alma habitual completamente distinto al común. En la Tierra se cree que el valer y el poder es dado por el poseer, mientras que lo que cuenta es lo que se “es” y no lo que se posee. ¡Cuánta gente ha poseído nuestros bienes antes que nosotros, han creído ser sus dueños y han tenido que dejarlos! Así, nosotros creemos ser sus dueños y los

⁽¹⁾ Que se haga en mí según tu palabra (N. del T.)

tendremos que dejar, y otros después de nosotros creerán ser sus dueños y los tendrán que dejar. Y cada quien lo único que llevará consigo es lo que “es” y vale, es decir, sus obras y méritos, que es lo único que posee en su espíritu. Resulta beneficioso, entonces, apartar el corazón de cualquier cosa terrena, tratándola solamente con desapego de simple administrador, depositario que deberá prestar cuentas a Dios de los bienes que le fueron confiados temporalmente para fines más altos. En verdad, pues, no se posee nada para uno mismo. Todo se convierte en propiedad de Dios y a él le corresponde la defensa de nuestros haberes. Aunque nos esforcemos y corramos, esto es para una más segura recompensa y ya sin la angustia de perderla, pues que todo ha sido confiado al poder de su verdadero dueño, con la garantía de su sabiduría y bondad. Entonces estamos seguros de que él nos enviará con su Providencia lo necesario para que podamos realizar la obra de nuestra vida. ¡Qué paz al trabajar en brazos de Dios, con la conciencia de nuestra propia función cumplida! Cuando se ha hecho el propio deber hacia Dios, estamos seguros de que Dios hará el suyo hacia nosotros. ¡Y qué inmenso acontecimiento, qué expansión de toda nuestra vida, convertirse así en sus obreros y representar una parte del gran organismo, una función en el funcionamiento del universo!

La oración que se basa en este estado de alma fundamental, debe tener como su característica el ser hecha de aspiración más que de palabra, sentida más que dicha. Ella debe preferir las cosas espirituales y pedir las materiales sólo en función de las espirituales. La oración solamente debe ser hecha con finalidad justa y altruista, pues que de otra manera no puede producir efecto, siendo contraria a la Ley de Dios que quiere el amor al prójimo y no el egoísmo, el bien y no el mal. La oración no debe ser egocéntrica, del “yo” que pide para sí mismo, sino que debe ser una adhesión a la voluntad de Dios, un acto de armonización en el orden divino. Se debe estar preparado para sufrir cuando éste es violado, convencidos de que nuestro bien y redención están en este nuestro dolor merecido que nos reintegra en el orden que violamos. Las formas inferiores de oración propias del hombre involucionado actual, por piedad a su ignorancia pueden ser permitidas por Dios, pero lo cierto es que la verdadera y más alta oración no exige, no juzga, no aconseja, no pide, tan sólo escucha para después plegarse y obedecer. Cesa entonces la exposición de las necesidades, de los pedidos por cosas terrenales y domina una actitud receptiva de audición en la cual habla mucho más Dios que nosotros, prevalece una espera de consejo y de guía, de ampliación de energía y de potencia para nuestra nutrición. La oración se convierte así en otra cosa: es un abrir las puertas del alma para que Dios entre y el gran río de la vida descendiendo de sus fuentes nos inunde y la divina radiación del centro nos invada y vivifique. Actitud de gran actividad espiritual, porque consiste en alcanzar las altas frecuencias y potenciales necesarios para sintonizarse con el “transmisor”, pues que sin sintonía no hay comunicación. Se trata de entregarse con amor, porque solamente entonces Dios puede darse a nosotros en amor, dado que él no se impone jamás a quien no lo quiere. Y mientras nosotros no lo queramos, porque todavía no hemos comprendido, él quedará allí a la espera, estimulándonos indirectamente por miles de vías, hasta que nosotros sintamos la necesidad de él, lo busquemos y llamemos para que venga a nosotros. ¡Cuántos

pierden sus inmensos tesoros por andar en busca de las pobres riquezas terrenales! Sin embargo, Dios lo único que quiere es hacernos ricos. Pero es necesario que lo procuremos haciéndonos dignos, porque así lo quiere su justicia.

La verdadera oración, la más elevada e intensa, llega así a no tener ya palabras y se reduce a un silencio de todo nuestro ser, en actitud de recepción y de oferta, en escucha de la palabra de Dios. La más grande oración es tácita y consiste, antes que todo, en haber obrado bien, y pues, en la simple sensación de la presencia de Dios. Cuando hayamos comprendido y hecho lo que hemos dicho anteriormente, es decir, cuando nos armonicemos en pensamientos, palabras y obras en el orden divino y nuestra voluntad sea Una con la de Dios, entonces experimentaremos estas sensaciones. Cuando todo hayamos dado a Dios y al prójimo y ya no existamos para nosotros mismos, entonces todo vendrá a nosotros espontáneamente y lo poseeremos todo.

Preparémonos, pues, para esta oración. Ella se hace en silencio, solos con Dios, lejos del tumulto de las masas, se hace en silencio como actúa la mano de Dios, como ocurre en el interior de los más grandes fenómenos de la vida. Abramos confiados nuestras almas, como hace la flor a la luz del sol. Así como la Ley de Dios quiere que el sol lleve a los seres la vida orgánica, así quiere también que las radiaciones espirituales del sol divino nos inunden de sabiduría y de felicidad.

IX

LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

Cuando hayamos comprendido y asimilado bien los puntos arriba expuestos, los cuales son susceptibles de aplicación en cualquier religión, en cuanto que tienen un significado universal, racional, y se podría decir también biológico y científico, podremos entrar en una fase más profunda, fase mística e intuitiva, donde no se procede a la luz de la razón sino de la fe, fase de aplicación de los referidos puntos en el seno del Cristianismo que es la más alta religión que el hombre conoce. Dios, en su verdadera esencia, está tan por encima de nuestras capacidades intelectivas y afectivas, que permanece inaccesible a nuestra naturaleza humana, no siendo capaces de amar y proclamar una suprema abstracción frente a la cual el corazón y la mente se pierden. Debemos, en consecuencia, contentarnos con acercarnos a Cristo, más accesible a nosotros por es también forma, forma humana.

Cristo que con su muerte física desapareció de la Tierra y de nuestros sentidos, quedó entre nosotros presente en espíritu de modo particular en la Eucaristía. Él quiso en ésta su institución dejar un canal abierto para que nosotros pudiésemos comunicarnos mejor con él. Este es el mayor don de su Pasión. Nosotros aquí nos proponemos utilizar precisamente este canal para alcanzar la unión con Cristo, en una forma que

por lo demás no es nueva, que ya ha sido admitida pero ha sido muy poco practicada y sentida, que si puede parecer materialmente más libre, en compensación requieren espiritualmente una disciplina más estricta, por lo menos si queremos obtener los resultados que le pedimos. Las almas piadosas podrán recurrir a él para integrar la forma material renovándola en esta forma espiritual, incluso cuando la otra, por la hora, por el lugar o por las infinitas circunstancias, no sea posible aplicar. La comunión espiritual se puede, efectivamente, practicar a cualquier hora y en cualquier lugar, sin necesidad de ayuno, todas las veces que el alma sienta la necesidad, no solamente en los momentos y circunstancias más adecuadas, en los momentos de mayor urgencia e impulso, sino también con una frecuencia de otro modo imposible, hasta alcanzar así, incluso en medio de nuestras ocupaciones, una continua y completa unión con Cristo.

Esta forma de comunión, siendo espiritual, por esta su misma naturaleza, no puede dejar de asumir una forma más individual y espontánea relativa a la naturaleza de cada alma. Es difícil, por lo tanto, trazarle normas generales porque cada quien la adaptará a sí mismo, y ni como guía se pueden configurar oraciones con palabras y fórmulas. Cada alma dirá con plena sinceridad y efusión lo que ella misma es, expondrá de acuerdo a sus necesidades, pero sobre todo escuchará según sus capacidades de oír. Ninguna obligación le es impuesta, ninguna línea le es trazada, solamente los principios generales arriba expuestos, porque ella debe decir las cosas que verdaderamente siente, que brotan de sí misma, sin abandonarse jamás a repeticiones mecánicas, trabajo de labios y no de espíritu. Es precisamente esta realidad interior, que puede faltar en la más precisa ejecución de las formas materiales de comunión, la que aquí debe ser llevada absolutamente a primer plano y regirlo todo, y ya que todo lo demás es caduco, solamente ella debe subsistir a plenitud. En consecuencia, no es posible realizar la comunión espiritual con el espíritu ausente, con ánimo distraído, sin la más completa y vibrante adhesión de nosotros mismos.

Es lógico que tratándose de un puro acto de amor, como preparación se presuma absolutamente el acto de dolor perfecto en relación a las propias faltas, es decir, un dolor en verdad sentido por haber violado la Ley de Dios y haber desobedecidos a su bondad. Sería verdaderamente ofensivo, en un acto de amor tan puro introducir, precisamente en el momento de realizarlo, delante de Dios, cálculos de intereses relacionados al propio daño por el infierno merecido o por el paraíso perdido. Al menos en este supremo momento de la unión con Cristo, se debe desterrar todo egoísmo humano. Para algunos esto será difícil y solamente quien fuere capaz podrá conseguirlo. Pero si se quiere obtener verdaderos resultados con esta comunión, no hay otro camino a seguir. Quien no esté maduro no podrá comprender y sería mejor que se ocupe de otra cosa. Para éstos, en verdad, la Eucaristía es un “misterium fidei”⁽¹⁾, algo incomprensible a lo que se puede aproximar sólo con: “creo quia absurdum”⁽²⁾. Es cuestión de evolución y relativa sensibilización. Pero quien ha

⁽¹⁾ “Misterio de Fe” (N. del T.)

⁽²⁾ “Creo porque es absurdo” (N. del T.)

alcanzado la madurez biológica y con esto la necesaria sensibilidad nerviosa y espiritual, quien ha llegado a ser más vivo en el espíritu que en el cuerpo, y no como en la mayor parte de los casos, más vivo en el cuerpo que en el espíritu, estos pueden sentir en la Eucaristía la real presencia de Cristo; y sentir hasta el punto de llegar al colapso, es la evidencia máxima que supera toda demostración o esfuerzo de fe.

Es precisamente en la práctica de la Comunión Espiritual que el alma trata de educarse todavía mejor para esta sensibilización, para establecer la comunicación, para profundizar la sensación cada vez más progresiva hacia Dios. Esta práctica puede ser, entonces, para las almas electas, un gran medio de elevación espiritual. Ciertamente Dios desde el centro hace presión para llegar hasta su criatura, pero muy frecuentemente las fuerzas del bien no pueden pasar porque los canales están obstruidos por miles de detritos y obstáculos espirituales. Es verdad también que las fuerzas del mal que personificamos en Satanás hacen de todo para mantener estos canales cerrados acumulando cada vez más obstáculos para el paso de las corrientes benéficas. Pero es también verdad que, apenas por humana buena voluntad cualquier canal se abre al libre fluir de las radiaciones divinas y se puede formar así un buen conductor para la corriente espiritual a través del cual ella pueda pasar, entonces las fuerzas del bien siguen alegres y abundantes aquella vía que permite su expansión, porque esa es la ley, y la vida que habla en el corazón de los hombres los constriñe instintivamente a sentir y reconocer en estos seres que sirven de conducto a lo divino, el más alto y precioso valor biológico al cual es confiada la tarea de alimentarnos y salvarnos. Estas actividades espirituales aquí expuestas son, por lo tanto, preciosas no solamente para el individuo y su ascensión, sino también para el bien de todos.

Comenzamos, pues, a acercarnos al punto culminante de la “Comunión Espiritual”, que es la sensación del contacto y de la unión con Cristo, vale decir, reconstruyendo y reviviendo en nosotros la escena sublime de la “Última Cena”. Quien no la tenga presente, ya impresa en el alma, puede recurrir a la lectura de los Evangelios. Ellos contienen un inmenso material para meditación. Se puede llegar así a la formación en sí mismo y alrededor de sí, de una atmósfera espiritual en la cual vibre como un eco aquellos sentimientos, por un lado sublimes en Cristo, por el otro lado conmovedores en los discípulos, sentimientos de alta pasión espiritual, tales como se agitaron en el Cenáculo en aquella suprema hora de amor y de odio. Se debe procurar alcanzar un estado de identificación espiritual, en otros términos, la presencia en espíritu, por grados, comenzando por la representación de la escena material y poco a poco ascendiendo a través de ella a su penetración cada vez más íntima y comprensión cada vez más profunda, hasta la fusión espiritual. Se comienza por concentrar nuestra atención en la figura de Cristo, observando el pensamiento, el amor, su pasión en aquel momento, tratando de penetrar el sentido de su supremo sacrificio. Nos aproximamos así poco a poco a la visión de la Eucaristía, a la percepción de su verdadero contenido y significado. Nos abrimos así, paulatinamente, las vías para la comunión del espíritu con Cristo que a nosotros se da en ese momento.

Al principio esta ascensión, nuestra gradual elevación de tensión será difícil y lenta. Todo depende de nuestra fuerza. Es necesario como primera condición que el alma, antes de entregarse a estos actos espirituales que constituyen una verdadera realidad y acción en lo imponderable, se haya apartado de todas las cosas terrenales habiendo comprendido lo expuesto anteriormente, y ahora se encuentre distanciado, por encima de ellas. Es indispensable, entonces, estar acostumbrados a la concentración, saberse aislar del ambiente en la meditación, y a esto puede ayudarnos la soledad, tanto al aire libre como en el hogar, como también en una iglesia que sea silenciosa, tranquila, poco frecuentada por perturbadores y sobre todo, pobre. Todo lo que sea pompa humana profana estos contactos de espíritu. No importa tanto el lugar, como la atmósfera espiritual que lo constituye, las radiaciones de las cuales está saturado y que se vuelven hacia nosotros envistiéndonos, pues que la base de estos fenómenos es la sintonización de vibraciones. Existen ambientes que parecen espléndidos y son espiritualmente sordos; y hay ambientes muy pobres, como por ejemplo San Damian en Asís, riquísimos en sonoridad y resonancias espirituales. Cada quien escoge según su naturaleza todos los medios que según ésta él siente que pueden en su caso colaborar en el proceso de sintonización con el centro alrededor del cual se gira y hacia el cual se tiende. El alma puede seguir en esto sus simpatías y atracciones. Pero hay que recordar que lo que forma la simpatía sobre todo es la naturaleza de sus pensamientos habituales, pensamientos de cada instante de su vida, incluso los que estén afuera en el mundo, es su carácter y tipo, es la naturaleza de las obras de las cuales él vive, es su afinidad adquirida con lo Alto. De hecho, comunión quiere decir adhesión, contacto de espíritu, identificación, fusión, compenetración. Ella se basa en la afinidad. Es necesario, pues, tratar de acercarnos lo más posible a Cristo, y para llegar a esto debemos hacerlo antes con cada manifestación de nuestra vida. Se puede llegar a todo esto, pero es necesaria una escuela que nos cambie completamente, de pies a cabeza. El objetivo es, precisamente, una madurez y ascensión de todo nuestro ser. El ejercicio y la costumbre facilitarán y abreviarán estas fases introductorias.

Hagamos, entonces, todo lo que sepamos y podamos para abrir de par en par y completamente nuestra alma a las radiaciones divinas, dejando que éstas la inunden, aceptándolas, haciéndolas nuestras, vibrando con ellas en todo nuestro ser. Cuando hayamos hecho de nuestra parte todo lo necesario para sintonizarnos, cuando hayamos aprendido a hacernos receptivos más por abandono que por esfuerzo, cuando ascendiendo logremos en espíritu abrir el canal y establecer así una corriente entre transmisor y receptor, entonces es suficiente, nuestra parte estará hecha, nuestro esfuerzo estará realizado. Abiertas las puertas, la luz entra por sí misma. Los inexpertos en cosas espirituales vividas a tal profundidad, no se amedrenten. Dios que en el otro extremo desea la unión mucho más que la criatura, y que puede mucho más que ella, la ayudará porque todo esto está en la línea de la ascensión, que es el punto más vital y central de la ley divina. El alma lo único que tiene que hacer es secundarla, permitiéndole realizarse. Ciertamente, mientras más evolucionado se es, más fácil será recorrer rápidamente y con mayor éxito este camino. Las almas perezosas, frías, egoístas, encerradas en sí mismas e incapaces de un gran impulso de pasión, aun siendo religiosas, incluso si están cargadas de una montaña de prácticas

formales y mecánicas, son las que están más lejos de estas realizaciones espirituales y las que más deben cambiar. Pero tengamos fe, pues que Dios está en todas partes presente y también las ayudará a ellas.

Continuemos. Una vez, entonces, establecida la comunicación a través del deseo y la oración, la comunión es espontánea, colmada, profundamente vibrante y sin choques. Es como un deslizamiento por el aire. Las sacudidas por el desprendimiento de la Tierra cesan y todo se calma, al punto de parecer inmóvil. No siempre lograremos estabilizarnos a la alta velocidad del vuelo y a mantenernos en equilibrio en él. Como quien asciende la pendiente de una montaña en terreno irregular, nos resbalaremos y retrocederemos unos pasos, nos detendremos, pero volveremos a comenzar donde habíamos llegado, para continuar cada vez más hacia lo alto hasta que, aprendiendo, estabilizaremos cada vez más nuestras posiciones. Pero una vez que lleguemos a establecer el paso de corriente por haber eliminado todo el material aislante, entonces sentiremos la radiación divina descender en grandes oleadas para colmarnos la mente de pensamiento, el corazón de sentimiento, saciándonos de potencia, nutriéndonos de energía, iluminando, confortando y alimentando todo nuestro ser. Entonces todo se armoniza y potencializa dentro de nosotros, nuestras energías no se volverán contra sí mismas haciéndose divergentes, sino que serán convergentes y colaboradoras, no se malgastarán en luchas y roces, y darán un rendimiento máximo. Adquiriremos, entonces, la potencia que es propia de los sistemas de fuerzas equilibradas. Una nueva armonía con sabor a paraíso comenzará a invadir nuestro ser, penetrando gradualmente primero en el plano espiritual, después el nervioso, luego el orgánico, hasta la médula de nuestros huesos, imprimiendo a todo el individuo un ritmo de vida más elevada y benéfica. Esto luego quedará en nosotros como un eco dulce y poderoso, y se estabilizará en permanencia, dándonos una vitalidad nueva que cicatrizará nuestras heridas, primero las morales, después las materiales en nosotros y también en nuestro ambiente, dándonos una nueva fuerza que nos hará superar las dificultades de las pruebas y las angustias de la vida. En el mundo orgánico, ¿no está regido todo, aunque sea a través de innumerables y graduales pasos, por la energía que desciende sobre la Tierra desde el Sol? Igualmente en el mundo de las fuerzas espirituales todo es regido por la potencia que desciende sobre las almas desde Dios. Cuando se ha alcanzado estos más elevados planos del espíritu, la oración se convierte en audición y el alma ya no habla, sino que escucha y recibe. Entonces ella ya no tiene nada que decir o hacer, solamente escuchar la voz de Dios, nutrirse de su poder y dejarse llevar por su voluntad.

Cuando la ciencia define como alucinatorias semejantes sensaciones relegándolas en masa sin discriminación dentro de lo patológico, no sabe lo que dice y hace. Como ya dijimos, aquí se trata de realidades experimentales y objetivas, si bien de una realidad supermaterial que escapa a quien no tiene los sentidos para percibirla y, por lo tanto, la niega. Pero el hombre con el tiempo evolucionará y entonces, comprenderá. Actualmente, dado que falta la sensibilidad para percibir, para admitir un hecho que está por encima de la razón, como en el de la presencia de Cristo en la Eucaristía, no queda otro camino que la fe.

Dado que este escrito se dirige al ser humano actual, es necesario insistir en lo que para él es la parte más difícil para recorrer, es decir, la que prepara la sintonización. Para esto hemos aconsejado la reconstrucción interior del ambiente espiritual, de la Última Cena, en el momento de la institución de la Eucaristía. Momento que sería de una grandeza aterradora, si allí todo no hubiese sido hecho por amor, en el cual Cristo se sacrifica y se entrega todo, olvidando su propia grandeza, al punto de descender hasta el nivel de la naturaleza humana. Ahora, en nada encontramos tan profundamente reconstruida, actual y presente en su sentido más vivo y profundo, la sustancia espiritual de aquel momento, como en el sacrificio de la misa. Es suficiente con seguir su desarrollo en espíritu, aunque materialmente no se pueda estar presente. Las mismas fórmulas del rito, al menos las más importantes, repetidas con toda el alma, pueden ser una muy buena guía para la preparación a la “Comunión Espiritual”.

Sigamos, entonces, el sacrificio de la misa y concentremos nuestra atención en el momento culminante de la elevación, repitiendo las mismas palabras del sacerdote, las más vitales, las que él generalmente pronuncia en baja voz, casa para sustraerlas de la profanación del público distraído. Repitámoslas meditándolas, tratando de sentir las en profundidad, en un “crescendo” de pasión y aproximación:

“Accipit Panem in sanctas manus suas et elevates oculos in coelum, gratias agens benedixit, fregit, deditque discipulis suis dicens:

“Accipite et manducate ex hoc omnes: hoc est enim corpus meum...”

“Accipite et bibite ex eo omnes: hic est enim calix sanguinis mei, novit et aeterni testamenti, mysterium fidei: Qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum”.

“Haec quotiescumque feceritis”.⁽¹⁾

Cada quien trate de “sentir” estas palabras en la máxima profundidad posible que su naturaleza le permita. Después de esto, el alma sensitiva comenzará a advertir que la real presencia de Cristo se hace cada vez más cercana y sensible, en un lento “crescendo” de percepciones cada vez más claras y evidentes. Cada palabra no es naturalmente dicha con la boca, como se acostumbra, sino que es dicha con el alma y sentida como pasión propia, en profundidad. Extraordinariamente poderosa es la palabra a la que corresponde un real estado espiritual, la palabra que no es solamente sonido, sino que es fuerza viva del alma.

⁽¹⁾ Tomó un pan en sus santas manos y, levantando los ojos hacia el cielo dio gracias, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: “Tomad y comed todos de él: este es mi cuerpo”. “Tomad y bebed todos de él: este es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno testamento, misterio de la fe, que por vosotros y por muchos otros es derramado en remisión de los pecados”. “Todas las veces que hagáis estas cosas, hacedlo en recuerdo mío. (N. del T.)

He allí que se acerca el momento culminante en el cual Cristo, que poco a poco se ha aproximado como nuestra sensación, puede comunicarse con el alma que a él ha sabido abrir sus puertas.

Saludemos su aproximación con las palabras del sacerdote:

“Agnus dei qui tollis peccata mundi: miserere nobis”.

“Agnus dei qui tollis peccata mundi: miserere nobis”.

“Agnus dei qui tollis peccata mundi: dona nobis pacem”⁽¹⁾

Sobre esta palabra “paz”, dejemos a nuestra alma reposar tranquila, lejos de todas las tormentas y preocupaciones humanas, tranquila como un limpio lago sobre cuya superficie el sol puede ahora reflejarse, sin ser opacado o deformado, en toda su pureza.

Alcanzado este estado de calma y claridad, entonces abandonémonos a Cristo dejando que él venga a nosotros y realice el resto. Pero antes de que él llegue, ofrezcámosle todo lo que somos como dolor y como miseria, que otra cosa no tenemos. Repitamos las grandes palabras:

“Domine nou sum dignus, ut intres sub tectum deum: sed tantum dic VERBO ET sanabitur anima meã.”⁽²⁾

Después de este último impulso con humildad y consagración, el alma que a través de sucesivos grados ha ascendido hasta aquí, está preparada. Oirá, entonces, una voz dentro de sí anunciándole:

“Corpus domini nostri Jesu Cristi aternam. Amem.”⁽³⁾

El alma debe seguir este pensamiento tres veces. A la tercera vez tendrá la sensación de Cristo no ya solamente cercano, presente alrededor de sí, sino dentro de sí. Si ella está madura y preparada, muy frecuentemente la presencia en sí, para hacerse sentir la tercera vez, sino que se hará advertir desde la primera vez, pues que el espíritu arde en deseos de unirse al espíritu. Dentro de sí no significa penetración material de cuerpo sino, como siempre ocurre en el mundo espiritual, fusión de centros de fuerzas vibrantes por vía de sintonización que es vibración al unísono, aquella que de dos notas distintas, a semejanza de lo que ocurre en el campo acústico, hace una sola

⁽¹⁾) “Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo: ten compasión de nosotros”.
“Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo: ten compasión de nosotros”.

“Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo: danos la paz (N. del T.)

⁽²⁾ “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero di una palabra y mi alma quedará curada. (N. del T.).

⁽³⁾ “El cuerpo de Nuestro Señor Jesús Cristo guarde tu alma en la vida eterna. Que así sea”. (N. del T.)

nota. Esta fusión es la mística unión con Cristo, vale decir, la pérdida de la propia personalidad egocéntrica y distinta, pues que ella ha sido atraída y se ha identificado con la de Cristo y solamente como tal sabrá pensar y actuar.

Si el alma logra llegar a este punto, en adelante cualquier guía será superflua, incluso podría ser un obstáculo. Dios actuará y hablará en ella. Y ella, en silencio, admirada y embelezada, escuchará realizando así la oración perfecta. Ya no tendrá necesidad de guía, porque la guiará Cristo. De ahora en adelante lo tendrá todo y nada le podrá ser dado por el hombre.

En este punto, el consejero que ha acompañado hasta aquí, es estas páginas, deja al alma a la que ha tratado de conducir hasta Dios en sus manos, para que solamente él le hable, la ilumine, la consuele, la nutra y la fortalezca. Nadie puede intervenir en estos coloquios y fusiones de espíritu. La comunicación con Dios se ha establecido y cada alma encontrará, según su propia naturaleza y en plena libertad, vías individuales de efusión. En este punto el pobre consejero que la ha acompañado hasta aquí, en estas páginas, calla, venera y en silencio se retira.

X

PASIÓN

Ahora que hemos recorrido el trayecto de los anteriores cuatro capítulos y con esto, sino llegamos a realizarlos todos, por lo menos hemos comprendido la unión espiritual con Cristo, sigamos avanzando en el mundo místico, tremendamente real para quien lo ha alcanzado, pero difícilmente concebible para el hombre solamente racional.

Alcanzada esta cumbre, no podemos dejar de mirar hacia atrás y considerar el largo camino que hemos recorrido desde el Cap. I “La Verdad” del libro “Problemas del Futuro” para llegar hasta aquí. Todas las formas mentales atravesadas han sido, en verdad, sentidas como reales por quien aquí las ha expuesto, por el fenómeno arriba descrito de la personalidad oscilante y de ascensión a lo largo de la onda que progresa hacia cada vez más altas tensiones. A medida que nos acercamos a la cima, la racionalidad, aunque ha progresado hasta destilarse en las abstracciones físico-matemáticas, se queda en el umbral del mundo místico, importante para entrar en una atmósfera tan rarefacta donde ella se siente disolver, y donde solamente la intuición puede penetrar. Después de haber observado este momento culminante y su reflejo en los problemas que le son afines, el lector podrá observar el fenómeno de la personalidad oscilante en su cómoda mitad descendente, es decir, en su más colmada coordinación en el plano de la normal racionalidad, retornando a los problemas de la Tierra. Con esto el volumen se cerrará. Los dos capítulos, I “La Verdad” y el XXXIII “Resurrección”, del mencionado libro “Problemas del Futuro”, representan los dos

extremos de la oscilación de la onda recorrida por el autor en el período 1.945-1.950, en el cual fue escrito ese volumen, al final del cual él retornó al fondo, pero siempre a un nivel más elevado del descenso anterior, para después ascender a un vértice todavía más alto, y así en adelante. De esto se puede concluir, que no es tanto el estudio o el razonamiento lo que lleva al conocimiento, sino la madurez y consecuente desarrollo de la personalidad. Vale decir, aquí no se trata de adquisiciones culturales, sino de un fenómeno biológico mucho más profundo, de una “catarsis” de todo el ser, de la cual toda esta producción deriva.

Antes de seguir más allá, sería de utilidad observar el ritmo de estas sucesivas y ascendentes oscilaciones u oleadas, parangonando sus vértices que, como dijimos, alcanzan con la madures del sujeto, alturas cada vez mayores. Un vértice fue primero alcanzado al final de la 1ª trilogía, con la escena conclusiva: “Pasión”, del 3º volumen: “Ascensión Mística”. Aquella escena fue descrita en la Pascua de 1.937, al pie de la tumba de San Francisco, que está en su Basílica, en Asís. El vértice actual, en la escena del capítulo siguiente: “Resurrección”, es alcanzado en la 2ª parte del Imer volumen de la IIIª trilogía, en la Pascua de 1.947, frente al Verna. El contenido aquí no es de desolación en espera de la guerra y de oferta en el dolor, como en “Pasión”, sino que es de triunfo a la espera de una nueva civilización. También el ambiente de inspiración, en vez de ser en una tumba escavada en las entrañas de la tierra, por consiguiente de muerte para el cuerpo, es sobre la cumbre radiante de un sagrado monte donde apareció Cristo, por consiguiente de máxima realización espiritual. Todo se transforma y se invierte. El motivo de 1.937, expresado en el tercer volumen con el que se cierra la 1ª trilogía, se transforma completamente en 1.947, en el volumen con el cual se inicia la III trilogía, en perfecto equilibrio en una obra de tres trilogías.

Existe, pues, un retorno con ritmo decenal 1.937-47, que encontramos también en “Los Grandes Mensajes”, por lo cual también allí el “Mensaje de la Paz” (Pascua de 1.943), llegó de manera inesperada, diez años después de el “Mensaje a los Cristianos” (Pascua 1.933), que cerraba la serie anterior. Retorno decenal de vértices según un ritmo que parece injertado en el fenómeno, por lo cual los dos vértices, 1.937- 1.947, siguen al primero en la vida del autor, el de 1.927, año de su voto de pobreza y contemporánea primera visión de Cristo. Como podemos ver, ya en 1.927 el fenómeno estaba encaminado, aunque su primera manifestación exterior solamente apareció con el primero de “Los Grandes Mensajes”, el “Mensaje de Navidad” de 1.931. Todas estas cosas no fueron preparadas ni previstas, constatadas solamente a posteriori por un impulso íntimo no controlado como voluntad y conciencia por parte de quien lo experimentaba. Es evidente que éste, como tantos otros fenómenos biológicos, es regido por un ritmo suyo inteligente y sabio, que el ser sigue y no crea.

He allí, entonces que, así como en el volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio” se verifica un desenvolvimiento de “La Gran Síntesis”, aquí también ahondamos más profundamente el motivo final del volumen: “Ascensión Mística”. Así los gérmenes que sumariamente aparecieron en la primera explosión, retornan

madurados en la progresiva catarsis del sujeto, de la cual no son más que un momento y una expresión. De esta manera, a través de los volúmenes de las diversas trilogías, toda la Obra verdaderamente asciende, elevándose a una atmósfera cada vez más purificada. Aquí cada palabra, cada capítulo, cada volumen, en fin, toda la Obra, no puede dejar de reflejar y repetir aquel gran motivo ascensional que es la base de toda la orquestación de la vida, que se expande hacia Dios. Es un canto único de todo el ser, canto del cual estos escritos no son más que un eco en el alma de un pobre hombre que sintió cantar en sí el universo, y en una férvida pasión se hizo su humilde intérprete. Así este canto, comenzando en forma racional desde las zonas bajas de la materia y desde nuestro cotidiano contingente individual y social, eleva poco a poco su potencial. Entonces la racionalidad se convierte en intuición, la observación se hace contemplación, el pensamiento se transforma en oración, la visión de la verdad se hace éxtasis, amor, arrobamiento. Entonces no se es simplemente espectador, sino que nos convertimos en actores en el gran funcionamiento orgánico del universo, y no solamente se escucha la divina armonía de lo creado, sino que se entra en ella, por ella somos tomados y arrebatados. Y nosotros mismos nos convertimos en un canto, el canto de la vida, una armonía de Dios, un arpa vibrante en la divina orquestación del Todo. Entonces nos anulamos, nos perdemos en el ilimitado incendio del amor divino.

Describiremos aquí, seguidamente en el presente capítulo y en el siguiente, estos dos vértices: “Pasión” y “Resurrección”. Esta última composición es nueva, mientras que la otra es reproducida del volumen: “Ascensión Mística”. Esto para que sea posible la comparación. Pero antes hagamos algunas observaciones.

El nuevo impulso representado por “Resurrección”, fue preparado como por un preanuncio la noche anterior al Viernes Santo, tercero antes del Viernes Santo de 1.947, con inesperados e intensos fenómenos místicos. Esto ocurría mientras se aproximaba la “Pascua” del 60° cumpleaños del autor, mientras que “Pasión” fue escrito la “Pascua” de su 50° cumpleaños. Esta composición representa el dolor y la oferta expresados por las tres solemnes promesas hechas en la tumba de San Francisco en Asís. Estas promesas fueron hechas cuando el autor cumplió sus 50° años, repetidas después todas las noches, hasta que luego de 10 años llegó la ya mencionada “Comunión Espiritual”, escrita en 1.947, poco antes de “Resurrección”. Ésta, después de aquel período de maceración, representa la alegría que triunfa sobre el dolor, la vida sobre la muerte, la realización de la catarsis. Después de 10 años de esfuerzo y de dolor, en el Verna donde Francisco se unió con Cristo, llega desde lo Alto la respuesta y es colocado el sello a la promesa final. El motivo negativo de “Pasión” retorna aquí en posición invertida, positiva, no ya de tiniebla y tormento, sino como luz y vida.

Es el enderezamiento del mundo en la nueva era del espíritu. El dolor comprendido, aceptado y vivido, ha cumplido su obra de redención y se transforma en alegría. Es la resurrección del mundo a través de su actual prueba y pasión, es la derrota del mal en el triunfo del bien. Sobre las ruinas despuntan las flores y la vida avanza. El autor no

vive su motivo de forma aislada, sino todo el motivo biológico de su era histórica y comienza a realizar primero en sí la metamorfosis que llevará al mundo hacia un nuevo tipo de civilización. Es así que en estas composiciones y en su Obra puede repercutir y vibrar el ritmo del gran fenómeno que la vida está ahora viviendo. Él tiene que vivir primero en sí mismo el enderezamiento evangélico de los valores actual mente invertidos en el materialismo, como debe vivirlo hoy el mundo en paralela tragedia.

En el enderezamiento retornan en “Resurrección”, entre sí conectados, pero invertidos de las tinieblas a la luz, de la tristeza a la alegría, los tres motivos de “Pasión”. Y el mismo hombre que el Jueves Santo de 1.937 hizo suyo el dolor de Cristo moribundo y el dolor que esperaba al mundo, entonces ignorante de la última guerra mundial, ahora, en la mañana de la Pascua de 1.947, hace suya la fiesta de Cristo que resurge triunfante y la alegría que espera al mundo en una nueva civilización, que él todavía no ve. El fenómeno no está relacionado solamente con quien escribe, sino que envuelve a todos en el mismo ritmo y a todos conduce hacia la misma meta.

Mientras “Pasión” fue escrito el Jueves Santo en la noche, vigilia de pasión, en la oscuridad, abajo, cerca de una tumba, “Resurrección” fue escrito la mañana de “Pascua”, en la luz, en lo alto, donde triunfa el espíritu en Cristo. Este pasaje representa el remover la piedra que cerraba el sepulcro y la resurrección del espíritu que al tercer día, es decir, en el tercer milenio, sale de su involucro corpóreo. Así quien escribe, instintivamente preparado por el ritmo del fenómeno universal que va de la vida de Cristo a la vida del mundo, fenómeno en el cual él se encontraba preso sin saberlo, llegó a la mañana de Pascua de 1.947, después de un vago presentimiento de la aproximación de un gran acontecimiento espiritual. La visión expuesta en “Resurrección” se desenvuelve en las primeras horas del día, presente su espíritu en la “Capilla de los Estigmas”, en el Verna, mientras que su cuerpo estaba en S. Sepolcro (Arezzo) donde se había reunido en familia. Vuelto en sí, registró dicha visión, de un golpe, como una explosión, al mismo tiempo que podía ver con los ojos físicos el perfil del Verna y el punto donde está dicha Capilla, visible desde S. Sepolcro. Y aquella mañana, aunque encerra entre dos semanas de mal tiempo, fue en verdad limpia y radiante.

He aquí “Pasión”⁽¹⁾ Le seguirá el capítulo: “Resurrección”.

PASIÓN. Asís, Jueves Santo de 1.937.

Peregrino de dolor y de pasión, me aproximo a ti Señor.

⁽¹⁾ Publicado también en el volumen “Ascensión Mística” II Parte Cap. XXVI, del mismo autor. (N. del T.)

Despedazaste todos mis afectos humanos, uno a uno: quisiste que sólo tu amor permaneciera.

Y cuando mi corazón cayó por tierra, ensangrentado, en el camino polvoriento, pisado por todos, entonces lo recogiste, y me dijiste: “Yo soy tu amor. Solamente a mí puedes amar”.

En mordaza de hierro comprimiste mi pasión, cuando ella deseaba explotar en el mundo. Tu le cerraste todas las puertas y la lanzaste dentro de mí, para que en la constricción se hiciera más profunda y más potente su luz y ardiera en un incendio cada vez mayor, y en lo íntimo inflamara, llameando hasta encontrarte, Señor.

Dosificaste mi tormento, proporcionaste asfixia lenta, quisiste que me aproximara a ti a través de mi búsqueda y de mi esfuerzo.

Ahora comprendo que a tu amor divino solamente podía llegar por medio de la dilaceración de todo amor humano.

A ti solamente se llega por la tempestad, porque eres el torbellino y el poder, eres la esencia de la fuerza.

Siento que la llama de tu incendio se aproxima y lanza leguas de fuego hacia mí. De repente una de ellas me toca y se enrolla alrededor de mi alma, la aprieta y a ella se aferra para atraerla hacia sí, al centro del incendio.

Seguidamente afloja la presión y me deja recaer en las cosas humanas, para después retomarme otra vez, y otra vez, cada vez más fuerte.

Ese incendio me espera y yo caeré en él.

* * *

Es la semana de la pasión, se aproxima el momento santo en que tú, Señor, en tu agonía, lanzaste al mundo el grito de la redención y del amor.

En estos días has macerado mi alma para que también yo viva tu pasión de dolor y de amor.

Por mi sensibilidad vibrante y resonante ha pasado el choque brutal y el insulto feroz, tomando allí lugar, ahondando alegremente en mi dolor.

Tú estabas presente y cercano, pero para mi desgracia, yo no te sentía.

Pero un nuevo dolor ha elevado hasta ti mi sensación y en lo profundo de mi extravío te he reencontrado, así como tantas veces te he perdido y en mi postración, has venido a mi encuentro y de nuevo te me apareciste.

¿Qué deseas de mí, Señor?

* * *

Llego a Asís, al amanecer del Jueves Santo.

Dos hileras de siete velas, en dos órdenes bien visibles, arden solitarias en la Basílica de San Francisco.⁽¹⁾

Se apagan lentamente, una a una, con un salmodiar largo y triste en que llora la Iglesia y el mundo suplica; allá afuera el día tristemente se extingue, filtrando su agonía a través de los históricos vitrales.

La sinfonía de liturgia, de luces, de llanto, canta concorde con la lenta somnolencia de muerte en que se extingue la agonía de la pasión.

Pero cuando con la última luz del día se apaga la última vela, el último canto del salmo explota tan trágico y dilacerante, interrumpido por el triste chocar de las verjas en el suelo, que mi alma tempestuosa se abate, porque entonces oigo dentro de mí gritar el dolor del mundo que suplica y llora con Cristo que muere.

Ya es de noche. Se ensombrecen los vitrales luminosos. Todo está apagado en los altares desnudos. La Iglesia, que en esta hora se recoge con el dolor de un Dios y el dolor del hombre, depones sus oropeles y se abate desnuda a los pies de Cristo.

En este aire triste, pero calmado, en esta atmósfera de gran dolor, pero consciente y resignado, oigo el clamor de las multitudes distantes que no quieren y no saben sufrir; siento el espasmo de las mareas humanas que el dolor y la pasión persiguen y atormentan.

Mi alma tiembla.

Yace abatida a los pies de la cruz y mira, en lo alto, el drama de un Dios agonizante por amor. Su mirada me da fuerzas para vivir.

⁽¹⁾ En esta Basílica giottesca, al anochecer del Miércoles Santo y del Jueves Santo se hace el “oficio de las tinieblas”, extremadamente sugestivo por el ambiente artístico, la liturgia y el canto solemne, y sobre todo, por la casi total ausencia de gente, que siempre erturba con su distraída incomprensión. (N. del T.).

Vivo tu tormento, mi Señor. Subiré contigo hasta la cruz; tu dolor es mi dolor. Agonizo y muero contigo.

Quisiera pedir piedad para todos y no tengo el valor. No tienes más sangre para dar; mueres desnudo y maldecido, y eres inocente. ¿Qué más puedo pedirte por amor al hombre?

Lo sé: me seguirías dando laceraciones tremendas. Pero a cada nuevo rasgarse de mi carne te diría: “Por amor a ti, Señor”.

Y cuando ya sin fuerzas caiga y lleguen hasta mí las caricias seductoras de las cosas humanas, mi alma deberá rechazar cualquier reposo o confort y decir: “Por amor a ti, Señor”.

Flagela diariamente mi espíritu, para que esté despierto y preparado para obedecer tus órdenes.

Con mi renuncia alimentaré cada día la llama de mi amor por ti.

¡No! No es renuncia, no es dolor, es expansión y alegría. “Es por mi amor a ti, Señor”.

¿Qué puedo hacer? Ya es inútil resistirme. Me precipito en ti, Señor; las órbitas se estrechan vertiginosamente; la maduración prosigue en el mundo y en mí, por caminos opuestos.

La hora es intensa para todos. No se puede detener. Preparada desde, llega a su conclusión. ¡Tengo miedo de mirar!

* * *

El cerco se restringe. El drama de la pasión de Cristo se hace intenso dentro de mí, el drama de las tempestades humanas acosa a quien está allá, afuera.

Desciendo a la cripta y me abato a los pies de la tumba de Francisco.

Me invade completamente el espíritu del lugar, tan fuerte que me lanza por tierra. Apoyo sobre la piedra desnuda la frente en llamas, para calmar la fiebre y mitigar el incendio.

Me has conducido hasta aquí. ¿Para qué? ¿Qué quieres de mí, Señor?

Comienzo a balbucear: “Toma mi alma”.

Quedo a la espera, vibrante, en tensión, sin palabras.

Recuerdo. Ya una vez me dijiste en un momento de tinieblas: “Sígueme, sígueme”.

Algo muy grave, muy grande, se relaciona conmigo y no sé lo que es. Siento que el momento es solemne. Tú estás cerca, Cristo, yo te siento. Francisco es una fuerza viva, vibrante en aquella tumba; me mira, me ayuda.

Algo poderoso, inmenso, quiere salir desde lo profundo de mi corazón y no sé lo que es. Es demasiado intenso para sus fuerzas. La idea se agita, apremia por explotar, busca la palabra que la exprese, que la cubra en su última forma.

Finalmente la voz emerge y mi alma grita: “Señor, te seguiré hasta la cruz”.

Entonces siento dentro de mí un canto que dice: “Tú estás en el centro de mi corazón”.

Mi alma, deshecha en lágrimas de alegría, de amor, de pasión se postra asustada.

En ese instante, entonces, resuena en lo alto, en el templo superior⁽¹⁾, en la Iglesia baja pintada por Giotto, en el canto salmodiante que llega al vértice de su pasión, resuena, como un rayo en el que hace eco toda la explosión de mi tormento y que reúne toda mi tempestad, resuena, en el grito supremo de la música y de las verjas chocando contra el suelo, el último grito de Cristo que muere.

Ese grito llega hasta mí, repercute en mí. Algo se desgarrar dentro de mí, una herida se abre en mi alma.

El requerimiento extremo me llama: es el lamento de Cristo, es el dolor del mundo, es una convergencia de fuerzas desde lo alto y desde abajo hacia mí. Siento que mi alma se me escapa, llevada por un vértice de fuerzas titánicas; siento que la voz acosa desde dentro y repito: “Señor, te seguiré hasta la cruz”.

Estoy aplastado por el peso de una promesa solemne.

Vuelvo a subir a la iglesia del medio pintada por Giotto. Se apaga la última vela. Ya es de noche. Oigo que se repite, cada vez más cerca de mí, el grito de Cristo que muere.

Él está aquí, actual, presente.

⁽¹⁾ La Basílica de San Francisco está compuesta por tres iglesias sobrepuestas. La escena ocurre en la iglesia del medio y en la cripta que está abajo, donde está la tumba del santo. (N.del T.)

Se rasga, entonces, ante mis ojos, la visión de la Tierra y el Cielo. El Cielo llora la agonía y la pasión de amor de un Dios; la Tierra tiembla convulsionada, en el presentimiento de un vendaval sin nombre.

El drama del hombre y el drama de Dios se conjugan en esta hora suprema de pasión.

Miro asustado. Veo un torbellino de fuerzas que se proyecta hacia la Tierra y la vea sacudida, convulsionada, sumergida en un mar de sangre.

Tétrica es la hora de la pasión del mundo. Y parece sin esperanza. El cerco se restringe, y muy pronto se cerrará y será tarde para escapar de la compresión.

La mano del Eterno empuña el destino del mundo; están listas para desencadenarse las fuerzas para el choque fatal. Está próxima la hora de las tinieblas, del mal triunfante, de la prueba suprema. Bendito quien para entonces no esté vivo sobre la Tierra.

El amor de Dios debe retirarse para que la justicia se haga y el destino querido por el hombre, se cumpla.

Ya dije hace algún tiempo “preparaos, preparaos”, y no habéis escuchado. Pronto será demasiado tarde.

El drama está cerca, lo siento, se hace mío, lo toco, todo resuena desesperadamente en lo profundo de mí.

Repito: “Señor, toma mi alma”.

Tres veces repito: “Señor, te ofrezco a mí mismo por la salvación del mundo”.

“Te seguiré hasta la cruz”.

Tres veces lo repito y siento que tú, Cristo, me escuchas, me aceptas, y que estoy ligado a tu pasión.

Ahora comprendo que tú me has guiado hasta aquí, al templo de San Francisco, para que sobre su tumba y con él cercano, te repita esta nueva promesa, solemne, decisiva, después de la primera, después de cinco años de duro camino. Comprendo que tú esperabas esta mí nueva entrega, porque ahora un más áspero peregrinar comienza y un más arduo camino me espera.

El canto cesó después de su último paroxismo. Todas las luces están apagadas. El templo está en silencio y a oscuras.

Mi alma alcanza, junto a la de Cristo en el Getsemani, su última desolación.

Me sacude el último choque de las verjas contra el suelo.

En ese momento sentí que la Tierra temblaba.

* * *

¡Qué bello era contemplar, allá afuera, el ocaso sobre el dulce y extenso valle Cmbrico y los reflejos del Tescio⁽¹⁾, los cipreses ondeando el viento contra los diáfanos resplandores a lo lejos! Y más tarde la luna llena surgiendo del Subasio y la mole del templo, irreal entre las pálidas luces y la inmensa campiña adormecida.

Hora de dulces coloquios de espíritu con el alma de lo creado, en el intenso presentimiento de la primavera. Hora de dulces recuerdos para mí, de esta dulce tierra de Asís, donde tan profundamente he vivido y que tanto he amado.

Hora en la cual el Cielo y la Tierra reflejan, como amigos, una sonrisa común y se estrechan en fraternal abrazo.

Parecen en paz, pero es apariencia del momento.

Vive dentro de mí la visión de la realidad.

Yo sentí, en verdad, a la Tierra temblar.

XI

RESURRECCIÓN

Monte Verna, Pascua de 1.947.

Es mañana de Pascua, la mañana radiante de mi resurrección en Cristo, y he llegado en espíritu hasta la cima del monte Verna. Y aquí, en la Capilla de los Estigmas, en el lugar donde Francis vio a Cristo, mi alma escribe en el libro de su vida eterna, en caracteres que no se borrarán jamás. Escribe e imprime en sí misma este nuevo gran día de su eterno devenir, día de alegría después de tanto dolor, día de victoria y de paz después de tan fatigoso andar. Siento la mirada de Cristo sobre mí que imprime un sello de fuego a mi palabra.

⁽¹⁾ Río cerca de Asís. (N. del T.)

Desde esta alta cumbre del Verna contemplo la ilimitada tierra adormecida allá abajo, lejana y vaga entre la niebla matinal, tan llena de ansias y de dolores, y sin embargo, calentada por la divina luz del sol.

Desde esta cumbre espiritual contemplo también la extensa historia del mundo, zambullido en el pantano de la ignorancia y de la barbarie, perdido en la niebla de la involución, historia de aflicciones y destrucción, y sin embargo guiada y dirigida por la Ley de Dios.

Desde esta cumbre de mi destino veo las ilimitadas vicisitudes de mi devenir que finalmente hoy emerge de la prueba y del dolor y, con este impulso que la ha llevado a un puesto más alto, puede ahora lanzarse de un salto hacia Dios. El espíritu redimido por el dolor, puede finalmente abrir de par en par las puertas cerradas por el egoísmo y por la culpa, puede abrirse para que la luz de lo Alto lo penetre y lo inunde.

Y he allí que hoy, no ya en la tumba de Francisco de Asís⁽¹⁾, tumba de su cuerpo muerto, sino en el Verna, apoteosis de su espíritu vivo y presente, se confirman y llegan a conclusión, madurados por el tiempo, mis pactos con Cristo, ya cumplidos en una hora de pasión y de tinieblas para el mundo, en el claro presentimiento del inminente último conflicto mundial. Todo camina y todo inevitablemente debe madurar en la vida. Tanto el bien como el mal están encuadrados en el ritmo de su devenir. Y heme aquí precisamente que he llegado hasta arriba, desde donde contemplo la Tierra, la Historia y a mí mismo.

Hace diez años, el Jueves Santo de 1.937 que lloré en Asís, lloré con mi dolor y con el dolor del mundo que hice mío. Y así como en este momento yo resurjo de mi dolor en la alegría de Cristo, así también resurgirá el mundo en una nueva civilización. La veo desde lo alto de esta cumbre que domina el tiempo, última meta de tanto luchar y sufrir. Hoy aquí, sobre esta cima del Verna ya no lloro mi pasión en Cristo y la pasión del mundo, sino que canto mi resurrección en Cristo y la resurrección del mundo. A ésta he dedicado mi vida.

* * *

Señor, he sembrado siguiendo tus huellas, como me has ordenado. He sembrado en todas partes, en todos los campos del mundo, rivales y celosos por vanas posiciones terrenales. Entré donde con bondad y comprensión me abrieron la puerta, siguiendo tu Evangelio que nos ordena amar. Me he quedado adolorido en silencio en el umbral de las puertas que me fueron cerradas. Fui rechazado por aquellos que más amo y que mejor debieron comprenderme. Señor, te ofrezco este mi dolor. Ellos no me quisieron. Rezo por ellos. Otra cosa no puedo hacer. La Obra de la cual soy siervo es

⁽¹⁾ Ver “Pasión”, Asís, Jueves Santo de 1.937. Cap. anterior a éste. (N. del T.)

tuya. Solamente tú posees los medios para hacerla triunfar. Yo no soy nada. Te repito mi voto: “Señor, soy tu siervo; esto es lo único que pido”.

Señor, por la salvación del mundo, para aliviar, si es posible, su merecido dolor, para dar a tu justicia alguna contribución de amor, aunque sea casi nula, para llenar el horrendo vacío producto del odio, te ofrezco mi dolor. Solamente tu lo conoces, y llego aquí arriba sangrando y agotado. Lo sabes. Jamás pido algo para mí. Mi oración no pide, sino que escucha. Escucha tu “Voz”. Pero si por los demás puedo suplicar, has que el mundo se salve de la espantosa catástrofe que la amenaza, has que pueda llegar a salvo a la otra orilla que está más allá de su actual prueba de dolor, has que la meta de su resurrección, por la cual te he ofrecido mi vida, sea rápida y plenamente alcanzada. Has que no sea vano tanto sufrir, has que el dolor abra las mentes y los corazones, has que esta destrucción en la materia construya en el espíritu. También tú, Cristo, resurgiste de tu pasión; también yo, ahora, resurjo en ti de mi dolor. Has que también el mundo, redimido por tu tribulación, resurja en ti, glorioso y triunfante, como te veo ascender hoy hacia los cielos vencedor del dolor y de la muerte, como me apareciste sobre esta radiante cima del Verna, en esta gloriosa mañana de Pascua. Has que todo esto ocurra. Sé que todo es perfecto en el universo según la voluntad del Padre que marca su inevitable marcha y que yo, orando, no puedo y no debo ni juzgar, ni aconsejar, solamente obedecer. Solamente debo decir: “Que se haga tu voluntad”. Pero esta mi súplica es explosión de mi amor por los hermanos en peligro, y es más fuerte que yo. Veo el abismo de la barbarie que amenaza a las multitudes inconscientes. Entre tanta locura de sistemas, ¡sálvalos, Señor! Te repito mi segundo voto: “Señor, te ofrezco a mí mismo por la salvación del mundo”.

* * *

Señor, al tercer punto, quedo solo delante de ti. Se separan los destinos del mundo del mío. Cada quien es libre y responsable por sí mismo, aisladamente. Un día me llamaste para decirme: “Sígueme, sígueme”. Escuché tu llamado y he tratado de seguirte, como mi infinita fragilidad y debilidad han podido, como mi pobre y culpable humanidad lo han permitido. Más no puedo hacer. Te he seguido desde lejos, llorando desesperadamente mi perdido amor, para reconquistarlo con el hacerme digno. He marchado sangrando entre los espinos, cayendo y resurgiendo; resurgiendo solamente porque tú que conoces mi miseria has tenido piedad conmigo y me has tendido la mano. Te he seguido desde lejos como conviene a un siervo indigno, tratando de verte desde lo profundo de esta tiniebla terrestre, he buscado volver a oír tu Voz amiga en el Evangelio olvidado por los hombres. He escrutado con mi pobre razón tus huellas impresas en la historia, aún sintiendo que el pobre análisis hecho por los sentidos no podrán jamás reconstruir tu figura, que está por encima de cualquier forma humana. Te he seguido llorando mi ineptitud, apesadumbrado por no poder llegar hasta ti porque estás en lo Alto, en tan enceguedora gloria de perfección que me extravió. Señor, he agregado este dolor,

que es la conciencia de mi miseria, a los otros, y también éste te lo ofrezco, para que tengas piedad de mí. Todo esto lo sabes y yo lo sé. No he hecho nada de lo que debería y de lo que he querido. Sin embargo, mi corazón enamorado de ti, sin considerar nada más, ni tu grandeza ni mi indignidad, mi corazón loco de ansias por ti, incapaz de resistir tu llama que lo envuelve y lo quema, incapaz de comprender el alcance de sus palabras, la inmensidad de su ardor, lo absurdo de su ímpetu, mi corazón te repite, irresistiblemente transformado por tu luz, te repite su tercer voto: “señor, te seguiré hasta la cruz”.

* * *

He allí que, en la cima del Verna, en esta mañana de Pascua, mi drama se cumple. Por diez años, cada noche, he repetido los tres votos. Y tú has caminado a mi lado, Señor, y has guiado todos mis pasos por el mundo, precediéndome con tu cruz, coronado de espinas. Pero todo es devenir y el devenir tiene un ritmo. La Ley que rige el universo es un pacto que Dios hizo con el hombre, al cual de esta manera se le garantiza la estabilidad fenoménica. En esta Ley el mal está encuadrado al servicio del bien, el dolor es permitido como instrumento de felicidad. Así como en ti, entonces, después de la pasión, la resurrección. Todo es orden en una armonía sublime. Como tu ya nos mostraste, como ocurrirá con el mundo, así hoy en mí el dolor ha realizado su redención.

En la redención ya no te veo coronado de espinas, sangrando crucificado, en su primera fase que es sacrificio del cuerpo-materia, crucifixión en la cual el hombre, todavía todo carne, se detiene demasiado y allí permanece. Te veo, en cambio, en la segunda, más alta y vital fase de la redención, que es la resurrección en el espíritu, resurrección en la cual el hombre, todavía muy poco evolucionado, no repara demasiado y aún no comprende. ¡Te veo, pues, muy distinto que ayer! Te veo que has emergido del dolor en un esplendor de gloria, de belleza y de potencia, lanzado hacia la amplitud de los cielos. Resplandeciente y radiante, formado de luz. Eres el sol de la vida. Tu llama caliente y nutre el universo. En este resplandor, aquí en el Verna, donde ahora estoy, presente en espíritu, te veo Francisco, aquí donde está escrito: Signasti, Domine, hic Serum Tuum Franciscum, Signis Redemptionis nostrae.⁽¹⁾ En esta alegría, como terminó tu dolor, ¡oh Señor! Debe terminar por la misma Ley que tú nos has mostrado, todo dolor, el dolor del hombre, el dolor del mundo.

* * *

⁽¹⁾ “Marcaste aquí, ¡oh Señor!, a tu siervo Francisco con los estigmas de nuestra redención”. (N. del T.)

Por el bosque alrededor del sacro monte Verna canta la voz de los grandes árboles pensantes proyectados hacia el cielo, la voz de las pequeñas criaturas aladas que allí se anidan; más lejos canta la voz del hombre ocupado en las labores de la tierra, la voz de las rocas y de las aguas, de las nubes y de los vientos en tempestad, y todo lo domina el canto inmenso de los cielos. Todo es una fiesta. Las campanas anuncian por el mundo tu resurrección. Y tú asciendes glorioso en el resplandor del sol. Tu orden triunfa. Es la victoria final del bien sobre el mal.

Y mi destino se cumple. Heme aquí, Señor, junto a ti, la última meta. Las tinieblas de la noche desaparecen, la niebla se deshace en el sol. Te me apareces todo cambiado, vestido de gloria, visto desde esta otra orilla de mi vida, después de tanto doloroso andar. Ya no te veo afligido, sino amorosamente reclinado a mi lado, y me dices: “Estás cansado. Apoya tu cabeza sobre mi pecho, y reposa”. Vencedor del mal, como al buen ladrón me dices, porque a ningún otro me asemejo: “Mañana estarás conmigo en el Paraíso”. Es tu respuesta a mis votos, durante diez años repetidos y seguidos. Muchas otras cosas más me dices, en un lenguaje que no es humano, en el secreto del alma; pero ellas no se pueden repetir porque no serían comprendidas. Ellas no se deben decir y quedan encerradas bajo el sello de lo eterno.

* * *

Así llegué hasta ti, Señor, peregrino de amor y de pasión. Entre todos los amores humanos, el tuyo ha vencido. A ti solo se puede amar. A través de la tempestad, he llegado a tu paz, las llamas de tu incendio me envolvieron y ya no me soltarán. El dolor me ha salvado. Bendito seas hermano dolor que nos redimes. Ahora sé lo que quieres de mí, Señor. No llora, no tiembla ya mi alma, sino que triunfa en tu alegría. La pasión está superada en la resurrección. Así como tu dolor fue mío, ahora es mía tu felicidad.

Estás conmigo, Señor, y nunca más me dejarás. Y me dice: “Ve, dí a los hombres que no se sufre en vano. Ve, recuérdales las vías de la redención. Que sepan sufrir y sufriendo lleguen a comprender. A medida que comprendan, el cerco se abrirá y el dolor se dulcificará. La luz de Dios toca a las puertas de sus almas y pide entrar, pero ellos las tienen herméticamente cerradas. Si las abren al amor fraternal, Dios entrará. El hombre debe aprender cual ser libre, puede entonces aceptar o rechazar, como lo desee. Pero ¡ay! De quien odie a los demás, porque se envenena a sí mismo. ¡Ay de quien se encierre en la cárcel del egoísmo, porque obstruye la vía de las fuentes de la vida, se aísla y se seca, camina hacia la muerte. Ve, enseña al mundo que ha olvidado, perdido detrás de falsos espejismos, las verdaderas vías de la alegría. Sé sacerdote del espíritu y ofrece también lo que tu sabes, porque de miles de ofertas nacerá la nueva civilización”.

He allí que, mientras me alejo del Verna para volver a mi trabajo en el afanoso mundo, una última visión. También aquí, como allá en Asís, el drama del mundo y el drama de Cristo se conjugan. Y así como Cristo resurgió, resurge la vida de la moderna y feroz catástrofe. Vendrán otros golpes, porque el hombre es duro para comprender. Pero más allá de ellos, está también para el mundo su resurrección. La fe, la lógica profunda de la vida nos la señalan. Y así como estuve ligado al dolor del mundo en la hora de su pasión, estoy ligado ahora a su alegría en la hora de la resurrección en el espíritu. En ella reviviré. En el bien y la felicidad de los demás está en mi paraíso. Y esta será la plenitud de mi meta alcanzada. Un paraíso de ocio, egoísta y solitario, no es paraíso.

Adios, santo monte Verna, adios... Desciendo nuevamente allá abajo, a mi duro trabajo, al afanoso mundo. Todo aquí abajo es tempestad: egoísmo, odio, agresión. La furia de las pasiones devasta esta pobre Tierra que podría ser un jardín. Aquí abajo el bello sueño vivido se convierte en utopía y al canto de Dios responde una carcajada feroz y satánica. En silencio está el espíritu, apagada está la llama de la fe y de la esperanza. Se vive en un presentimiento de una catástrofe universal, sin saberla evitar. La Tierra está petrificada bajo un manto de dolor. Ni siquiera el Cielo se ve ya sonreír desde el fondo de este infierno y la Tierra parece preparada para abrirse, ávida por tragarse al hombre que se ha hecho fiera, criatura del mal.

Todo parece haber terminado. Pero es apariencia del momento.

Dentro de mí permanece la visión de la realidad.

¡Si! El viejo mundo en verdad termina. Es el fin del mundo. Pero otro surgirá de él.

En verdad vi la Tierra florecer.

XII

CRISTO AVANZA

Después de haber observado el fenómeno místico en un caso individual, observémoslo expandirse en el mundo en la hora actual. Cada período histórico tiene su moda, que es la forma de manifestación de sus actitudes mentales. La corriente dominante de nuestro tiempo ha sido el materialismo con todas sus consecuencias en todos los campos. ¿Cómo se explica entonces, que hoy como nunca, en el apogeo de esta corriente que todo lo ha penetrado, nazca entre nosotros la moda de las apariciones, de los milagros, que nazca entre las masas una tan imprevista y difundida manifestación de sentimiento religioso? Los hechos prueban, pues, la tesis desde hace tiempo por mí sustentada, es decir, que estamos en lo profundo del hundimiento de la honda involutiva, y que es precisamente en este punto que se inicia la ascensión.

Ascensión actualmente increíble para quien ve solamente en la superficie, y que, no obstante, invadirá todo el horizonte del mañana, dando forma a la realización de aquella idea que hoy parece utópica por la cual lucho: “La Nueva Civilización del III Milenio”.

¿Cómo se explica que hoy como nunca, en pleno materialismo, asistamos a un intensificarse de movimiento religiosos de masas? Es difícil en tal forma provocarlos de manera artificial. Ellos son espontáneos. No obedecen ninguna orden de dirigentes humanos. Las leyes de la vida siguen un plan lógico y entran en función en el momento adecuado, sin preocuparse por darnos explicaciones, sino solamente de alcanzar sus objetivos. La concepción materialista ha hecho creer a los dirigentes que la opinión pública se puede hoy fabricar mecánicamente en serie, con la radio y con la imprenta. Esto no es verdad. Existen corrientes de pensamiento independientes que se desentienden de esta industria. La vida nos muestra que en momentos decisivos el alma colectiva marcha por sí sola, independientemente del control de los habituales dirigentes en cualquier área.

De hecho, en el momento actual, ideologías hedonistas extranjeras tienden a la formación de otro orden de ideas muy distinto, basado en el interés y en el bienestar material. ¿Cómo se explica que tal propaganda, que debería atraer por ser tan utilitaria, obtenga precisamente el efecto contrario y en la práctica nos encontremos, en cambio, frente a un innegable despertar religioso? Este despertar no es un producto artificial deseado por la Iglesia. Es algo más profundo de lo que puede querer un individuo, una autoridad, las mismas masas humanas que lo obedecen. ¿Y cómo entender que los eventos históricos asuman de improviso un cariz tan imprevisto?

Observemos un hecho. En 1.939, cuando yo sentí (todo publicado) los terrores de la guerra desde 1.932, nadie la temía y a ella nos precipitamos con la inconciencia de los niños. Hoy que el horizonte es tan oscuro como entonces, todos viven en el terror de una guerra. ¿Pero este terror es por una nueva guerra, o será más bien el recuerdo de la última tan reciente? Y entonces, ¿este despertar religioso estará conectado a esta difundida psicosis de guerra? La Tierra surge ahora al hombre como algo infernal, inhabitable. Entonces busca refugio en otra parte, en Dios. Y helo mirar hacia el Cielo, hacia Cristo y los santos, a otro mundo. Ya la Tierra, que el materialismo ha indicado como un paraíso inmediato y seguro, y que de hecho se ha convertido en un infierno, se le da la espalda. Este desengaño impulsa al hombre a buscar la vida en otra parte. He allí que las fuerzas del mal colaboran para el triunfo de las fuerzas del bien.

Todo esto es lógico. ¿Pero termina aquí? La derrota del materialismo con el fracaso de sus promesas es clamorosa y ha golpeado en profundidad. Todos lo han comprendido. El mundo siente que el materialismo nos ha traicionado y lo repudia. El mundo precipitado en el dolor ha visto el verdadero rostro de Satanás, antes oculto detrás de sus falsas promesas. ¿Y entonces? He allí el germen de la reacción y el

primer impulso hacia una nueva dirección opuesta, la espiritual. Es así que la onda de la vida, después de tanto descenso, al llegar al fondo, tiende a volver a ascender. El mal realizado por el materialismo fue grande, pero el hombre es libre y debe experimentar para aprender. La lección fue dura y ha macerado nuestra carne. No es fácil olvidar cuando hubo derramamiento de sangre. Algo inmenso y nuevo debe madurar, porque Dios no nos hace sufrir en vano, sino solamente para nuestro bien. Las leyes de la vida quieren que todo al final llegue al bien, que el bien nazca del mal, aún respetando el humano libre albedrío.

¿Qué sucede actualmente en el mundo? Ocurre una inversión de ruta. Esta inversión comienza en las masas de la forma más elemental: el sentimiento religioso. Hoy esto puede parecer fanatismo. Pero mañana subirá hasta los más evolucionados, hasta los dirigentes, que serán atraídos por él, se refinará como sufrimiento y manifestación, se consolidará con la razón y la ciencia, y dará de formas mucho más evolucionadas, un nuevo aspecto al mundo. Esta renovación no se deberá a los dirigentes de hoy, pues que ellos, en todos los campos, no son lo suficientemente evolucionados para asumir la dirección de una renovación del mundo en sentido espiritual. La renovación comienza por las masas, naturalmente en forma primitiva, como ellas son. Es como una marea, una inundación que asciende lentamente, en silencio, invadiéndolo todo, sube sin gritar, sin propaganda, armas o guerra, pero sube: no proviene como es costumbre desde afuera, por coacción, partidos, jerarquías, clases dirigentes, basándose en medios económicos y en la voluntad humana. Sino que proviene de lo interior, de las almas, de una necesidad instintiva, de una orden de Dios que habla calladamente en los corazones y los arrastra. Los caminos y los métodos son también inversos, están en las antípodas de los humanos actualmente vigentes.

¡Es extraño! ¡Esta marea ascendente del bien es sostenida e impulsada a subir por los impulsos del mal! La fase materialista ha generado un espíritu de lucha; el principio egoísta en el cual ella se basa, es división satánica que lleva a la destrucción, con un crecimiento continuo implícito en el sistema y que en adelante inevitablemente lo lleva al derrumbe final, su única solución. El conflicto humano entre ideas e intereses, es hoy tan espasmódico que la vida ya no puede soportarlo, y su única salida es explotar, y con esto resolverse y agotarse. El hombre no aguanta más. Entonces surge la rebelión. En el fondo del actual descenso involutivo de la onda histórica, hay un vértice de signo negativo, un punto crítico, de máxima tensión, en el cual el edificio de fuerzas que se ha formado según ese sistema, en esa dirección separatista destructora, lo único que puede hacer es derrumbarse, estruendosamente derrumbarse. La resurrección en dirección opuesta, de la vida que no puede finalizar, está implícita y es inevitable. He allí en dónde terminará este primer síntoma actual del instintivo despertar del sentimiento religioso en las masas.

Hombres y gobiernos, toda autoridad humana en la Tierra, han sido en general hasta ahora prevalentemente egoístas. La lucha dominante ha pesado también en ellos, imponiéndoles antes que nada, pensar en su propia autodefensa. En todas las áreas, incluso espiritualmente, la vida se ha debido por fuerza basar en la lucha y en la

imposición. Por lo demás, las masas eran en verdad un rebaño inconsciente al que era menester no solamente enseñar, sino también imponer lo que ellos debían creer, pensar y hacer, sin derecho a juicio, ya que éste podía llevar a la anarquía. La necesidad de unidad implica sometimiento de conciencias en todos los campos. No se puede pretender un funcionar por convicción por parte de masas inconscientes que las únicas que tienen son las del vientre y el sexo. Pero hoy el hombre comienza a tratar de comprender y quiere entender por sí mismo. Y el principio de autoridad pierde cada vez más valor frente a la mente moderna que está más capacitada para funcionar por persuasión espontánea, que por aceptación obligatoria. De modo que aquel principio una vez útil, hoy podría ser perjudicial. Pero, ¿Quién podría constreñir a los dirigentes instintivamente llevados a reposar en sus posiciones de comando tan trabajosamente conquistadas, si no es la tonante voz de la vida que los enviste, hablando a través de las multitudes? Esta voz los perturba, pero, ¿cómo podría hablar de otro modo la vida, si las otras puertas están cerradas? Solamente entonces, para salvar sus posiciones, ellos acuden a las reparaciones, secundan, se modernizan. Los dirigentes así son dirigidos por la vida que en todo manda. Y de esta manera todo se mueve, incluso ellos también llegan, aunque de últimos, y la vida avanza.

El hombre, a través del dolor, despierta hoy a una madurez nueva. ¡Ay de quien no tome esto en cuenta! Al crecimiento del espíritu, centro de la vida, no se puede resistir. El ideal de los dirigentes en el pasado, en todos los campos, fue el de la victoria sobre otros seres humanos, a través de la rivalidad, de las luchas y atropellos interminables. El héroe de la raza fue el guerrero agresivo, el ideal era la conquista, la grandeza consistía en la dominación a través del sometimiento. Armonía y cooperación en el mundo, en la práctica eran inconcebibles, una utopía. Estamos hoy en una gran curva de la Historia, por la cual el hombre, cansado de soportar los efectos colectivos de su universal ferocidad, concebirá un nuevo ideal, biológicamente más rendidor. Su héroe ya no será un imperialista como Julio César, Carlo Magno o Napoleón, sino el ideal de quien concibe al mundo como una unidad armónica y cooperadora, y solamente en base a esto actúa. Pero a esto solamente se puede llegar hoy, cuando el mundo tiende a reunirse bajo un solo gobierno, cuando los medios de comunicación, multiplicando las relaciones, permiten una fusión en otros tiempos imposibles. También entonces se tendía hacia la unidad, pero la era demasiado involucionada solamente la permitía por aproximaciones.

Todo esto parece hoy irrealizable. Sin embargo, el mundo se ha reducido a solamente dos o tres grandes unidades. Que éstas se unen para destruirse mutuamente, prueba que ellas pueden decidir por la supremacía absoluta en el mundo, en una inevitable carrera eliminatoria por el último campeonato. Ésta dará la unidad y con ello el fin de la guerra. Ella no puede terminar por pacifismos teóricos o desarmes disimulados, sino por la victoria final de uno solo, escogido por la vida en la selección natural a través de la lucha sin piedad, uno solo biológicamente seleccionado como el más dotado de las cualidades necesarias, y que en las pruebas demuestre ser el mejor. Con esto la era de los conflictos, después de un tremendo crecimiento, se agotará, y

entonces de ella podrá nacer la nueva era, la de la armonía y la colaboración, la era nueva de la conciencia y del espíritu.

Todas las energías del mundo, demográficas, bélicas, económicas, giran alrededor de estos Principios. Cada raza, cada nación los emplea a su manera. Pero la idea fundamental que avanza a través de tantos diferentes medios y manifestaciones exteriores, es el retorno de Cristo, es la verdadera realización en la Tierra del Evangelio. Ésta, hasta ahora, desgraciadamente, ha sido más prédica y teoría, que práctica. Cristo avanza. Por ello las primeras manifestaciones suceden como expresión religiosa de las masas. Estos movimientos religiosos populares son el primero y verdadero síntoma del futuro. Las mismas fuerzas del mal son utilizadas por la vida para este retorno de Cristo. Él es el centro de la nueva civilización, es la gran potencia de la nueva ascensión humana. Él es el principio del amor que concretará la nueva unidad, que será no solamente de directivas sociales, de intereses, sino también de creencias y de religiones. El Cristo, última meta, se terminarán y desaparecen todos los actuales conflictos humanos. Cristo hará resurgir con él a la humanidad, desde la tumba del materialismo en la nueva luz de la percepción y conciencia espiritual. La gran fuerza que hace presión a través de tantos actuales conflictos para resolverlos y superarlos, es Cristo. Inspira a algunos elementos aislados a él muy cercanos y los hace hablar. Habla en el instinto de las masas, orientándolas de manera inesperada hacia nuevas formas de conciencia. La vida no puede dejar de responder al llamado de Cristo. El mundo sabe que entre los hombres no puede haber un “Salvador” y lo espera del Cielo. Y Cristo libertador se aproxima. El desesperado grito de dolor de la humanidad atormentada lo llama, igualada en el sufrimiento, sin distinción de clases, de creencias o de razas. Ya se abren las vías espirituales de su presencia entre nosotros. Todo es evidente y está preparado en los acontecimientos, y nadie puede detenerlos. Todo, incluso el mal, le abre camino. Esperemos con alegría la final e inevitable apoteosis del bien.

XIII

UNA ESTATUA SE MUEVE

Santa María de los Ángeles (Asís), 14 de Marzo de 1.948.

Precisemos ahora mejor nuestras observaciones, focalizándolas en un caso particular.⁽¹⁾ Un problema inusitado, que parece estar situado fuera del ordinario funcionamiento de las leyes de la vida, se presenta ante nosotros. Frente a lo extraordinarios se es llevado a dar aquella solución interpretativa que más responde a la propia forma mental, instintos y necesidades, y muchas veces también a los

⁽¹⁾ Este capítulo es parte de un artículo del mismo autor que apareció en “La Nación”, de Florencia, 4 de Agosto de 1.948. (N. del A.)

intereses, no solamente individuales sino también colectivos. Sobre esta interpretación influyen, pues, no sólo la naturaleza del particular tipo biológico, sino también la de la raza y de los eventos de un particular momento histórico, los cuales pueden hacer presión sobre este juicio. Él es, entonces, la resultante también de factores psicológicos interiores.

Pero he allí que junto al juicio de los individuos y de las masas, dado por la corriente formada por la mayoría, existe también otro juicio: el de la ciencia y de la autoridad. Hay individuos diferenciados que observan el fenómeno armados de cultura, de métodos racionales, de instrumentos científicos y también, paralelamente, de autoridad espiritual. Este observador no es instintivo o fanático. Él trata con todos los medios de los cuales dispone de ser objetivo, y quiere ser racional y prudente. Es lógico, entonces, que el individuo y las masas apelen, en último análisis, a la ciencia y a la autoridad. Pero esto no impide que influyan en ellas, haciendo presión en la dirección que quiere la psicología colectiva del momento, la cual arrastra, más o menos, a todos.

En la parte opuesta de este triple orden de espectadores, es decir, individuo, masa y ciencia-autoridad, está el fenómeno, sea él la aparición de Lourdes o Fátima, o cualquier otra. En el caso presente, se trata de la enorme mole de la estatua de Santa María de los Ángeles. ¿Se mueve o no se mueve? Para muchos se mueve. He allí lo que la gente va a ver para juzgar, deducir, conmoverse, creer o no, según su temperamento. Algunos de hecho no ven nada. ¿Por qué algunos no ven? Un real movimiento de la materia, situado en la materia, lo ven todos, menos los ciegos. Pero quien tiene ojos puede ver, según las precisas leyes ópticas. Parece, entonces, que aquí participa algún otro factor más sutil, además de las leyes ópticas. ¿Cuál es?

Ya hemos señalado los varios elementos del fenómeno. Si éste, por un lado se relaciona con la materia, por otro lado embiste a cada una y a todos en conjunto, con recíproca influencia, a las tres unidades psíquicas que están en el extremo opuesto del fenómeno mismo. Éste está entonces, en parte situado en el campo de las leyes físicas y dinámicas del mundo exterior al hombre, y en parte en el campo de las leyes psíquicas y espirituales interiores al mundo del hombre.

Una consecuencia importante. Quien observa solamente el lado físico ignorando el lado psicológico, únicamente ve la mitad del fenómeno; y no ve nada cuando el fenómeno físico, según el examen objetivo, resulta inexistente.

Sigamos analizando. Se ha dicho que se colocaron aparatos sísmicos a la estatua y que éstos nada registraron. Esta es la primera fase, la más elemental y material de la observación. La Iglesia en estos fenómenos de su jurisdicción, de acuerdo con la lógica, no recurre a la hipótesis de lo llamado sobrenatural o milagroso, sino después de descartadas todas las explicaciones que puedan ser dadas por las normales leyes físicas conocidas por nosotros. La precedencia, pues, le corresponde a la ciencia y a su método materialista. Pero si con este método de indagación nada se encuentra en

este primer y más bajo orden de fenómenos, si no queremos quedar estancados, es necesario abandonar una sabiduría de la materia que ya nada puede darnos, para servirnos, en cambio, de la ciencia del espíritu, competente con otros métodos para pugnar otro orden de fenómenos. La primera ha observado con todos sus medios si existe o no una oscilación física y si se puede dar una explicación al fenómeno según sus fórmulas. Fueron practicados controles de carácter eléctrico y óptico, pero ni los electroscopios, no los galvanómetros, ni la imagen fotográfica han revelado algo. Excluidas las causas físicas, eléctricas, ópticas, (refracción et.), quedan excluidas también las causas materiales. Todos los controles en el sentido de una causa física o dinámica ha tenido éxito negativo. Por lo tanto, en la realidad objetiva situada en el mundo de las leyes científicamente conocidas por nosotros, la estatua no se mueve. Para los aparatos de registro desprovistos del lado espiritual que está en el alma humana, el fenómeno no existe. Al llegar a este punto el fenómeno escapa a la ciencia actual que debe retirarse declarando su incompetencia.

Entramos aquí en un campo completamente distinto. También la ilusión óptica debe ser excluida ya que se trata de un fenómeno colectivo y objetivo, de movimientos parciales e intermitentes, visibles desde cualquier punto, desde cerca o desde lejos, independientemente de factores atmosféricos. Entramos entonces en el área de las ciencias psicológicas. Pero éstas, desgraciadamente, no conocen la técnica del funcionamiento de la personalidad humana. Ellas se mantienen en el campo nervioso y cerebral, con una psicología de superficie que no llega hasta las profundidades del espíritu. Los términos, “psicosis”, (alucinaciones), etc., son más palabras que conceptos, más complicaciones que explicaciones. Al llegar a este punto, precisamente donde debería comenzar la explicación científica del problema, como arriba dijimos, no se ve nada más y se salta a pie puntillas a lo sobrenatural y milagroso, al inexplicable misterio. El fenómeno, de esta manera, se nos escapa en lo desconocido, y se autoriza así a los incrédulos a negarlo. Ahora Dios nos ha dado la mente para usarla y comprender, y no para renunciar a ella. Y para la mente la conclusión en lo inexplicable no es conclusión, es fracaso. Esto no porque se quiera ir en contra de ese acto de fe y de sentimiento con el cual las masas por instinto e intuición rápidamente resuelven todo, sino por no caer en el peligro opuesto al de la incredulidad, que es el de fanatizarse, creando por fantasía hechos y milagros. No queremos de modo alguno renunciar a la fe. Pero queremos, sin ser ingenuos ni fanáticos, ser verdaderos creyentes, vale decir, serlo con plena conciencia y con la solidez de la razón clara.

Si el fenómeno indudablemente existe y si su objetiva realidad no está, como demuestran los controles, situada en la estatua, dicha realidad debe estar situada en cualquier otra parte. Ahora, el milagro no es menos grande si su sede es transferida de un movimiento físico, espiritualmente sin ningún valor, a un movimiento del alma. Y aquí es el caso de creer que, si los aparatos sismográficos hubiesen sido colocados en el alma de las multitudes en vez de en la estatua, ellos habrían registrado enormes oscilaciones. Pero la ciencia no posee aparatos sismográficos capaces de registrar estos movimientos. Y es de creer también que, si las cámaras fotográficas hubiesen

podido tomar la figura psicológica y espiritual de la estatua en el alma de los observadores, habrían registrado imágenes completamente distintas a las estáticas. Pero estas cámaras fotográficas no existen. Lo cierto es que, si el fenómeno no es soluble en el plano físico, debe serlo en el plano espiritual. La es que existen realidades interiores sólidas y objetivas, poderosas y resistentes tanto como las exteriores, si no más. ¿No es más fácil cambiar la forma de una montaña, que la de un tipo de personalidad?

Con todo esto, agotadas todas las hipótesis científicas, la realidad objetiva del fenómeno permanece y se apoya en hechos sólidos como los de la realidad exterior que parecen negarlo. Dejemos la materia a sus leyes. El espíritu no tiene necesidad de ellas, a no ser y cuando mucho, como punto de referencia para fijar la atención y las ideas. Pero la causa, el motor, no está en la materia, sino en el espíritu. En un artículo solamente es posible exponer las conclusiones. En este caso el movimiento no es de carácter físico, sino que está cargado de sentimiento y de significado moral, cualidades ignoradas por la materia. Se observa en la estatua un anhelar doloroso, un tender las manos como por amor, mientras que la corona y toda la materia circundante que no tienen este significado, quedan inmóviles e indiferentes. El fenómeno, pues, incluso si es proyectado hacia la materia, está y tiene origen en las almas, incluso si éstas tienen necesidad de proyectarlo hacia fuera en una realidad exterior donde puede ser reconocido y encontrado. Toda la técnica de las imágenes responde a esta ley. No por ello el fenómeno es menos extraordinario. Por el contrario, precisamente por estar situado en las almas y ser de carácter espiritual, representa la vía lógica y natural de la comunicación del hombre con las fuerzas superiores de la Divinidad. El fenómeno se torna francamente milagroso, cuando pensamos que es tan poderoso este contacto de las masas con Dios y este movimiento de espíritus, que enviste también a la materia y la arrastra consigo. Esto le confiere en el fenómeno la parte de efecto, y no como se ha creído, de causa.

Las multitudes acuden, ven, lloran, se convierten. La materia de la estatua, de por sí muda e inerte, ya fue modelada en una forma de pensamiento y expresa una idea superior de santidad, de bondad y de fe. Esta idea que está viva en las almas, le da vida a la estatua muerta. Esta su vida la hace mover, por vías interiores que pueden a veces llegar hasta la solidez de las leyes físicas, la hacen hablar, y el alma, en verdad, oye. Pero no es la estatua la que habla, sino que es la voz de Dios que se hace oír por las almas por caminos interiores a través de un canal sensorial aparente, necesario para fijar la atención de espíritus acostumbrados a percibir casi solamente en lo exterior. Entonces el alma de las multitudes oye que la Madre de Cristo le dice: “En el momento tremendo que te amenaza y que en tu instinto sientes que se aproxima espantoso, yo estoy aquí para amarte y protegerte. Venid a mí. Creed. Yo os salvaré”. Esto responde también a los profundos instintos de la vida que en las horas apocalípticas recurre a las ideas “madre” de la estirpe y a las fuerzas biológicas salvadoras, que no son las del macho conquistador-destructor, sino las conservadoras de la mujer-madre.

De esta manera se inició el diálogo entre Dios y las masas. Los dos interlocutores se hablan y se aproximan cada vez más. Es la hora histórica tremenda que agudiza en las masas la sensibilidad hacia lo divino. La tragedia está en las almas. El terror del aproximarse de los “sin Dios” provoca por natural ley biológica de reacción, un automático frente de resistencia de los hombres que están o estarán con Dios. De esta manera, de acuerdo con lo que se es, se ve o no se ve. Cada quien según su alma. Y esto es lógico, porque esta no es una visión de los ojos, sino una visión del alma. Solamente así todo se explica: la inmovilidad física de la estatua, su movimiento espiritual, invisible para muchos, porque no existe en sus almas. Se explica cómo estos fenómenos antes tan raros, ahora se verifican repetidamente en tan calamitosos momentos. Dejemos, pues, a la materia lo que es de la materia, y demos al espíritu lo que es del espíritu. Y es en el espíritu y no en la materia, que debemos venerar el milagro de Dios que en estos excepcionales momentos sabe hacerse sentir tan tangiblemente presente.

XIV

SEÑALES DE LOS TIEMPOS

Lancemos una mirada alrededor⁽¹⁾. Hoy en nuestro mundo impera el materialismo que, en la práctica, significa racionalismo, egoísmo, fuerza bruta, destrucción, dolor, estados conectados unos con los otros en una cadena fatal, hasta el fondo. Esto es natural, porque el materialismo representa la filosofía del involucionado que solamente apela a sus instintos bestiales, porque algo más allá no comprende. Al materialismo se contraponen el espiritualismo que tiene características opuestas y se puede denominar, cuando es sano, la filosofía del evolucionado. Estas dos actitudes del pensamiento humano están hoy de frente y en lucha desesperada en el mundo, formas actuales de la eterna lucha entre el bien y el mal. Y cada quien, según su naturaleza, se coloca de una parte o de la otra.

Es evidente que si en un período de materialismo se habla de ideologías, y nunca como hoy de ellas se ha hablado tanto, esto solamente puede ser por espíritu de mentira, que forma parte de los métodos del involucionado. Otro valor no se puede dar a este actual sistema de exhibición de ideologías, cuando la sustancia que existe detrás de la mayor parte de estos estandartes es otra muy distinta: es la voracidad del lobo, es el más despiadado egoísmo, es el espíritu de opresión por el dominio, sea individual, familiar o nacional, sobre el prójimo. Es espíritu de mentira está hoy tan difundido, que ya no nos interesa conocer cuál es la ideología, ya que su contenido real consiste muy frecuentemente en la misma cosa: someter, apoderarse, dominar.

⁽¹⁾ Este capítulo y algunos de los que siguen, fueron por el mismo autor tratados en artículos publicados en revistas italianas y extranjeras en 1.948-1.949. (N. del A.)

De todo esto nace una extraordinaria recrudescencia en la lucha por la vida. El nacionalismo mal disfraza una realidad bestial en la cual el lobo, no importa en qué forma social, se alía con otro lobo solamente porque la unión hace la fuerza y así es más fácil tomar presas y vencer. Se forman de esta manera asociaciones de intereses que mantienen ligadas en compacta unidad algunas clases de individuos, no importa de qué categoría social y tipo biológico estos sean, ni los objetivos aparentes pregonados, o el punto de la Tierra donde todo esto ocurra. Estas formas diversas son apariencias de un mismo problema sustancial que es la lucha, el ataque y la defensa, que se hacen más fáciles si se ejecutan en grupo. No importa, pues, si este agruparse tiene carácter y objetivos religiosos, económicos, políticos, etc. reduzcamos todas estas distintas formas a su desnuda realidad biológica, y solamente entonces podremos comprender. Detrás de todos los principios que deberían educar al hombre, está en realidad el hombre que quiere plasmarlos a su manera, a sus necesidades que son antes que nada biológicas, vale decir, de animal que quiere vivir.

En este estado tendiente cada vez más hacia el caos, del “homo homini lupus”, se busca en vano en el mundo un poder, una autoridad superior que logre la disciplina, sin la cual ni la paz, ni el bienestar son posibles. Las naciones tratan de unirse como hacen los hombres en las clases sociales, con el objetivo de la defensa y el ataque. Se formará un espíritu de grupo, no ya solamente de individuos, sino de naciones, sólido porque será unitario. La psicología de la manada de lobos se extenderá de los individuos a los pueblos, los cuales se coalicionarán en clases dominantes, como ocurrió antes en el seno de las naciones. Los fenómenos sociales se pueden comprender solamente si son vistos en lo que ellos son, es decir, particulares fenómenos biológicos. Pero si las unidades en la lucha llegan a ser cada vez más amplias, esto no es suficiente para formar un poder superior a todos los parciales poderes terrestres. Superior quiere decir ser mayor por inteligencia, poder y bondad. Esto existe en el superhombre, el hombre de genio, el héroe, el santo. Pero ellos son muy pocos, por lo tanto funcionan aislados, insuficientes para formar un grupo, y además no simpatizan con la psicología del domador, necesaria para formar la manada de lobos, apta para dominar. Incluso si los materialistas no lo saben porque no lo comprenden (dado que aquella es psicología de involucionados), esta inteligencia y poder directivo central existe pero no reside en la Tierra, por lo tanto no se puede ni agredir ni destruir, y esta inteligencia es Dios, aun si a esta palabra le diéramos solamente un sentido científico, de mente y voluntad directoras de la vida. No hay motivo, pues, para amedrentarse si falta la dirección humana. Si ésta existe, en la realidad es muy relativa. Por lo demás, ni falta que hace y la mayoría de las veces sería hasta dañina, como vimos. No por ello la Historia no tiene sentido y marcha al azar. Aunque los jefes muy a menudo no saben nada del pensamiento de Dios, no por esto su pensamiento, no visto e inaccesible para el involucionado rebelde y destructor, cesa de guiarlo todo, incluso la acción mortífera de éste, hacia los fines constructores del bien.

Quien ve en lo profundo, donde el materialismo involucionado no llega, no se alarma y dice: tengamos fe. Suceda lo que suceda, Dios todo lo sabe y guía hacia lo mejor.

Las iniquidades están en la superficie y son visibles en la superficie. Dios trabaja por debajo, en lo íntimo, para florecer siempre contra todos los asaltos. Esto es tan cierto, que la vida siempre vence a la muerte. Si en lo profundo está Dios silencioso y perenne creador, en la superficie está el mal escandaloso, destructor y encerrado en el tiempo. El mal, naturalmente, se contradice y ninguna psicología es más contradictoria que la racionalista moderna. Hoy se cree que se puede llegar a la posesión a través de la destrucción, a la alegría sembrando dolor, al bienestar con la guerra y el odio de clases. Mas para poseer es necesario el orden, la disciplina y no la rebelión; para progresar es necesaria la sabia obra constructora de los mejores y no la de los peores, la de los buenos pensadores y no la de los delincuentes; es necesaria la paz y la seguridad. ¿Pero, cómo es posible ennegrecerse a través del método de la agresión y del robo recíproco? Este método reseca las fuentes de toda riqueza, la cual nace solamente del trabajo pacífico y de la confianza. ¿No es más lógico aspirar al bienestar y a una elevación para todos del nivel económico por medio del trabajo coordinado, que esperar mejoramientos por medio de un improductivo y destructivo destrozarse mutuo? Las armas preparan el desierto y la muerte, no el bienestar y la vida. Se remedia pidiendo un esfuerzo en vista de un paraíso futuro que no es el supuesto utópico en los cielos, sino real, en la Tierra. Y se ríen del paraíso en los cielos, conquistados como están por esta realidad. Pero aquello por lo menos tiene la ventaja de ser una promesa sin control, pues que se mantiene en otro mundo, mientras que la otra, la del paraíso terrenal, si es cierto que se puede controlar en la Tierra nadie en verdad ha logrado realizarlo. Esta constatación hace que en estas promesas pocos lleguen a creer. Entre tanta ciencia y progreso, el dolor, si no ha crecido, ciertamente no ha disminuido. ¡Qué descrédito! Si estas promesas materialistas de un paraíso en la Tierra fueron rápidamente comprendidas y aceptadas, la razón es que ellas se dirigen a los instintos animales del hombre. La vía en principio, como todas las vías del mal, es fácil. Pero estos instintos no razonan y exigen satisfacción. Si ésta falta, ocurre la rebelión. La bestia muere si se ve desilusionada, y el involucionado al cual el materialismo tomó como presa es feroz.

Una fe que dé esperanzas en algo que supere la miseria cotidiana y la insatisfacción humana, y lo salve de la desesperación de las malas horas, es necesaria al hombre. La fe tiene una función biológica de defensa, de resistencia y de provecho. Es una verdadera fuerza para la lucha, incluso la material. Destruir esta fe es peligroso, porque se desarma a la vida en el dolor. ¿Qué medios da el materialismo que pueda compensar la pérdida de esta defensa? ¿Qué decir, entonces, cuando la compensación ofrecida, el paraíso en la Tierra, animaléxico y vegetativo, no se realiza, y si se realiza, el alma, como es natural, no encuentra satisfacción en él, y busca el otro? Incluso, alcanzando el bienestar material, ya se sabe que “no sólo de pan vive el hombre”. Es difícil saciar al hombre, incluso dándole todo el bienestar posible. Cuando, entonces, se siembra lucha y, por lo tanto, dolor, y esto junto a una filosofía atea, lo absurdo es evidente. Esto porque, nunca es tan necesaria la fe como en el dolor. Quien siembra dolor, aunque sea ateo, precisamente porque siembra dolor, aviva la fe en un paraíso situado en otro lugar, pues que sin una esperanza de felicidad, aquí o allá, no se puede vivir. Esto es instintivo. Por lo tanto, quien destruye a Dios para imperar oprimiendo,

abre las vías del ciclo que llevan a Dios. Solamente la ingenuidad del involucionado puede creer que una fe se puede destruir con la fuerza. Oprimiendo se crea la fe, porque ella satisface el ansia de un escape. A menudo se escucha decir a algunos: “A éste debió irle muy mal con las cosas de la Tierra, para que se haya vuelto con tanto fervor hacia Dios”. En este error cayeron los emperadores romanos que persiguieron a los primeros cristianos, y en él caen los perseguidores en todos los tiempos. Por cada mártir caído, surgen cien nuevos creyentes.

Pero la reacción de las masas puede tomar la dirección opuesta, cuando se trata de involucionados. El dolor puede, en vez de elevar, embrutecer. Entonces se les suele lanzar antes una cornada hecha de odio y la posición de dominio se salva, instigándolos contra una cada vez más vasta presa humana. Es un pedazo de pan que se da a expensas ajenas, como primera reacción terrestre del paraíso prometido. Pero la vía es peligrosa, es como todos los caminos del mal, fácil sólo al principio, y después, al final, catastrófico. Sería necesario un convoy inagotable de víctimas a las cuales despojar y dar como pasto. El sistema de lucha de clases es el más antiproduktivo, y se puede convertir en verdadero parasitismo. Con ello se corre el peligro de llegar a una reacción, o a algo peor, la destrucción del trabajador pacífico productor y, con esto, de todo bienestar. El sistema está ligado a la necesidad de alargar cada vez más la zona de destrucción sobre la cual él trabaja. Como las guerras, este sistema está ligado a la fuerza y a la necesidad de cada vez nuevas conquistas que lo justifiquen. Esta necesidad dada por la misma naturaleza del sistema, lo hará siempre más feroz y agresivo en lo exterior, férreo y despiadado en lo interior, vale decir, anti-social y anti-vital, es decir, lo llevará a un desequilibrio biológico que le impondrá en cierto punto, inevitablemente, la fractura y el derrumbe. La espantosa irracionalidad del racionalismo moderno no ha comprendido esta verdad elemental: que la opresión, la extorsión, la violencia, son fuerzas negativas que, por lo tanto, solamente destruyen y jamás pueden construir, función propia, en cambio, únicamente de las fuerzas positivas, que son la convicción, la colaboración, la confianza. Ese racionalismo no ha comprendido que el materialismo es un impulso negativo que tiende a la destrucción de todo, incluso de quien lo practica. Es verdad que éste cree poder prescindir del alma con tan sólo negar su existencia. pero el hombre sigue siendo un ser con alma. No es un número, ni una máquina de producción, ni un cálculo económico. Es un ser humano. Estas construcciones del racionalismo moderno son construcciones contra las cuales la vida se rebela. Y la vida despedaza todo lo que quiera obstaculizarla. Ciertas leyes que representan el pensamiento y la voluntad de Dios, no pueden ser doblegadas por ningún poder humano.

Es necesario que el espiritualista vea todos los aspectos de la vida y no se limite a la repetición estereotipada de las fórmulas de su religión o grupo, sean las que sean. Actualmente existen males gigantescos en esta nuestra época convulsionada, problemas formidables, pero están siendo demasiados, escuchados, investigados, enfrentados con vigor y una nueva fe. El materialismo es un asalto que ha invadido toda nuestra vida, en contra de las fuerzas del espíritu. Pero este asalto sirve para

despertarlas y desenvolverlas. Jamás surge tanta fe como en los tiempos de incredulidad, tantos mártires y héroes se forman como bajo la opresión. Por lo tanto, los dos movimientos, la autodestrucción del materialismo y la reacción del espíritu, concurren concordes hacia la misma meta.

No teman los buenos: ellos son los más fuertes. Dice Carlyle en “Síntomas de los Tiempos”: “La verdad es que, aquél posee una sabiduría inmensa, una sabiduría espiritual todavía desconocida, es el más fuerte, no entre diez, o entre diez mil hombres, sino de todos los hombres que no la poseen. Él lo supera con una fuerza eterna, angelical, como empuñando una espada forjada en la armonía de los Cielos; una espada a la cual no podrán resistir eficazmente una coraza o una torre de bronce”.

Es indispensable que el evolucionado que es más inteligente observe los caminos del mal y los métodos del involucionado. Éste para dominar queda encerrado en un sistema que se convierte en un proyectil lanzado hacia la autodestrucción. La organización de los involucionados para mantenerse con la fuerza, que es su medio, atrae y debe rodearse de los peores elementos de la sociedad, sin inteligencia, sin cultura, sin piedad. ¿Qué rendimiento se puede esperar de ellos? Debe temer el despertar de cada sentido de humanidad que existe en el alma. ¿Qué embrutecimiento puede jamás matar al alma? Nuestro tiempo busca fabricar a los hombres en serie, al hombre máquina de producción (el gran producto de la moderna técnica científica), en el cual no es el espíritu el que ordena a la máquina para sus fines superiores, sino que es la máquina la que hace servir al espíritu. Es necesario observar a este hombre que es imagen de Dios, ligado por Satanás a la máquina. Siguiendo a Satanás hoy el mundo ha logrado convertir un medio de liberación, en un instrumento de esclavitud. La vida tiene límites de resistencia e increíbles medios de reacción. ¿Cuántas almas agonizan asfixiadas por el materialismo moderno! ¿Cuál es su límite de resistencia? ¿Cuándo se quebrarán en la desesperación? ¿Qué reacción nacerá de esta desesperación? ¡He allí las secretas fuentes de la Historia, lo imponderable que no se toma en cuenta, la invisible acción de Dios! Los dolores se acrecentan, montañas de muertes se acumulan, la vida gime desesperada porque fue traicionada con las promesas del paraíso de la ciencia materialista. ¿Cuándo se saldrá de equilibrio? Es la vida la que dirige la Historia y nadie puede resistir a la voluntad de la vida que no quiere morir. Ella no muere con el tiempo, no puede morir. La fuerza bruta trata de frenar cada vez más la marea de la reacción. Pero ella asciende, asciende callada y constantemente. En un dado momento, transbordará o romperá los diques. Será la inversión apocalíptica de la fase actual.

Hoy estamos en la era de la metralleta y de la bomba atómica, la era de la destrucción. Cierta porcentage de destrucción y muertes se justifican con la victoria que puede transformar la conciencia en sacro holocausto. Pero más allá de un dado límite, frente a la catástrofe, no hay idealización de muerte en martirio que valga. La muerte aparece entonces en su verdadera y horrenda faz, y la vida se rebela. Más allá de un dado límite no hay victoria que pueda compensar y justificar las pérdidas, hacer razonable y útil el sacrificio. Éste se convierte entonces en asesinato o suicidio.

Ahora, cuando un sistema para mantenerse se liga a la necesidad de un sacrificio creciente, el límite para la inversión tarde o temprano debe llegar. Retroceder ya no es posible, pues que sería necesario tragarse todo el dolor y las muertes sembradas, para neutralizarlos con otro tanto de alegría y de vida. Es indispensable entonces avanzar, se avanza hacia el abismo. Da miedo no poderse detener, no poder retroceder. Por los caminos del bien, como por los del mal, siempre se es lanzado y por tanto ligado hasta el fondo, según el sistema. Y al marchar hacia delante se produce esto, que si es por obligación, es también siempre más peligroso, difícil y catastrófico. El método de la fuerza implica destrucción, y la destrucción llama a la destrucción. “Abussus abyssum invocat”. (Salmo XLI, verso 7).⁽¹⁾ Cada vez más. Es un hundirse satánico de todo.

¿Para qué sirve todo esto? Dios lo sabe y la vida lo expresará. En verdad el presente sirve para fabricar el futuro; de otro modo no tendría sentido. Sirve para esto incluso cuando en la mente de los hombres el presente parezca hecho para sí y para destruir el futuro. De tantas inmensas construcciones ideológicas, sociales, económicas, religiosas de hoy, tal vez sólo quede algo colateral, actualmente en verdad no previsto. Muchos son los finales secretos de la Historia, ignorados por el hombre. La vida se volteará contra la máquina y querrá vivir libre en el espíritu. La ciencia con cuya orientación materialista ha querido traicionar al mundo, se invertirá y será usada para demostrar el alma y a Dios, y nos guiará por los caminos del espíritu hacia la evolución. El actual mundo materialista, al no ser mantenido compacto por ideales y metas superiores, traicionado por la fuerza y por la riqueza que es en lo único que cree, se disgregará. Hombres que no creen en el sacrificio y en el amor fraternal que lleva a la cooperación, saltarán a la garganta de otros tantos iguales. El utilitarismo conduce a la traición. Hombres y pueblos crean con sus pensamientos y acciones un sistema de fuerzas que después, los dominará. Este sistema es una “Némesis” y ésta pesa sobre el mundo modernota sido querida. Ahora es inevitable, hasta el fondo. Las religiones del odio organizado, el método de la destrucción científica, cierta psicología absorbida y vivida en acciones por tanto tiempo, debe producir sus frutos sin posibilidad de evasión.

¿Hasta cuándo sólo la fuerza bruta de las armas será suficiente para suplir la falta de inteligencia que muestra cómo la vida social no se puede hacer sin confianza y colaboración? Un sistema basado en la violencia no es más que un instrumento de destrucción, no vale nada como medio constructivo, por lo tanto debe inevitablemente disolverse en el caos. Prácticamente esto significa una pérdida progresiva. En esto podemos ver que la teoría del mal, del mismo sistema inevitablemente llevado a la autodestrucción, no es sólo filosofía, sino que es una realidad práctica. Satanás trabaja siempre para perder, aún cuando actúa racional y científicamente, aún disponiendo de todos los medios de la riqueza, de la astucia y de la fuerza. En el balance final, lo que se recoge por los esfuerzos dispensados es una traición. Satanás solamente paga con moneda falsa. Esto es producto del sistema.

⁽¹⁾ Un abismo atrae otro abismo. (N. del T.)

Apostar al mal es un pésimo negocio. Este es el talón de Aquiles del mundo moderno, verdadero coloso de los pies de barro. El complejo racionalismo de nuestro tiempo está demasiado cargado de cultura y encerrado en la mecánica de su lógica para comprender algo tan simple. Apoyar el poder en los involucionados, apostar a los peores, a los estratos inferiores de la sociedad, ilusionándolos con ser los jefes, cuando deberían primero ser educados para lo que no saben hacer y es difícil hacer, solamente tener como defensa las mandíbulas del lobo y buscar las soluciones de los problemas en el vientre hambriento del prójimo, solamente puede llevar a la ruina. La salvación y el futuro únicamente pueden estar en lo contrario, vale decir, en el apoyarse en los evolucionados, apostar a los mejores, a los estratos no económicamente sino biológicamente más avanzados, que tienen conciencia de la dura tarea de dirigir, tener como defensa la justicia y buscar la solución de los problemas en el bien del prójimo. Todo esto es así, porque ningún hombre por muy poderoso que sea en la Tierra puede impedir que la vida quiera, no una selección al revés, artificial, sino una selección del más inteligente, del más laborioso y productivo, del más apto para colaborar fraternizando en sociedad.

Concluyendo: saludamos en la forma de pensamiento y de acción que nos ofrece el materialismo, un instrumento de Dios para abrirnos las puertas de la nueva civilización del espíritu.

XV

EL ACTUAL MOMENTO HISTÓRICO

Sigamos mirando a nuestro alrededor. Existen en el actual momento histórico dos estados: uno aparente, de superficie, transitorio, que todos ven y en base al cual la mayoría juzga; otro estado real, profundo, dado por el eterno desarrollo de las cosas. El primer estado es de destrucción, de miseria, de mentira y odio, en suma, un estado bestial, involucionado. Los mejores, que por ser los más evolucionados han conquistado los valores más altos de la vida que no son los materiales, única meta de los involucionados, sino los espirituales, mucho más preciosos y poderosos, los mejores son hoy perseguidos y oprimidos por los peores. Actualmente es precisamente el momento del mal, cuya característica es justamente la negación y la inversión. Así los mejores se convierten en perseguidos, se esconden, mientras que los peores lo conquistan todo. Pero es natural que los trastornos necesarios para pasar de un estado de equilibrio a uno evolutivamente superior, sean también convulsivos. Y es natural también que para pasar de un estado de legalidad a uno de legalidad más completa y perfecta, se deba atravesar una fase de ilegalidad que después se retoma y se coordina en un nuevo orden. También durante la Revolución Francesa, que tuvo sus fines históricos y sociales, la escoria realizó su ascensión. Pero es una posición falsa, porque a ella no corresponde un intrínseco valor y, por lo tanto, no puede durar. Entonces, o los hijos de cualquier revolución demuestran estar a la altura de la

posición conquistada, o es la revolución misma la que los mata, como hizo en Francia con Robespierre y compañía.

¿Qué existe realmente en lo profundo? Toda verdad, por la ley de dualismo universal, no es completa si no es vista en sus dos términos antitéticos y contradictorios, de los cuales ella en su totalidad resulta compuesta. En el extremo del fenómeno histórico actual, como aparece en la superficie, tenemos un estado opuesto, de preparación subterránea, de espera y maduración. Así como se dice que bajo la nieve está el pan, así también bajo esta tempestad se están madurando los gérmenes de una nueva civilización. Para comprender esto, sería necesario conocer no solamente las leyes históricas, sino también las leyes biológicas de las cuales la historia humana no es más que una parte. Quien ha comprendido estas leyes, no discute ya con los hombres que por lo general no saben lo que hacen, ni por qué lo hacen. Pero discuten, en cambio, con las leyes biológicas que los mueven y a las cuales ellos, a las que creen tanto mandar, no hacen sino obedecer, movidos por sus instintos más o menos lúcidos y conscientes, instintos que son las fuerzas por medio de las cuales aquellas leyes los maniobran. He allí, pues, que el camino de la Historia no marcha al azar, no es confiado al capricho o a la voluntad de los pueblos, y mucho menos a sus jefes. Quien hace la Historia son las corrientes de pensamiento colectivo, las cuales son inconscientemente sentidas y expresadas por las masas. Y los dirigentes serán tanto más capaces, cuanto mejor sepan sentir dichas corrientes, interpretarlas, expresarlas, personificarlas. Apenas ellos quieran seguir otro camino, colocándose en el lugar de los profundos impulsos biológicos para torcerles la ruta, éstas se rebelarán y se liberarán como de un lastre. Pues que el poder para regir no puede tener fines egoístas individuales o de clases, finalidades de dominio, sino que debe representar una función biológica, ser entendida como una misión al servicio de la vida. De otro modo ésta reacciona y cualquier poder humano será derrumbado.

He allí, pues, que en lo hondo de las cosas hay algo distinto, existe el pensamiento y la voluntad directora de Dios, que no está únicamente trascendente en los Cielos, sino también inmanente entre nosotros y nuestras cosas, aquí presente con su incesante obra creativa. En la dirección de la Historia existe, entonces, algo muy distinto a la pobre e ignorante sabiduría humana. Existe la sabiduría de Dios. Sea esto un gran confort para los mejores, para los más evolucionados, hoy perseguidos y oprimidos.

Quien esté habituado a mirar con humildad y amor, suplicando y entregándose a este pensamiento divino que todo lo rige, constatará experimentalmente la existencia de una ley de orden y de amor que está en el centro de las cosas, que los alimenta y los mantiene con vida, incluso dejando que en la periferia, en la forma y en la materia domine el desorden y el mal. Como en las grandes tempestades oceánicas a pocos metros bajo la superficie de las aguas se encuentra la calma, así sucede con la Historia. Bajo el gran rumor de las revoluciones, la caída de clases sociales y de tronos, el derrumbe de enormes construcciones políticas, existe la calma de las grandes leyes de la vida que, lentas pero seguras, van preparando el futuro. Futuro garantizado, como está garantizada la primavera que “debe” (“debe” por ley de la

vida), traer la germinación de las nuevas cosechas. No podemos en verdad presumir que la continuación de la vida sea confiada a los hombres y a sus expedientes. Y si ella triunfa siempre, y siempre ha triunfado, como lo demuestra el hecho de que ha llegado hasta aquí, esto es porque ella está protegida precisamente por esta sabiduría divina que la guía, la nutre, la rige.

Abordemos ahora la parte más importante de la cuestión. ¿Qué cosa, la sabiduría de las leyes biológicas y, por tanto, también históricas y sociales, nos está preparando para el futuro? La Historia no ha moldeado jamás en forma directa, sino siempre por acciones y reacciones, por impulsos y contra impulsos, avanzando en el tiempo no como un hermoso río acaudalado en márgenes hechas por el hombre, sino como un río que, lanzado libre para vagar por la planicie, va serpenteando en la forma que expresa su dinamismo. Por lo tanto, acción y reacción. Por lo tanto, puede ocurrir de manera contraria a lo que presume el cálculo de la probabilidades, puede realizarse la utopía, es decir, que mañana suceda lo contrario de hoy. Esta es la lógica de la vida que no se basa en la continuación indefinida de estados idénticos y constantes, sino en compensaciones de contrarios y en ellos se equilibra. Sabemos que la oscilación entre contrarios, vale decir, de un extremo positivo a un extremo negativo, en los cuales cada fenómeno se invierte en su opuesto, es la base de la lucha, de la evolución, de la percepción misma. Lo más inverosímil y utópico para el observador superficial hoy dominante, es entonces precisamente esa, lo que es más verosímil y lógico para el pensador profundo: es decir, que nosotros estamos justamente en una noche que antecede un nuevo día. Pues que en la vida es precisamente la noche la preparación del día, es la muerte la que anuncia el renacimiento, es el mal, la destrucción, la materia, lo que anuncia el bien, la construcción, el espíritu. Estamos en lo hondo de la depresión de la onda histórica, que debe necesariamente después volver a ascender, como vuelven a ascender todas las ondas. Conclusión: Marchamos hacia una nueva civilización del espíritu, hacia “La Nueva Civilización del III Milenio”.

Se trata ahora de saber cómo será hecha esta nueva civilización. Naturalmente porque es nueva, por razones de equilibrio y compensación, ella debe estar en las antípodas de aquella que hoy denominamos civilización. Se trata no de retoques de lo viejo, de nuevos ordenamientos políticos con la sola sustitución para beneficio de nuevas personas y clases; tampoco se trata de continuar, sino de comenzar con principios distintos. Exponerlos aquí es algo demasiado amplio para un capítulo. Serán suficiente ciertos señalamientos. Los valores actuales, hoy colocados arriba de las apreciaciones comunes, pertenecen más al plano animal, que al que debería ser humano. El hombre actual es involucionado, más bestia que hombre. Hoy vale la fuerza y la astucia. La honestidad y el mérito, valores superiores, tienen importancia mínima. La bondad y la inteligencia dirigidas hacia el bien, son las cualidades menos útiles en la vida social de hoy, incluso pueden ser hasta nocivas. Hoy la estima es medida por la capacidad de perjudicar y por la utilidad obtenida, no por el verdadero valor. Esto sucede precisamente porque la balanza de los juicios humanos es la de la bestia, más que la de un ser superior. Hoy el poder no es entendido como una función

biológica, como misión al servicio del pueblo, sino que es conquistado por cualquier medio con el sólo objetivo de ventaja individual. La selección biológica de este tipo, del más fuerte, responde a estados primitivos involucionados. La evolución impone el paso a formas de lucha y de selección biológica más elevadas, dirigidas a la formación de un tipo menos inconsciente, menos egoísticamente aislado. La vida marcha hacia la formación de grandes unidades colectivas humanas, en las cuales es necesario comprensión y colaboración, y no ya opresión y explotación. La época del señor y del siervo ha pasado. Se marcha hacia nuevas formas de libertad que, sin embargo, no significa como cree el hombre de hoy, abuso y licencia, sino que significan una nueva y más alta disciplina, un más férreo orden y una conciencia que comprenda su utilidad y, por lo tanto, la siga, aunque sea tan sólo por espíritu utilitario.

Hoy se cree en el número. Es suficiente una mayoría, no importa de qué elementos, para formar una verdad, un derecho, para establecer una norma de vida, una ley. Ahora, ¿cómo puede la cantidad, dar la calidad? No podemos lograr ni siquiera una unidad, reuniendo un conjunto de ceros, aunque sea infinito. Esto es elemental. Actualmente la materia lo es todo. Siendo sólo un medio, se ha hecho de ella un fin. La riqueza es el objetivo de la vida. Se cambia lo que contiene, por el contenido. El trabajo material vale más que el intelectual. Lo que decide en la difusión de una idea no es su valor, sino la posesión de los medios materiales que pueden difundirla. Las opiniones se fabrican mecánicamente. Basta con poseer la prensa y la radio. La gran floración de medios de que se enriquece nuestra pseudo-civilización mecánica y utilitaria, nos ha hecho olvidar lo mejor. Han absorbido toda nuestra atención, han hecho de nuestro espíritu su siervo, lo han invadido todo, sustituyéndolo todo y pretendiendo ser suficiente para todo. Pero ya sentimos el vacío terrible que hay en nosotros, la carencia de directrices, porque cada vez menos sabemos como comandar a estos medios siempre más poderosos. Y el peligro es muy grave. Pues que si no sabemos dirigirlos con sabiduría, ellos en nuestras manos serán un medio de destrucción universal. Esto el mundo ya lo ha visto y hecho en estos años. Sería suficiente con cambiarnos un poco más en esta locura y la humanidad será destruida, o por lo menos reducida a un estado de barbarie.

Se podría decir: para llegar a esto, urge un hombre nuevo, consciente, justo, lo que ha sido y será siempre utopía. Ahora, la Historia nos muestra con presciencia que es precisamente la utopía lo que se realiza en el mañana: un ejemplo de esto es el Cristianismo. Pues que existe un hecho positivo: la evolución. Es necesario evolucionar. Esta es la ley de la vida que hace siempre presión desde lo íntimo de las cosas no solamente para manifestarse, sino para ascender también hacia expresiones cada vez más perfectas. ¡Pero, se lucha tanto, se sufre, se experimenta!, ¿y todo por esto? El mañana “debe” por ley superar el presente. Pues el hombre actual ha llegado a un punto crítico en el cual no es posible continuar los viejos sistemas y un decisivo cambio de ruta se impone. Los poderes hoy en sus manos son muy superiores a los que se poseían en el pasado. Esto implica la necesidad de una proporcionada sabiduría para saberlos usar bien. El hombre que posee la bomba atómica, no puede

actuar con la misma inconsciencia y psicología de ferocidad con la cual actuaba el guerrero medieval, que lo único que tenía en las manos era una lanza, o algo más. Con esa psicología el hombre moderno destruiría la humanidad.

Como se ve, la utopía de una nueva civilización no se apoya en sentimientos de bondad y altruismo. Conocemos al hombre y sabemos lo que se puede obtener de él y cuáles son los impulsos que lo mueven. Apelamos, pues, al terror que debe inspirarle la perspectiva cierta de una autodestrucción. Hacemos un llamado a su sentido utilitario. Pedimos solamente que el hombre nuevo sea lo bastante inteligente para comprender la enorme ventaja para todos que puede derivar del valorizar el factor moral y espiritual en la vida social, pues que solamente así se puede obtener la paz, la confianza y aquella seguridad que es la única garantía de cualquier disfrute del fruto de nuestros esfuerzos. Si no se comprende esto, es inútil reconstruir. Con la psicología del “Homo homini lupus”, con el sistema del “revolver en mano”, lo único que se puede hacer es un infierno para los demonios y los condenados que viven en la Tierra y un purgatorio para los justos, que sin embargo, se apresurarán para marchar hacia mundos mejores. Pero para la Tierra, para los que allí trabajan, poseen sus cosas y proliferan, no habrá otra cosa que desesperación. Es indispensable comprender verdades elementales como éstas: que si se siembra violencia y mal, lo único que se recogerá será violencia y mal; que la reconstrucción solamente se puede hacer recurriendo al trabajo, que es el acto creativo en el cual el hombre se convierte en operario colaborador de Dios; que no conviene jamás hacer el mal a los demás, pues quien hace el mal no se lo hace a los demás como parece, sino que se lo hace primeramente a sí mismo.

Existen leyes en la vida, para obtener determinados resultados, como por ejemplo nuestro bienestar, es necesario seguir las normas. Todo acto tiene sus normas, todo fin tiene su camino para alcanzarlo. A todos nos gustaría vivir en un jardín. Pero en vez de un jardín construimos un campo minado. Entonces, ¿qué podemos esperar? Sin embargo se dice: yo venceré y me reharé sobre el vencido. No. Los vencedores no vencen. Solamente que, en la sabiduría divina, cumplen una función distinta a la de los vencidos. Funciones opuestas que se deben compensar y equilibrar para los comunes logros que la vida se propone “para todos”, aunque sea en formas distintas según las diversas capacidades. El hombre del futuro deberá ser más inteligente, lo suficiente para superar estas ilusiones psicológicas y no caer en los errores a los cuales ellas inducen.

Concluyendo. El materialismo, fruto de los últimos siglos, fruto material y espiritual, ha dado todo su rendimiento. Como filosofía ha sido exprimido y ahora ha puesto al margen por la vida. Como técnica queda su producto útil, que es el dominio sobre las fuerzas naturales puestas en parte al servicio del hombre. Este producto útil es el producto de nuestro tiempo y es trasladado (reducido, sin embargo, del fin que es hoy, a medio) al seno de una nueva civilización de tipo diferente. La nuestra ha alcanzado sus fines. La nueva deberá alcanzar otros más elevados y complejos, sirviéndose de los productos del trabajo realizado por nuestro tiempo. La vida hoy

dice: es suficiente por este lado. Y agrega: Compensémonos ahora, completando el edificio por otro lado. Un vacío espantoso se ha formado exactamente del lado del espíritu. Es una mutilación, una atrofia peligrosa para el equilibrio, es una carencia patológica, la cual es urgente remediar. Y las fuerzas de la vida se apresura hoy a taponar la falla convergiendo su acción precisamente en esta dirección, de una manera semejante a como se hace en la defensa orgánica. Estas fuerzas se proponen ahora construir al hombre nuevo del espíritu. Actualmente nos encontramos en la noche profunda de la materia. El mundo está desorientado, sin guía y con muy poco sentido común. El espíritu parece muerto. Ya no existe arte. La música es una acumulación de ruidos irritantes. Hoy la vida está tentando la construcción de nuevos y grande organismos colectivos, especialmente de colosales unidades biológicas de las cuales el individuo es la célula. Este nuevo ser, del cual las masas son el cuerpo, todavía marcha de manera incierta en busca de su alma directora, a semejanza de un antediluviano monstruo paleontológico. Aturdido por el ruido de quien más grita y golpea sus sentidos e instintos, desconfiado pero creyente, reacio pero anhelante, rebelde y fraterno, este cuerpo social de las masas, todavía informe, trata de escuchar en su instinto la lejana voz de la vida, su único guía. Y la vida está preparada para gritar en su instinto una palabra nueva, y las masas están listas para escuchar y seguirla. Y nunca como hoy, entre tanto exterminio y aflicción, los espíritus estuvieron tan preparados para encenderse delante de una palabra ardiente hecha de verdad verdadera, sentida, vivida, dicha con seriedad. Y la esperan. De seguro vendrá. De esto cuidan las sabias leyes de la vida.

XVI

UNA PARÁBOLA.

Existían muchos hombres en algún lugar de la Tierra y cada uno de ellos, según su naturaleza, elaboró su distinto plan de vida. Uno se propuso triunfar en el más bajo y primer plano de la vida y convertirse en rey según la ley del hombre y de la egoísta conservación individual, es decir, el victorioso en el mundo económico de los bienes y en el poseedor de la riqueza. Para esto lo sacrificó todo. No vio otra cosa, no quiso más nada ni de nada más se ocupó. Y en este campo venció. Trabajó con el alma y con el cuerpo sin tregua, por esta, su única meta. Se casó por la riqueza, entregándole su amor, no tuvo hijos. Como fruto de su esfuerzo obtuvo exuberante bienestar. Fue también estimado y respetado, pero porque era rico y poderoso, solamente por eso. Como añadidura, obtuvo autoridad, honores y alabanzas. Pero fue poco amado, en realidad fue solamente envidiado. Durante su vida muchos estuvieron celosos por sus riquezas y trataron de arrebatarlas. En su vejez, muchos deseaban que se muriera, para apoderarse y gozar de sus bienes. Murió sin hijos, rico y solitario, no fue amado ni llorado, y del fruto de sus esfuerzos otros se aprovecharon. Esta fue su vida. Pero él no tuvo posibilidad de escoger, porque este era su tipo biológico, y no podía explicarse por qué él era así.

Un segundo hombre se propuso triunfar en un más alto plano de la vida y convertirse en rey según la ley del amor físico de la conservación de la raza, es decir, el victorioso en el mundo biológico de la multiplicación de la carne. La protección de los hijos y de la familia al mismo trabajo y argucia del primer hombre, pero con una finalidad que trascendía su “yo”, por cuanto éste se había dilatado hasta abarcar en sí a todo el grupo familiar con el cual él se identificaba. Se casó por amor, tuvo muchos hijos, luchó, se sacrificó por ellos, trabajó con el alma y con el cuerpo sin tregua por esta su única meta. Y en este campo venció. Fue amado por ellos, pero su patrimonio y su trabajo no fueron suficientes para tanta gente y la pobreza se presentó en su casa. Tuvo grandes afectos pero poca estima, y honras ninguna, porque no era rico y poderoso. En vida no fue envidiado, en su vejez nadie deseó su muerte, porque no dejaba nada que heredar. Murió pobre, pero llorado y amado. Esta fue su vida. Pero él no tenía posibilidad de escoger, porque este era su tipo biológico, y no podía explicarse porqué él era así.

Un tercer hombre se propuso triunfar en un plano todavía más alto de la vida y convertirse en rey, no según la ley del hombre o del amor, sino según la ley de la evolución, es decir, de la conservación y creación de valores morales que rigen la vida. Quiso ser el victorioso en el mundo espiritual del amor fraternal, del bien y de la justicia. Por esto se sacrificó. No vio nada más, no quiso otra cosa y de nada más se ocupó. No se interesó por los bienes materiales, no se casó. Luchó, trabajó con el alma y con el cuerpo sin tregua por esta su única meta. Y en este campo venció. Fue robado por todos y empobreció. No tuvo hijos ni afectos, y vagó solitario y triste. No fue estimado ni honrado, porque era pobre y humilde. En vida fue despreciado, cuando más, compadecido por todos. Pero él luchó por el bien del prójimo y se sacrificó por la justicia y la verdad. Difundió en todas partes luz y amor alrededor de sí. La gente que en público lo despreciaba en secreto lo admiraba. Cuando murió, lo único que dejó fueron sus dolores, pero al final fue llorado y amado por todos. Después de su muerte fue comprendido y venerado, y revivió en el amor de una gran familia, la familia de sus hijos espirituales. Esta fue su vida. Mas él no tenía posibilidad de escogencia porque este era su tipo biológico, y no podía explicarse porqué él era así.

Estos tres hombres trabajaron en tres niveles distintos, cada uno según una de las tres fundamentales leyes biológicas que se encargan del funcionamiento de la vida y que se expresan con los tres instintos fundamentales: 1) El hambre, 2) el amor, 3) la evolución. Estas tres leyes, así expresadas, son los tres planos ascensionales del edificio biológico de nuestro mundo. Cada uno de los tres tipos biológicos está en su lugar según su naturaleza y con una correspondiente y distinta función. El hombre de la primera ley piensa en la conservación individual con su egoísmo. El de la segunda ley piensa en la conservación colectiva con la reproducción. Pero ni el uno ni el otro se preocupan por el progreso del cual se ocupa sólo el hombre de la tercera ley. Aquí los hemos visto actuar desorganizadamente, como es el caso de nuestro mundo de hoy. Ellos son rivales y se encuentran separados. Cada uno tiene su personalidad, su

instinto, su función, su recompensa, cada uno por su cuenta. Las actividades no están todavía coordinadas. Cada uno de los tres tipos se cree todo y es llevado a actuar con espíritu de exclusivismo e injerencia, no obstante que, a medida que el hombre evoluciona, pasa de la primera a la segunda, y después a la tercera posición, superando así la anterior posición inferior. De esta manera cada uno, permaneciendo en su plano, allí encuentra su recompensa distinta a él proporcionada. El separatismo no incide sobre la justicia. En el primer caso, la recompensa fue inmediata y restringida al gozo personal de los bienes; en el segundo caso la recompensa fue más lejos y ampliada en la vida de los hijos; en el tercer caso fue todavía más lejos y más amplia, en la vida espiritual de la humanidad. En consecuencia, cuanto menos el resultado es inmediato y menos restringido, , más se expande y dura más. Cada uno tuvo según la justicia y según su tipo biológico, su plano evolutivo de acción y su función biológica. Las leyes de la vida son siempre justas, pero en el mundo humano egoísta e involucionado, por su estado de separatismo, solamente pueden funcionar aisladamente.

Estos tres hombres murieron y pasaron. Después de varios milenios, volvieron a la Tierra, que entretanto había progresado llevando la mente humana mucho más hacia delante, hasta llegar a comprender el Evangelio y la realización seriamente como práctica individual y cooperación social, realizando la fraternal coordinación de todas las actividades, que es la única manera de que se pueda realizar en la Tierra el bienaventurado “Reino de los Cielos”. Cada uno de los tres hombres volvió al mundo con las cualidades de su tipo biológico y, dado que no podían explicarse porqué eran así, volvieron a actuar como la vez anterior, a desempeñarse según su naturaleza su diversa función. Pero con la gran diferencia de que encontrándose ahora en un mundo más evolucionado, esto permitía su funcionamiento coordinado.

Entonces el primer hombre, utilizando sus cualidades de trabajador y su capacidad técnica, se convierte en un productor útil no solamente para sí, sino también para la sociedad. Las más conscientes condiciones de vida del nuevo mundo no lo obligan ya a sacrificarlo todo para poder llegar a la realización de su personalidad y al rendimiento de sus cualidades. El desempeño de su función puede realizarse completamente, pero para el bien suyo y de los demás. Se convierte así en el rey del mundo económico de los bienes y produce bienestar para sí mismo y para los demás. Fue igualmente estimado y honrado, pero no porque era rico y poderoso, sino porque era capaz de formar y conservar la riqueza, que también tiene un valor colectivo. Pudo así también gozar del amor de los demás, porque la riqueza que una vez dedicó solamente para sí, ahora la dedicaba también para los demás. Su muerte no fue deseada para apoderarse de sus bienes que ya eran de todos. Murió amado y llorado porque él representaba un valor de utilidad social, porque era en verdad estimado, no por lo que poseía, sino por lo que valía y producía.

El segundo hombre se convirtió en el rey del amor terrenal, utilizando el espíritu de sacrificio y dedicación adquirido para la familia, su capacidad para ahorrar y su parcimonia, de laboriosidad fecunda no en el campo directivo, sino en el campo

ejecutivo. Representó la carne honesta y pacífica que con espíritu de laboriosa bondad hace fructificar la tierra, las fábricas y multiplica las cosas con su actividad bendecida por Dios. Así la carne ávida por multiplicarse como quiere la vida, no fue obligada a maldecirse y a contaminarse en el vicio y en el mal, sofocada por el instinto. Entonces reproducirse y multiplicarse no fue un delito o un peligro, sino la alegría de vivir. Pero todo esto fue posible porque quien tenía capacidades directivas, organizativas o económicamente genéticas, no monopolizó solamente para sí el fruto de sus cualidades, sino que reservó su rendimiento para beneficio de la colectividad. Entonces el amor sano y fecundo no fue una amenaza o una incógnita, la familia no fue ya un peso insoportable, un núcleo de lobos hambrientos preparados para destrozar a los vecinos, la clase obrera no fue ya un contacto de dinamita listo para explotar en las revoluciones. Así también este tipo de hombre pudo, recibiendo lo que le faltaba, dar lo que tenía. Murió tranquilo sabiendo que el futuro de sus hijos estaba asegurado.

El tercer hombre se convirtió, según su tipo y capacidad, también esta vez en el rey del mundo espiritual, el vencedor según la ley de evolución. ¡Qué mayor rendimiento para el progreso colectivo llegaron a dar sus cualidades, pudiendo ahora explicarlas en un mundo fraternalmente comprensivo! ¡Cuántos choques, malentendidos, dolores se ahorran; cuánta ayuda en la más fácil posibilidad de multiplicar con los medios técnicos y económicos la expresión de sí mismo, para hacer llegar luz y consejo, amor y bondad por todas partes! ¡Cuánto tiempo y energías ahorradas al poderse eximir del trabajo inadecuado y para él ingrato del tenerse que ocupar de bienes materiales, y por lo tanto, un mayor rendimiento espiritual! El obviar la riqueza no produce ya las desastrosas consecuencias de antes. Él no fue robado ni se empobreció, por el contrario, no le faltó lo necesario que consideró más bien demasiado, él, que era la negación personificada de la avidez. Naturalmente, era muy rico ya en lo Alto, al punto de no sentir la necesidad de tomar algo de la Tierra, del fruto del trabajo ajeno, sólo lo mínimo indispensable. Quien es del espíritu, ya posee en sí la medida de las cosas. No fue ni despreciado ni humillado, porque negligenciaba el poseer. El estado más elevado de conciencia en el mundo, estaba en grado de apreciar a un hombre, no con los criterios de la fuerza o de la riqueza, sino en base a los valores espirituales. En consecuencia, fue comprendido y estimado. No aceptó honores que no le servían, mas respiró con infinita alegría esta nueva atmósfera de simpatía que afectuosamente lo calentaba y llenaba la triste soledad de antes. El avivarse de la gratitud, el concreto manifestarse de la respuesta de la vida a su impulso en la forma de fraternidad con sus criaturas espirituales, la confirmación exterior de la conciencia íntima de la propia utilidad colectiva, proveniente de un amplio consenso, no solamente multiplicaron para el bien de los demás sus recursos y rendimiento, sino que hicieron de él, no ya un perseguido o un mártir, operario del dolor, sino el hombre satisfecho y feliz de un trabajador del espíritu, en plena eficiencia. Por esto, no fue obligado a esperar hasta después de su muerte para lograr en los demás la realización de sí mismo y de su ideal de bien.

¿Qué tuvo tanto poder para alterar la posición de estos tres hombres? Únicamente una actitud de alma, un fraternal espíritu de comprensión y colaboración. Esta es la llave de la felicidad que está en el “Reino de los Cielos”, que espera solamente un poco de buena voluntad en los hombres para descender a la Tierra. En lo profundo, cada quien según su tipo biológico, lo que pide es realizarse a sí mismo. Se trata de una sana y fecunda ley biológica. Pero hoy para poderse efectuar esta realización, debe asumir formas involucionadas, violentas y caóticas. Así, lo útil dado por el rendimiento de la propia personalidad, solamente se puede alcanzar a costa de sacrificios y perjuicios, individuales y colectivos. De esta manera en la Tierra está el infierno, y el “Reino de los Cielos” se encuentra lejano. Y los hombres de buena voluntad son muy raros y llegan a ser oprimidos. ¡Sería suficiente muy poco para estar todos mejor: en vez de combatirse, ayudarse mutuamente!

En esta parábola podemos ver cómo los mismos tres tipos biológicos, según los cuales se pueden agrupar los hombres, solamente cambiando su recíproca actitud y siguiendo siendo los mismos en capacidad y actividad, llegan a transformarse y pueden dar un mayor rendimiento, para cada uno de ellos y para todos. Y esto significa crear alegría y eliminar dolor. Solamente el evolucionar puede llevarnos hacia la felicidad, y todo lo que hemos dicho sirve para evolucionar. Todo está explicado en la presente parábola.

XVII

LA DESORIENTACIÓN ACTUAL

Sigamos descendiendo desde las místicas alturas alcanzadas atrás, para vagar ahora por el mundo, observando sus condiciones actuales. Ya dijimos al principio del cap. X: “Pasión”, que aquí estamos en la fase de descenso del fenómeno de la personalidad oscilante, lo que lleva ahora al autor a ver las verdades más materiales de la Tierra, y a focalizar en relación a ellas su propia psicología.

Una de las principales características de nuestro tiempo es su desorientación, cualidad negativa, expresión de la actual fase involutiva. Mientras que la palabra “orden” de nuestro tiempo está en las directivas conceptuales: razón y análisis, los del tiempo que lo seguirá serán: intuición y síntesis. Si se escuchan los discursos de nuestros hombres de pensamiento, se observa que están cargados de erudición y de ciencia, es decir, son complejos y difíciles, pero les falta orientación, carecen de la suprema simplicidad de la sabiduría y de lo verdadero. Complicación creciente, que marcha hacia la confusión babélica, con la cual al final de este siglo se cerrará, también para el cerebro de los dirigentes, nuestra llamada civilización, para que de esta descomposición pueda nacer una nueva basada en altos principios, constituidas por otros cerebros, propios de un distinto tipo biológico.

El cuerpo social de esta corriente de pensamiento que ya ha agotado su ciclo y realizado su tarea con la actual civilización, está en descomposición. En este deshacerse prosperan todos los principios patogénicos que tienen la función biológica de acelerar la destrucción. En todos los campos hoy hay destrucción. Pero es en la putrefacción del cuerpo muerto que la vida coloca la semilla de sus nuevas formas. Los grandes creadores nacen y actúan, pues, ahora, lanzando esta semilla.

La civilización del futuro no es muy comprendida por los espíritus de hoy. Por la observación de algunas formas mentales de nuestro mundo actual, verificamos que si es indudablemente muy fuerte en el campo de la explotación y de la destrucción, es, en cambio, muy débil en el campo de la comprensión. Pero, ¿cómo se pueden dirigir los pueblos, provocar y realizar guerras, legislar, imponer esto o aquello, moverse en cualquier área, sin haber comprendido nada de la vida y de la muerte, la finalidad de todas las cosas, sin haber comprendido el plan mismo del universo? El instinto que todo lo guía puede bastar para el bruto, y aunque el hombre lo sea todavía en gran parte, el problema de la vida se ha hecho hoy demasiado complejo para que sean suficientes sólo los instintos. Nos movemos en el mundo político, social, económico, religioso, cultural, en un mar de contradicciones. Hablamos de materia, espíritu, electricidad, justicia, libertad, de derechos y deberes, etc., sin saber exactamente qué son estas cosas y sin saber colocar en su justo lugar cada concepto, en el seno de un plano que lógicamente todo lo abarque. En la cultura somos espantosamente fragmentarios y divergentes, nos perdemos en lo particular y en las sutilezas inconcluyentes. En el campo práctico se mata, se roba, se actúa en bien o en mal sin saber la exacta consecuencia de nuestras propias acciones. No lo sabe ni quien hace el bien, ni quien hace el mal. Sólo niebla. Existe la fe, pero la fe no es exacta, es vaga. Y la razón comprende demasiado poco. Es necesario, entonces, demostrar y hacer que se pueda ver todo, para que el hombre lo comprenda todo seriamente.

¡Qué extraño embaucamiento está recibiendo el materialismo! ¡Excava, excava en la materia, y al final lo que encuentra es al espíritu, al que había negado! ¡Y las religiones que gritan triunfantes porque ven en la ciencia una confirmación, encontrarán un alma individualizada precisamente con aquellos términos y conceptos que una vez para ellos parecieron enemigos y destructores! Hoy todos están divididos, sin conocer la verdad por la cual luchan. Quien en verdad lucha por la verdad que es Una, simple, única, no puede estar dividido. Quien está dividido, está en las sectas, en los partidos, en su propio grupo y relativo interés humano, está en su egoísmo, y no en la verdad. ¡Qué lejos estamos de haber comprendido! La unidad está en el amor recíproco, hijo de aquella comprensión que todavía falta. Dios y la vida están en la unidad. En el exclusivismo y separatismo está Satanás, es decir, la involución y la muerte.

El ridículo y el horror de nuestra actual situación serán comprendidos por las generaciones futuras. Entonces se comprenderá la inmensa estupidez de matar, porque se habrá visto que una persona no se mata destruyendo su cuerpo con las armas. Los muertos quedan junto a nosotros más vivos que antes, y según como

fueron por nosotros tratados, nos harán sufrir las consecuencias. Aquellos que se erigieron en jueces y justicieros, lo son sólo por un momento, mientras que cumplen para fines que ellos ignoran, una dada función biológica. Ellos serán a su vez, según lo que hicieron, juzgados para recibir justicia. El turno de rico y pobre es inestable; el de vencedor y vencido es para los pueblos, como nos muestra la historia, transitorio. Las revoluciones casi siempre devoran a sus autores y a sus hijos. Quien use la espada, perecerá por la espada. Se trata de equilibrios de fuerzas, equilibrios que obedecen a leyes inviolables que se resuelven según dados esquemas que el hombre ignora y sobre los que da puede. ¡Qué efímero es para cualquiera, en este orden de cosas, gritar victoria!

Los mismos imperialismos, bajo distintas máscaras siempre iguales, no son más que la misma obediencia a la ley que da la palma al vencedor únicamente para confiarle el trabajo de dominar a otras naciones menores, es decir, coordinarlos, nutrirlos, hacerlos evolucionar. Y éstos, por la misma ley se dejan dominar, nutrir, guiar e instruir, hasta que se hagan adultos, para después rebelarse y tornarse, como se dice, libres. Como ocurre con los nuevos retoños, que crecen sobre el viejo tronco, nutriéndose de su ruina. Siempre el mismo esquema: dualismo, centro y periferia, núcleo positivo y electrones negativos que giran a su alrededor, padres e hijos. Al crecer los hijos, el padre desaparece. Así ocurre con las naciones imperialistas. Y todos, siervos de la misma Ley, todos están encuadrados en el desarrollo de ciclos históricos en el tiempo. Es inevitable.

Actualmente no estamos en tiempos de comprensión y sabiduría. Las ideas son débiles y escasas, muy a menudo erradas, tinieblas en los cerebros y medios poderosos. ¡Qué desastres serán necesarios solamente para lograr y comprender algo! Pero esto es necesario, porque la sabiduría no se puede adquirir con el conocimiento de otros; solamente con el dolor “propio”.

Así avanza lento el camino de la Historia. El destino es un desarrollo lógico y, cuando se conocen todos sus elementos, dado que el efecto inevitablemente está ligado a la causa, se puede entonces preveer el futuro, para el individuo y para los pueblos. Entonces la Historia está ya toda presente y el tiempo solamente señala la sucesión de cuadros conocidos. Entonces en el pensamiento el tiempo se detiene, la intuición supera esta dimensión y todo aparece en el mismo presente. El problema está en el conocer todos los elementos constitutivos del sistema de fuerzas dado por el “yo” individual, como del “yo” colectivo de un pueblo.

Actualmente se actúa al azar, generalmente por intereses materiales inmediatos, ignorando el “después”. Prestemos atención a las últimas palabras de Buda a sus discípulos:

“Siembra un pensamiento y recogerás una acción”.

“Siembra una acción y recogerás un hábito”.

“Siembra un hábito y recogerás un carácter”.

“Siembra un carácter y recogerás un destino”.

Hoy se sabe poco o nada de la realidad de lo imponderable en el cual todo se registra, lo que pensamos y lo que hacemos, y de lo cual todo renace. Pero actualmente domina el involucionado y este tipo biológico vive en la periferia, por lo tanto, solamente busca el poder en la materia, en la fuerza, en el dinero. El evolucionado del “mañana” vivirá más hacia el centro, y encontrará un poder en el espíritu, en el mérito, en la convicción de las almas. Él será mucho más rico, porque estará más cerca de las fuentes de la vida, que son interiores, que están en el Centro-Dios. Entonces la conquista imperialista con la guerra, será sustituida por las conquistas de las almas con el ejemplo, la iluminación, la paz.

¡Qué inmensos continentes inexplorados por la mente y por la ciencia nos esperan en el mañana! Es a los descubrimientos realizados con el espíritu de verdad y no con el espíritu utilitario de hoy, que le corresponde la tarea de derribar todas las inútiles barreras del medioevo espiritual que todavía nos sofoca entre sus estrechos muros. El pensamiento moderno aún está encerrado en castillos rodeados de torres, en guerra entre sí. El futuro derribará las puertas y las murallas. La vida está en el sol, que es Dios. Las construcciones arquitectónicas lógicas del pasado son ahora prisiones y no casas. Cuando se puede experimentalmente lo que ahora la intuición me dice, es decir, que el espíritu es un organismo de fuerzas individualizables por onda, frecuencia y potencial, y que su vida se expresa en oscilaciones dinámicas o vibraciones de una amplitud de onda más corta que los rayos ultra-violetas, entonces se podrán construir también aparatos radio-receptores de estas ondas y con esto, reveladores del pensamiento incorpóreo, humano y super-humano. Entonces se podrá hacer mecánicamente todo aquello que los pocos “ultrafonos” de hoy hacen, solos e incomprensidos. Para penetrar científicamente el mundo del espíritu es necesario alcanzarlo a través de la descomposición del sistema dinámico en sus zonas de máxima frecuencia, así como para alcanzar el mundo de la energía se descompone el sistema atómico de la materia en sus zonas más evolucionadas, más viejas y más complejas. En el fondo de la materia, más allá de la energía que allí ya hemos encontrado, encontraremos el espíritu. Esto es lógico y analógico con el fisio-dinamopsiquismo, monismo trino del universo. Los descubrimientos hechos hasta ahora, analizados en el mañana, serán cosas pueriles. He allí el inmenso porvenir.

XVIII

EL ERROR DE SATANÁS Y LAS CAUSAS DEL DOLOR

Observemos algunos grandes errores de nuestro tiempo, debidos a su desorientación.

Una de las grandes consecuencias del pecado capital de nuestros tiempos, el orgullo, es la incomprensión del problema del dolor, de su porqué y de sus fines. En nuestra Tierra hoy, una parte de sus habitantes trata de infligírselo a otra parte de sus habitantes, que viven temerosos de él. Así los peores, los involucionados, los más feroces, se esfuerzan sin respiro por organizar lo que puede hacer sufrir a muchos otros, que forman otra parte de la humanidad que, cuando no sufre, vive bajo la psicosis del terror de tener que sufrir. Todo esto se ha querido justificar con la teoría de la selección del más fuerte. Pero esta es la fuerza del bruto, que a todos oprime por su propio egoísmo. En verdad no sé qué provecho de este “más fuerte” puede sacar la vida en su fase social que ella actualmente ha alcanzado en nuestro planeta.

Respondamos a la siguiente pregunta: ¿Cómo puede existir una condena de este tipo en un mundo regido por una ley divina que es perfecta, buena y justa? La verdad es que no podremos comprender nada, si no hemos comprendido lo que todos los fenómenos nos dicen, es decir, que una ley lo regula todo, y que si no conectamos nuestro estado presente con la serie de hechos anteriores que se esconden en nuestro pasado. Si antes no desciframos el enigma de nuestro destino individual y colectivo, no podremos descifrar el enigma de nuestro dolor. El principio de selección del más fuerte, abandona al vencido al dolor, sin explicar nada de las causas y finalidades de su sufrimiento. Pero, para quien ha comprendido que una ley lo regula todo, no es posible creer que esto no tenga una razón y una meta. Nace entonces la duda de que, en un régimen de orden como es indudablemente el universo, el débil oprimido, el vencido en la lucha por la vida, no sea un inferior derrotado que deba ser expulsado, sino solamente un individuo que paga su deuda con la justicia divina, y que el vencedor únicamente lo sea momentáneamente; de manera que para éste puede ocurrir que, si no hace buen uso de su transitoria posición, lo que haga es endeudarse, de modo que mañana en este caso tenga que pagar cara una victoria de la cual abusó. ¡Algo muy distinto a la selección del más fuerte! ¡Qué aberrante puede resultar la moderna concepción materialista que regula al mundo!

En la realidad las cosas son muy diferentes. Aquí debemos recurrir a algunos conceptos ya expuestos. Comencemos por Dios. Aunque sea imposible definir un infinito y en su esencia él siga siendo para nosotros un superconcebible, su Ley que lo expresa y que vemos funcionar a cada paso en todos los fenómenos, nos dice claro que él es orden, justicia, bondad, amor. De la inteligencia directora y voluntad constructora de esta ley en la cual se manifiesta la presencia de Dios en todas las cosas, todo y nosotros mismos estamos penetrados en una atmósfera continuamente sanadora y creadora. De manera que, queramos o no, Dios en verdad está presente en todas partes por siempre. Es esta potencia interior la que rige la vida y las cosas, y si ésta se detiene, todo rápidamente perecería. Todos pueden decir: esta potencia está presente en mi organismo del cual regula el desarrollo y sus funciones, que ciertamente no son producto de mí querer y de mi conciencia. Está presente en el desenvolvimiento de mi destino, cuyos acontecimientos coordina hacia un fin, inclusive si yo no lo conozco en sus particularidades. Está presente en el desarrollo de la Historia, cuyos eventos guía hacia continuas superaciones haciendo progresar al

hombre según la ley de evolución. Está presente en el ritmo que caracteriza y define cada fenómeno desde el mundo físico al moral, haciendo del universo una obra musical. Dios está presente como disciplina de cada momento del movimiento universal, disciplina de la cual nace aquella armonía que en el campo del espíritu significa felicidad.

Cuando hayamos comprendido esto, habremos entendido que Dios está siempre tan presente y operante en nosotros, que no podemos absolutamente separarnos de él. Dado que él es amor, él representa para nosotros únicamente felicidad, cuyo camino por lo tanto está escrito en la divina ley y a la cual llegaremos al seguirla, vale decir, haciendo lo que comúnmente se dice: la voluntad de Dios. Es difícil hacer comprender al hombre común, subyugado por la ilusión de los sentidos, cómo la felicidad, en vez de estar en su satisfacción, consista en adherirse a la voluntad de Dios. Para esto es necesario que comience a observar y a comprender su Ley. Cargamos en nosotros el germen y el instinto de la felicidad, que es también nuestro absoluto derecho. ¿Por qué, pues, estamos tan lejos de alcanzarla? ¿Tal vez, podrían decir los escépticos, debido a un tantálico refinamiento de crueldad por parte de la así llamada bondad divina? No. Por un refinamiento del amor de Dios hacia sus criaturas.

El universo se basa en dos principios: Amor y libertad. Todo lo que existe, incluyéndonos a nosotros, es regido en cuanto que en cada momento Dios en todo está presente y activo, es decir, plenamente inmanente el Dios trascendente de los cielos. Él, pues, se encuentra también aquí en la Tierra, luchando y sufriendo con nosotros. El Amor que todo generó, todo lo sostiene y regenera en cada momento. Pero Dios no solamente nos ama: nos hizo y nos quiere libres como él, es decir, hechos a su imagen y semejanza, elevados a la dignidad de seres que conquistan una conciencia para saber lo que hacen, escogiendo libremente el camino que prefieren entre el bien y el mal.

Observemos estos dos principios. Del Amor deriva el principio de dualidad, por el cual cada individualidad del existir es dada por dos mitades inversas y complementarias que se atraen y se completan, y no quedan satisfechas hasta que no se funden en unidad. En cada plano, desde el más material al más espiritual, encontramos este mismo principio, que es en sustancia Amor. Esto se verifica desde lo mínimo particular hasta lo máximo: Dios-creación, todo según el mismo esquema dualístico. Dios y la creación en todas sus infinitas formas, los dos términos contrarios y complementarios, el perfecto y lo imperfecto, lo absoluto y lo relativo, el centro y la periferia, se atraen y tienden irresistiblemente a unirse, y no estarán satisfechos, hasta que se fundan en unidad. Dios y la criatura, pues, están hechos para amarse, y la criatura, por la misma lógica del sistema, solamente puede encontrar la felicidad en Dios. Explicar esto al hombre actual hijo de los sentidos, hacerle comprender cómo la felicidad puede consistir en amor a un superconcebible, o por lo menos la tremenda atracción que es Dios, es difícil. Esta es una consecuencia del exagerar en el concepto de Dios trascendente, lo que lleva a otro error al tener que

humanizarlo, reduciéndolo a una reproducción antropomórfica, que la divina bondad nos perdona. Dios está también inmanente en todas sus criaturas. Por lo tanto, lo podemos siempre encontrar y amar en ellos que son su manifestación. En ellos podemos ver cómo Dios piensa y obra, cómo dirige y hace mover el funcionamiento orgánico del universo. La ley en la cual Dios se expresa no es un secreto y es visible también en la Tierra; la ciencia misma con ella se tropieza a cada paso y la descifra cada vez más, tratando de ahondar en su conocimiento. Cada descubrimiento científico, sólo es descubrimiento para el hombre, porque ya es una ley eterna hecha por Dios. No nos faltan, pues, maneras para encontrar a Dios también en la Tierra. Y para nuestra felicidad lo encontraremos, sobre todo, en el mundo moral, derivando de este aspecto de la Ley todos los sabios preceptos. En las relaciones sociales ella dice: “Amor”, o sea, “ama a tu prójimo como a ti mismo”. He allí la clave de la felicidad. He allí el medio práctico para fundirse en Dios, alcanzándolo a través de sus criaturas. He allí cómo se realizará hasta en sus últimas consecuencias prácticas, en nuestro mundo, el principio del amor.

Observemos ahora el principio de la libertad. Él es principio absoluto, inviolable, precioso don, pero arma de doble filo, que si es mal usada, puede resolverse en un gran dolor. Aquí el problema del amor se complica con el de la libertad. Pues que, siendo el hombre libre, él puede rechazar el amor y escoger el odio, rechazar el bien y preferir el mal, aunque con esto rechaza la felicidad en Dios y acepta el dolor en Satanás. Don, pues, peligroso, pero esto era necesario para que el hombre no fuera un autómatas del amor, sino un ser que va hacia Dios espontáneamente, como el Amor quiere, que no puede ni debe ser forzado; un ser que conquista, experimentando libremente, esta conciencia de sí y sabiduría de la vida, que Dios ha escrito en su Ley que el hombre sigue viviendo. Dios, entonces, deja libre al hombre para que lo ame o para que lo rechace. No lo obliga. Quiere ser amado espontáneamente, libremente, no por coacción sino por comprensión. Quiere que lo reconozcamos cual Él es, Padre bueno y proveedor. ¿Cómo hacer, entonces, en estas condiciones, para persuadir de todo esto a un ser que es libre y que ha querido escoger los caminos del mal? La intervención de Dios omnipresente indirecta. Él, entonces, se retrae de ellos, no se venga o castiga, como se suele decir, pues que tales conceptos son absurdos en Dios, mas sólo se niega. Pero no es ni siquiera Dios el que se niega, porque él continúa protegiendo y asistiendo al rebelde, mas son éstos los que se han negado a Dios a sí mismos. Ahora, Dios es la fuente de la vida y quien lo niega de cualquier manera, se niega a sí mismo expulsándose de la vida. Él queda entonces abandonado a sus propias fuerzas, fuera de la Ley. Ésta no puede tener en sus filas ordenadas un núcleo de desorden, un semejante bubón pestilente, y entonces lo aísla, como hace también en el plano orgánico con cualquier foco infeccioso. Ellos quedan, entonces, bajo la autoridad de la Ley, ya que en la miseria de su ignorancia, quisieron sustituir a Dios por su “yo”. La consecuencia de esto es la desarmonía, y por lo tanto el dolor. Si Dios no estuviera siempre preparado para actuar indirectamente en la solución de ellos, esta sería la vía de la autodestrucción.

Esta rebelión del hombre libre y su consecuente caída en el dolor no es un sueño, es una realidad. En esto se basa la vida humana y el humano destino. Este destino nos es narrado desde la prehistoria por el mito de la caída de los ángeles capitaneada por Lucifer, por el relato bíblico de Adán que, al comer el fruto prohibido del árbol del bien y del mal, fue expulsado dolorosamente del paraíso terrestre; también por las vicisitudes del hijo pródigo que, reducido a calmar su hambre con las bellotas de los puercos, vuelve arrepentido al Padre que lo perdona, y así en adelante. En los tiempos modernos este destino de rebelión y de dolor es una realidad tangible, con la cual el mundo debe vivir. El motivo del pasado y el actual es siempre el mismo: el ser es libre, pero cuando se rebela y abusa de su libertad, surge entonces la necesidad del dolor. Pero no solamente del dolor, en sí misma idea estéril, sino de un dolor que el único sentido que tiene es el de instrumento de redención, es decir, de un dolor que nos lleva a Dios y a nuestra felicidad. He allí el dolor que no es venganza ni castigo, o sólo justicia indiferente, sino que es un acto de amor de un Dios pendiente de nuestro bien, ansioso porque nosotros nos decidamos por continuar superaciones para evolucionar y así hacernos aptos para unirnos a él en su amor como es su deseo más ardiente. He allí que surge la idea central en la historia del mundo: la redención. He allí la satisfacción del dolor, el dolor sublime, el dolor creativo que nos lleva a Dios. He allí el significado de la Pasión de Cristo. Estamos bien lejos y mucho más alto del concepto terreno del dolor-derrota del ser, vencido en la lucha por la vida.

Entonces, también cuando el dolor nos golpea, Dios sigue siendo bueno. Jamás debemos temer al de él. También en el error él está cerca de nosotros y nos ayuda a ganarnos nuestra felicidad, incluso cuando nuestra insensibilidad e ignorancia exigen el látigo. Este método fue querido por nosotros y desaparece apenas ascendemos más hacia lo Alto, porque entonces ya él no es necesario. Dado nuestro nivel, esto prueba siempre el amor de Dios, aunque sea esta necesariamente la forma que debe asumir, su deseo de atraernos para unirnos a él, de hacernos felices, con una felicidad que solamente puede estar en él. En el dolor que redime, en el dolor del cual se ha comprendido su gran función, se siente el amor de Dios que lo mitiga y endulza hasta llegar al gozo de los santos; se siente en él a Dios que envuelve al alma en su acción sanadora, confortando el dolor con amor. Se siente entonces, aunque sufriendo, que él toca a las puertas del alma para poder entrar y traernos vida y alegría; se siente que él no castiga, sino que hace presión para hacernos ascender y llegar hasta él, que es donde solamente seremos felices. También este dolor, que en la primera fase mosaica fue definido como venganza y castigo, en nuestra fase más evolucionada se revela como un acto de amor, un providencial don de Dios que él nos manda únicamente para hacernos comprender el error cometido, y que no tiene ya razón para existir, apenas agota su función educadora. Así el hombre experimenta la vida y construye, a través de sus ensayos y consecuencias, su conciencia; aprende que es necesario saberse mover con justicia y disciplina, como está escrito en la Ley. Cuando hayamos comprendido esto, estaremos felices y unidos con Dios. Entonces el dolor no tendrá motivo para existir, ni causa de la cual nacer.

La victoria sobre el dolor no se obtiene entonces, echándolo con odio sobre el prójimo, infligiendo otros males, sino rebatiendo sus causas con las causas contrarias, vale decir, irradiando bien y amor. En la Tierra, en cambio, se acumulan las reacciones maléficas que se justifican con un malentendido sentido de justicia pretendiendo santificar la venganza, se hace depender la vida únicamente de la fuerza y del predominio, sea moral o económico. Se cree que así podremos librarnos del dolor, pero, en cambio, constatamos que el dolor aumenta. Las culpas se acumulan y la Tierra se convierte en un lugar de penas, el reino del mal. Y se maldice a Dios como el causante de esto. Pero la causa es el hombre y esta es la fatal consecuencia de su espíritu de rebelión y su loco actuar. En realidad este dolor es la providencia de Dios y la única vía de redención y salvación. Este tan grande dolor humano debe hacer eco bien lejos de los restringidos límites terrestre y repercutir en lo Alto en muchas criaturas más selectas que nosotros, que por amor toman parte de él, ayudándonos con todos los medios a su alcance en nuestro esfuerzo de redención. A través de ellos pareciera que el mismo Dios sufre con nuestro dolor, y precisamente por esto se quiere unir a nosotros en fraternal comunión de amor. Ciertamente él está presente en todos los estados del ser, tanto en la alegría como en la desgracia. La Pasión de Cristo y la cotidiana repetición de su sacrificio en el rito eclesiástico, ¿no nos dice precisamente esto? Pues que, en el gran vínculo de amor, nosotros estamos en él y él está en nosotros.

La gran ley de la vida es el Amor. En toda manifestación no debemos jamás seguir el camino del egoísmo que divide, sino el camino del amor que unifica. Solamente éste nos lleva a Dios y a la alegría. No hay que resistirse a Dios, a su poder omnipresente; no hay que rebelarse con orgullo, sino hacer precisamente su voluntad. De Dios no se puede escapar. Él es la atmósfera que todo el universo respira y de la cual todo se nutre y vive. De Dios uno no se puede evadir y a Dios no se le puede destruir. Estar con Dios significa participar de su poder. Estar contra Dios significa estar perdido en un desierto de tinieblas. Ni siquiera el pecador puede vivir sin Dios, porque si vive quiere decir que Dios todavía actúa en él. El remordimiento, el dolor expresan la necesidad de reencontrarlo. La rebelión a la ley, obstáculo para su obrar, genera un pequeño roce en la continua obra creadora de Dios. La Ley no cambia, pero algo en el universo se resiente. Esta rebelión genera un espasmo en alguna parte. El plan de la Ley, en cambio, es que el hombre se transforme, libre y consciente, en colaborador del divino plano del perenne crear, en un operario, un ministro de Dios. ¿Cómo podemos maldecir un dolor que nos permite convertirnos en estos operarios, volviendo a la armonía con la Ley para participar de la gran obra de Dios? ¿Cómo temer a un dolor que nos obliga siempre a ascender? Nuestra insatisfacción frente a cualquier conquista humana, expresa esta necesidad de ascensión.

El plan de la vida actual, es el de llevarnos hacia las grandes unidades. Es necesario, entonces, que el egocentrismo humano se dilate en el altruismo. Está en el instinto de nuestro tiempo la alegría de la superación mecánica de los límites de espacio y tiempo, superación de las dimensiones de nuestra actual fase de vida. Todo tiende con esta superación a una mayor unificación. La vida social hoy más que nunca, se

encamina a funcionar por grandes unidades. Debemos buscar en todos los campos del pensamiento y de la actitud humana lo que unifica y evitar todo lo que divide, insistiendo en los puntos que puedan servir de unión y escapando de los que puedan llevar a las divisiones. Las vías de Dios son las que tienden a la unificación y el progreso está en este camino. Todo lo que nos divide y aísla, cualquier forma de separatismo, incluso si lo hacemos en nombre de Dios y de la verdad, nos lleva hacia la división que es la obra de disgregación que pertenece a Satanás. Los hombres se revelan de acuerdo a los métodos que usan, más que por la verdad que profesan. Cuando el método es persecución, terror, odio y venganza, es seguro que estamos en el camino de Satanás. Es un gran error creer que este método facilite la victoria: en realidad él es disgregante y lleva a la derrota. La rebelión en la lucha contra una disciplina moral no significa llegar a ser libres para vencer mejor, sino con la resistencia tratar de escapar de la Ley, es decir, usar una estrategia de pésimo rendimiento. Dios actúa por caminos opuestos, por la convicción, por el perdón y el amor. Quien en verdad es de Dios, no resiste al mal con el mal, sino que lo neutraliza difundiendo el bien. La universal religión del espíritu que comprende a todas las demás, pide solamente amar a Dios con el amar al prójimo como a sí mismo. Esto sería suficiente para transformar al mundo. El gran error de Satanás y de quien lo sigue, consiste en creer que la vida pueda basarse en el egoísmo y en el odio, y que por consiguiente, el triunfo pueda estar únicamente en la fuerza, mientras que la vida se basa en el altruismo y en el amor, y el triunfo, a fin de cuentas, pertenece a la justicia. Ningún hombre, por muy poderoso que sea, puede cambiar esta ley.

XIX

EL ERROR MORAL

Continuemos reseñando los errores modernos. Una de las más grandes conquistas de nuestro tiempo ha sido sin duda, la ciencia. Pero, aunque mostrara una actitud agnóstica, que quería ser filosófica y religiosamente imparcial, esta ciencia, anti-filosófica y anti-religiosa, dado que el alma humana no puede hacer nada sin ninguna orientación, en realidad esta ciencia la ha tenido: una orientación materialista. Su absentismo en el campo ético, campo que está conectado imprescindiblemente a la vida, ha significado en realidad negación de los valores morales. Por lo tanto, el más grande de los errores modernos es el error moral, que le ha dado dirección y ha utilizado mal una ciencia de por sí benefactora. Error dañino, porque ha hecho de las conquistas de la técnica un medio de destrucción material; error grave porque, en el espíritu de las masas que no saben pensar por sí mismas, se sigue la dirección dada por la clase culta dirigente, donde este error se ha resuelto en espíritu de rebelión, desorden y destrucción. En nuestro siglo se ha creído, en nombre de la ciencia, poderse librar de los tradicionales conceptos de Dios y de su Ley que regulan toda la vida, incluso el campo ético humano. Esto pareció una conquista y una liberación. Y lo podría ser en relación a las concepciones filosóficas que, habiendo sido vividas y

habiendo dado su rendimiento reclamaban una superación. Pero superación quiere decir alcanzar un concepto de Dios y de su Ley superior, y no la destrucción de aquel concepto. Ciertamente muchas ideas habían envejecido y no respondían ya a las nuevas formas mentales. Pero es grave destruir y no reconstruir, dejando solamente las ruinas; grave sobre todo en el campo ético e ideal donde están las directrices de nuestras acciones. El orgullo humano exageró en la destrucción, y mientras el objetivo era el de progresar en lo relativo, levantó la bandera del ateísmo y del desorden moral y, ansioso de auto-afirmación, sustituyó el viejo dogmatismo por uno nuevo, demostrando con el mismo espíritu partidista, que el hombre sigue siendo el mismo. La ciencia verdadera continuó con sus genios y sus héroes el trabajo tenaz, rígido, objetivo, que ha producido las maravillas que vemos. Pero un fruto tan bello ha caído en un mundo negador de Dios y de toda ley, que de ese fruto ha hecho pésimo uso. Y la ciencia ha cargado con la culpa. En sí misma inocente, tanto así que actualmente, continuando su tenaz camino, es precisamente ella, que al principio se hizo un estandarte del materialismo, la que a fuerza de progresar no puede dejar de indicarnos el espíritu y de llevarnos hacia Dios y su Ley.

¡Cuántas cosas que la mayoría ni sospecha, nos demostrará todavía esta ciencia! Pero lo cierto es que los siglos futuros, más evolucionados, demolerán muchos de los errores de nuestro tiempo. Y son muchas, consecuencia de la mencionada orientación, que todavía debe digerir sus efectos prácticos. Estos errores fueron graves y el mundo de hoy está pagando sus duras consecuencias. La Ley de Dios que guía el universo no se puede destruir. Actualmente el hombre es todavía tan niño que cree que puede con su arbitrio y voluntad sustituir dicha Ley. Pero sólo los jóvenes, los ignorantes, los inconscientes son en general tan presuntuosos. Los evolucionados son sabios. El gran pecado del hombre de hoy es el pecado de Lucifer, el orgullo. El mundo actual es todo un espantoso grito de rebelión contra Dios y su Ley. Intentar esta sustitución de comando trae consecuencias terribles, consecuencias que podemos ver tanto en guerra como en la paz. Este mundo se deshace. ¿por qué? Porque el orgullo enceguece, hace perder la limpia visión de las cosas, destruye el poder directivo, y es así que se acumulan los errores. Porque el orgullo, afirmación del “yo”, es negativo frente a Dios, por lo tanto frente a la vida, de cuyas fuentes el hombre así se aparta. De esto resulta un actuar desequilibrado, contradictorio, en descenso y no en ascenso. Lo que está contra Dios y su Ley, solamente puede traer destrucción. Entonces el espíritu rebelde al orden divino se repliega en la forma con sensualidad y avaricia y se dispersa en lo relativo y en lo particular. Y he allí el mundo de hoy hecho de avidez que raya en la locura, de rivalidad sangrienta, de mente destructora y caótica, hasta allá abajo, hasta el fondo. Todo sistema tiene una lógica de proposiciones en cadena, la cual, una vez iniciada, debe desenvolverse de anillo en anillo, hasta sus últimas consecuencias.

El hombre creyendo poder desorganizar la Ley de Dios por lo menos en la Tierra, para rehacerla a su modo, con este orgullo lo único que ha hecho es desorganizarse a sí mismo y a su mundo. La causa no es Dios, sino el hombre. La Ley es perfecta, es orden y no comete errores. Al hombre, operario de Dios, le ha sido confiado, a

imagen y semejanza de la obra del Creador, un trabajo de creación en la Tierra. La Ley lo deja libre y si se equivoca, después lo obliga a pagar proporcionalmente, para que pueda aprender. El dolor y el mal no están en Dios sino en la ignorancia, en la mala voluntad, en el error del hombre, y serán eliminados a través de su dura experiencia. Por lo tanto, todo esto tiene que ver con el hombre y es relativo a su fase actual de evolución. El mal no está en Dios y en su Ley, la cual no cambia de modo alguno a pesar de todos los errores humanos, más bien salva todo maravillosamente, no obstante éstos. Así podemos ver que el hombre es guiado por la sabiduría divina y protegido por la divina bondad, aunque cuando se rebela, se encongece y se arriesga a perderse. Mientras que el hombre, abusando de su libertad, trata con su necedad de transformarlo todo, la Ley de Dios está siempre íntimamente presente y activa para reconstruir. La destrucción actúa desde lo exterior; la reconstrucción desde lo interior. La primera es explosiva; la segunda es tenaz, metódica, sabia y buena, siempre busca reparar las faltas. Así el hombre, sufriendo y sufriendo, debe aprender cómo ser libre y consciente, y por lo tanto responsable, a saber usar con sabiduría el poder que Dios le ha concedido. Pero actualmente, dado el orden del universo y que en este orden el hombre hoy piensa y actúa alocadamente, su dolor es lógico y está completamente justificado. Justificado no solamente como consecuencia punible, sino también como condición providencial, pues que con el dolor se aprende a eliminar el error, por lo tanto con el dolor de hoy disminuye el dolor de mañana, vale decir, con el dolor se elimina el dolor, y con esto se evoluciona.

Estos principios generales y sintéticos están presentes en sus consecuencias hasta en las mínimas cosas de nuestra vida contingente, teniendo, por lo tanto, una relación muy cercana con nosotros. Nuestra vida contingente está saturada en todas sus particularidades de soluciones falsas que, por lo tanto, producen dolor y mal. No sabemos funcionar ordenada y armónicamente; a través de su pensar y actuar temerario sembramos todos los días nuestra pena. En la búsqueda loca de goces y libertad, nos hacemos cada vez más esclavos de miles de necesidades artificiales. Por ello sufre nuestra salud, nuestros intereses, nuestra paz. Para elevar nuestro nivel económico, en sustancia nos empobrecemos cada vez más. La supresión de la disciplina moral no es libertad como se cree, sino que es esclavitud. Se puede sonreír por creer estar emancipados, pero las eternas leyes de la vida no cambian y en ellas el orden y la altitud moral son la base de los poderes. El poder se conquista evolucionando armónicamente y no con desequilibrio y con violencia que tiende a reequilibrarse al quitarnos los bienes mal adquiridos, al excitar en contra de nosotros una proporcionada reacción. El actual grito satánico contra Dios, expresado por el orgullo del “yo” y por la adoración de la fuerza y la materia, es esclavitud del espíritu libre para con estos patrones. En realidad el hombre ha perdido todo poder de autodomínio, y quien no es señor de sí mismo, no puede ser señor de las cosas; quien no tiene disciplina en sí mismo, lo único que puede generar es caos alrededor de sí. No es suficiente, como comúnmente se cree, poseer solamente las cosas para obtener felicidad y prosperidad. Si nos acercamos a ellas con espíritu de egoísmo y avidez, ellas vendrán a nosotros envenenadas y nos envenenarán. En vez de al gozo, del cual

la primera condición es la paz, llegaremos así a la violencia, a la guerra, y por lo tanto a la miseria y al dolor.

A pesar de todo, la vida está inmersa en un océano de sustancia y con estas actitudes impedimos que ella llegue hasta nosotros. Esta sustancia alimentadora, esta atmósfera nutritiva en la cual el ser se mueve, está por todas partes, es la omnipresente Divinidad de la cual todo nace. Pero es ley que dicha sustancia circule. Su vitalidad y fecundidad viene dada por el circular, por el intercambio, por la comunicación y fraterna comunión entre los seres. Cuando egoístamente detenemos su libre fluir con el acaparamiento exclusivo, elevamos barreras que la encierran inerte y estancada, entonces el poder de esta sustancia dinamizante se apaga, Dios se niega y el hombre es apartado de la fuente vital. No nos enceguecemos, pues, con la avaricia, sino con la iluminada y benéfica generosidad. El mundo hace, en cambio, lo contrario, y naturalmente empobrece. La Ley de Dios ha puesto una riqueza inagotable a la libre disposición de los sabios que sepan usarla, pero la excluye a los necios que van contra su orden. ¿no vemos al mundo empobrecido precisamente por una loca búsqueda de riqueza, debilitado por la locura del poder, esclavizado por el absurdo dominio egoísta y por la búsqueda de la más indisciplinada libertad? La vida tiene leyes muy sabias que favorecen al inteligente y frustran al necio para que aprenda.

También la prosperidad material tiene sus leyes, pero ¿quién las sigue? Continuamente son violadas. La consecuente continua constatación general de carencia, enraíza en las almas el terror de la falta de lo necesario y se establece una psicología de carencia y una angustia perpetua. Nos creemos esclavos del trabajo y sin el cual no podemos vivir, y hacemos de él una condena en la vida. Pero el trabajo es un acto creativo que nos hace operarios de Dios, colaboradores de su obra de creación. Él expresa nuestro “yo” en las formas que plasma según su naturaleza, en las cuales manifiesta su poder; representa nuestra realización, es el medio de experimentación para evolucionar, es el signo de la fraternidad entre los seres. El poder del trabajo está en la cooperación que en este campo expresa la armonía y el orden del universo. En cambio hoy tenemos un trabajo rencoroso, rebelde, rival del capital en vez de ser su colaborador, un trabajo disgregante y hecho de roces, por lo tanto destinado más a destruir que a crear. Por el contrario, la fuerza está en la colaboración y no en la desordenada competencia. Como todas las cosas, también el trabajo, por ser fecundo y genético, debe estar saturado de amor, es decir, debe estar hecho no para arrebatar a través de cualquier medio sin importar las consecuencias, con ventaja egoísta, sin importar los intereses ajenos, sino hecho para que sea en verdad útil al prójimo y ejecutado completamente bien. La tendencia moderna está, en cambio, en hacerlo mal, y la palma de la victoria espera a quien mejor ha sabido utilizar al prójimo en su beneficio. ¿No se basa en estos principios la “publicidad” y los métodos de tanta producción moderna? ¿No tiende ella a crear un rebaño de consumidores, a educar a las masas en este sentido, considerándolas un medio para ganar y al hombre como un campo de explotación, mientras se finge servirlo? Ahora, cualquiera que sea la meta, la astucia, es ley que quien viole el principio del servicio por amor, recoja lo que ha sembrado.

El mundo económico y comercial no puede escapar a la aplicación de la ley universal, por la cual quien hace el bien se lo hace a sí mismo, y quien hace el mal se lo hace a sí mismo. Una economía agnóstica que prescinde de los factores morales, es otro de los errores modernos. La ley moral está por encima de todas las otras leyes humanas, por lo tanto, las domina y las penetra a todas. El mundo de hoy ni siquiera imagina cuales son las verdaderas fuentes del bienestar, incluso del bienestar material, y que este deriva de los íntimos equilibrios espirituales en relación a la Ley de Dios. Nuestra actual economía se basa totalmente en el “do ut des”. Pero la ley del dar y recibir es más amplia en la economía de la vida y no se limita a recompensar a quien nos dio, y en la medida en que nos dio. En la divina atmósfera alimentadora de todo, los intercambios son vastos e infinitos, , no hay que preocuparse si no se recibe de parte de quien recibió de nosotros y en la proporción en que le dimos. “Dad y recibiréis”. La compensación no se sabe de quién ni cómo, ni cuándo llegará, pero llegará. Es necesario comprender que la divina economía del universo es vasta, siempre comunicante, automáticamente e irresistiblemente compensadora. Lo que damos de un desconocido que después jamás volveremos a ver, circulará tanto por las vías de la vida, que deberá volver a nosotros. Pero si nosotros no nos enriquecemos con estos créditos, sino que, por el contrario, nos llenamos de débitos frente a los equilibrios de la Ley de Dios, ¿qué podemos pretender que nos llegue de retorno? He allí lo que mueve el mecanismo de la llamada “Divina Providencia”. Sin merecerlo, ¿cómo podemos, entonces, esperarla? De esta manera lo único que nos queda es una carencia de medios y la continua preocupación por el futuro que es el mal actualmente dominante; preocupación que, como se puede ver, no se elimina completamente, más bien aumenta con el buscar acumular riquezas materiales.

Por todo esto podemos comprender que existe un mundo inmenso que está más allá del nuestro, y que rige y penetra nuestra realidad contingente. En nuestra pequeña vida cotidiana vivimos, sin sospecharlo, el infinito; en lo relativo vivimos lo absoluto; en el instante la eternidad; en las pequeñas vicisitudes de cada momento cumplimos nuestro destino ya por nosotros preparado mientras forjamos uno nuevo, pues que aunque no lo sepamos, estamos en comunión con Dios. “Bienaventurados los que lo saben y lo sienten”. Ellos son los dominadores que se mueven libremente más allá de las ilusiones humanas, patrimonio de la mayoría. Estos últimos quedan miserablemente encerrados en la prisión hecha por su propia naturaleza, afligidos por la necesidad en medio de una riqueza infinita, ansiosos por todo allá donde hay sobreabundancia de todo y a todos Dios provee, esclavos de la materia, cuando el hombre fue hecho para ser su libre señor. ¡Pero, qué mundo se abre para quien sabe salir de la prisión! Se trata de imponderables que también tienen peso decisivo y pueden cambiar la vida. Se trata de sentir esta continua presencia de Dios, alimentadora de todo. Si Dios es trascendente, al punto de que se nos escapa en lo superconcebible, tanto que definir, vale decir, encerrar en lo finito este infinito no se puede hacer sin mutilarlo y, por lo tanto, su definición es un absurdo, él está al mismo tiempo en el otro extremo del ser, tan inmanente que se encuentra presente y activamente creativo en cada momento y particularidad de su manifestación que es el

universo. Es verdad que vivimos en lo caduco de la forma, en lo relativo y periférico. Pero esta zona exterior de la manifestación está siempre en comunicación con la sustancia eterna, con lo absoluto central, del cual todo deriva y permanentemente florece, fuente vital sin la cual todo se apagaría. La ciencia se encamina hoy a comprender esto, y en el mañana lo demostrará. El orgullo y la rebelión al divino principio que todo rige, no importa la imagen que cada quien según su poder intelectual pueda hacerse de Dios, son el más grave error moderno, de lo cual resulta que el mundo busca aislarse de las fuentes de la vida y de esta manera llevar a cabo su suicidio. Pero la sabiduría de Dios supera la ignorancia del hombre y lo salvará a despecho de él, a través de un proporcionado dolor, para que el bien triunfe.

XX

MEDICINA Y FILOSOFÍA

Explicamos anteriormente que la culpa y el error fundamentales de nuestros tiempos son el orgullo y la rebelión al divino orden de las cosas. De allí derivan muchos males y dolores. Aquí no hablamos de este error moral, especialmente en relación al trabajo y a los bienes útiles a la vida, sino que nos referiremos a nuestra salud física. Trataremos de precisar los efectos de la moderna psicología de independencia, cuando ella penetra también este noble ramo de la ciencia que es la medicina.

Sobrevolamos ahora sobre las consecuencias destructoras hacia las cuales una dirección exclusivamente materialista hedonista ha conducido a la ciencia y sobre la urgente necesidad de dar a ésta una superior finalidad ética. El hombre que coloca su “yo” en el lugar de Dios y cree que se hace centro y señor de su mundo, aún cuando quiera mantenerse objetivamente apegado solamente a los hechos y ausente y neutral frente a cualquier meta ideal, sólo por esta su actitud, ha introducido una afirmación axiomática y dogmática que teñirá cada una de sus concepciones, incluso si esta premisa está oculta en el subconsciente. De esto únicamente puede nacer una medicina que tiende que colocarse en el lugar de la naturaleza y que prescinde del poder curativo de ésta, al punto de creer poder y tener que corregirla y suplantarla. De esta manera hoy, mientras la medicina se cuida muy bien de tener una filosofía, de hecho tiene una de la cual depende su orientación. También aquí no se puede prescindir del factor moral que, siendo superior a todas las leyes humanas, las penetra a todas y en todas las encontramos, incluso si lo niegan. También aquí verificamos la acostumbrada cadena: ignorancia, error, mal, dolor. También aquí los mismos resultados como en los otros casos.

Observemos el problema más de cerca. En ningún campo como en este de la medicina que interviene en nuestro mundo orgánico, son tan graves y dañinas las consecuencias de este moderno espíritu rebelde a las leyes de la vida, el cual pretende erigirse con plena autonomía, para adaptarlo a sus fines hedonistas. La salud es un fenómeno de largas y lejanas repercusiones, es un equilibrio profundo de las

energías de la vida que el hombre moderno perturba con demasiada ligereza, llevando una vida contra la naturaleza, que él pretende reconstruir después con la varita mágica del médico y de la medicina, con el milagro del descubrimiento científico. Y en esto se cree con facilidad porque es placentero y cómodo, mucho más cuando esto también se presta para la explotación industrial e individual y existen quienes tienen intereses en crear y mantener semejantes creencias. No obstante la vida está hecha de manera distinta y no la podemos cambiar para nuestro placer. Y si intentamos tal empresa, las fuerzas de la vida reaccionarán, castigándonos por este error. Es cierto que la imbecilidad de las masas parece ilimitada y biológicamente es inevitable que los débiles sean explotados. Lo utilitario que esto es para los astutos, lo prueba la concurrencia que hoy existe en la industria de la explotación de esta imbecilidad, en todo campo posible e inimaginable. Pero también es verdad, dado el grado de comprensión de la mayoría, que nada las puede educar mejor que ser perjudicadas. En todas las áreas de la vida aplica este sistema para inducirnos a comprender, es decir, a progresar.

El daño en medicina es grave, dado que se trata de una terapia desorientadora que, aplicada en larga escala, amenaza la constitución orgánica sobre todo de las razas civilizadas, que de ella hacen mayor uso. Es cierto que la vida es una batalla que cada quien debe librar con sus propias armas, con sus propias características y medios acumulados en el tiempo, tanto en el campo orgánico como en el espiritual. También es verdad que la vida tiene poderes correctivos y de recuperación frente a los peores errores, por consiguiente, puede resistir a los más grandes asaltos. Pero no sabemos cuántos dolores esto costará al hombre moderno.

Actualmente domina la terapia anti-microbiana, la cual lleva a una difundida y continua intervención en la práctica que penetrando en el organismo, tiende a modificar la estructura misma de la célula y, por tanto, a una progresiva contaminación orgánica y consecuente decadencia constitucional. La caza del microbio se reduce así a una perturbación, con lo cual se perjudican las naturales fuerzas defensivas y se llega a una cada vez mayor vulnerabilidad orgánica. Frecuentemente se obtendrá una ventaja inmediata, pero es necesario ver lo que esto nos costará en las consecuencias. A pesar de la florecencia de descubrimientos y de nuevos remedios que se lanzan continuamente, los organismos resisten cada vez menos: si los ayudamos por un lado, ceden por otro. Es natural que se debiliten en proporción a la defensa que se les aparta. A la multiplicación de los remedios responde así una multiplicación de males. Además las enfermedades se forman amorfas, atípicas, lo que significa que se ha trastornado la lógica estrategia puesta en práctica por la inteligencia de la vida. Los organismos ya no reaccionan y si reaccionan lo hacen desordenadamente, lo que indica que la naturaleza ha sido inducida a desorganizarse. El difundido uso de los productos sintéticos significa el uso de un remplazo perjudicial que, si tiene las características químicas, de hecho no puede tener las orgánicas, dado que la vida contiene fuerzas sutiles que llegan hasta el campo espiritual.

Sin poder entrar aquí en particularidades, este es el resultado de la terapia moderna. Por querer ser imparcial y objetiva, ella carece de una orientación general que solamente una filosofía de la vida puede dar. Por querer mantenerse positiva, se le escapan muchos imponderables fundamentales. Al no poseer el sentido de la unidad cósmica, se le escapa también el de la unidad orgánica, y de esta manera también el poder de síntesis, perdida como está en el análisis, en la especialización clínica, en el localismo patológico y en el fraccionamiento sintomático. Poder de síntesis sin el cual no se llega a realizar aquel acto individual de intuición, que es el “diagnóstico” y el “pronóstico”. No se puede entender un momento particular de la vida, si no estamos primero orientados en el Todo, comprendiendo antes el funcionamiento orgánico del universo. En el estudio de la vida no se puede prescindir del orden espiritual en el cual ella también se mueve, ni es lícito ignorarlo. Una medicina materialista es por su misma naturaleza incompleta e incompetente para juzgar los fenómenos vitales. Se le escapa la esencia de éstos. Mientras ella niega tenerla, en la realidad posee una filosofía, pero negadora de la sustancia de la vida, como es su materialismo. Así es nuestra medicina analista, organicista y microbiana.

Esta su psicología de batalla antimicrobiana le viene de la psicología del siglo que es de rebelión y no de adherencia a la sabiduría de la naturaleza, vale decir, la psicología del hombre todavía involucionado. La caza del microbio, si es una realidad, puede ser empirismo como orientación general. ¿Quién nos asegura que el microbio sea la causa y no el efecto de la enfermedad, ya que él aparece cuando el fenómeno orgánico ya está preparado para la infección, y que en este mismo terreno orgánico, aun cuando dicho microbio sea patógeno, no ejercite funciones particulares? ¿Quién nos dice que el enfermo no sea un ser que la vida coloca bajo su cuidado para curarlo, en vez de alguien que espera la intervención humana para sanarse? Esta concepción lo desplaza todo, haciendo pasar a primer plano la sabiduría de la naturaleza y a segundo plano la del médico, mientras que actualmente las cosas están invertidas. La medicina debería consistir en seguir en seguir esta sabiduría de la naturaleza y no en colocarse en su lugar para doblegarla.

El primer verdadero gran médico es la naturaleza, gran cooperador de la medicina oficial, médico que cada quien tiene siempre consigo, dentro de sí mismo, que vigila y actúa continuamente. Él representa la universal presencia de Dios, benéfica y sanadora siempre. El concepto del microbio patógeno deriva del instinto de lucha del hombre todavía involucionado. Es imposible seguir el bacilo y alcanzarlo en las profundidades vivas de los tejidos, porque él no está allí como algo extraño, sino como una combinación en simbiosis que forma parte de los equilibrios mismos de la vida. También él forma parte de nuestra vida, con funciones vitales. No se puede aislar en las infinitas interdependencias orgánicas. La naturaleza lo utiliza en su estrategia defensiva. Los microbios no son antagonistas de la vida, sino sus colaboradores. Incluso cuando actúan contra ella, excitan sus reacciones vitales.

Cuando la vida advierte el asalto, pone en acción muchos medios entre los cuales resalta la elevación de temperatura a la que llamamos fiebre. Ésta representa un más

alto potencial eléctrico celular, especialmente de la sangre, una más enérgica posición para la batalla. Los medicamentos destinados a suprimir la movilización de este dinamismo expresado por el proceso febril, demuelen las naturales defensas orgánicas y paralizan la lucha inducida por la naturaleza. La vida es un inteligente principio espiritual que quiere la conservación del individuo, porque el vivir tiene un objetivo y ella quiere alcanzarlo. Las enfermedades representan una verdadera estrategia defensiva con movimientos calculados por intensidad y duración, conducidos con ritmo propio que se expresan en la sintomatología; en resumen representan una inteligente operación de guerra. Si se perturban sus planes con el paralizar artificialmente la reacción febril, desorganizamos toda la defensa. Entonces la naturaleza, o se resiste a la causa e igualmente entable su batalla, o la pospone para otra ocasión. Entretanto, tal vez habremos hecho tan difícil su trabajo, que podría ocurrir que la batalla se pierda y el organismo sucumba.

Cambia así completamente el concepto de salud, la cual no es dada por las buenas condiciones ambientales, sino por la capacidad de resistencia del individuo. Por el contrario, si la vida es demasiado protegida, se debilita.

Es necesario estar expuestos, luchar, porque se debe aprender a triunfar. La célula se hace susceptible de agresión por parte de los gérmenes patógenos solamente cuando su índice bio-psíquico-químico sufre alteración. Por lo tanto, el estado de salud no debe esperarse de un ambiente artificial conector, sino sobre todo de nosotros mismos, es el resultado de una larga historia individual y colectiva, historia en la cual la vida lo registra todo en bien y en mal, con suma justicia y voluntad de bien.

Nuestras actuales concepciones dependen de una falsa orientación filosófica. No está errada la ciencia que observa objetivamente, pero está errada la psicología con la cual se aplican sus resultados. En nuestro caso si es peligroso ser demasiado filósofo y poco médico, como ha ocurrido en los siglos transcurridos, es peligroso también, como tal vez por reacción ocurre hoy, ser demasiado médico y poco filósofo. Un poco de filosofía es necesario también para superar el peligro de dispersión representado por la fragmentación analítica, el peligro de pérdida del sentido unitario en un enredo de fenómenos desligados. Para resistir a la fragmentación de la ciencia en la especialización hay que recurrir a la síntesis, a la unificación, a la orientación filosófica. La orientación materialista, desgraciadamente, ha dado a nuestra medicina un aspecto mecánico, frío, abstracto, en el cual el alma del paciente se siente naufragar.

También la medicina, como dijimos para el trabajo y como debe ocurrir para todas las manifestaciones de la vida, debe consistir, para ser genética y creativa, en un acto de amor. El siglo futuro deberá atender a la conquista, en la ciencia, de esta nueva cualidad, que es del espíritu y de la que nuestro tiempo absolutamente carece.

LA CIENCIA DE LA ORIENTACIÓN

Continuemos observando los errores de nuestro tiempo, sobre todo en relación a la orientación del conocible moderno, pues que parece que nuestra ciencia tan vasta y profunda carece precisamente de orientación. La falta de síntesis es uno de los males de nuestro actual conocimiento. El análisis, aunque hoy se demuestra utilitariamente tan fructífero, se arriesga a naufragar si no es completado por una visión sintética que lo discipline y organice llevándolo hacia metas más altas. Funciones opuestas que pueden, sin embargo, integrarse mutuamente, la de la ciencia moderna con objetivos paralelamente prácticos y utilitarios, y la de la orientación general que le falta y que solamente se la puede dar una visión sintética unitaria, en la cual todo se reduce a uno, todo está conectado y compacto, y no pulverizado en los miles de hilos de lo particular.

Volvamos al palpitante problema de la medicina. Allá donde se estudia la vida, es preciso llegar a sus fuentes que son interiores, que están en el espíritu, y que se encuentran marchando hacia el centro conceptual del universo. La medicina moderna ha seguido la dirección general de nuestra ciencia y se ha detenido en la periferia, en la forma. Es natural que cargada con infinitas nociones, ella tienda a la dispersión de lo particular, y esto por la falta de aquella orientación que solamente un concepto unitario puede darle. El gran Hipócrates y los médicos intuitivos de la antigüedad concibieron esta unidad y de este modo curaban. Si la ciencia nos ha ofrecido tantos nuevos remedios de indagación y elementos para el conocimiento, necesita hoy volver, pero previstos de manera muy distinta, a los métodos de aquellos grandes médicos. Surgirá así la que debe ser la nueva medicina que, sin ser tan empírica como la antigua, por haber aprendido a observar y a ser objetiva, esté como la antigua orientada en armonía con todas las leyes de la vida y, en vez de erigirse contra ellas para someterlas y dominarlas, en ellas comprenda una sabiduría profunda, la acepte y la siga secundando sus caminos. Se podría decir: pero esta no es medicina, es filosofía de la medicina. Pues bien, por encima del conocimiento científico es imprescindible colocar esta filosofía, si no queremos terminar en una Torre de Babel de especializaciones que ya no se reconocen entre ellas por estar demasiado lejos del común origen de todas las cosas. Este es el final que nos espera si no nos apresuramos a formar una ciencia de la orientación que dé cohesión y consistencia, y con esto una dirección al actual divergente cognoscible científico.

Con todo el respeto que se merecen las grandes conquistas realizadas, se siente la necesidad de encuadrarlas y coordinarlas en un sistema único y universal que nos dé la clave de los esquemas fenoménicos, clave con la que podamos develar todo mejor. Se siente la necesidad de completar nuestra medicina de la materia con una medicina global que incluya también al espíritu, que tenga también en cuenta además de organismo físico aquella otra parte tan importante del ser humano que vagamente se

expresa todavía con el término religioso sumario de “alma”. Una medicina, pues, total, más completa y más armónica, encuadrada en el funcionamiento orgánico del universo, y no aislada y rebelde a éste; una medicina que no pretenda crear el saber y hacer leyes, sino que su más grande sabiduría consista en saberse coordinar con las tan sabias leyes que ya se encuentran en acción.

Como se puede ver no se trata de innovaciones particulares, sino de referencias a la forma mental actual de la que todo deriva. Actualmente se fabrican los médicos en serie en las universidades, donde sobre cualquier cerebro se aplica con barniz cultural. La aplicación, reforzada por un diploma que parece dar estabilidad a la actuación, autoriza pues al funcionamiento de la máquina cerebral así confeccionada. La verdadera medicina es, en cambio, un don personal, una vocación, un sacerdocio, es el producto de realidades biológicas intrínsecas que no se improvisan, que no se adquieren con la sola erudición. Al contrario, en nuestro mundo de hoy se tiende a hacer todo por vía mecánica, mientras que lo que vale es el primer material: el hombre, con el cual después se hace todo y sin el cual no se puede hacer nada. Por lo tanto, para formar al médico, cosa increíble, es necesario el hombre. En este caso, más que en cualquier otro, un hombre de un tipo biológico todavía muy raro en la Tierra, es decir, el hombre orientado e intuitivo, que haya comprendido todo el universo al menos en las grandes líneas directrices y haya alcanzado por evolución cualidades de intuición y síntesis que le permitan encuadrar las cosas en relación al Todo, para después penetrar el significado y así comprender el estado patológico en el caso particular al cual él se aproxima para curar. Es necesario el hombre más sensibilizado por evolución que el actual, capaz, por lo tanto, de poner en acción en la investigación el método nuevo del futuro, el método de la intuición. Este hombre actualmente es esporádico, anticipo de la evolución. Los métodos de la conquista del conocimiento fueron una vez el “deductivo” que procede por arquitecturas lógicas y racionales. Después apareció el método inductivo y experimental. Y parecía que ya no surgiría otro. Hoy, por evolución del instrumento “hombre”, debe nacer el método de la intuición que es penetración del fenómeno por las vías de la sintonización del dinamismo vibratorio (amplitud de onda, frecuencia, potencial, etc.) del sistema de fuerzas del “yo”, con el dinamismo vibratorio (idem, idem,) del sistema de fuerzas representado por el fenómeno mismo. Pero no es aquí donde podemos desarrollar estos conceptos.

Nuestra medicina es un sector de nuestra ciencia que una de las manifestaciones del tipo de corrientes de pensamiento dominantes en nuestra fase histórica. En cada siglo el hombre piensa en un mundo distinto, y todo en él es orientado en consecuencia. Por lo tanto, todo es progresivo y relativo. Actualmente la orientación materialista lo ha invadido todo. De allí la supremacía de la forma sobre la sustancia, el ver, el existir, el trabajar en la periferia y no en lo interior. El método objetivo de la observación y del experimento, es un método periférico que de los efectos asciende por hipótesis y después por teorías a las causas hasta establecer las leyes. Método que está en boga porque es sensorial, mecánico, que puede prescindir de un particular tipo evolutivo de hombre que hoy falta, y se puede aplicar a todos o casi a todos. También en medicina esto significa una ciencia de los efectos y no de las causas. Es lo mismo

que poseer un río en la desembocadura, ignorando lo que ocurre a lo largo del recorrido y en las fuentes. Lo que ocurre en las otras realidades que están más allá de la materia, la ciencia lo ignora.

La actual orientación en medicina refleja en su campo la hoy dominante psicología luciferina de la rebelión, dada por nuestra fase biológica involucionada en la cual la selección se realiza todavía, como en el animal, a través de la fuerza. Es una psicología de batalla y de agresión en la cual el “yo” afronta, armado de medios de investigación, al fenómeno como un enemigo. Actitud egocéntrica y utilitarista que todo lo quiere someter a sí mismo, haciéndose centro y ley del universo. Ahora, el universo ya tiene una ley sabia y perfecta, y la sabiduría consiste completamente en seguirla, en armonizarse con ella que expresa el pensamiento de Dios. Solamente a través de este concordar puede derivar la felicidad espiritual y también la salud física. Este querer erigirse en ley propia contra el orden ya establecido de las cosas, este elevarse en anti-ley, sustituyéndola por nuestra voluntad, es patológico, semejante a la indisciplinada multiplicación celular del cáncer en un organismo sano, y lo único que puede producir es mal y dolor. Se camina así siguiendo un error continuo, que es de todo el pensamiento moderno en todos los campos, pensamiento que, no obstante de ser muy perspicaz, por ser invertido, lo único que puede crear es bien y alegría al negativo, vale decir, mal y dolor. Y así, mientras parece que se avanza en ascensión, esto es sólo en la forma, mientras que en realidad, en la sustancia, esto es un engaño porque se marcha hacia atrás, en descenso involutivo, hacia la barbarie y la destrucción. ¡He allí donde llega nuestra ciencia por estar mal orientada y ser mal dirigida! Entonces, hablar aquí sobre filosofía como ciencia de orientación, no es algo ocioso e inútil.

De todo esto nace una medicina aparentemente maravillosa pero que resulta dañina, es decir, que no genera salud, sino enfermedad. Dada su dirección, ella representa una intervención violadora y violenta, en vez de secundar la sabiduría divina, con el resultado de trastornar el orden, en vez de facilitar su manifestación. Se siembra con esto los precedentes causales de una serie de siempre nuevas formas patológicas amorfas que cada vez más nos atormentan a nosotros y a nuestros descendientes. Esta medicina de “domador” se convierte en un elemento más en la degeneración de las razas. Pero no debemos sorprendernos. Todo hoy está en la vía del descenso involutivo, por lo tanto tendiente al mal, el dolor, a la destrucción, a la muerte. El pensamiento actual es un bubón que la vida quiere aislar para extinguirlo. Todo; el arte, la música, la literatura, la filosofía, la política, la agricultura como explotación intensiva con medios químicos, la técnica y la ciencia utilitaria, el hombre como pensamiento, como organismo, como acción, sus máquinas y todo su poder, todo marcha por este camino. Así también la medicina camina según el ritmo de nuestro tiempo. El sistema es en todas partes el mismo: triunfos aparentes, promesas falaces, ventajas vistosas e inmediatas, y “après moi le deluge”.⁽¹⁾

⁽¹⁾ Después de mi el diluvio (N del T.)

Toda nuestra cultura actualmente es divergente del centro, de la unidad, por lo tanto es disgregante en vez de converger hacia la unidad, es decir, hacia lo constructivo. De esta manera nos alejamos de las fuentes de la vida que todo lo alimentan, quedamos aislados y perdidos en la especialización. Es una carrera lo de todo el pensamiento moderno. La humanidad orientada así por siglos de materialismo no puede ya detenerse y, por inercia, es inevitable que ella solamente pueda parar cuando se estrelle contra la resistencia de las inviolables leyes de la vida, constituidas por imponderables dinamismos de hierro. Choque apocalíptico, pero necesario. Cuando esta humanidad trastornada, que avanza estúpidamente en masa y por imitación, creyendo que la ley y la verdad se hacen solamente con el número, se quiebre la cabeza, comprenderá. Y así las leyes de la vida la salvarán necesariamente.

El individuo únicamente tiene un camino para su salvación: aislarse en cualquier campo de esta corriente, liberándose lo más posible de todos los productos de esa civilización trastornada. Resistencia pasiva en vez de mezclarse con el rebaño. En todas las áreas, cultural, política, religiosa, económica, solamente domina el interés, el cual lleva a la mentalidad moderna a la formación de grupos para la explotación del prójimo. ¿Quién defiende al individuo? Nadie, y esto es lógico. Él cree en varias formas de defensa y de justicia, pero es necesario que aprenda por sí mismo a defenderse de las interminables mentiras humanas, en todos los campos. Entre tanto, ¿con qué basta inconsciencia las masas se dejan embarcar por toda la propaganda humana!

También la terapia, en la práctica, es transformada por esta corriente. Es la masa la que actualmente hace todo y con su ignorancia y psicología establece lo que se debe producir para que después para que después se venda. Es la demanda la que crea la oferta. El médico que quiera ir contra esta corriente será aplastado. La culpa es del público. ¿Cuándo un pueblo, soberano o no, ha comprendido algo? Se calcula que las especialidades farmacéuticas producidas solamente en las naciones europeas llegan a la cifra de 50.000. ¿Esto es ciencia o es industria y empirismo? Lo que decide es la propaganda, anteriormente considerada charlatanería. Ella con la finalidad de vender educa a los imbéciles a la necesidad de ingerir o inyectarse por la mínima cosa una gran cantidad de productos, la mayoría inútiles cuando no dañinos, prometiendo milagros. Crea así necesidades artificiales que se transforman en hábitos para establecer su propio comercio. Esto constituye un mal, no solamente para el bolsillo, sino también para la salud. Los fármacos fundamentales, los indispensables, son muy pocos. Pueden ser unos 50, cuando más unos 100. ¿Por qué entonces la gran cantidad de especialidades farmacéuticas? La razón viene dada por el interés de producir lo que la ingenuidad hace adquirir. No obstante, podemos ver muy bien que en el mundo casi todo es mentira. Pero tal es la necesidad de confianza, la pereza de no pensar por sí mismo y la pretensión de hacerse servir, que la noble raza de los credulotes parece que no se extinguirá jamás y siempre renace en el hombre.

Es suficiente observar el tiempo que duran el precio y la forma de estos productos. Hay en ellos una moda siempre mutable y caprichosa, como la moda femenina. El

valor preponderante parece ser dado por la “novedad”. ¿Se procede, entonces, por tentativas? ¿No es esto empirismo? ¿El cuerpo humano no es siempre el mismo? Sin embargo, las mismas enfermedades se curan, hoy con lo blanco y mañana con lo negro. El medicamento hace milagros al principio. Después parece que se agota su carga de poder sugestivo que le confiere la novedad, el sabor de descubrimiento, el nombre extraño y exótico, entonces ya no sana y cae en descrédito. ¿Por qué?

Como se puede ver el factor psicológico tiene una función importante en terapia, por lo cual en gran parte no es el fármaco con sus elementos químicos lo que cura, sino que es “la fois qui guerit”⁽¹⁾ (Charcot). Ciertamente hoy se quiere fabricar esta fe con la psicoterapia, el psicoanálisis y ramas afines. Pero la fe forma parte de movimientos de fuerzas en el organismo espiritual, las cuales obedecen a sus leyes, por lo cual no es fácil darla a voluntad, bajo la ilusión de que se pueda conseguir por sugestión. Esta se verifica cuando quiere y la vida sabe protegerse. La fe saludable, que cura, no se fabrica en serie como los fármacos, sino que forma parte de la “*Vis sanatrix naturae*”⁽²⁾, es un estado del dinamismo espiritual que se verifica cuando las leyes protectoras de la vida lo quieren. Esta fe no se comunica mecánicamente con fórmulas estudiadas y no sentidas y vividas por quien las imparte. Se debe dar mucho más, la vida misma, a sí mismo, y para dar se debe poseer algo semejante a una fuerza biológica. Más que nunca aquí el médico debería ser un sacerdote o un taumaturgo.

La actual patología y terapia se limita al cuerpo y se ignora en gran parte al espíritu, del cual también el hombre está hecho. Se le cura como si se tratara de un animal cualquiera. Ahora, el principio genético de la vida está en su íntimo, por consiguiente también el principio regenerador, reparador. ¿Por qué el tiempo cura? Porque es en el tiempo que se desenvuelve el ritmo del transformismo universal, y en el tiempo la divina potencia que guía y que está en lo profundo de todas las cosas y de las almas, puede emerger y manifestar su voluntad de bien, su inagotable poder sanador. Así ella puede, a través de ese canal de su manifestación que es la forma, llegar a obras terapéuticamente hasta en la periferia material, aquella que el médico ve. Las causas son todas profundas, están en el espíritu, del cual sería necesario conocer la historia, la evolución, la patología. Los traumas físicos son primero traumas espirituales, y la sabiduría divina que los cicatriza comienza a obrar antes en estas causas hasta llegar a las consecuencias orgánicas. ¿Cómo se puede curar sin saber estas cosas? La medicina completa es también mística y religiosa. La verdadera patología y terapia debe abarcar siglos de vida del sujeto, seguirlo en las vicisitudes de su larga vida en el tiempo. ¿Qué sabe la ciencia de aquella otra hereditariad espiritual que por la universal ley de dualidad actúa por un canal paralelo y complementario al de la hereditariad fisiológica, la única hoy conocida? Mientras la ciencia no conozca la biología trascendental del espíritu, la anatomía, fisiología y patología de este organismo dinámico o sistema de fuerzas, individualizándolo por longitud de onda,

⁽¹⁾ “La fe que cura” (N del T.)

⁽²⁾ Fuerza sanadora de la naturaleza. (N del T.)

frecuencia vibratoria, potencial, etc., no podrá comprender ni siquiera la patología del organismo físico que no es más que la última consecuencia de cuanto nosotros mismos preparamos con nuestros pensamientos, voluntad y acciones en el campo de lo imponderable.

El diagnóstico no se hace, en cambio, en base a la sintomatología inmediata, de superficie, contada más o menos por el paciente, controlado por el médico que lo ve por primera vez o casi no lo conoce, y lo trata como cuerpo, en serie, no como individuo, como él es, típico caso específico, sino como enfermedad que se presume más o menos igual para todos. Hoy el utilitarismo práctico, la ley del mínimo medio, imponen rapidez. Todo en serie, en masa; tanto los hombres como las máquinas se reparan en serie, como se hacen las bicicletas.

Concluyendo: a nuestros tiempos y sus productos les falta la orientación que da la visión de los últimos fines a ser alcanzados. Es una comprobación que no tiene por fin desacreditar a la ciencia o a la medicina. Hay médicos iluminados y honestos, y la ciencia es una gran conquista debida al esfuerzo y abnegación de las grandes mentes que allí han trabajado, pues que también ella tiene sus genios y sus mártires. La respetamos. Pero debemos saber también usarla con sabiduría y solamente colocar el inmenso poder que de ella deriva en manos de quien de él haga buen uso. A pesar de que la ciencia puede fabricar muchas cosas, no sabe aún fabricar los cerebros que sepan usarlas bien. Llenos de conocimiento, nos falta la sabiduría. Poseemos todas las ciencias, menos la de la orientación. Y así, algunas veces la ciencia se torna un mal, en virtud de que sería mejor que los científicos no hiciesen ciertos descubrimientos, o por lo menos no darlos a conocer.

Cuando se piensa que hoy la humanidad está a merced de pocos hombres que poseen el secreto y los medios de la bomba atómica, y que los pueblos inermes se encuentran bajo la amenaza de ser masacrados sin remisión, dada la mentalidad dominante, tales conclusiones amargas podrían parecer justificadas.

XXII

EL CONCEPTO DE “PODER” EN BIOLOGÍA SOCIAL

Confrontemos ahora el problema del “comando”, observando el mecanismo psicológico que preside el funcionamiento de las fuerzas sobre las cuales se basa la autoridad, tanto en quien la ejerce, como en quien la sufre, tratando de precisar también en este campo cuáles son los errores modernos y sus causas. Son errores de pueblos, tan vastos que es difícil corregirlos. También aquí el mal no está en la perfecta “Ley de Dios” que lo rige todo, sino en el humano espíritu de rebelión.

Cualquiera que sea el sistema político y el período histórico tomado en examen, el comando corresponde al más fuerte. Esta es la base del poder en la actual fase

biológica de la humanidad, en la cual la selección se dirige no al triunfo del moralmente mejor, sino al triunfo del más capaz de imponerse egoísticamente. Una humanidad así involucionada solamente puede polarizarse alrededor de un individuo o de una clase que la supere y la venza, y que pueda, por consiguiente, dominarla según el propio tipo de fuerzas que en ella prevalezca. Es lógico, entonces, que cada pueblo tenga el gobierno que se merece y cada gobierno tenga los súbditos que se merece. En toda manifestación de la vida, apenas un individuo o grupo de individuos, por voluntad e inteligencia emerge un poco de la masa, pero no demasiado al punto de distanciarse completamente, entonces él se erige, según el esquema universal de los fenómenos en central dinámica autónoma, vale decir, en sol o núcleo alrededor del cual, como los satélites o los electrones, comienzan a girar las unidades dinámicas menores, de signo negativo en relación al dinamismo central de signo positivo. Esta es una ley propia de cualquier manifestación biológica que se expresa también en las relaciones sociales, luego que éstas deban ser disciplinadas en virtud de la convivencia de muchos individuos. El concepto de autoridad se basa, entonces, en un principio de dinámica biológica, en este caso particular, social. En política ocurre lo que observamos con el gallo en el gallinero, en el hombre y la familia, en la célula entre el núcleo y el protoplasma, y más lejos aún, en el átomo y el sistema solar, etc. Al formarse el poder central, comienza alrededor de él la rotación de los elementos satelitales. De la sustancial naturaleza y valor biológico del núcleo central deriva el derecho de comando y el deber de la obediencia.

La sociología no es más que una rama de la biología y solamente así debe ser entendida. Ahora, dado el actual nivel evolutivo humano, es inútil buscar allí el elemento moral. La obediencia de la mayoría a unos pocos se basa en un principio de debilidad de la mayoría y la necesidad de compensarla con la fuerza de los dirigentes. Ley de complementariedad. La vida solamente rinde homenaje al mérito efectivo, aún si en tal caso, tratándose de un mundo involucionado, el mérito pueda consistir en la fuerza brutal expresada con la opresión. Todo depende de la estructura dinámica del sistema, la cual exige en el núcleo sobre todo la potencia para regir a los satélites. Debido a la misma estructura es necesaria cierta proximidad cualitativa, una afinidad entre gobernantes y gobernados. Pues que, si quien tiene el poder es demasiado evolucionado y está muy distanciado de la media, los puntos de comunicación no subsisten y es imposible el intercambio dinámico y la comprensión. Entonces los gobernados destruyen un poder que no responde ya a sus necesidades y capacidades. Así un santo no puede jamás gobernar, sino solamente el individuo a la clase que posee las cualidades y también los defectos propios de la involución de la mayoría.

Si en la ilusión propia de la ignorancia del actual estado de la humanidad, quien comanda cree que comanda por sí mismo, en realidad él es un siervo al cual la vida utiliza para sus fines y es eliminado cuando ya él no cumple como poder, voluntad e inteligencia, su función social. El hombre actual, más carne que espíritu, desprecia al jefe que no sea un dominador, un domador, porque exige ver en él la personificación de su ideal de supremacía material y al vencedor en la lucha animal por la vida. Los miembros exigen dirección y protección del centro, es decir, el cumplimiento aunque

sea de manera inconsciente, de los fines de la vida, que son el prosperar y avanzar: bienestar y progreso. El hombre moralmente evolucionado, el hombre evangélico de la bondad y del espíritu, responde a otras funciones biológicas que no son las que dependen del gobernar dominando. También él funcionará como núcleo que atrae satélites, pero no en el campo de las organizaciones sociales que se basa sobre la fuerza material y económica.

En estos principios de dinámica social podemos ver cómo los eventos históricos son producto de impulsos interiores de los cuales los actores principales en ellos no se dan cuenta. La Historia no avanza, pues, como producto del conocimiento y de la voluntad humana, sino movida por un dinamismo interior del cual los hombres, incluso los más importantes, en general son una expresión inconsciente. Más que en su inteligencia, este dinamismo parece más bien situado en el subconsciente de las masas, en una especie de alma colectiva inconsciente que sabe por intuición, sin sabérsela explicar racionalmente, la sustancia de la acción que en cada momento necesita. Entonces este dinamismo confía a los más diversos individuos las más distintas funciones sociales que ellos cumplen según su tipo biológico, pero ignorando cada quien la coordinación que ocurre solo en la inteligencia que dirige la Historia. ¿No será ésta la misma sabiduría de Dios que actúa a pesar de nuestra ignorancia, elevando en nuestro organismo el nivel térmico para defenderlo con la fiebre cuando él es asaltado por la enfermedad? ¿No se trata siempre de la misma paterna y benéfica omnipresencia de la sabiduría divina? ¿Y no queda así la más grande defensa de nuestra vida individual y social confiada a esta sabiduría que existe y funciona más allá de nuestra conciencia?

Es de esta sabiduría y poder divino que está en el funcionamiento de la vida, que los hombres reciben el poder. Es ella la que lo da, pero también la que lo quita. Una especie de derecho divino pero en sentido biológico, vale decir, que dura hasta que él esté justificado por una función vital en el cuerpo social; en otros términos, representa el real cumplimiento de una misión. Un derecho que termina cuando ya él no es más biológicamente útil, y por tanto, que esté justificado. De allí se sigue, que así como rápidamente sería eliminado un santo colocado en el puesto de gobierno, porque si bien está capacitado para funciones altísimas, aquella no es la suya, así también sería eliminado el involucionado que abuse del poder transformándolo en explotación para su beneficio. La vida exige una utilidad a cambio de los poderes que confiere, y cuando esta utilidad social falta, ella los quita. Si las masas son involucionadas, estos poderes serán ejercidos en forma proporcionalmente involucionada, es decir, con la fuerza hasta llegar a la ferocidad. Pero la función, no importa cual sea la forma que ella según el grado evolutivo de los pueblos debe asumir, la función debe estar siempre presente. Así se explica cómo algunos poderosos que polarizaron a su alrededor a los pueblos, hayan sido liquidados por otros poderosos, cuando oprimiendo y abusando traicionaron con la tiranía su misión y no haya por una razón cualquiera cumplido la función que les confirió la vida, de dirigir y proteger. Como se puede ver, se trata de reacciones biológicas automáticas, que todas las históricas afirmaciones de poder por derecho divino no pueden detener,

apenas la misión y función terminen. El día que un gobierno y una clase dirigente comiencen a vivir solamente para sí mismos, y no ya para la nación, ellos inician su suicidio.

Entonces, quien da y quita el poder no son los hombres, no importando con qué sistema político, sino las fuerzas biológicas. Ellas proporcionan el grado evolutivo de los gobernantes al de los gobernados y licencian un servidor inútil cuando ya no sirve, a pesar de las muchas defensas que su posición de comando le pueda permitir acumular y usar para permanecer artificialmente en su puesto. La vida deja de nutrir esas formas, los diseca y debilita en su interior, y luego llaman a la escena de la Historia a los elementos capaces que le darán el último golpe. Así son las leyes biológicas que rigen la política en todos los tiempos y lugares y a las cuales todos están sujetos. No hay barrera de legalidad que pueda detener su accionar y, de una forma o de otra, ellas siempre prevalecen.

La primera afirmación de todo nuevo gobierno es decir: Yo represento a la nación. Y esto siempre siendo verdad hasta que llegue otro más fuerte y más capaz y diga lo mismo. Así van los hombres y las clases sociales en la Historia ocupando una posición de autoridad que ellos afirman por sí mismos, pero que en realidad se despersonaliza, subsiste y únicamente tiene valor como función. Cambian así las distintas verdades políticas conectadas en cadena sobre el camino evolutivo de la sociedad humana. Ellas van y vienen, se contradicen y se combaten, cambian de puesto a cada paso. Sin embargo, en la Historia solamente son el desenvolvimiento de un único pensamiento, el de la vida que lo guía. Todo gobierno se declara insustituible representante del bien público, y a pesar de ello, tarde o temprano será sustituido. La verdad, hecha para uso y consumo de cada uno de ellos, se invierte. Y así, por acción y reacción se compensan los excesos y los errores de cada quien y se desenvuelve por superaciones un pensamiento único continuamente en progreso, aquel que la Historia y no los hombres piensa y quiere. Cambian los servidores de la vida escogidos para el bien público, y a través de muchas formas e individuos que creen combatirse y que, en cambio, se equilibran, el bien público se mantiene y por todos de manera distinta es servido. En esto podemos ver cómo en la Historia reina la lógica y el equilibrio, a pesar de las apariencias opuestas, y cómo todo en ella, desde el incidente momentáneo al gran evento de la maduración y caída de las civilizaciones, es regulado inteligentemente por una ley. A ésta debemos que la Historia camine, no alocadamente como los intereses de los individuos quisieran, sino hacia sus metas.

Este es el estado actual de nuestro mundo en su nivel todavía involucionado. Dado que la conciencia colectiva está todavía en su fase paleontológica, de formación, ella tiene expresiones exteriores caóticas, cuya lógica solamente se encuentra en las directrices internas de la Historia, a las cuales por lo tanto es confiado en una zona situada para el hombre fuera de su conciencia y razón. Pero en un nivel evolucionado, formada ya una conciencia colectiva, el hombre habrá conquistado el sentido del deber y de las funciones de cada quien, dirigentes y súbditos, en el organismo social.

Entonces el poder no será detentado por medio de la fuerza, sino por la conciencia del cumplimiento de una función y misión y, sin el uso de la fuerza, el ciudadano capaz de comprender espontáneamente lo reconocerá y respetará. Pero esta es una meta lejana, un punto de llegada. El punto de partida es muy distinto y el mundo actual está entre los dos. La autoridad nace frecuentemente de la fuerza y de la violencia, así como la propiedad puede nacer a menudo también del hurto. Pero con todo y esto el poder no dejó de cumplir su función de un primer ordenador y disciplinador de la sociedad humana. No es posible esperar más de una humanidad involucionada. En nuestro ciclo histórico el principio de autoridad está madurando, desde su primitiva fase de violencia y opresión, a su futura fase de misión. ¡Cuántas luchas son necesarias todavía! A través de cada forma política la vida madura algunos aspectos diversos y hace una conquista diferente. Nuestro tipo de poder se resiente de sus orígenes y se apoya sobre la fuerza sin la cual no puede mantenerse, pero también tiene el presentimiento de su futuro. De hecho, apenas se consolida con la fuerza, busca formarse una corriente favorable de opinión pública, un consenso general, pues que ya advierte el poder de otra fuerza, cada vez mayor con el formarse de la conciencia colectiva, la fuerza de la persuasión. Pero esto ocurre sólo en un segundo tiempo, después de la estabilización alcanzada con la fuerza, sea esta fuerza bruta, económica o de pensamiento directivo, pero fuerza al fin, sin la cual no hay conquista, por más que se quiera enmascarar con los métodos más distintos.

Es verdad que los gobernantes son los siervos de la vida, pero aquel que hoy quiera ejercer el poder sin un porcentaje de egoísmo centralizador e impositivo, y quiera usar solamente el método evangélico de la función y misión, se estaría anticipando demasiado en relación a la psicología de la mayoría, y por ende, fracasaría. El tipo biológico medio actual solamente puede comprender deberes cuando son impuestos por la fuerza y la amenaza del propio daño. El uso de la espada, dada la inmadurez prevalente, forma parte del poder. Éste como centro y núcleo es de signo positivo, es decir, macho. Como tal elimina de su función el espíritu de amor y de sacrificio que es femenino, es decir, propio de los elementos rotatorios de la periferia, de signo negativo. Así jamás podrá ser la virtud de los gobernantes, que deberá tener únicamente un espíritu viril de justicia. Y he allí que el poder junto a la espada no lleva un corazón, sino una balanza. A él no se le puede pedir sacrificio y amor, mas el instinto de los pueblos le pide fuerza y justicia. Los dirigentes con poca experiencia rápidamente son llamados por los hechos a esta realidad biológica que es la base de las respuestas y reacciones a sus actos de parte de los súbditos. Es lógico que el sistema de la fuerza al cual el poder está actualmente ligado, sea un sistema que continúe con esta unión. La fuerza está siempre preparada para devolverse en contra de quien la usa (“quien use la espada, por la espada perecerá”), y es por ellos que quien tiene el poder, la única defensa que tiene es una fuerza mayor. Si no la tiene, está perdido. Inevitable consecuencia del sistema que se basa en estos elementos. Fuerza de cualquier género, pero que demuestre su real poder y superioridad. Si falta, otros estratos sociales se levantarán, para llevar a cabo la sustitución. La primera oleada es la de los más involucionados, más dueños de la fuerza bruta, y aún poseyendo también la fuerza económica, les faltaría la inteligencia organizadora.

Ellos duran poco. De hecho, en general las revoluciones devoran a sus propios hijos. Así ellos agotan su función de allanar el camino para elementos más capaces, de la segunda y tercera oleada, los cuales son los que resisten, y como más aptos, permanecen. Resumiendo, la vida deja la función de comando a aquella clase que es todavía lo suficientemente involucionada para ser afín a las masas, pero que es suficientemente evolucionada para saber asumir la tarea de hacerlas evolucionar.

La función, por lo tanto, está biológicamente abierta para todos, pero es reservada por la vida únicamente al más capaz (o la desempeña bien, o paga con la vida), que es dejado en esta función sólo cuando la cumple; después es liquidado. De allí resulta un ir y venir de hombres, un continuo flujo y reflujo, una cadena de luchas probatorias, de derrumbes espantosos y de ascensiones increíbles. Todo esto no es suerte ni azar. Es función, es la lógica de la vida. Cambian las formas, los medios, las dimensiones. El motivo, hasta que el hombre no ascienda a otros grados de evolución, es siempre el mismo. Todo siempre a su turno, porque según la misma ley igual para todos, los hambrientos nuevos que llegan suavizan sus costumbres y se agotan en el bienestar, cayendo a su vez víctimas de otros nuevos que llegan. Así, como las olas del mar, las varias formas políticas se siguen y se suceden en el océano de la Historia. Así se realiza el tipo de la actual humana selección biológica, operante sobre todo en el plano animal; selección activa en el campo político-social como lo es en todos los otros campos: orgánico, económico, intelectual, etc. Así la vida martilla a las muchedumbres, activas o pasivas, para que desprendan chispas creativas y para que en el diuturno trabajo cargado de conquistas, de culpas y de dolores, ellos evolucionen.

La vida es sabia y justa. Hace siempre lo mejor posible con el mínimo medio, según los elementos de los cuales dispone dados por el grado evolutivo de cada pueblo. Ella no puede darles una forma de gobierno superior a aquella que ellos pueden comprender. ¿Cómo puede el centro evolucionar por sí solo hacia formas superiores, si paralelamente no evoluciona todo su cuerpo? Todo está conectado y es interdependiente en una nación; méritos y culpas son un hecho aislado. Solamente un pueblo de santos podría pretender un gobierno de santos. La involución es de todas las partes, y quien acusa usa los métodos del acusado. El egoísmo está presente en todos, y dirigentes y dependientes están acostumbrados a considerarse recíprocamente falsos y enemigos. Todos están entrenados para combatirse los unos contra los otros. Las naciones no se fabrican con pocos hombres dirigentes, sino con las fuerzas espirituales de las masas. ¿Qué se puede pretender si todo se basa en la fuerza, en el derecho de agarrar y no en la comprensión, en la disciplina y en la colaboración? ¿Qué maravilla que en tal mundo, quien ha logrado, quien sabe con qué esfuerzo, conquistar un poder y cualquier autoridad, no sea llevado primeramente a gozar el fruto de sus fatigas? El defenderlo de infinitos rivales cuesta bastante trabajo. La empresa es arriesgada, la posición incierta. ¿Cómo se puede en vez de tratar de aprovecharse de todo rápidamente, pensar en el bien de los pueblos y en el ejercicio de una función y misión? Esto requeriría de una estabilidad, un respeto, una

comprensión, una conciencia que el hombre actual ni siquiera imagina. En cambio, solamente la fuerza comanda. Si existe un poder fuerte, entonces hay orden, pero esto se llama tiranía y esclavitud. Si este poder se disgrega, todos se sienten libres y de allí nace el desorden, la lucha, el caos. ¿Cómo se puede pretender que una disciplina social exista en esta fase evolutiva, sin un absolutismo que se imponga por la fuerza? Hermoso sería un orden de seres libres. Pero para ellos el hombre de hoy está absolutamente inmaduro. La disciplina social necesaria a la vida de las naciones, cualquiera que sea su régimen de gobierno, no se puede obtener en la fase actual de civilización por las vías de la libertad y de la conciencia, sino solamente por las vías de la coacción. La fuerza es un elemento necesario para la educación del hombre inferior, incapaz de comprender de otra manera. Por esto la vida todavía la admite, mientras que con el hombre evolucionado del mañana, ya no la admitirá más. Elemento necesario hoy, porque la disciplina en cualquier organización de elementos, sean hombres, átomos o estrellas, es indispensable. De esto, todo el universo nos da un ejemplo evidente.

XXIII

CRISIS DE CIVILIZACIÓN

Los errores humanos y los dolores que naturalmente de ellos se siguen, dependen en su multiplicidad de un único error fundamental al cual todos ellos pueden recurrir, error dado por una actitud psicológica de rebelión a las leyes divinas que rigen al mundo, al punto de negarles su existencia. se instaura así en la Tierra en todos los campos un régimen de desorden, y por lo tanto, de sufrimiento, mientras que la Ley Divina está hecha totalmente de orden y a él, que es la base de la felicidad, continuamente tiende. Ella así restaura a cada paso las destrucciones realizadas por la ignorancia del hombre para su propio daño, y busca a través de sus reacciones que inflingen dolor, hacerlo comprender que únicamente en el orden puede estar y estará su felicidad. Hacerlo comprender, como es necesario con un ser que debe quedar libre y hacerse consciente, y no ser maniobrado como un autómatas. El error y el dolor dependen de la libertad, gran don de Dios concedido al hombre, pero un grave peligro porque, mientras no aprenda a usarla, de ella abusará. Libertad que nos cuesta grandes dolores, pero sin la cual no habrá experiencia propia y no se conquista conciencia. Gran don de Dios con el cual él nos eleva al grado de sus colaboradores en la divina y eterna obra de creación, nos eleva a la dignidad de sus ministros. Pero, ¡cuánto tendrá que sufrir el hombre antes de hacerse digno! Y bendito sea el hermano dolor que por su bien lo educa y lo impulsa, por las vías de la libertad y de la conciencia, a seguir el camino que lo conduce hacia su felicidad.

Es inútil repetir hoy estas cosas en nuestro mundo. La mayoría que es involucionada no puede comprenderlas. Muchas prédicas se han hecho a este respecto hasta ahora y no se les presta atención. La palabra le queda al hermano y maestro “dolor”, de modo

que, frustrando a la carne demasiado adorada, él logre desatar al espíritu e inducirlo a reflexionar y a comprender. Esta es la dura realidad. El entretenerse con miles de asuntos subterfugios en busca de evasión, de hecho no la aparta de su lugar, porque ella depende de las leyes de la vida, y al hombre a estas no le es dado alterarlas. Ellas saben el gran bien que se debe alcanzar y, cuando el hombre no quiere comprender, ciertos desastres son necesarios.

Hemos visto los distintos aspectos humanos de este fundamental error hecho de orgullo y de rebelión, es decir: 1º) El error moral, de comprensión de las leyes divinas, 2º) El error científico, especialmente en el campo médico, del cual depende nuestra salud física, 3º) El error político-social, causa de guerras y revoluciones. Veamos ahora un 4º aspecto: El error intelectual que desorienta a todo el pensamiento moderno. Estas son cuatro formas de desorden y de violación de la Ley de las cuales derivan varias carencias y privaciones de bienes, es decir: 1º) miseria material, 2º) Aumento de enfermedades 3º) Destrucción bélica y revolucionaria, 4º) Desorientación espiritual, que llega hasta los límites de la locura.

En el campo intelectual el error moderno basado en el orgullo, toma la forma de racionalismo. Esta es la forma mental de nuestro siglo, que se ha encerrado en ella sin poder salir. Forma que ha tenido su gran función, en la cual, sin embargo, los recursos espirituales del hombre no pueden agotarse. La razón representa una fase relativa y transitoria de la personalidad humana, un medio constructivo de la conciencia que, no obstante, es luego abandonada al lograr su objetivo. En la realidad, tenemos un devenir psicológico relativo y un continuo proceso de superación, devenir del cual el racionalismo no es más que un particular momento al cual se le quiere dar un valor absoluto y definitivo. El racionalismo es una forma de pensamiento destinada a agotarse con su función constructora, y que solamente tiene valor en relación a ésta. Ahora, en nada se ve tanto el aspecto luciferino del espíritu de orgullo y rebelión, que en este racionalismo que coloca al “yo” en el lugar de Dios, y el querer humano, en el lugar de las leyes de la vida. Se pretende así dominar a la eternidad reduciéndola a la forma de nuestro presente, y a lo absoluto encerrándolo y reduciéndolo a los términos de nuestro relativo. El racionalismo actual no es sano, no se dirige a la comprensión de la Ley de Dios, ni es armónico y sabio, sino que es un racionalismo rebelde que convierte al hombre en centro y señor de todo, que hace de la vida un fin en sí misma y no un medio subordinado a metas superiores. La culpa no está en admitir que, si Dios nos ha dado una inteligencia, es precisamente para emplearla pensando. La culpa está en el pensar con exclusivismo egocéntrico y rebelde, en el pensar autónomo que no se dirige al conocimiento cada vez más profundo de las leyes del ser que expresan el pensamiento de Dios para después seguirlos con sabiduría, sino que está en el quererlos descubrir para enseñorearse sobre ellas y para someterlos al propio dominio. El hombre es así arrastrado por su instinto animal de lucha que no percibe ni siquiera el espantoso error que comete, ni las terribles consecuencias de su actitud. De esto resulta una vida trastornada y los resultados, siendo el movimiento en dirección contraria al de la Ley, en vez de en abundancia se resuelve en carencia. Se cree de esta manera construir,

mientras que en cambio, se destruye. Hemos visto los más colosales absurdos debidos al raciocinio. Nuestro momento histórico se puede definir por estas que son sus raíces intelectuales, como la fase luciferina de la negación, la hora de la desorganización social y de la liquidación de los valores éticos, el momento de la aventura y de la inconciencia en el cual se antepone el hoy al mañana. Un mundo destinado a derrumbarse en el desorden.

El movimiento es profundo, grave, tiene el significado biológico de crisis de civilización de laboriosa conclusión de una fase evolutiva. En nuestro nervioso dinamismo la vida pareciera que eleva su temperatura para poder afrontar un esfuerzo desesperado de superación. Entretanto, existe el ansia del enfermo que se debate en la fiebre. Otro error es creer que se trata de orientaciones particulares y cuestiones de detalle que se pueden resolver con retoques al pasado, con los métodos y la psicología del pasado. En cambio se trata de una crisis de la vida humana, del final del mundo actual y del comienzo de uno nuevo, de la inversión del sistema actual, de una renovación total, del inicio de un nuevo ciclo biológico basado en principios completamente distintos. La actual posición de la psicología humana ha agotado su función, ya no tiene mañana; tal como ella es, no puede ya evolucionar. Se siente este vacío y esta desconfianza, y a la vez la búsqueda de un mañana. El racionalismo materialista ha suprimido los ideales y sin ellos no hay meta, falta el futuro, se detiene la evolución y, con la evolución, la vida. El ideal del estómago y del placer no es suficiente para dirigirla. El “Carpe diem”⁽¹⁾ es la renuncia al progreso, es la inconciencia sin esperanza. Se siente que actualmente falta algo, aunque sea imponderable: es la atmósfera que el espíritu respira y sin la cual se sofoca. La filosofía materialista ha prosperado sobre el vasto terreno de los más bajos instinto, haciendo un largo y amplio llamado a la animalidad del involucionado, alentándolo, ilusionándolo con liberarlo del esfuerzo de evolucionar, es decir, con el construirse un mañana más elevado y feliz con su esfuerzo, prometiéndole darle en compensación y rápidamente, un paraíso en la Tierra con las conquistas sociales y con la técnica científica. Y todo esto se resuelve en revoluciones y en guerras: ¡ningún paraíso, sólo odios y destrucciones infernales! Al llegar a sus últimas consecuencias, el materialismo ha fallado porque ha mentido. Está liquidado.

Es necesario cambiar de ruta. Estas crisis no se resuelven por los viejos caminos, destilando nuevas complicaciones del racionalismo guiado por el mismo espíritu egocéntrico. No se trata aquí de nuevos sistemas racionales, sino del derrumbe de ese tipo de sistema. Es precisamente toda la orientación de la humana facultad especulativa la que está en crisis. Las tentativas actuales no son más que las últimas aspersiones de una forma mental que se extingue. Todavía es necesario descender en tinieblas y dolor. La sabiduría del rebelde sólo puede terminar en la confusión babélica. El colapso es inevitable. En lo hondo existe el caos, la locura, la desesperación. Es necesario recoger y comer los frutos envenenados del egoísmo y

⁽¹⁾ Aprovecha el día (N del T.)

del odio, sembrados por el orgullo y el espíritu de rebelión, antes de poder elevarse por las vías constructivas de la fe y del amor. Es imprescindible impulsarse en dirección opuesta, de la periferia al centro, de la forma a la sustancia y de retornar a Dios. El hombre ya experimentó en las edades prehistóricas su juvenil ciclo intuitivo-instintivo. Lo ha superado en el ciclo la forma mental racionalista, en la cual ha conquistado el uso consciente de su “yo”. Debe ahora superar este ciclo en uno nuevo, intuitivo-consciente, en el cual el espíritu vuelve al contacto con la divina esencia de las cosas, pero dándose analíticamente cuenta por medio de los poderes de la racionalidad conquistada. Es un marchar hacia Dios, pero no solamente a través de la fe, sino también a través de la ciencia. El actual antagonismo entre ciencia y fe no es más que la contraposición de un momento, la cual lo único que expresa es el actual contraste entre el “yo y Dios. ¡Qué grande se hará la ciencia cuando tan miserable contraste sea expresado y ella, no ya egocéntrica y aislada en su racionalismo, entre en contacto con Dios para mostrarnos su grandeza y su amor, penetrando con el estudio de los fenómenos, en la profundidad de su pensamiento directivo! ¡Qué cuadro estupendo ella podrá mostrarnos entonces, del funcionamiento orgánico del universo y con qué ventaja para nosotros podrá precisar en ese universo nuestra posición, actividad y finalidades, éticas espirituales, sociales y biológicas! Las vías de la razón analítica y separadora, en su objetividad son poco aptas para elevarnos hasta Dios, haciéndonos más bien quedar apegados a lo concreto de la forma y a la práctica utilitaria. Para acercarnos a la concepción y sensación de Dios son aptas las vías de la intuición sintética y unificadora. Cuando el hombre haya superado el proceso racional tan relativo y mediato, y sepa seguir con el método científico y mayor madurez espiritual las vías de la intuición tan sintéticas en inmediatas, ¡cuánto mejor podrá comprender y sentir a Dios omnipresente! No se trata de destruir sino de completar y continuar la evolución del racionalismo con los medios de la fe que se volverá iluminada y consciente, que se fundirá con la razón que se tornará su doncella, la razón que es laboriosa conquista que no se puede desperdiciar. Concebir a Dios con una nueva aproximación de precisión y profundidad, sentido presente no ya vagamente e instintivamente como en la primordial fase pre-racional sino, llevando en sí todo el poder de la fase racional por haberla atravesado, asimilado y superado, sentir a Dios por intuición de fe confirmada y comprendida por conciencia analítica y racional, llevar al “yo” científico moderno sin disminuirlo, con toda su razón intacta hasta Dios, esta es la gran aventura y conquista biológica del hombre del mañana.

¡Qué laboriosa época la nuestra en la cual, entre tanta destrucción, cuántos gérmenes nuevos deben germinar; qué profundo trabajo hay en la vida humana, entre la muerte y la resurrección! Momento histórico de dos frentes, híbrido, contrastante, hecho de destrucción y creación. Las viejas estructuras han perdido la gran fuerza del espíritu, sin saberse si así sin alma se derrumbarán o sabrán encontrar una nueva, sin saberse si el espíritu emergerá de la suya y en qué forma deberá resurgir. De este océano en ebullición de tantos elementos viejos y nuevos, de frutos en putrefacción y gérmenes vírgenes, qué querrá la vida hacer; qué orden nuevo de todo esto querrá sacar, así como del caos primordial trabajo nuestro orden actual, no lo sabemos. Pero lo cierto es que algo apocalíptico está sucediendo. Y mientras las masas hacen locuras, los

pocos que ven contienen temblando la respiración, ansiosos por el éxito de esta apocalíptica aventura de la vida de la cual depende la historia de los futuros milenios.

Lo cierto es que el espíritu debería vencer, pero es cierto también que el pecado capital de nuestro siglo ha sido grave. El mismo orgullo de Lucifer. El hombre ha querido desobedecer a la Ley de Dios, comer nuevamente el fruto prohibido, vale decir, hacerse árbitro del bien y del mal, hacerse Dios y Ley. Y ahora es expulsado y rechazado todavía más lejos del paraíso terrestre, hacia el infierno por él querido. Marchar no según la Ley, el “yo” hacia Dios, sino hacia atrás, de Dios hacia el “yo”, es también un gran error biológico que se paga con la muerte espiritual de ese “yo” que ha querido deificarse. Todo pecado trae consigo el castigo, automáticamente, volviéndose contra quien lo realiza. El Evangelio de Cristo no es una consolación para los desheredados, un remplazo a las alegrías de la vida desplazada hacia el futuro y en el Cielo, sino que expresa una realidad biológica, en cuanto que indica los caminos de la evolución. El amor fraternal no es un sueño poético, sino la base de las futuras organizaciones sociales. Anteponiéndolo al tipo biológico superior que nos traza como ideal humano el Evangelio, nuestro tiempo ha elevado como estandarte un tipo de superhombre que representa la luciferina divinización del “yo” que se coloca en el lugar de la sabiduría y bondad de Dios con sus opuestos instintos bestiales. Es la divinización del bruto. Nietschze creyó matar a Dios, cuando, en cambio, exterminó a Alemania. Esta moderna psicología de dominio ha destruido a Europa, ha generado el crepúsculo de su civilización.

Si lo observamos de cerca, en sustancia este superhombre no es más que un pobre y mortal burgués, ávido de bienes terrestres, que se lanza contra los bienes del prójimo, codicioso y hambriento, pero al no saberse saciar con ellos, no puede llegar a los bienes más nutritivos del Cielo. Se queda así a mitad del camino, impotente e insatisfecho. Es un pobre hombre ávido de evasión, pero que la busca al revés, sin sospechar, porque no tiene la fuerza moral necesaria, una posibilidad de superación. Lodo y miseria. Él odia la Tierra, quisiera el Cielo pero no lo comprende, y entonces lo odia, y se queda en la Tierra que odia. Está sediento de infinito, pero con su sistema se ha cerrado las puertas y ha quedado esclavo, rechinando los dientes, incapaz de evadirse. La trágica ironía de este superhombre que desprecia a Dios y al cualquier orden moral, que se ha colocado más allá del bien y del mal, es que en realidad él es un mutilado y su rugido leonina, no es más que el llanto de un desesperado que invoca a la vida. Es un débil y un vencido que grita potencia y victoria para hacerse la ilusión de que las posee.

He allí al campeón y los resultados de la civilización de la materia. La evolución ha sido traicionada. Por este camino ya no se puede ascender. De esta manera la Historia ha sido ligada, por ahora, a un destino de involución y de ruina. La nuestra es la hora negativa de la inversión satánica de todos los valores hasta el desplome total. La palabra de orden es: destruir. Este es el fruto de la teoría del superhombre, expresión del siglo. El paraíso del bienestar material en vez de aproximarse se está alejando. Hemos usado la libertad para marchar no según la Ley, sino contra la Ley. Ahora ella está contra nosotros. Lo único que hay que hacer es pagar y recomenzar por la vía

opuesta. Hoy la razón ha crucificado de nuevo a Cristo. Ahora la vida crucifica a la razón para llevarnos de nuevo a Cristo. No se ha comprendido que crucificando a Cristo, no ya en la carne sino en el espíritu, hemos crucificado a la vida y con la vida a nosotros mismos. No se ha comprendido que, pisoteando a la Ley y a la evolución, hemos pisoteado nuestra felicidad y nuestro futuro, que traicionando a Dios, hemos traicionado nuestro bien. Esta es la traición de Judas, rebelde al amor divino y ella nos perseguirá en el odio y en la violencia, como nuestra herencia actual. Nos perseguirá disgregando nuestros lazos sociales porque violamos la ley del amor fraternal, nos golpeará con la destrucción porque creímos en la fuerza, con la miseria porque adoramos a la riqueza, con la servidumbre porque abusamos de la libertad. Invertimos la dirección de la vía abierta por Dios para la natural necesidad de desarrollo y expansión, marchando hacia el hermano no con amor, sino al contrario, con odio. Así el hombre, preso en las espirales de una ilusión satánica, para crecer y ascender, se ha encerrado una prisión hecha con sus propias manos. Y la lucha se hace siempre más desesperada contra las paredes de acero. Se han cerrado con el odio las puertas de la vida abiertas con el amor y cada quien ha quedado aprisionado en un desesperado aislamiento. La vida inmensa palpita cerca de ella ya no se puede participar porque el “yo”, aislándose en el egoísmo, ya solamente se puede comunicar en forma negativa de odio y ofensa. Todos se rechazan, se agreden, se despedazan. Se ha construido en la Tierra el infierno. Los hombres, convertidos en demonios, se debelen cada vez más, y mientras más ofenden, más ofensas se encuentran, y mientras más odian, más se sienten odiados, y mientras más se agitan para liberarse, más se aprieta el nudo en sus gargantas. Mientras más nos defendemos del mal, más mal se encuentra y se recibe. Se ataca por la desesperada sed de evasión y cada asalto recae sobre quien lo ha puesto en movimiento. La destrucción contra el prójimo se convierte en autonegación y suicidio. Cada quien termina hiriéndose a sí mismo, envenenándose con su veneno. Con cada nuevo ímpetu egoísta él se encuentra más prisionero de sí mismo. De esta manera el circuito de fuerzas tiende cada vez más a cerrarse, para resolverse en la catástrofe de quien pretendió hacerse centro y señor de todo. Así se pierde el “yo” que en sí sacrificó a Dios.

Un proyectil que se ha lanzado ya no se detiene. Los movimientos históricos una vez iniciados, tienen su trayectoria y desarrollo inevitable. El hombre que ha creído crucificar a la Ley e invertir a Dios, se ha clavado a sí mismo en su cruz y ha invertido su “yo”. No se puede mercadear con el espíritu. Los hombres que creyeron únicamente en la fuerza se eliminaron entre ellos con la fuerza; aquellos que adoraron solamente a la riqueza terminarán en la miseria; aquellos que creyeron en el orgullo serán volteados en la humanidad. ¡Penitencia! Solamente después se podrá comprender y resurgir de ella purificados. Se podrá hacer callar a los hombres que así hablan, pero no se podrá destruir las leyes de la vida que así funcionan. El hombre puede vivir en desorden, a la aventura del “Carpe diem”, pero no la vida que sabe lo que hace y siempre se prepara un mañana. Quien invierte es invertido, quien se hace Dios, es castigado por Dios. En las misteriosas profundidades de la vida existe una indomable voluntad de enderezamiento de los errores humanos, a cualquier costo, para nuestro bien. Y entonces, la nueva civilización que nos espera, solamente puede

ser la antítesis de la actual, un mundo nuevo. No se trata de retoques, de una civilización presente corregida, sino de dos ciclos antagónicos aunque complementarios. Ya las dos épocas se contrastan, la vieja y la nueva, sus representantes se miden y se enfrentan; el final y el principio luchan por la vida. Naturalmente lo nuevo, por ley de evolución, aunque menos armado y tener menos experiencia, terminará venciendo a lo viejo. La vida confía a cada siglo una tarea especial. Nuestro tiempo realiza su función de crear la máquina y la técnica, para alcanzar mañana la emancipación del trabajo de material. Esto para que el tiempo futuro pueda cumplir su función distinta, que será la de crear en el espíritu con todos los medios conquistados. Y el espíritu es un campo ilimitado hacia el cual la evolución avanza y en el cual está el porvenir del mundo.

Hemos querido con estos capítulos sobre los errores humanos, (capítulos nacidos como una serie de artículos para revistas) examinar el advenimiento de una nueva civilización en su lado negativo y preparatorio, vale decir, como derrumbe de la actual. Para poder comprender mejor cuál será el futuro que nos espera, hemos tratado también de observar los errores de perspectiva dados por la forma mental de nuestro mundo actual.

XXIV

CÓMO FUNCIONA LO IMPONDERABLE

El mundo actual, apresurado y escéptico, no imagina la presencia de lo imponderable, incluso en medio de las cosas cotidianas de la vida. Es a este mundo que hoy queremos hablar en forma práctica según su psicología. De lo imponderable se ha hablado mucho, especialmente durante la II guerra mundial, así como un elemento de la victoria, pero se ha hablado con criterios tan materialistas, para finalidades tan anti-humanas, con una falsedad tan completa de su verdadero significado espiritual, como ya ocurrió con la palabra “mística” y otras semejantes, que incluso el concepto de este imponderable ha terminado quedando confuso y alterado, convirtiéndose en una más de las tantas mentiras a las cuales han sido reducidas los más preciosos valores espirituales. Ha ocurrido así, que de este tan invocado imponderable no se ha comprendido nada, no se ha comprendido sobre todo su funcionamiento hasta el punto de que, como hemos visto, después de haber sido tan invocado en beneficio propio, él ha funcionado precisamente en sentido opuesto, en perjuicio de quien más lo ha invocado. Esto demuestra que con lo imponderable no se juega, que él es una fuerza poderosa y terrible, que puede estar con nosotros y en contra de nosotros según la posición en la cual nos encontremos frente a él. Tratemos de comprender en qué consiste.

Cuando nos disponemos a la realización de cualquier objetivo, existe nuestra necesidad y deseo de un lado, y un plano instintivo racional del otro lado, dirigidos a

alcanzar su satisfacción. Pero, ¿qué abarca este plano, en comparación con el océano de incógnitas que nos rodean? Estas incógnitas son fuerzas presentes, reales y activas, al punto de que pueden desviar a cada momento el desarrollo de nuestros planes, interferir en la serie coordinada por nosotros de nuestros actos introduciendo allí impulsos nuevos, que proviniendo de lo ignoto son para nosotros impredecibles. Para poder comprender definir lo imponderable, es necesario penetrar este ignoto. Estas desviaciones que no alcanzamos a preveer porque se nos escapan sus elementos y que son más fuertes que nosotros, nos asedian a cada paso, en los pequeños eventos individuales de cada día, así como en los grandes eventos de la Historia, dando a nuestra vida un continuo tono de incertidumbre. De hecho nosotros no estamos jamás verdaderamente seguros, cuando ponemos en ejecución cualquier proyecto, si terminaremos llegando a donde queremos, o más bien a un punto del todo distinto de aquel que nos hemos fijado. Frecuentemente, algo querido con tenacidad y disputado con sagacidad no es conseguido, aunque ha sido sabiamente preparado, mientras que otros casos que al inicio parecen presentarse con mínima probabilidad de éxito, a veces imprevistamente se alcanzan plenamente. Que las tres cuartas partes de los elementos del éxito se nos escapan, es algo que todos saben. Nos agitamos, pues, a ciegas, manteniendo en nuestro poder a penas una cuarta parte de los elementos del triunfo y, así con pocas cartas en las manos tratamos de hacerlo todo. Tratamos. La mayoría que conoce esta inseguridad, se lanza a la aventura, agarrando al azar, desordenadamente, lo que puede y lo que más pueda. Pero es evidente que la solución del problema del éxito no está en el uso alocado y desordenado, aunque con energía y decisión, de aquella cuarta parte de elementos que poseemos, sino en el conocimiento, y por lo tanto, sagaz maniobrar de los elementos contenidos en las tres cuartas partes que se nos escapan. ¿Qué contienen estas tres cuartas partes de ignoto? Es necesario saberlo.

¡Cuántas cosas imprevisibles están emboscadas, para bien o para mal, como alegría o como dolor, en este imponderable que desde el misterio guía tan gran parte de nuestra vida! Junto a la zona que tenemos bien definida, de las cosas por nosotros deseadas, ¡qué vasto campo donde dominar las cosas llamadas circunstanciales, la sorpresa, la fortuna o la mala suerte! La mayoría ignorante y simple atribuye todo esto al azar. Ahora, quien dice “azar”, proclama su propia ignorancia. A quien sabe mirar en lo profundo, la estructura de la vida se le presenta muy distinta. Semejante abandono sin regla, una falta de guía, un funcionamiento fuera de la ley confiado todo al desorden, es un absurdo. La dirección, que es un acto positivo, no puede ser confiada a un elemento negativo, que no se rige por sí mismo y que solamente existe como contrapeso. La negación del orden no puede tener la fuerza de regir la perenne afirmación creativa de la vida. Como la “nada” solamente existe relativamente como condición del “ser”, así el azar únicamente es concebible como desorden encuadrado en función de un más vasto orden que lo circunscribe y ordenadamente lo guía hacia superiores finalidades. Todo en el universo, incluso lo que parece indisciplinado y casual, está regulado por normas, toda fuerza se mueve por concatenación hacia una precisa finalidad según el principio de causa y efecto, incluso allá donde las fuerzas aparecen todavía en el estado caótico propio de las fases más involucionadas, íntimo

y oculto el pensamiento y la voluntad de Dios tienen las riendas y rigen aquel caos. Es únicamente por esta razón que éste no se desvuelve en un vertiginoso danzar infernal de fuerzas enemigas y no se deshace en la nada, sino que gradualmente evoluciona disciplinándose en un orden en el cual cada vez más evidente se manifiesta la presencia de Dios. Lo imponderable no es, pues, ni el azar ni un desorden, sino que es una ley, un orden que nosotros no conocemos.

El problema consiste, entonces, en penetrar la ley de este funcionamiento ignorado por nosotros. ¿Qué es la vida de un hombre? De cierto, no es un fenómeno estático. Es un haz de fuerzas en movimiento. Dado el principio de causalidad, el problema es conocer la naturaleza y las características de cada una de estas fuerzas cuales son hoy, y el camino recorrido hasta el presente. Solamente así podremos establecer lo que ellas podrán ser mañana. Se trata de conocerse a sí mismo, conocer la personalidad humana en general, y luego el propio caso particular. El hombre de hoy no conoce ni la una, ni la otra. No es fácil, debido a que los elementos son muchos. Se trata de impulsos recientes, lejanos y muy lejanos, de distinta naturaleza y potencia, y siempre en continuo movimiento y desarrollo, de fuerzas nuestras y de otras entrelazadas en una continua interdependencia de acción y reacción, de fuerzas ya coaguladas en determinismos, fijados por una larga repetición de actos en automatismos e instintos, y de fuerzas todavía libres, en formación, que solamente ahora comienzan a entrar en el haz dinámico que constituye la personalidad humana, que todavía fluyen, no cristalizados en el destino que continuamente nos fabricamos. ¿Cómo orientarse? A pesar de todo el universo es indudablemente una gran simpatía de fuerzas, un inmenso concierto donde también el hombre canta su nota más o menos consciente, más o menos libre, según su evolución y voluntad. Cada acto, cada día, cada vida sigue y persigue a la otra como las olas de un ilimitado océano. Todo está conectado en el espacio y en el tiempo y todo avanza en la gran marcha ascensional de la evolución hacia Dios, hacia fines individuales y hacia más amplios fines colectivos, con una jerarquía de finalidades orientadas todas hacia el mismo centro: Dios.

Si el hombre conociera todos estos elementos que están en él y a su alrededor, de cierto que él conocería su futuro. El concepto de azar, caos y desorden solamente pueden estar en la forma mental del involucionado. Únicamente en los grados de evolución superiores a la humana, se puede tener la capacidad de abarcar tan vastos panoramas que para el hombre actual, dado sus bajos instintos, están providencialmente cerrados. Actualmente para él todo lo que está fuera de su pequeño campo de experiencias que le son necesarias para progresar, se confunde en un intrincado enmarañamiento que lo deja en una tiniebla profunda. Para él, por lo tanto, la palabra “imponderable” únicamente puede asumir un significado negativo, de ignoto e inconcebible, mientras que en la realidad tiene un contenido positivo y precisamente definible. Pero para llegar a esto es necesario todavía evolucionar, alejándose del actual estado de animalidad. El hombre de hoy no puede comprender esto porque está dentro de este estado, es su forma mental, y un dado “estado” no se puede percibir cuando se está dentro de él, sino solamente cuando se está fuera de él o se está saliendo de él por haber iniciado el movimiento de alejamiento. De esta

manera el hombre actual navega en un mar de incógnitas, donde la dirección de sus eventos, individuales y colectivos no puede ser confiada a él que está ciego, sino que la tiene la sabiduría de las leyes de Dios. Sin embargo, para que le sea posible evolucionar a través de una libre experimentación, de forma consciente y responsable, se le deja una pequeña abertura de luz que es suficiente para iluminar el camino que hay que recorrer. Allí él comprende, escoge, siembra y recoge, erra y paga, sufre las reacciones de las fuerzas que posee y que son las únicas que puede mover. De lo demás él no sabe nada y no puede hacer nada, todo es determinístico fuera de su poder y conocimiento, por lo tanto tiene responsabilidad también y no le queda más que abandonarse a Dios y a su sabiduría. Al hombre le fue confiada una dada tarea y un pequeño campo para arar que es su planeta. En cuanto a la dirección del universo, de cierto solamente la puede observar como obediente espectador y en relación a lo que él pueda comprender. Realizada su labor en el ámbito establecido por la Ley de Dios para su propia construcción, lo demás le pertenece a Dios, que distribuirá las infinitas tareas, a quien sabe cuántos y qué seres. Cumplido su deber, al hombre sólo le queda confiarse al Padre Celestial que ha demostrado que sabe guiar bien el universo, trayéndolo sano y resplandeciente hasta lo que es hoy, cual lo vemos, obrando primero que el hombre y sin el hombre. Y cuando se equivoque, de parte de Dios debe aceptar la justa corrección; y cuando se sepa encuadrar en su orden, debe aceptar su justa recompensa.

Cuando hablamos de un imponderable concebible, debemos referirnos a las incógnitas relativas al hombre y su ambiente, y a las del universo que en éstas repercutan. Si nos contentamos con sondear el imponderable que más nos interesa, porque está más próximo a nosotros, relativo a nuestra personalidad, mayor es la posibilidad de alcanzar su conocimiento. Ya con el cálculo de las probabilidades se ha tratado de establecer la ley que regula el desenvolvimiento de los elementos. Pero ese cálculo tiene relación con las formas más simples y es una abstracción de la cual la realidad concreta está bien lejos de corresponder. En los acontecimientos humanos los elementos constitutivos son tantos y en tan gran parte ignorados, que aquel cálculo falla completamente en su objetivo. Si reducimos el complejo haz de fuerzas que constituyen un destino a su más simple expresión, es decir, a fuerzas favorables y fuerzas contrarias, podremos hacernos una idea de su probable desarrollo en una dada vida.

Si mezclamos 50 bolitas blancas y 50 negras perfectamente iguales, la probabilidad teórica de extracción de cada una es de 50%. Si mezclamos 25 bolitas blancas, 25 negras, 25 amarillas y 25 verdes, la probabilidad de extracción de cada una de uno de los cuatro tipos es de 25%. Si mezclamos 100 de 100 tipos distintos, tendremos la probabilidad de 1% para cada una de ellas. Otra observación. El cálculo de probabilidad nos hace admitir que ha sido la marcha del fenómeno en el pasado lo que nos autoriza a creer en la continuación de él en el futuro en la misma dirección. En cambio, el hecho de que la vida se base en el equilibrio, hace que en su futuro suceda precisamente lo contrario. Mientras más veces un hecho se verifica, por ley de equilibrio, menos probable es que él continúe unificándose igual en el mañana. Según

una universal ley de dualidad, la vida humana no avanza por acumulación de casos, sino por compensación de contrarios. Ésta y no aquélla, es la verdadera ley de los eventos humanos, y por lo tanto, también la ley de nuestro destino. Ley que va desde la gran compensación declarada por Cristo en el Sermón de la Montaña, al caso por el cual mientras más veces la suerte nos ha sonreído, más difícil se hace que continúe haciéndolo. He allí las leyes de la fortuna, que de ningún modo son ciegas. En cambio, el hombre común razona de forma contraria. Mientras más afortunado es, más atrevido se hace y más seguridad adquiere en sí mismo, y más impulsado se siente a osar; y así va derechito a la derrota. Pero esto es precisamente consecuencia de una ley a la cual él inconscientemente obedece y que quiere restablecer el equilibrio. Así se explica el derrumbe increíble de tantos grandes triunfadores.

Sin querer entrar ahora en la cuestión de que un estado relativamente originario contenía para el ser una proporción de felicidad de 100%, y si de este estado se decayó a un porcentaje del 100% de dolor, y si la evolución actual consiste en recuperar el 100% de felicidad perdida, hoy podemos considerar como relativo punto de partida actual, un estado de equilibrio en el cual según la justicia, el destino de todo hombre contiene 50 bolitas blancas o probabilidad probable de alegría y 50 bolitas negras o probabilidad desfavorable de dolor. Esta podría ser en el estado actual de la evolución una posición media de equilibrio a la cual la Ley hoy, a pesar de cualquier desviación tiende a llegar. Se trata de un orden que, aún siendo violado, tiende automáticamente y providencialmente a reconstruirse. No queremos aquí indagar si la Ley quiere más y tiende a construirnos a constituir el 100% de felicidad. En este momento aquí nos interesa hacer notar solamente que el nivel de este porcentaje y los desplazamientos de equilibrio pueden ser realizados por la libre conducta del hombre. Era necesario para que el hombre pudiera evolucionar a través de su propia experiencia, que le fuera concedida la libertad de la violación del orden, de modo que él pudiera conocer las consecuencias dolorosas del error y aprender a cuidarse de ellas. En resumen, la evolución quiere producir un ser consciente del bien y del mal, un hombre que sepa, y no un autómeta, por más perfecto que sea.

Dado esto, ocurrió que, por la libertad concedida por Dios de abusar y errar para aprender, aunque sea pagando duramente, el hombre ha podido más o menos alejarse del equilibrio de la justicia divina, alterando en sus diversas vidas sucesivas en cadena, la proporción basilar de equilibrio. El hombre ha tenido la libertad de desplazar, aunque sea a su riesgo y peligro, estos equilibrios que, sin embargo, siempre tiende a reconstruirse y hacia los cuales la Ley siempre tiende a volverlo a llevar. Sin llegar al caos límite de la absorción completa a través de el dolor y la ascensión, de las 50 bolitas negras, es decir, de la felicidad absoluta en Dios, y el opuesto caso límite de la absorción completa a través del abuso y el descenso de las 50 bolitas blancas, vale decir, la plenitud de la vida deseada y conscientemente conquistada, y del otro lado la autodispersión en la nada, actualmente en la Tierra encontramos desplazamientos parciales de equilibrio. Estos desplazamientos son equilibrios que se fijan aunque sea transitoriamente en el campo de fuerzas del propio destino, y así se transmiten de vida en vida, en espera de corrección. Se forman de

esta manera, por nosotros mismos fabricados, los destinos más dispares, con desbalances distintos, en bien o en mal, y que son el resultado final de todas las operaciones de la vida, resultado que es trasladado intacto a la página principal, cuando con una nueva vida se inicia un nuevo balance. De esta forma naciendo cada quien lleva consigo su fardo, suyo porque fue hecho por él mismo, y que será un peso o una ayuda, según lo que él quiso. El punto de llegada de una vida, es el punto de partida de la que sigue. Las conclusiones de entonces, ahora se convierten en las premisas. Las convicciones con las cuales cerramos, forman el instinto con el cual, antes de darnos cuenta, actuaremos en la nueva juventud. Así inconscientemente pero según justicia, implantaremos nuestra nueva vida sobre los fundamentos ya colocados con plena conciencia de maduros y seremos siempre la consecuencia de nosotros mismos. Tendremos así destinos que definimos como afortunados o como desafortunados, destinos de alegría o de dolor. Quien ha abusado de la Ley por exceso de gozo, puede ocurrir que se encuentre con un destino de 25% de probabilidades de alegría, contra 75% de probabilidades de dolor, y así en adelante. De esta manera libremente nos hacemos nuestro destino vez por vez, cargándolo con nosotros con toda nuestra historia allí escrita a base de nuestros créditos o débitos, mientras de continuo lo sufrimos inevitablemente, o de continuo lo corregimos, como queramos, en bien o en mal para el futuro.

He allí pues, cómo se puede hacer el análisis de lo imponderable y penetrar su ignoto contenido. Todo esto es verídico tanto para los individuos como para los pueblos. En la realidad el fenómeno no se nos presenta tan reducido; lo expresamos así, en su más simple expresión, por comodidad de observación. En la realidad, las fuerzas componentes de un destino no tienen solamente dos colores, sino muchos y muy distintos. No se trata únicamente de alegría y dolor, aunque estos son fundamentales, sino también de variadísimas cualidades adquiridas, de las más variadas especializaciones y aptitudes según las actividades desenvueltas y las tareas a cumplir. Es un hecho que los destinos, con la excepción de los más grises que rayan en la nulidad, se nos presentan orientados, típicos, individualizados por su propio color dominante, por una tendencia hacia un dado género de experiencias. En otros términos, sus fuerzas constitutivas están diversamente coordinadas, forman un organismo con su voluntad de alcanzar una dada dirección. La realidad exterior sobre la cual todos se fundamentan, no es más que un vestido, un escenario transitorio que únicamente sirve para darle cuerpo a este desarrollo de fuerzas. Es natural que quien confunda esta forma concreta con toda la realidad, al final perciba que se encuentra frente a una ilusión.

Para poder hacer, pues, el análisis de lo imponderable, es necesario saber penetrar la estructura del propio destino. Es decir, sería necesario conocer la fórmula de la composición, la naturaleza de las distintas fuerzas componentes y el porcentaje en que ellos allí entran. En otros términos, sería necesario conocer lo que hemos preparado en nuestro largo pasado. El hombre actual no conoce nada de esto y está a miles de millas de llegarlo a saber. Y esto es un bien, ya que él está preparado para hacer mal uso de todo. La divina sabiduría sólo nos permite conocer en proporción a

lo que merecemos. Sería necesario poder pesar méritos y desméritos, medir y cualificar las fuerzas adquiridas, los impulsos negativos y contrarios de las culpas, los vacíos, los desvíos, así como los esfuerzos hacia lo Alto, los enderezamientos, registrar todo el debe y el haber frente a los equilibrios de la justicia divina. Sería necesario conocer al hombre en general y su caso particular. Trabajo de profunda penetración en nuestra propia intimidad, que cada quien puede hacer por sí mismo, estudiándose, reconstruyéndose en lo que es hoy, como necesariamente debe haber sido en el pasado, observando analíticamente lo que sus instintos actualmente resumen en síntesis, recorriendo el camino realizado para formarse como es hoy, descomponiendo el actual producto en sus varios elementos constitutivos. Establecido todo esto, él podrá decir qué probabilidad tendrá hoy de vencer o de perder, de gozar o de sufrir, de ser, como se dice, afortunado o desafortunado. Es fundamental para tener éxito en esta vida, conocer sus precedentes, y por lo tanto, conocer su contabilidad en el tiempo y con qué fardo de crédito o de débitos hemos nacido. ¡Esto consiste en algo muy distinto a la fortuna, al azar o a la pura habilidad! ¡Comprender, comprender, comprender, he allí el gran problema! Pero el hombre actual se ocupa de cosas muy distintas. Y así la Ley lo guía y lo constriñe sin que él se de cuenta de nada.

¡Qué inmenso bloque de impulsos llevamos con nosotros, como individuos y como pueblos! Y esto en todos los campos: moral, económico, intelectual, orgánico, social. Cualquier abuso, en donde quiera, genera la inversa correspondiente y proporcionada carencia. Por eso en la Tierra tantos sufren, les faltan las cosas que, sin embargo, abundan. Todo desarrollo unilateral de cualidad genera la necesidad de ser complementado con el desenvolvimiento de una capacidad opuesta a través de las experiencias. Por eso en la Tierra tantos se encuentran desubicados, precisamente porque se encuentran allí para experimentar y aprender, justamente allí donde nada saben. Por eso en la Tierra todo parece fuera de lugar, porque este no es lugar de reposo sino campo de entrenamiento, no es lugar para recoger sino para sembrar. Nuestras deficiencias morales, tantas desgracias, la pobreza, la imbecilidad, incluso las predisposiciones y vulnerabilidades orgánicas, son otras tantas carencias producto del abuso. Pareciera que el espectáculo de nuestro mundo pudiera resumirse totalmente en estas dos palabras: abuso y carencias. Todo aquí existe, pero mal distribuido. El abuso, saciándonos demasiado, nos desgasta, nos debilita, abriendo las puertas para todos los asaltos patógenos en todos los campos, contra los cuales no nos encontramos prevenidos por las defensas naturales que nosotros mismos destruimos. El mal uso invierte los impulsos de la vida que así ya están con nosotros, sino contra nosotros. ¿Cuál es nuestro pasado humano? La Historia nos dice que él a menudo es horrendo. ¿Qué podemos esperar de la vida con semejante fardo a las espaldas? Y el dinamismo íntimo de nuestra propia personalidad y después atrae las fuerzas del ambiente, se vuelve un núcleo, formando luego alrededor aquel vestido material de formas donde nuestra observación se detiene y que dan solidez y resistencia concreta a lo imponderable. Si éste nos parece un enemigo y la Tierra un lugar de penas, es también verdad que ella puede ser un purgatorio, y luego un lugar de redención. Si a la Tierra los involucrados pueden venir para gozar y los malvados para arruinarse

hundiéndose cada vez más en el mal, es también verdad que los evolucionados vienen para purificarse más a través del dolor y el amor, y que en el purgatorio terreno es dada a cada alma la posibilidad de reconstruirse en el bien y depurarse un futuro de felicidad, corrigiendo a través de una vida santa, su propio destino.

XXV

AMOR Y PROCREACIÓN

Lancemos ahora una mirada sobre el gran problema individual y social de la sexualidad y del amor, desde sus funciones reproductivas hasta aquellas, las más altas, del misticismo, funciones biológicas tan distintas, pero sin embargo tan necesarias a la vida. Comencemos con el amor como procreación.

Mientras más bajo es el grado biológico ocupado por el ser en la evolución, más es reducido a su más mínima expresión el problema de la protección de la prole. Entonces la naturaleza protege al ser menos valorizado como cualidad con la cantidad y se exime así de las particulares funciones protectoras, también para que la selección pueda cumplirse mejor. A medida que se asciende en la escala evolutiva y se llega a la formación de un tipo biológico más perfecto, el problema de la protección se hace más importante. Se trata de un producto más precioso, fruto de un más largo proceso evolutivo, de la formación más laboriosa y, por tanto, más rara de los actuales ejemplares. Es lógico que la naturaleza proteja con un cuidado mayor, un valor mayor. En el hombre, el recién nacido, debiéndose desarrollar hasta alcanzar funciones superiores, existe la necesidad de asistencias ignoradas en los planos inferiores, de los cuales el procreador involucionado se exime. Por las condiciones de civilización se sigue, entonces, que la procreación ya no es aquel acto simple e instintivo como ocurre entre los primitivos en el estado animal, sino que se convierte en un hecho complejo y reflexivo, cargado de consecuencias y responsabilidades.

Mientras que en el animal y el hombre inferior la procreación se agota casi toda con el acto físico de la generación, en el hombre que no vive ya en el plano animal ésta penetra también en el campo moral y abarca incluso una lógica educación dirigida a la formación de la personalidad. Mientras que en el plano animal los procreadores pueden rápidamente desinteresarse de la prole y liberarse de ella, en el hombre que no se encuentra en el estado animal la unión y servicio de asistencia y de guía dura decenas de años. De allí la necesidad de organizar y preveer.

De esto se sigue que en las sociedades civiles el fenómeno de la procreación se encuentra estrechamente ligado y conectado al fenómeno económico, el cual viene así a influir sobre el biológico de la reproducción. De allí se sigue también, que mientras más alto asciende el nivel de vida de una civilización, más costoso se hace el mantenimiento de un individuo y más estricto se establece el control de la

natalidad. Dada la economía de la naturaleza, gran ahorradora, la calidad se obtiene a expensas de la cantidad. Entonces las más refinadas y complejas condiciones de civilización, se convierten en un freno para la reproducción y se pagan con la pobreza demográfica. Para retornar a la cantidad, sería necesario, entonces, descender como cualidad. Todo junto no se puede tener. O la potencia o el número. Si un pueblo es rico y dominador, será poco numeroso con tendencia a disminuir cada vez más; si un pueblo es pobre y dependiente, invadirá al mundo con sus hijos. Sabios equilibrios de la Ley que ninguna coacción política puede desplazar. Así la lucha entre la inteligencia que ha alcanzado el predominio económico y la carne expresada por la masa demográfica, se reduce a una distribución de funciones, hasta que la carne de las masas amorfas, educada por la inteligencia de los dominadores, ascienda al plano de estos y no los sustituya en el grado biológico y en las funciones. Entre tanto, la cualidad de los pueblos dominadores, su alto nivel de vida constituyen una conquista de la evolución que le ha costado trabajo a la vida y, por lo tanto, ella defiende este su producto. Sabiendo lo que le ha costado, por leyes de su economía, la vida tiende a toda costa a mantenerlo y está dispuesta por esto a sacrificar la abundancia de su producción. Es así que, para proteger la cualidad, preciosa conquista, sacrifica la cantidad, que viene a constituir una amenaza. Todo se paga en la naturaleza. De esta manera se paga la menor mortandad, la cultura, la seguridad, la protección social, el bienestar, todo. Pero se puede llegar así a un nivel de desarrollo del cual los pueblos más prolíficos y numerosos están excluidos, hasta que llegue su turno de ascender y, por lo tanto de disminuir en número, de sustituir a los más evolucionados repitiendo el mismo ciclo, igual para todos.

El progreso se desplaza, entonces, para beneficio de los hijos que cada vez más son responsabilidad de sus progenitores y de la sociedad. Es así natural que, por el egoísmo protector del individuo, éste esquive siempre más una procreación que se torna cada vez más gravada de mayores deberes y responsabilidades. Dadas sus consecuencias siempre más graves, con el progresar de la civilización, la procreación pasa a ser cada vez más estrictamente controlada, haciéndose depender de cálculos. Ella es sujeta a la lucha por la vida que puede gravarla hasta contorcerla y sofocarla. Así el factor económico toma el lugar del biológico que, en vez de ser el principal, pasa a ser relegado a segundo plano, perjudicando así la selección sexual y, por tanto, a los propios hijos. Para una sana y selectiva procreación, el amor debería estar desligado del factor económico y de tantas presiones sociales de todo género, para obedecer a sus propias leyes. La necesidad de disciplinar el amor cada vez más para la protección de los hijos por un lado, la lucha del individuo para escaparse de esta disciplina que lo grava por otro lado, pesan siempre más sobre la procreación y por consiguiente, sobre los propios hijos, que así con su sacrificio como cualidad y como cantidad vienen a pagar todos los mayores cuidados que ellos le cuestan a los progenitores y a la sociedad. También aquí, no se puede tener todo, y todo se paga.

También el amor está sujeto en nuestras sociedades civiles a las necesidades del cálculo. Y el cálculo es el primer paso de la prostitución. Por otro lado es natural que la sociedad humana, al darse cuenta de que el acto procreativo está en las bases de su

constitución, haya querido disciplinarlo. Y las religiones, antes que el Estado, han encuadrado y ordenado el amor, equilibrando derechos y deberes, en la institución del matrimonio. Pero esto es ley, disciplina exterior en la que el hombre permanece hasta donde sabe y quiere. Y cuando el hombre no sabe y no quiere, las más excelentes instituciones y la coacción de las leyes no pueden impedirle que se escape. Y así en perfecto régimen de indisolubilidad en el cual la integridad de la familia se mantiene intacta, no se puede impedir que el materialismo pueda ser un cualquier tráfico ilícito y la más ventajosa forma de prostitución. Y entonces, ¿el divorcio? La respuesta es una sola: cualquier ley es inútil cuando los hombres son corruptos; toda ley es buena cuando ellos son prudentes. Cuando el hombre se quiere escapar, escapa, y toda regla es inútil. Peor para él, pero se escapa si quiere, porque es libre. Deberá pagar, pero entre tanto se escapa. Entonces comprenderá, pero ahora no comprende. Lo que decide es la voluntad individual antes que las leyes. En todos los campos es siempre así: a las leyes humanas, aun cuando estén armadas para la coacción, las obedece quien quiere. El valor de las leyes depende completamente de quien las maneja y de cómo las maneja. Si a ellas que son exteriores, no corresponde el sentimiento de una más grande ley interior, toda ley humana es inútil y de escaso efecto. Así la cuestión del divorcio se reduce a una legalización exterior de un hecho que sin divorcio ha existido igualmente desde hace tiempo. El negarlo podrá volver como afirmación teórica y de principio, pero de hecho cada quien ya resuelve el problema por su cuenta según su naturaleza y convicción. El negarlo podría ser un obstáculo que frene a la actual generación de involucrados para lanzarse por esta puerta abierta hacia un anhelado desorden que se denomina libertad y que así les impida fijar y exhibir este desorden en forma jurídicamente legalizada. Pero en este caso como en todas las cosas, la sustancia, la motivación, las consecuencias a pagar, son todos personales e interiores, y las leyes allí pueden actuar hasta cierto punto. La cuestión, pues, no es tanto jurídica como moral.

Observemos en dos casos típicos en qué se puede convertir el amor en nuestra sociedad, cuando es sometido a las presiones del factor económico y de la lucha por la vida. 1er caso: una valiente señorita, religiosa, obediente a los sabios concejos de sus padres, fiel a las normas sociales, inteligente calculadora y celosa de su posición social que no quiere salir perdiendo buscando demasiadas cosas juntas, consigue casarse un poco tarde. Por otro lado, esto sucede porque la joven es pobre, quiere primero forjarse una posición, a la cual llega cuando la juventud está pasando. Ella y su marido se casan con reflexión, con todos los cálculos relativos, con todos los permisos y consentimientos de los padres, de los parientes, de las leyes religiosas y civiles, en total regla con todos. Se casan, pero el amor no existe, o entre tantas reflexiones no se sabe donde se encuentra. En compensación el equilibrio está asegurado, los conyugues están tranquilos, la protección de los hijos está asegurada. Posición ideal, fruto de prudentes sacrificios, muy bien ganada, también para los hijos. Ella fue sabia y honesta, supo esperar, sacrificar el instinto y se presentó casta. Formalmente, frente a todas las exigencias sociales, todo está en orden, la sociedad aplaude, estima y respeta. Todo está según las reglas, con todos los beneficios. La reflexión, vale decir, el cálculo ha triunfado, la batalla por la vida se ha vencido y

todos hacen reverencia. Existe solamente un pequeño hecho, secundario en nuestro mundo civil: las leyes de la edad y del amor fueron violadas, la frescura vital se ha marchitado y el amor, en la necesidad de adaptarse, no se sabe en qué se ha convertido. Los corazones desilusionados por la espera se lanzan sobre los últimos remanentes de la juventud con voracidad inútil, los hijos no nacen ya o si nacen débiles, hijos de descontentos y de viejos, seres que no pueden amar y gozar la vida, nacidos cansados y que no podrán enfrentar y vencer en la lucha. Se gana la batalla económica, pero se perdió la batalla biológica. Esta es la historia de muchos matrimonios de lujo, en los cuales dos patrimonios se casan, sin importar las personas que con esto se juntan. Unos hijos desventurados, por los cuales precisamente se ha querido preparar todo, pagarán por esta excesiva preocupación. Ciertamente ellos crecerán entre las comodidades, protegidos por la riqueza y estimados por ella. Exentos artificialmente de la lucha, terminarán por debilitarse e imbecilizarse. Y automáticamente perderán la riqueza que los ha impulsado a la ineptitud. Viene así a costar bien caro lo que ha sido logrado gratuitamente. La vida debe ser un escenario de experiencias y la naturaleza desaloja a los parásitos y a los protegidos. La riqueza vale solamente mientras representa un ejercicio nuestro para conquistarla. Pero cuando se convierte en instrumento de ocio y parasitismo, ella se transforma en un peligro. En los casos más graves, por añadidura la naturaleza niega la reproducción. Pero en todos los casos, la victoria económica es una derrota biológica.

Segundo caso: otra señorita, rebelde a los concejos de sus padres y a las normas sociales, de temperamento pasional, poco sentido calculador, que no se preocupa por sí y por su posición social, dispuesta a sacrificarlo todo por amor, despreocupada por su autodefensa, se lanza arrastrada por el instinto y, contrariamente a las sabias reglas religiosas, morales y sociales, ama y procrea, joven, y realiza un matrimonio por amor, pero económicamente desastroso, y hasta puede quedar sola y abandonada. Su destino está marcado, una vida dura de trabajo y sacrificio la espera, ya no tiene derechos y deberá aceptarlo todo, sin ninguna protección ni seguridad para los hijos. No supo esperar, sacrificar el instinto, ser inteligente y honesta. Sus padres y parientes consternados y descontentos, las leyes religiosas y civiles violadas, formalmente todo está en desorden. Todo en contra de las reglas y todas las desventajas de una posición pésima. La sociedad estas cosas las condena y las desprecia. Aquí la sinceridad y espontaneidad del amor han triunfado, pero la lucha individual por la vida se ha perdido y todos desaprueban esto. Ella no fue hábil, no supo venderse bien a sí misma, no hizo los contratos en la vida necesarios para protegerse regularmente, no supo utilizar la ley para su defensa. Es una fracasada, un desperdicio económico y justificadamente todos se rebelan porque hay un error que pagar, y éste pesará sobre ella justificando la necesidad de cualquier adaptación. Solamente que el error no fue de carácter biológico, sino económico, y la sociedad parece que ve primero éste y después aquél. A pesar de todo, existe también aquí un pequeño hecho secundario en nuestro mundo civil y es que las leyes de la edad y del amor fueron respetadas. Los hijos, concebidos en el vigor de la edad y en el impulso del amor, son robustos, hechos para amar y gozar la vida, hechos para enfrentar y vencer en la lucha por la existencia. Se perdió la batalla económica, pero se ganó la

batalla biológica. Si la sociedad rechaza esto, en compensación la vida lo aprueba. Parece que la vida piensa muy distinto a la sociedad. Los puntos de vista y las finalidades son muy diversos. Donde una condena, la otra premia. Ciertamente los hijos serán pobres, pero bien provistos por la naturaleza, para luchar, y la ausencia de comodidades protectoras los adiestrará desde pequeños y los hará más fuertes, de modo que les será fácil después apartar de las debilidades hijos de la riqueza su cáscara protectora. Así la naturaleza restablece sus equilibrios, debilitando a los protegidos y reforzando a los desheredados. De esta manera los hijos que parecen afortunados en realidad resultan desventurados, y porque parecen desventurados terminan siendo victoriosos. Así la naturaleza justa restituye a éstos, a expensas de aquéllos, todo lo que los primeros habían recibido de más, y la derrota económica terminara siendo una victoria biológica.

Estos no son más que dos típicos y opuestos casos límites. En la práctica, las combinaciones son innumerables. Con ellos queremos demostrar que nuestra civilización, bajo el asedio económico que es su producto, tiende a convertirse en un impulso antivital, y que es necesario para los fines de la evolución liberar el fenómeno biológico de esta su dañina dependencia del fenómeno económico. Es un hecho que actualmente este último elemento pesa sobre la escogencia sexual y sobre la reproducción, sobre los sentimientos del amor y sobre todas sus consecuencias. Es cierto que el asedio económico es un asalto que la lucha por la vida mueve en la vida misma, asalto practicado antes por las fieras y por los elementos. Pero con el progreso se ha aligerado aquella forma de lucha en las actuales menos crueles y feroces, de manera que ahora la asistencia estatal deberá expresar una cada vez más intensa contribución de la sociedad en la defensa de su procreación. Los casos del primer tipo se explican con la universal presión que sobre todo ejercen las necesidades materiales. El hombre sabe muy bien que con la naturaleza no se juega, y se defiende apegándose a lo que sea, donde pueda. En nuestro grado de evolución la lucha se ha hecho incruenta, menos física y mucho más psíquica, pero no por ello menos feroz. El hombre que solamente cuida de sí mismo, de su familia y de su buena vida, la naturaleza que tiende hacia fines complejos y lejanos, le parece despiadada, y es así que él sacrifica la lejana victoria biológica de la raza, por la más cercana victoria económica individual. En el amor vemos a la vida en conflicto consigo misma, porque ella quiere alcanzar dos fines que en este momento están en contradicción: la conservación del individuo y la conservación de la especie. Y el egoísmo que defiende al individuo, se defiende del egoísmo de la especie, que tiende a aplastar a aquel.

El hombre quisiera lo más posible eximirse de la gran fatiga de evolucionar, mientras que la naturaleza quiere su esfuerzo para hacerlo progresar. El progreso cuesta tanto trabajo, tanto dolor, sacrificio de vidas, que el instinto de conservación individual se retrae. El hombre desearía la vida fácil para gozar, cuando, en cambio, lo espera la vida dura de la ascensión. La sociedad se agita para salir de esta mortaja y asume alternativamente actitudes distintas, pero en vano. En los períodos de bienestar cuando dominan regímenes de orden, la familia es sana y la filiación es protegida y

estimulada, se determina el incremento y la presión demográfica, la conciencia colectiva se despierta en la fuerza y con ello el sentimiento nacional, el amor a la patria, la fe, la disciplina. Estos períodos y regímenes terminan todos en las guerras de conquista para la expansión. Si ese pueblo vence se convierte en grande a expensas de los otros pueblos vencidos; si pierde se retrae en beneficio de los otros pueblos vencedores. En este caso despuntan los regímenes débiles de descomposición y de desorden, reina la miseria, la familia se desgasta y se deshace, la descendencia no protegida disminuye, desciende el desarrollo demográfico, la conciencia colectiva se adormece y con ella el sentimiento nacional y el deseo de guerras expansionistas. Se llega así a la paz, pero al precio de la descomposición propia. La naturaleza quiere una sola finalidad: la victoria. Es por este camino que ella hace marchar a los pueblos apenas se verifica una exhuberancia de fuerzas, y por más que este capital a quien le cuesta es al hombre, no se lo deja gozar, sino que se lo hace gastar todo buscando la victoria. Y si pierde peor para él. Si algún pueblo se rehúsa a desempeñar este juego, entonces la vida lo castiga, liquidándolo con el debilitamiento, la servidumbre, la extinción. Y el individuo, movido por su propio instinto egoísta de conservación ligado a las necesidades de su propia defensa, aplastado por el acoso de miles de necesidades, lanza lo más que pueda lejos de sí esta envoltura de otras necesidades biológicas las cuales le importan muy poco, y así sacrifica y distorsiona el amor y la procreación, sobre los cuales la aspereza de la lucha viene así a hacer incidir sus signos funestos. ¿De quién en este estado es la culpa? Cuando no hay margen, es natural que el individuo piense primero en su propia conservación que en la cualidad de su procreación y anteponga su victoria de individuo, descuidando la victoria biológica, menos urgente, la de la raza.

El amor, de hecho, no es solamente una función para la procreación, sino también para uso de los progenitores. Si es un fenómeno biológico, demográfico y social de interés colectivo, es también un fenómeno electromagnético, hormonal y genético, de interés individual. El intercambio de radiaciones de opuesto signo eléctrico es un excitante del dinamismo nervioso, es un *do ut des* en el cual las dos opuestas cargas recíprocamente se desembarazan de lo superfluo y recargan lo necesario. El intercambio hormonal, fenómeno que la ciencia todavía no ha comprendido bien y que aquí no es posible ilustrar, realizándose a través de las mucosas, abasteciendo a las células, influye como regulador y activador del metabolismo. Todo esto es necesario y útil para la vida de los progenitores, independientemente de la procreación. Por último y conectado con los anteriores, aparece el fenómeno genético, por el cual a través de nuestra vida individual, otra vida se individualiza, hasta convertirse en autónoma, apartándose de los progenitores. Es imposible ilustrar aquí cómo el principio espiritual se encarna en el feto, cómo se liga a su forma física, según qué leyes, a través de qué fuerzas y afinidades. Entramos aquí en el campo espiritual en el cual se maduran los fines de la vida, del cual el organismo corpóreo no es más que un instrumento para las experiencias. Se podría decir que no se puede comprender el amor verdaderamente, si no se comprenden todos los problemas del universo. Considerado también solo como hecho individual, es un fenómeno tan basto que alcanza las raíces mismas de la vida. Aquí podemos solamente tocar su

complejidad. El hombre pretende dominarlo con sus leyes, y ni siquiera lo conoce. Es regulado por una sabiduría muy distinta a la humana, en su función y en sus consecuencias.

A medida que el ser evoluciona, su amor se hace cada vez más espiritual. El involucionado solamente sabe comprender el amor en su forma inferior, egoísta y carnal. El poder, la belleza, la libertad, la alegría del amor espiritual son para él un inconcebible, porque están fuera de sus capacidades perceptivas. Únicamente en lo Alto, donde los seres no aman carnal y egoístamente, se puede tener un amor que esté por encima de la traición, de la ilusión, de la muerte. Es verdad que es muy fatigoso ascender, pero si se quiere poseer estos resultados es necesario enfrentar este esfuerzo. Es dura la ascensión, pero es ley que quien asciende, marcha hacia la alegría y quien desciende avanza hacia el dolor. ¡Ay de quien ilusionándose con poder gozar, se precipita hacia abajo! Instintivamente sentimos el paraíso en lo Alto de los cielos y el infierno en las tenebrosas profundidades de la Tierra. Actualmente la humanidad es presa de su frenesí de evasión y de liberación. Y se cree que se pueda alcanzar la libertad del dolor escapando de todas las normas. Se ha formado así un concepto invertido de libertad, en descenso en vez de ascenso. Pero ¿qué es lo que no se ha invertido en esta era de involución? La verdadera libertad solamente se puede alcanzar con la ascensión, con la lucha por ascender. Este es el siglo de las palabras falsas, hechas para engañar, porque todo está alterado y desfigurado. Actualmente impera una manía loca de tirar al aire todos los deberes, de liberarse de todas las disciplinas, creyendo aligerarse así de todos los pesos. La sustancia es un egoísmo cada vez más feroz, sembrador de perjuicios para todos, una lucha cada vez más encarnizada y, por lo tanto, una vida cada vez más dura. Ya este descenso hacia la barbarie se le denomina evasión y libertad. Cada quien niega al prójimo el tributo de su propio deber, resultando todos empobrecidos. Escapar de las normas morales, bestializándose en el placer, puede parecer ascensión hacia la alegría, pero es realmente descenso hacia el dolor. Toda manifestación humana expresa la actual fase negativa, destructiva, involucionada, de descenso. Se marcha así, hacia un cada vez mayor dolor y, de esta manera, con la ruptura de los frenos, a lo que se denomina libertad, se desciende siempre más hacia abajo, hasta tal estado de desesperado sufrimiento, que la desesperación misma impondrá la reacción, es decir, la retoma del esfuerzo de ascensión. La evolución no se puede detener. Las masas de hoy son tomadas por el vórtice y no pueden ver más allá de esto. Deberán recorrer todo el ciclo de la hora histórica. Cada quien tiene y conoce lo que se merece. Dios lo guía todo. Algunos pocos aislados y oprimidos siguen con dolor y en silencio la vía opuesta, apegándose a Dios en una lucha desesperada por salvar, en este momento de destrucción universal, especialmente a los valores espirituales, lo más precioso que con inmensos esfuerzos las civilizaciones han conquistado. La lucha es desigual y desesperada. Pero Dios que todo lo guía está con ellos; la vida para su salvación está con ellos; la evolución que no se puede detener está con ellos; la tiniebla es grande, pero la luz está con ellos. En una hora de inconsciencia, ellos tienen la consciencia de ser los depositarios y los custodios de los más altos valores de la vida y, por lo tanto, los señores del futuro.

SEXUALIDAD Y MISTICISMO

Observemos ahora las funciones y el significado del amor en los planos biológicos más elevados, donde todo y por consiguiente también él se transforma con el ascender de la vida.

Frente a las graves afirmaciones de Freud, hoy de moda, por lo cual la sexualidad es la base de la personalidad y toda forma de amor no es más que una extensión directa derivada del amor sexual, nos planteamos las siguientes preguntas: dado que el amor de los místicos presenta características de afinidad con el amor sexual, del cual conserva a menudo por esto sus expresiones, ¿existe en verdad parentela entre las dos formas? ¿Por qué? ¿Qué relación existe entre ellas? ¿Es el misticismo una forma patológica o supernormal del amor sexual? Entendemos aquí por misticismo aquel fenómeno que no pertenece solamente al Cristianismo, sino a las religiones, o mejor, a la vida, por lo cual, cualquier individuo aislado experimenta en sí, como fenómeno vital presente, la inmanencia de lo divino, de lo trascendente. Entendemos aquí hablar de este misticismo verdadero, real fenómeno biológico, y no de cierto seudomisticismo que podría dar la razón a Freud. Y este misticismo verdadero se lo indicamos a la ciencia como algo serio. Tanto es así que el día en que estos problemas sean pasados desde el campo solamente teológico, religioso y especulativo, al campo científicamente objetivo y racional, se podría decir que el materialismo científico se ha derrumbado.

Aceptamos la orientación de los psicoanalistas que en el estudio de la personalidad dan gran valor al factor sexual. Pero, ¿tenemos el derecho de exagerar, como ellos hacen, la importancia de este elemento, hasta llegar al punto de definir al místico como un gran amador que, por voluntaria o impuesta renuncia, estando cerradas las vías normales del desahogo erótico, busca satisfacerlo anormalmente por los atajos del misticismo, que de esta manera se reduce a un reemplazo sexual? Sin duda el misticismo se acopla mal con la fragilidad de sentimiento, pues que representa el desarrollo de la potencia del corazón, en el polo opuesto de la potencia de la razón. El hecho de que los místicos podrían ser grandes amantes también en el plano sexual, ha llevado a pensar que ellos no son más que libidinosos frustrados. Se ha creído, entonces, poder asumir el factor sexual como base del fenómeno del misticismo y de su desarrollo, y de poder contraponer a la sexualidad natural una sexualidad mística, entendida como desviación, vale decir, como una sexualidad frustrada y deformada.

El problema que nos planteamos es este: ¿el caso del misticismo es algo patológico, es un desvío degenerado de lo normal, un cualquier reemplazo por compensación y de valor inferior, o es en verdad una tentativa propia de la evolución que la naturaleza, en dadas circunstancias y casos realiza para llegar, a través de una superación biológica, a formar más progresados de vida, de sentir, de amar? Es cierto

que el misticismo y la renuncia en la realidad se asocian como ligadas por una misma ley, pues que las dos formas de amor, sexual y mística, parecen rivales y, en consecuencia, excluyentes. Pero el problema está en establecer si la renuncia, en vez de ser la causa, no sea el efecto del misticismo. Sin duda el amor es uno de los impulsos fundamentales de la vida y sabemos también que la naturaleza, gran ahorradora, no desprecia nada y lo utiliza todo. Así como ella utiliza también a la enfermedad para robustecer e inmunizar, podría muy bien utilizar la renuncia, debida a cualquier causa, para elevar las manifestaciones del amor y así, en temperamentos por madurez biológica más capaces, buscar una compensación sublime más en lo Alto, utilizando el frustrado desahogo en el plano sexual animal, para dirigir su impulso por vías más elevadas. Dada la potencia creativa del amor y la gran importancia del fenómeno evolutivo, no es verosímil que la sabiduría de la naturaleza se deje tan fácilmente defraudar frente al cumplimiento de sus mayores finalidades, que son: conservar, crear, evolucionar; y que en tal caso en vez de fallar en una distorsión patológica, no trate dar salida a sus fuerzas y abrir camino a sus impulsos mayores por vías superiores, realizándose igualmente enseñando a amar en formas biológicas más evolucionadas.

Ahora, entre el hacer de la renuncia un hecho concomitante al misticismo y hacer de ella la causa de éste, hay una gran distancia. Es verdad que la naturaleza puede utilizar la renuncia para ayudar el desarrollo místico. La elasticidad de los instintos, que hace posible la adaptación tornando soportable la sustitución y la transposición de objetos, es limitada. Pues que los instintos tienen un fin a alcanzar y se verán defraudados en la realización de éstos. La desviación del impulso no puede superar cierto grado de deformación, cualquiera que sean las necesidades impuestos por la adaptación. Estas formas derivadas se reconocen por características de semejanza, pero una semejanza tendiente a la degeneración y no a la superación en lo sublime. Que no nos induzca esta semejanza al error, haciéndonos mezclar lo anormal con lo supernormal. La facultad de adaptación no nos autoriza a creer posible un salto de esta magnitud, como es el que sería necesario para superar el abismo que separa al amante carnal del amante místico. Amar espiritualmente y altruístamente a Dios y en Dios al prójimo, es algo muy distinto a amar sexualmente y egoístamente a un semejante. Si existen afinidades, es porque el Amor en el universo es uno. Pero ellos no son suficientes para fundir los dos fenómenos. Ciertamente la escala evolutiva es la misma y todo es unitario en un universo monista, pero hay demasiada distancia entre la fase humana y la fase superhumana para que, para superarla sea suficiente el impulso de una satisfacción frustradas. En el misticismo no existe solamente el elemento negativo de la renuncia, sino que existe un elemento positivo que se distancia del mundo sexual en la inversión de los valores, y que está implícito en tal superación. En el individuo hay un hecho evolutivo nuevo, una madurez que lo eleva y lo potencializa. La renuncia puede ser un hecho concomitante y colateral, una negación inferior necesaria para que pueda realizar la superación. Pero de aquí a ser ella la causa determinante del misticismo, hay mucha distancia. Es mucho más lógico admitir lo contrario, es decir, que la renuncia se acopla al misticismo en cuanto que este estado representa un tal esfuerzo evolutivo, que absorbe para sí todos los

recursos del individuo. En el genio, en el santo, que tanto se asemejan al místico, vemos que la vida, que en ellos realiza un trabajo excepcional supernormal, difiere los fines de la reproducción y relativa sexualidad, en bien de sus mayores fines creativos.

Para poder juzgar a un ser es necesario comprenderlo y para comprenderlo se necesita saber vivir en su grado de evolución. Ahora, la ciencia y el pensamiento humano actuales, tienen como tipo biológico modelo al involucionado de hoy, de sensibilidad limitada, de instintos animales. La actual orientación materialista y utilitaria, no sabe concebir otro superhombre que no sea el de Nietzsche, es decir, el superbruto, egoísta, violento y antisocial. Todo depende de la forma mental y del metro con el cual se juzga. Es natural que el materialismo freudiano solamente pueda ver en el hombre al animal. La verdad es que en este mundo, el superhombre del espíritu, solamente puede parecer un anormal, un degenerado. Para juzgar se necesita haber comprendido el funcionamiento de la ley que rige al universo y los fines de la vida. Que el objetivo de ésta sea evolucionar, es una hipótesis que se corresponde con la observación y satisface la lógica de las cosas y la razón humana. Es lógico que, si existen seres que se mueven en la fase animal, en el campo de las leyes del hombre y del amor, ocupándose únicamente de las funciones vegetativas de la conservación individual y colectiva, puedan existir también individuos que se muevan en el campo de las leyes de la evolución, ocupándose de la función de progresar. He allí al héroe, al genio, al mártir, al santo, al místico, al superhombre del espíritu, al anticipo de la evolución, al pionero del progreso, tipo biológico que no es un producto de un tiempo, de un lugar, de un pueblo o de una raza, sino que es universal, producto de la vida.

Todo depende, pues, del punto de observación y consecuente perspectiva. Para el hombre involucionado actual que se coloca a sí mismo como modelo de vida, la sublimación de sus cualidades no parece tener mucha importancia, mientras que tiene muchísima para el hombre que ha comenzado a apartarse de él por evolución. Existe un modo de ver las cosas de la Tierra, es decir, evolutivamente desde abajo hacia lo Alto, y un modo de ver las cosas desde el Cielo, es decir, desde lo Alto hacia abajo. En el primer caso seremos llevados a despreciar, relegando al fenómeno místico a lo patológico y anormal. En el segundo caso se admitirá el grado de sublimación al cual el misticismo consiguió llegar, haciendo evolucionar los primordiales impulsos biológicos del instinto bestial. Es natural que la visión egocéntrica que coloca al hombre actual como regla y modelo de la vida, le haga considerar un alejamiento de este tipo, aunque sea por evolución, como una desviación que es vista con desconfianza, sin interés, cuando no con desprecio. Es natural también que desde la posición biológica del más evolucionado, las cosas se presentan muy distintas y se mire al hombre actual con piedad, como a un pobre ser inferior que no sospecha todavía las infinitas posibilidades que contiene su futuro desarrollo. Por ello los problemas del místico, para él tan acuciantes, no pueden interesarle a la mayoría a la cual, más que el futuro y evolucionar, cosas para ella tan lejanas, urgen sobre todo la expresión y afirmación de sí misma, del hombre tal como es hoy, en el estado actual.

Sin embargo, no podrá negar que la vida le tenga que interesar también la evolución. Si ella, de hecho, produce individuos con esta función principal, esto quiere decir que también ellos son indispensables en el trabajo de conjunto.

Pero demasiado lejos nos llevaría desarrollar estos conceptos. Debemos aquí, pues, concluir el aspecto actual. Si el Amor universal es el fenómeno que liga a la sexualidad y al misticismo, y nos permite trazar sus relaciones, con esto se establece la inmensa distancia evolutiva que los divide. Si en verdad ellos son dos formas del mismo Amor universal, ¿en qué distintos grados ellos están, por pureza, alegría y potencia! Esto nos dice también que los dos fenómenos pueden ser comunicantes y repercutir el uno en el otro, pero también que esta lejana parentela, que por lo demás existe en todas las formas de la vida, no es suficiente para pasar del amor sexual al amor místico. Para llegar a éste es menester una maduración evolutiva, el manifestarse de cualidades nuevas, una verdadera catarsis biológica, una superación de sí mismo. En el misticismo, si existe algún recuerdo de la sexualidad, hay infinitamente algo más. Dado esto, la orientación freudiana es absolutamente inadecuada para explicar un semejante nacimiento del más del menos. El solo fenómeno sexual no es causa suficiente para determinar el verdadero fenómeno místico. Si fuera suficiente solamente una fuerte sexualidad, aunque contrastada, para generar y explicar el fenómeno místico, los casos serían mucho más frecuentes. La mayor parte de los que renuncian forzosamente, se compensan de una manera distinta, desviándose hacia lo patológico y lo anormal. El verdadero misticismo es alcanzado únicamente por almas selectas. Millones que renuncian se aíslan en los conventos o en cualquier lugar del mundo, pero, ¿cuántos de ellos se convierten en verdaderos místicos? La mayor parte de esta abundancia, ni siquiera piensa en esto. El tipo biológico inmaduro normal, en tal caso o se rebela rompiendo los frenos, o se adapta a la deformación del instinto, o enloquece y se suicida. Para poder alcanzar lo sublime, para convertirse en santo, deben concurrir otros elementos muy distintos que no pertenecen de hecho a la sexualidad propia del plano animal humano. ¿Para biológicamente alcanzar tan alto, se necesita algo más que una deformación del tipo biológico normal! Para llegar a vivir la vida del tipo biológico supernormal, no basta exuberancia y renuncia, sino que es necesario haber recorrido el largo camino que lleva a la propia maduración; es necesario ser evolucionados y no involucionados.

XXVII

POR QUÉ EL AMOR ES ALEGRÍA

¿Qué significado tiene la alegría en la vida? ¿Qué es el Amor y por qué él en cualquier grado evolutivo, desde su forma sexual a la más alta del misticismo, es gozo? ¿Qué relación existe entre las dos formas? ¿Puede llevarnos esta pregunta al descubrimiento de un común denominador, si éste existe? ¿Es tal vez el Amor, el gran motor de la vida? Y, en grados evolutivos más elevados, ¿se trata siempre del

mismo Amor? ¿Cómo evoluciona y a qué tiende este Amor universal que alcanza a Dios? ¿Cómo puede él seguir siendo un gozo cuando se nos presenta como renuncia a toda alegría terrena, como dolor y negación de la normal vida animal? ¿Cómo puede seguir siendo creación y sublimación, cuando humanamente parece destrucción y derrota?

Respondamos a estas preguntas. Ciertamente es que la vida busca la alegría. ¿Por qué? Porque ella está hecha para la alegría, la cual nos indica dónde está el bien. El bien está marcado por el signo de la alegría, el mal por el signo del dolor. Alegrías momentáneas y ficticias podrían inducirnos al error, pero si ellos encubren al mal, rápidamente descubren el dolor del cual están hechos. La alegría está en todo lo que evoluciona, que marcha hacia Dios, el sumo bien. La vida está hecha para evolucionar, aunque sea a través del dolor, hacia una alegría cada vez más grande. Todas las veces que seguimos la Ley de Dios, sembramos la alegría, incluso si de ella nos separa un abismo de pruebas y dolores. Todas las veces que marchamos contra la Ley de Dios, sembramos para nosotros el dolor, incluso si de él nos separa un mar de ventajas y placeres. Ahora, existe el gozo del paladar que nos dice que es bueno nutrir el cuerpo, porque él debe vivir. Existe un poco más alto el gozo del sexo que nos dice que es bueno reproducirse porque la especie debe vivir. Existe también, mucho más alto, el gozo del trabajo y del pensamiento que crean, el gozo del espíritu y de la ascensión, para indicarnos que se debe progresar, porque el hombre no debe solamente vivir y multiplicarse, sino que debe también evolucionar. Para cada fin por alcanzar, la Ley propone un gozo a éste adaptado. Cada cosa en su lugar, según una jerarquía de funciones, que guía nuestras acciones.

Pero sigamos observando. Si el hombre posee su conciencia relativa, racional, reflexiva, transitoria, limitada y adaptada a los fines de la vida y de la evolución, es un hecho de que el universo funciona regido por otro pensamiento que el hombre apenas conoce, ley absoluta, eterna, iluminada, divina. La mente humana no es la que guía en la realidad el universo, que sabe muy bien funcionar por sí mismo. Por el contrario, la mente del universo guía al hombre, sin que este sea consciente de ello y está de tal forma inculcada en cada ser, que se encuentra así omnisciente y omnipresente, y sin ella nada podría vivir. Es un hecho de que la más simple célula de nuestro cuerpo sabe realizar sin que nosotros lo sepamos tales milagros de bioquímica que nosotros no solamente no sabemos reproducir, sino que ni siquiera llegamos a conocer y comprender. Una pequeña célula es más sabia que el más grande de los científicos. Esta conciencia del universo en el hombre aparece de forma instintiva, no reflexiva; intuitiva, no racional. La conciencia humana, en cambio, está ligada a los sentidos y es un sistema, un esquema lógico, una forma mental en la cual el hombre está encerrado. Es su cuerpo mental. Ahora, cuando por maduración evolutiva el “yo” logra traspasar más allá de estos confines, aunque sea sólo un poco, en la conciencia universal, esto, al ser superación, distensión y expansión en una más grande vida, constituye alegría, la cual, como dijimos, es índice del bien y de la ascensión. Sin embargo, existe en la vida una continua lucha entre la necesidad de conservación que preside el instinto del egoísmo, y la necesidad de expansión que

preside el instinto altruista del amor. Poder liberarse del restricto consciente individual, en el inmenso consciente universal, que para el hombre se encuentra en el inconsciente, poderlo sentir y alcanzar representa lo sobrehumano, representa acercarse a Dios. Respondiendo esto a los más altos fines de la Ley que son los de progresar hacia lo Alto, constituye también la mayor alegría del ser.

A esto se llega a través del Amor. Entendamos, con A mayúscula el Amor universal que va desde la forma sexual a la mística, hasta llegar a Dios. No es el racional cálculo egoísta, sino el abandono ciego en Dios, la entrega a la vida que nos abre las puertas a estos contactos con el infinito y a las alegrías que de allí derivan. En lo hondo del supremo gozo del místico, como de todo amante terreno, está el dejarse absorber más allá de toda lógica de interés individual, el perderse en el abismo divino, aunque pueda parecer muy irracional este naufragar del egoísmo. Pero, ¿por qué, entonces, si él preside la conservación, es tan dulce para el “yo” este renegarse, y para la mente humana, extraviarse así en la contradicción y en lo irracional? En cada grado del Amor, tanto mayor será el gozo, cuanto mayor es la renuncia al egoísmo. He allí que en el fondo de todo Amor, desde el sexual al místico, existe el mismo motivo de la renuncia. La razón de esto está en el hecho de que la alegría es dada por el evolucionar, ascendiendo hacia Dios que es Amor y esto solamente se puede obtener por las vías del amor que, si es alegre expansión altruista, es también contracción del egoísmo, negación de sí, renuncia. Todas las veces que nos damos superando las barreras de nuestro egoísmo, la Ley de Dios nos aprueba y nos lo dice compensándonos con una alegría íntima. Esto a cualquier nivel, desde el nivel del amor sexual, al del amor místico. Entonces el “yo” se pierde y la vida triunfa. El “yo” cree entonces morir, cuando en cambio, renace en su expansión, en los hijos o en el espíritu. Pues que Dios da a quien da, y niega a quien se niega. Al sacrificio y al gozo sigue la creación, la multiplicación sea material o espiritual, que es manifestación de Dios. El principio es único. He allí el común denominador de los dos fenómenos, aún estando tan distantes: el Amor. En el uno como en el otro caso, la alegría es dada por la misma expansión, si bien en forma y grados distintos, por la misma adhesión a la divina ley de amor que es base de la vida. Entonces habla, más allá de la conciencia humana, la divina conciencia universal y, sin que el hombre lo sepa, se coloca en el lugar de su conciencia, marchando más allá de la razón, el cálculo egoísta y los intereses de su conservación, y hasta en contra de estos. Esta superación, este abandono, a un inconsciente instintivo en el cual actúa otra conciencia más elevada que se nos escapa, este traspasar más allá de los límites del egoísmo para vivir en el Todo y por el Todo, representa el sacrificio que está conectado al amor de quien genera a cualquier nivel y sin el cual no hay verdadero amor, ni génesis. Esto provoca el desfallecimiento del alma. He allí por qué razones encontramos en los dos fenómenos, el de la sexualidad y del misticismo, los mismos elementos, es decir, amor, sacrificio y gozo.

Mientras el egoísmo contrae y diseca, el amor dilata y crea. El primero, si es llevado más allá de su función conservadora, se invierte en fuerza destructora. Así se comprende cómo el Amor lleva a la inversión de los valores establecidos por el egoísmo, cómo el amante se olvida de sí mismo por lo amado y el místico viva de

renuncia. Entonces la pérdida se convierte en ganancia, el ordenar en obedecer y lo irracional triunfa. La vida pasa a una fase evolutiva más alta y la ley de conservación del “yo” se sacrifica para que venga la ley de identificación con otro ser. Dios es unidad y todo lo que hermana y unifica, nos lleva y nos acerca a Dios. Dado que el amor es gozo, el hombre puede abusar de él eliminando el sacrificio que lo eleva tornándolo creativo, haciendo así de él un instrumento estéril de placer. No quedan, entonces, más que un montón de ruinas, un amor egoísta e, incluso como alegría, mutilado; infecundo y traidor de los fines de la vida. Sin embargo, entre todas las culpas, las que menos alejan de Dios son las de amor, que es siempre su ley suprema. Las peores son las del egoísmo, del odio, de la destrucción. Donde coloca a los lujuriosos siempre distantes de Lucifer que es el centro del odio, del mal y que es la negación de Dios, es decir, del amor, para colocarlos junto a las puertas del infierno, en el punto más alto del purgatorio, en su salida, cerca del paraíso.

Todo esto nos permite poder definir mejor las relaciones entre sexualidad y misticismo. Si dada la unidad de la vida, no se puede desconocer una necesaria semejanza entre sus manifestaciones, esto no quita nada a la superioridad espiritual del fenómeno místico que así se nos presenta como algo muy distinto a una simple sublimación de instintos sexuales que funciona como un sustituto por derivación compensadora, como les puede parecer a los psicoanalistas freudianos. No obstante la gran distancia entre las dos formas, su común y fundamental elemento, el amor, lleva a verificarse en ambos casos el mismo fenómeno del pudor. Observemos su significado. Este estado propio del acto sexual, acto que significa protección del él y nada de hacer conciencia del pecado, se encuentra también en el artista en el momento de la concepción, en cualquiera que cumpla con conciencia un acto noble y altruista, en fin, sobre todo en el místico al realizar sus contactos espirituales. El pudor se manifiesta en la vida todas las veces que se realiza un acto importante, casi sagrado, que debe ser protegido de la mirada de los profanos. Esto lleva también a lo siguiente: mientras más se siente la fe y más se lleva viva en sí mismo, menos se es llevado a exhibirla y más repugnan las exterioridades; y viceversa. Es raro que a alguien le guste mostrar su propio y más preciado tesoro, y si se le exhibe, esto quiere decir que no se le ama. Es sobre todo en el caso del verdadero misticismo, que la naturaleza busca públicamente protegerse, escondiendo sus manifestaciones de los normales involucrados destructores, el misterioso proceso de la génesis del superhombre del espíritu. Entonces es la vida la que protege al individuo que a ella se entrega, porque el “yo” abandona sus defensas y, olvidándose de sí mismo, queda inerme. Tanto en el fenómeno sexual como en el místico, la conciencia reflexiva queda suspendida para perderse fundiéndose en la conciencia cósmica, el separatismo del individuo aislado se anula en la identificación con el objeto del propio amor, sea criatura o Creador. La vida queda arrebatada por este hecho, tanto más cuanto más está ausente la voluntad separatista y egoísta del “yo”. El amor a cualquier nivel es un regocijo de la vida cósmica, porque representa el cumplimiento de su primera ley. Dios es amor y crea en el amor, a todo nivel, desde el amor de la carne cuando es entendido con pureza, subiendo, subiendo, hasta el amor del espíritu. El mismo

cristianismo ha hecho del primero un sacramento, colocándolo en la base de la familia, como misión social.

El Amor es el estado sublime en el que aparece y actúa la divina voluntad que está en todas las cosas, la omnisciente secreta alma del cosmos. Entonces ella se coloca en el lugar del “yo” y su razón, y sin que él lo sepa, lo maniobra para sus fines, lo liga a su comando, absorbiéndolo en su oceánica potencia. El “yo” se extravía, siente el peligro que tiene que ver con su seguridad de individuo al entregarse sin reflexionar y quiere calcular, defenderse, retirarse. Pero un supremo gozo lo fascina y lo arrastra en el remolino, donde es tan dulce dejarse naufragar, donde el egoísmo se despedaza deshecho por el amor. Entonces, tanto en el amante terreno, como en el místico amante superhumano, un hecho se apodera del ser que ya no sabe resistir y es así arrebatado. Así como el enamorado de la criatura terrena enfrenta todos los riesgos y sacrificios por ella, el enamorado de Dios locamente se atreve a la inversión evangélica de los valores humanos en la renuncia. El místico, que no cree en la carne sino en el espíritu, se funde en la voluntad de Dios sin reservas. La divina potencia creadora se manifiesta en este impulso evolutivo del amor que nos constriñe a despedazar, con peligro para nuestra seguridad, las barreras del egoísmo hechas para la protección del “yo”. Éste lucha y se defiende para mantenerse en el campo seguro de su pequeña conciencia racional. Pero en un cierto punto, el inconsciente instintivo e irracional, anhelando sus propios fines que el individuo ignora y metas superiores muy distintas, emergiendo con una sabiduría y potencia inmensas desde las profundidades del cosmos para revelar el pensamiento y la voluntad de Dios, se agarra sobre la criatura y la arrastra. Ésta se debate ignorante y extraviada, quisiera resistir pero no sabe cómo, cediendo al final, triunfando más en lo alto el sacrificio de sí mismo, que es derrota para su egoísmo. Pues que en esta derrota del “yo” egoísta nace una vida nueva y, a quien ha seguido el Amor, le es concedido un don de Dios.

Este es el momento creativo en el que la vida triunfa sobre la muerte y el bien sobre el mal, la hora en la cual el individuo mortal se convierte en inmortal y la vida se santifica, entrando en contacto con Dios. Hora sublime esta del Amor, en la cual la naturaleza tan ecónoma se hace pródiga, porque es cuando ella más se siente rica, porque se desborda en ella la potencia generadora de Dios. Entonces la vida se exalta en el alborozo de su más grande fiesta, los sentidos comúnmente usados para la lucha se embotan como en un trance, la luz perturba y la palabra calla. En esto se asemejan las manifestaciones sexuales con los estados de inspiración artística, los estados medianímicos, los estados místicos. Pareciera que el fenómeno del trance se verifica todas las veces que ocurre una transmutación más o menos acentuada de la conciencia individual y racional en la cósmica, vale decir, se sale de sí misma para identificarse, entregándose, en lo que es más grande, que está por encima de sí. Nota dominante es el desinterés, la abnegación, la renuncia a sí mismo, la expansión de lo humano en lo divino. Así se comprende cómo las más altas actividades del ser se realizan más allá de la voluntad y de la conciencia, por instinto e intuición. Se alcanzan, entonces, planos de conciencia superindividuales y superracionales, cuales son los de la divina conciencia cósmica. Si esto contrasta con el egoísmo que nos

defiende y que parece traicionarnos, si se nos presenta como un peligroso abandono, es sin embargo la más grande e irresistible alegría de la vida. La conciencia normal queda atrás, impotente para medir con su pequeño metro, y se inclina ante lo que no comprende. Entonces se triunfa en la derrota y nos hacemos ricos en la miseria, poderosos en la obediencia y sabios en la locura, pues que el centro de la vida se ha desplazado cambiando con el punto de vista todas las perspectivas y la conciencia ha dado un salto hacia Dios.

He allí, entonces, por qué el Amor es alegría, a cualquier nivel, pero mucho más cuando está más alto: porque él es superación del egoísmo separatista, es fraternal unificación con el Todo a través de la unificación con el semejante, es la esencia de aquella evolución que nos acerca a Dios. ¡Amor, alegría suprema del ser, pero continuamente negada y contrastada por el dolor que nos proviene del fracturamiento de nuestro egoísmo! El universo está divinamente saturado y transborda de esta alegría anhelada por todos. Ella está pronta y quiere llegar a nosotros con la misma ansia con la cual nosotros queremos llegar a ella. Pero este es el gran drama de la vida: que una barrera de dolor nos divide y nos separa de ella, la cual es dada por el despedazarse de nuestro egoísmo. De aquí la trágica ilusión del mundo y su error al buscar la alegría. La verdadera felicidad no está en el placer, sino más allá del dolor que es necesario atravesar y superar. Este es el significado de la inversión evangélica de los valores del mundo y de la consecuente inevitable necesidad por la cual la redención de Cristo únicamente puede ser realizada a través del dolor. Para perforar el fatal diafragma más allá del cual está la felicidad, es necesario invertir el egoísmo, deshacerlo en el amor, dilatarlo y expandirlo en altruismo por las criaturas, hasta Dios. Esto parece pérdida pero no lo es, no es destrucción sino dilatación y evolución del egoísmo. El universo que es egocéntrico en Dios, es según un mismo y único esquema, fundamentalmente egoísta en todas sus formas y criaturas. Esta es la ley con la cual todo se conserva y protege. Cuando el egoísmo evoluciona, nosotros lo llamamos altruismo, pero él lo único que ha hecho es dilatar su círculo. El egoísmo se mantiene. Solamente que él ahora es un egoísmo más amplio, que se ha hecho más extenso hasta abarcar un mayor número de seres. Es la evolución la que ha llevado al egoísmo a expandirse en un egoísmo relativamente más extenso, y que en relación al primero se denomina altruismo. Esta expansión se llama Amor, el cual nos hace ascender. Evolucionar es dilatar nuestro “yo”, progresivamente, siempre más hacia Dios. Mucho más estaremos cercanos a él, cuanto más grande sea la unidad colectiva en la cual sepamos armonizarnos, cuanto más amplio y profundo sea el hermanamiento que lleguemos a realizar. En suma, es indispensable sacrificar el “yo” en el amor, no importa lo que esto pueda costarnos. Y nos cuesta. Pero solamente las alegrías que se alcanzan a través del esfuerzo de la ascensión son verdaderas. Las alegrías cómodas, en descenso, son una traición. Es lógico que sean una ilusión. Dios, que es justo, no puede conceder la felicidad si no es ganada. El hombre quisiera el camino fácil. Pero se quiera o no, no existe otra vía que no sea la estrecha y difícil, para llegar la verdadera alegría.

Actualmente el mundo prefiere las vías del odio a las vías del amor. Esto ocurre por los bienes materiales. Odiad, odiad, pero seréis infelices, porque el odio lleva en sí su castigo: el odio es dolor. Sin amor, por muchas riquezas que tenga una vida, es estúpida sin meta, sin sentido. No existe bienestar material que nos pueda pagar por el dolor que el odio nos trae. No es con odio, sino con amor que se crea el bienestar. En la Tierra solamente nos ha quedado un amor banal, prostituido por el interés. Y esto nos ha llevado a la desesperación, porque el amor no es sólo una necesidad de la carne, sino que es sobre todo una necesidad del espíritu. Actualmente se busca matar al espíritu, de sofocar su grito en el placer de la carne. Pero el hombre, aún siendo involucionado, no es solamente bestia. La satisfacción de la libido no es suficiente para saciarlo. Más allá de la carne está el alma que quiere el amor. Es el alma, que no se sacia sólo con el placer, la que pide algo más y se debate porque no se lo damos. Ella se levanta del banquete del placer llena de nauseas y asqueada, y llora anhelando las cosas de lo Alto. Es sed de Amor, es decir, de algo santo y sagrado, de aquella conjugación mística que es la única chispa que vibra ante las almas. Es necesidad de lo divino que nos hace falta y que también es indispensable para la vida. El materialismo ha creído liberarnos de fastidiosos y superfluos ligámenes, y nos ha arrancado de las fuentes de la vida. El mundo, actualmente saturado de odio, trata de aturdir el tormento de esta su insatisfacción en el placer. Pero esto se resuelve en una traición, porque sin verdadero Amor no puede haber alegría.

XXVIII

EL PROBLEMA DE LA CASTIDAD

En el sistema de nuestro mundo biológico, en el cual la sexualidad tiene fundamentales funciones de continuación de la vida, la castidad representa ciertamente una posición negativa. Y de hecho así es en los casos de frigidez, en los casos patológicos, en aquellos casos aberrantes en los cuales la naturaleza excepcionalmente fracasa en su objetivo. Pero no es de estos particulares casos de fracaso en el plano animal, que aquí queremos hablar. Nos ocuparemos aquí de otra castidad, de aquella voluntariamente practicada por el santo, por el genio, por el héroe de la caridad, por el místico, cual sacrificio necesario en vista de mayores logros. Ahora, esta castidad no puede considerarse fracaso y negación de vida, ya que ella está conectada a una superación, a una más alta y potente afirmación. Nos podemos, entonces, preguntar: ¿cómo es que no puede ser negativa frente a los fines de la vida, una renuncia que la mutila en su fundamental necesidad de continuación y cómo puede ella justificarse en organismos fisio-psíquicos en los cuales la sexualidad está representada por todo un sistema orgánico nervioso, base de la personalidad? Respondemos que, primero que todo, semejante renuncia con tipos excepcionales y que, de hecho, no compromete los fines de la vida que, imperturbable, los alcanza completamente, en la mayoría de los casos. Todo esto más bien forma parte de su plan, pues que ella lo que hace es distribuir inteligentemente competencias y

funciones, confiando a las masas las de multiplicarse en la carne, y a unos pocos electos el trabajo de formarlos y guiarlos espiritualmente. Estos pocos, verdaderos evolucionados, solamente pueden sentir el amor de una forma supersexual, universal, base de una fecundidad totalmente espiritual; sentirlo como una misión especial que les ha confiado la vida. Ésta no se agota totalmente en el plano animal humano al cual hoy la observación científica se limita; otras formas de existencia existen por encima de ésta. Y es en el ingreso del ser en superiores fases de evolución, que la naturaleza transforma con el tipo biológico también el fenómeno de la sexualidad. Todo esto responde perfectamente a la economía de la vida que no renuncia a ninguna de sus actividades y manifestaciones, sino que unas ceden el puesto a otras que tienden a finalidades que por su importancia superan las anteriores.

Lo que ya dijimos en relación al Amor, puede ayudarnos mucho para hacernos comprender lo del superhombre por lo cual, si en el plano animal humano domina la renuncia en la castidad, en el plano espiritual – superhumano triunfa la más grande afirmación en el Amor universal. La castidad que aquí encontramos es algo muy distinto a la sola negación y renuncia, es en cambio, condición de afirmación y superación, es un abandono de lo inferior, pero conectado a conquistas en niveles superiores. En la armónica distribución de las actividades vitales, una exigua minoría puede y debe abstraerse a la ley de la mayoría, para el cumplimiento de misiones que la mayoría no sabría asumir. No se puede, pues, confundir la castidad negativa, verdadera mutilación cuando ella se aplica al involucionado hecho para vivir en el plano animal, con esta castidad positiva del superhombre que se libera de las formas de sexualidad animal para conquistar las nuevas. No faltan en la Historia ejemplos seleccionados de esta castidad positiva, no muerte sino triunfo del Amor, casos de seres que arden no ya con las pasiones animales de la carne, sino con las pasiones superhumanas del espíritu. Ellos evolucionando, pasarán más allá de las alegrías y las obligaciones, de los deseos y de las luchas del común amor sexual familiar. El egocentrismo del amor humano que no supera por amplitud el egoísmo extendido a lo máximo hasta el grupo familiar, se extiende aquí a toda la humanidad, a todas las criaturas, a todo el universo. El Amor de estos seres es demasiado elevado y amplio para que pueda adaptarse a las formas limitadas y egoístas del amor humano.

Hasta aquí todo va bien: cada quien por su camino, con su tipo de amor y proporcionada función biológica, según su naturaleza. Ha ocurrido, sin embargo, que este tipo biológico supernormal ha sido tomado como modelo y propuesto como imitación, especialmente en el campo religioso. Y también esto es justo, ya que la educación solamente puede provenir del mejor. Pero también ha ocurrido que, para hacer tal imitación posible se ha tratado de imponer un proceso de asimilación de la perfección y de evolución forzada, desde lo externo y con una disciplina de castidad, apta sólo para temperamentos de excepción y no a tipos biológicos completamente distintos a los supernormales. Entonces nos preguntamos: cuando se trata de inmaduros, del normal involucionado, desprovistos hasta de una madurez inicial, de un primer instinto o germen de superación biológica; si todo se aplicara artificialmente, por quién sabe qué otros motivos, sobre las espaldas de este tipo

biológico incapaz de sospechar en su íntimo, diga lo que se diga, ni siquiera la existencia de la vida espiritual, ¿en qué se convierte esta disciplina y cuáles serían sus efectos? Ella se convertiría en una prisión a cadena perpetua de la vida, una opresión apta para generar aberrantes y más involucionadas pasiones. Es un grave error creer, como muchas veces se cree, que la virtud se agota “solo” en su aspecto negativo de renuncia, y que una virtud de este tipo pueda crear algo bueno. Así, sola, ella es un dolor inútil y perjudicial. ¡Ay se le falta su contraparte afirmativa y creativa, de conquista y de amor! ¡Ay de quien trate de matarse en el plano animal, sin saber resucitar en el plano espiritual! Esta virtud es un suicidio. Cualquier negación de vida es lícita únicamente, en vista de una afirmación más en lo Alto. Dios no quiere la virtud que disecca y mata, sino la virtud fecunda, que marcha hacia la vida. Los superhombres, los verdaderamente “llamados”, son pocos. ¿Y qué sucederá, entonces? Los individuos que en el monarquismo de todas las religiones se aíslan en castidad en los conventos, en comunidad monosexual, ¿son todos ellos seres superiores, capaces de utilizar esta mutilación para llegar a una superación en el amor universal? ¿O, en verdad, este tipo biológico será absolutamente incapaz de alcanzar, por su misma naturaleza, esta compensación de orden superior? Y entonces, ¿a qué distorsiones, contracciones y mentiras será obligado este ser por la misma disciplina que pretende mejorarlo? Ésta, en vez de mejorarlo, lo aplastará. La evolución no se fuerza ni se precipita. Imponiendo un impulso evolutivo y un esfuerzo desproporcionado en relación al propio grado y posibilidad, se provoca, por reacción, involución en vez de evolución. Y tendremos el triste espectáculo de seres destinados solamente a mutilarse y a disminuirse, a sofocar la vida y a descender, en vez de ascender, obligados así a plegarse a tristes adaptaciones y a vivir de reemplazos.

Otra cosa sucede en el individuo biológicamente preparado, que al menos de algún modo está encaminado. Entonces la castidad puede tener la función de obligar a buscar desahogo en niveles más altos, dado que a él se le han cerrado las puertas en los niveles más bajos. La pasión sexual representa normalmente en el plano animal el manifestarse de una fuerza y la descarga de un impulso con lo cual la vida se expresa y quiere alcanzar determinados fines. Cuando artificialmente le es impuesto un dique a la natural manifestación de esta energía, ocurre en ella como una compresión, una concentración, lo que implica una elevación de potencial, vale decir, hace ascender el nivel de su manifestación a formas biológicas más evolucionadas. Ocurre, entonces, como en un recipiente por el cual fluye agua, a la cual se le impide que salga debajo. El nivel tiende a ascender para que el agua se desborde por arriba. He allí para lo que puede servir la castidad: al elevarse el nivel del agua, es decir, del potencial nervioso, se puede llegar a alcanzar manifestaciones de vida y formas de pasión más elevadas.

Ahora, este es el problema. ¿La mayoría de los individuos que practican esta disciplina está madura para esta evolución? Esta es la dificultad. Pero que si el individuo no está maduro, es decir, preparado para ascender, podemos tener, en vez de un aumento de presión que eleva, un aumento de presión que oprime y comprime, que, por lo tanto, tiende en vez de ascender, a desviarse y a escapar por debajo. En esto podemos ver lo difícil del uso sabio de estas virtudes. Cuando el individuo llega

por evolución a una nueva creación y conquista, se encuentra de pronto frente a una bifurcación, es decir, a la posibilidad de encontrar junto a esto que es sano, su contraparte patológica. Se llega, entonces, en vez de ascender, a descender; en vez de crear la virtud, a crear el vicio; se llega a contraer la vida, en vez de expandirla hacia Dios. A cada individuo se le aplica la ley de su plano evolutivo y la regla que él puede comprender. Para los “no llamados”, que son la mayoría, ya es mucho que ellos sepan seguir un amor carnal disciplinado en el matrimonio y ennoblecido en la familia.

Observemos ahora otro aspecto de la cuestión, es decir, cómo entra en contacto el evolucionado maduro para el cual la castidad tiene un significado, con la masa de los normales involucionados, cuya psicología es completamente distinta. Aquí, en el plano animal del amor sexual, estamos en pleno régimen de lucha y rivalidad. El principio vital ansía individualizarse en la carne. Pero existe la concurrencia, por la cual cada individuo desearía toda la expansión creativa para sí, aplastando a los demás, tanto que una sola especie por sí misma, al estar mejor dotada, podría vencer invadiéndolo rápidamente todo, sustituyendo a los otros. El celo y la supremacía sobre los otros, forman parte del amor animal. El concepto de unidad, en la práctica, se reciente de estos instintos. El involucionado puede así apreciar las limitaciones terrenales del evolucionado, también porque, precisamente éstas significan un nivel menos, significa toda la ventaja de la propia satisfacción y expansión vital. El involucionado puede también estimar al evolucionado porque, viviendo éste en otro plano de vida, no es su natural enemigo. Ciertamente es que, en el consenso colectivo de veneración por los seres superiores que viven del sacrificio, hay en el instinto de las masas algo muy distinto, es decir, una intuición instintiva de su valor y función biológica. Pero esto no quita que el sentido utilitario deje de apreciar la ausencia del rival. Y no hay motivo para odiar a quien no es un rival. Nuestro mundo está más capacitado para comprender al santo por su lado negativo de la renuncia a la Tierra, y es llevado así a comprenderlo por esto, dado que esto le es útil, con alabanzas por su virtud. Esta exaltación vendría a ser, en el universal “do ut des” de la vida, como una compensación que el hombre da a quien no lo molesta como su antagonista y le ahorra un poco de la dura fatiga de luchar. El místico es siempre un enemigo menos y, por lo tanto, es inocuo. Un inconsciente cálculo utilitario preside todos los juicios humanos. Así, quien es de la Tierra, está predispuesto a un tributo de consolación que cuesta poco, que por lo tanto es un buen negocio, comparado con lo que a él le parece una demasiada pesada renuncia. Pero el santo se compensa con otras cosas muy distintas. Sin embargo, en su egoísmo, el involucionado se siente entonces con pleno derecho a exigir del evolucionado virtud, es decir, toda forma de sacrificio que le limite su expansión vital en el plano animal-humano, y aparte de esto, trata siempre de rechazarlo, porque aquí en la Tierra están sus tesoros, de los cuales es muy celoso. De manera que, mientras el santo tenga vida, el normal lo mira como sospechoso de orgullo, dudando de cualquiera de sus afirmaciones, y no se decide a dar pleno tributo de honor, mientras que éste no muera, porque solamente de un muerto está seguro, que ya no será su rival en la Tierra.

Como se puede ver, todo se basa en un mal entendido que depende del punto de vista del involucionado, que es completamente distinto al punto de vista del evolucionado. El primero, el involucionado, cree que éstos se sacrifican por él, para su beneficio; y esta es una de las primeras condiciones para su aprobación, mientras esto le sirva a su egoísmo. Pragmático como es, no va más allá. Pero un altruismo absoluto, todo en perjuicio de quien lo practica y todo en beneficio de quien lo aprovecha, es un desperdicio anti-vital, es un absurdo en un universo que es egocéntrico en Dios y donde todo se asemeja a este principio. El santo, aunque mártir, de hecho no renuncia a su “yo”, no lo destruye, sino que es más grande en su propio “yo”, tanto que comprende y abarca fraternalmente a los seres humanos y a todas las criaturas. El santo vive en otro plano biológico, con leyes que el tipo normal no comprende, y si cede muchas cosas a éste es porque ya no tiene necesidad de ellas. Esto demuestra cómo en las concepciones de los ideales en la Tierra, por utilitarismo egoísta, existe cierto porcentaje de contaminación, al punto de considerar instintivamente a la virtud en el prójimo, como un medio para sofocarle sus manifestaciones vitales en el plano animal humano.

Después de haber visto la función evolutiva de la castidad y la psicología en la cual el hombre común la juzga en el evolucionado, desde su punto de vista terreno, observemos ahora, para concluir, un aspecto que la evolución del fenómeno sexual puede asumir en individuos en proceso de maduración mística. Ya hemos visto las relaciones entre sexualidad y misticismo. El momento de más intensa manifestación de la vida del místico es en el éxtasis. Se trata de un embelesamiento, de un particular estado que es afín al trance mediúmnico, pero del que se distingue completamente, pues que el gran trance de los médium es inconsciente y pasivo, mientras que el pequeño trance de los sensitivos deja intacta la personalidad y despierta la conciencia. Esto aparte del contenido teológico y trascendental divino que el trance del místico puede asumir en el éxtasis. Ahora, en el momento culminante del éxtasis místico puede verificarse el fenómeno del angor místico, que parece conectarse al fenómeno sexual. Ya observamos el significado profundo del Amor y las profundas razones por las cuales él es alegría. La ciencia nos dice que el angor místico es un hecho pseudo-anginoso cardíaco, un espasmo de las arterias coronarias del corazón como ocurre en los casos patológicos de angina pectoris lúética o arteroesclerótica. No difiere de los otros espasmos fisiológicos acompañados de placer, como en el orgasmo sexual, sino por el motivo y la sede anatómica. En un temperamento espasmolítico, el caso de líbido insatisfecho, puede sensibilizar el placer simpático cardíaco por las hormonas genitales espasmogénicas que en tal caso actúan como excitantes en los nervios y fibras cardíacas. Todo, es pues, debido a la proyección de estas hormonas en el mecanismo cardíaco. Por lo tanto un hecho natural, aunque supernormal. Hecho dibujado alegóricamente por la “Kundalini yoga” indú, en la cual la serpiente “Kundalini” (líbido) se despierta y del perineo asciende sublimizándose a través de los distintos “chacras” (ganglios del simpático, centros nerviosos medulares) que se sensibilizan hasta alcanzar el supremo “chakra” en el centro.

Ahora, si la ascensión del fuego “Kundalini” y el angor místico se explican fisiológicamente, la intuición, la fe y la experiencia mística nos dicen que en estos fenómenos concurren también otros elementos de carácter trascendental, aunque ellos escapen a las apreciaciones de la ciencia. Estos especiales estados orgánicos y nerviosos están conectados con particulares estados psíquicos en los cuales “sentimos” la presencia espiritual de corrientes de pensamiento y de afectividad, las cuales admitimos que provienen de seres extra terrenales con los cuales en estos sublimes momentos el místico llega a ponerse en sintonía, por tanto en condiciones de resonancia y comunicación de espíritu. Entonces el fenómeno del Amor se nos presenta completamente en otro aspecto distinto al sexual, alcanzando los más excelsos estados espirituales. He allí, pues, las transformaciones orgánicas y nerviosas que pueden conectarse a la evolución de la sexualidad, qué alturas la vida puede alcanzar, mientras que en el inferior plano animal ella parece mutilarse en la castidad. Mientras que todo enmudece en el plano pasional humano, se enciende en el plano espiritual el espasmo de un distinto Amor sublime que funciona en formas diversas, en los más altos niveles de la vida. Entonces el fenómeno orgánico parece que es arrastrado por el fenómeno místico y que el espíritu lo domina todo. Y así, lo que es visto por la fase biológica actual, puede parecer anormal y patológico, pero observado desde una más alta fase de evolución, puede parecer una tentativa de estabilizar y fijar en las formas de la vida humana, un nuevo tipo de Amor supersexual activo solamente a su nivel, y no en el nivel animal-humano actual. La proyección de hormonas en el mecanismo cardíaco no sería entonces una desviación patológica, sino sólo un medio y repercusión en el plano orgánico, paralelos a la transformación del fenómeno del amor por evolución. He allí cual puede ser en algunos casos la justificación y el significado biológico de la castidad. En el contraste entre la psicología normal y la psicología del evolucionado, hemos visto cuánta incompreensión circunda la laboriosa creación biológica del místico, que viviendo en un plano distinto, se encuentra frente a leyes de vida distintas. Entonces una renuncia que para la mayoría no es adecuada si es aplicada forzosamente, resultando dañina, para el hombre superior puede ser la primera condición para la satisfacción de pasiones más elevadas y para la explicación de un amor distinto, mucho más amplio y potente.

CONCLUSIONES⁽¹⁾

Ahora una pausa antes de dejar este volumen, en el final de esta séptima etapa, la primera de la III trilogía. Este nuevo trayecto también se ha completado. Asisto a este mi inevitable marchar que calmado y constante, avanza hacia la meta. Cuando antes se escogió libre y espontáneamente, después el camino es inevitable. Observo algunas veces más como espectador que como actor este marchar de fuerzas que, una vez

⁽¹⁾) Las presentes conclusiones se refieren a los dos libros del primer término de la III trilogía: “Problemas del Futuro” y “Ascensiones humanas”.

puestas en movimiento, quieren como por voluntad propia, alcanzar su meta prefijada. Y la maduración continúa, en mí, en los escritos, en el mundo. Y ya por estas tres vías mi mirada sobre el camino realizado, se proyecta hacia su continuación. Es el hambre de ascender y en cada etapa el alma se asoma hacia la siguiente, escruta el horizonte del mañana, ávida por seguir explorando lo ignoto que esta su apocalíptica aventura por el infinito siempre le reserva.

El cuerpo sigue su trayectoria en descenso. En él se enciende cada vez más una juvenil alegría de vivir que la vejez del involucro físico siempre menos perturba, porque la distinción y la reparación entre los dos, siempre más se acentúan. Por las vías de la ascensión espiritual cada vez más se obtiene la independencia del cuerpo, de su involucro, de su muerte. Los sentidos se embotan, estas puertas del alma abiertas hacia el mundo de la materia se tapan con los detritos que obstruyen el rápido pasado de las vibraciones. Pero los sentidos interiores se despiertan, desbordándose por los lados de la prisión del cuerpo, alcanzando otros pasajes entre sus muros y se proyectan ansiosos hacia otros mundos que se van probando. Confieso que una de mis más grandes alegrías está en reposar de la dura fatiga de vivir en la materia y comunicarme con el mundo del espíritu, sentir el infinito, escuchar en nuestro contingente, tan vivida y próxima, real y tangible, la inmanencia de Dios, demasiado lejano para nosotros en su trascendencia; observar con asombro este universo tan saturado de pensamiento para que me diga algo de todo lo que sabe y que yo no sé, para que me enseñe a resolver tantos problemas que él a cada momento resuelve por vías que yo no sé comprender. Entonces no puedo dejar de oír la voz tonante de Dios que habla desde lo profundo de todas las cosas. Veo que todos los seres tienen su cara mirando hacia Dios, y que quien hace lo contrario, muere. Entonces me despierto y resurjo en una conciencia más grande, en una vida que es eterna. Es una lenta resurrección, viva y sensoria, en otro lugar, muy lejano, quien sabe dónde y cómo, en lo infinito. Es como un abrirse del alma hacia nuevas realidades inexploradas. Ella con otros ojos mira estupefacta las nuevas maravillas y por ellas es arrebatada, porque su nuevo oído oye cantar lo divino, ilimitada música hecha de silencio. Así, de fatiga en fatiga, pero de alegría en alegría, continúa el inevitable marchar.

En este nuevo trayecto que va de la Pascua de 1.945 (final del volumen anterior), a la Pascua de 1.950 (final del actual), mi experiencia evangélica me ha demostrado cada vez más, en el laboratorio de mi vida donde analizo los fenómenos espirituales y aplico experimentalmente las teorías expuestas, la verdad de la doctrina de Cristo, que el mundo considera una locura. He constatado que cuando la inversión evangélica de los valores es realmente aplicada, entonces funciona la economía del evolucionado, la Divina Providencia, tal como está descrito en el 3er volumen de la II trilogía, es decir, funciona hasta en nuestro contingente aquella nueva técnica que nosotros, porque no la comprendemos la denominamos milagrosa. En este período, cuando finalice dicho volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio”, sometí los principios allí afirmados a control experimental, obteniendo resultados completamente satisfactorios que siempre más me infundieron valor en el difícil camino de la aplicación integral del Evangelio. Por un camino que humanamente se

presentaba desastroso, el prodigio de la salvación aparecía regularmente en el momento más oportuno. No podría desmentir jamás esta confirmación experimental obtenida por mí en la realidad de lo contingente, hasta el día de hoy. Frente a tales pruebas, mi más precioso acerbo espíritu de observación y de auto-crítica que yo debo poseer para un control, junto a la fe más ardiente, tuvo que rendirse. El peligro del momento, como a todos, me pareció muy grave, y a veces aterrador. Pero el valor que me daba la fe apasionada en Cristo, deshacía el espejismo. Una vez enfrentando, éste se derrumbaba. Cristo, con el cual siempre he estado en contacto, siempre me ha salvado. Todo lo que afirmé en dicho volumen, es realmente verdadero, y el tiempo lo ha confirmado. Se hace cada vez más verídico todo lo que quise explicar analítica y racionalmente sobre la técnica de estas “salvaciones”, para que otros puedan experimentarlas. Los principios del Evangelio son leyes biológicas de planos de existencia más elevados, y ellos realmente actúan cuando nosotros, aplicándolas, las hacemos funcionar. Por otro lado, no aplicándolas o aplicándolas mal, como ocurre en el mundo, es natural que ellas sigan pareciendo una utopía. Es natural que todo mecanismo de fuerzas, para entrar en movimiento, se sepa hacer funcionar, tocando sus puntos motores. Es lógico que en las manos del involucionado ignorante esto no pueda ocurrir.

Fortalecido por mis resultados experimentales, no sólo en el campo moral sino también en el campo psicológico, he querido explicar en estos volúmenes estas nuevas realidades para que después el lector las descubra a su modo, por sí mismo y para sí mismo, como yo las he descubierto por mí mismo y para mí mismo. Descubrimiento que si se hace en gran escala, podría revolucionar al mundo. Creo que guiar al hombre hacia estos descubrimientos, sea la más grande contribución que se pueda hacer por la ascensión hacia la nueva civilización del espíritu. Descubrimientos prácticos porque son utilitarios como resultado, en cuanto que facilitan la convivencia humana, vale decir, aquel colectivizarse de la vida que es su tendencia actual; utilitarios también en el sentido de que ellos solamente son un llamado al natural deseo humano de un beneficio. Se trata de aquellas ideas-madre que son extremadamente genéticas, porque representan una creativa chispa de pensamiento. Ellas tienen el poder de generar una nueva civilización, porque ya están escritas en el libro de la vida y forman parte del divino plan de su ascensión. He querido mirar en lo profundo para leerlas y para enseñar a los demás a leerlas por ellos mismos en lo profundo. Así como estas verdades se han revelado para mí que he mirado, pueden revelarse para cualquiera que quiera en verdad mirar.

Cada volumen representa para mí un determinado trayecto psicológico en el camino de mi vida. Este último que se completó en 1.950⁽¹⁾, tiene por su particular contenido también este hecho: Que mi pensamiento se ha querido aproximar a los problemas del espíritu por los caminos de una distinta experiencia de carácter abstracta y

⁽¹⁾ Aquí el autor se refiere también el volumen “Problemas del Futuro” que es la segunda parte del 1er término de la II trilogía, de la cual el presente es la 2da parte. (N. del T.)

especulativa, aquella resultante de las conclusiones de procesos lógicos de la más moderna físico-matemática. Estas conclusiones aceptadas por la ciencia me han ofrecido una base sólida, un elevado punto de referencia y de partida sobre el cual positivamente poder construir aquellas teorías del espíritu que parten del Evangelio. Hemos constatado con alegría que también la ciencia que ha sido materialista, se está despertando y se prepara para dar una contribución muy seria a la nueva civilización del espíritu. Esta nueva ciencia me ha estremecido y en ella he visto nuestra más grande aliada. Los mismos científicos que lo han lanzado no han comprendido la importancia del grito que ellos, zambullidos en sus cálculos, han dejado escapar, y sus consecuencias en el campo espiritual. El mundo no ha comprendido estos grandes síntomas que nos dicen que el camino de la vida está cambiando de dirección, por lo cual las grandes mentes de vanguardia son llevadas a dirigirse de la materia al espíritu.

Así, con el volumen “Problemas del Futuro”, hemos desarrollado y ahondado la parte abstracta y científica de la “La Gran Síntesis”, así como en el anterior a éste, lo hicimos en relación a la parte práctica y humana. De esta forma aquel pensamiento que podía parecer no ortodoxo, se ha esclarecido, ha sido demostrado cada vez mejor cómo científica y racionalmente responde a la realidad de los hechos. Desde estos nuevos volúmenes, “La Gran Síntesis” sale cada vez más reforzada. Yo mismo, penetrando cada vez más su pensamiento en profundidad, encuentro nuevas pruebas en la vida y confirmaciones por todas partes, sea experimentando en el campo moral, así como sumergiéndome en el campo científico; comprendo lo que antes había intuitivamente escrito, pero que aún no había racionalmente comprendido. Si el volumen “La Nueva Civilización del III Milenio” ha concluido “La Gran Síntesis” en el plano moral y racional, los volúmenes “Problemas del Futuro” y “Ascensiones Humanas” la continúan en el plano psicológico y científico.

Podemos decir ahora, entonces, , al final de este 9º volumen, que se han llevado a la práctica las palabras de “La Gran Síntesis” (cap. XLII): “Mi meta es la comprensión de una más elevada ley de amor y colaboración que a todos nos una en un gran organismo animado por una nueva universal conciencia unitaria. No es, en el fondo, una sabiduría nueva, puesto que repito la Buena Nueva, que fue dicha, hace ya milenios, a los hombres de buena voluntad; volveré a repetirla toda, idéntica en sustancia, pero más ven el más amplio gesto de vuestra mente más madura, para que finalmente os sacuda, os encienda y os salve. He aquí nuestra meta, la palabra eterna, el alimento que sacia, la solución de todos los problemas, la síntesis máxima”.

“Y al Evangelio de Cristo llegaré por las vías de la ciencia, vale decir, tornaré a alcanzar el Evangelio por las mismas vías del materialismo, con el objeto de fusionar a los dos presuntos enemigos: ciencia y fe, para demostraros que no existe camino que no conduzca al Evangelio, e imponerlo así a todo ser racional, haciéndolo obligatorio, como lo es todo proceso lógico. Tal es la nueva ley suprahumana, la superación biológica que la evolución de la humanidad impone en este momento histórico, cuando se halla a punto de surgir la nueva civilización del tercer milenio.

Ha llegado la hora de que estos conceptos, -olvidados e incomprendidos, predicados y no vividos- estallen por su propia potencia, en el instante decisivo de la existencia del mundo, no ya en el ámbito cerrado de las religiones, sino en la vida, donde el interés lucha, sangra el dolor y la pasión trastorna.

Los presentes volúmenes continúan confirmando esta promesa que yo registré, no mía, y que no había valorado, ignorando que ella llevaría a los actuales desenvolvimientos. Después de este continuo acumularse de confirmaciones, es evidente que se haga cada vez más absurdo renegar de “La Gran Síntesis”, cuya verdad cada día, durante tantos años he controlado en la vida cotidiana del mundo físico y del mundo espiritual, y que cada experiencia de la vida continúa en el plano práctico, así como en el plano moral, en el lógico, en el científico. Con la más despiadada crítica, nunca he logrado encontrar un hecho que desmienta este escrito. Mientras más busco sus puntos débiles, más éstos se reforan. “La Gran Síntesis” me ha hecho comprender todo, me ha dado la fuerza para superar muchas pruebas, me ha sostenido en el dolor, me ha dado la esperanza y la fe, ha iluminado mi mente y calentado mi corazón. Centenares de cartas de lectores llenos de gratitud, me llegan de todas las partes del mundo, repitiéndome estas mismas afirmaciones. No se pueden negar tales hechos. Mi vida como la vida de muchos, era un desierto lleno de espinas, y ahora tiene oasis florecidos, refugios de paz. Hemos marchado errantes a través de muchos problemas. Pero todos se orientan y encuentran su salvación en Cristo, que es la luz de “La Gran Síntesis”, y hacia el cual está siempre extendida en ascensión.

Otra prueba de su verdad proviene de su automática divulgación por el mundo, con casi ninguna disponibilidad de medios. Además, sin ningún plan o preparación cultural y científica, he allí que me encuentro entre mis manos un organismo conceptual que ha avanzado compacto hasta hoy, en el décimo volumen que ya está naciendo después de éste⁽¹⁾. Tengo la sensación como de algo que quiere avanzar casi con voluntad propia, porque el destino así lo desea, porque ella está encargada como fuerza en ese sistema de fuerzas que ha sido lanzado y, por lo tanto, ahora debe marchar hacia esa determinada meta. Entonces todo parece avanzar por sí solo, todo tiende automáticamente al éxito.

Conozco por experiencia otro orden de cosas que por mucho que se ha querido y se las ha estudiado, por mucho que se han buscado y aupado, no logran alcanzar el éxito, y aun haciéndose con todo el esfuerzo, irresistiblemente tienden a naufragar en un mar de obstáculos. Si “La Gran Síntesis” parece querer avanzar por sí misma, debo suponer que la fuerza que la impulsa está en el hecho de que ella “es” según la Ley y no contra la Ley, es decir, está conforme a la verdad y no al error.

Tengo la sensación como una madurez del momento histórico que lo torna hambriento de soluciones universales y apto para comprenderlas, como de haber sido

⁽¹⁾ El Autor se refiere a “Dios y Universo”. (N. del T.)

yo el intérprete de una necesidad de la mente moderna y de haber ofrecido, sin quererlo y sin saberlo, precisamente el alimento necesario a la vida y requerido por ésta. ¿Qué fue lo que habló en mí, tan inexperto de todo esto, cómo he podido sentir la forma mental del momento histórico? No existe un proceso lógico que nos pueda decir por qué hoy domina una corriente de ideas y que mañana otra y cuál es esta corriente. Ellas obedecen a razones profundas que solamente el pensamiento que guía la vida conoce. Nadie sabe por qué hoy se piensa distinto que ayer y nadie puede saber cómo se pensará mañana. Cada tiempo tiene su lenguaje. El pensamiento de los distintos períodos históricos parece así funcionar en el subconsciente colectivo y que el hombre solamente sufra lo que provoquen los resultados. Existe en verdad en la vida otro pensamiento que no sabemos dónde está situado, pero ciertamente no está en la conciencia humana que sobre él no sabe nada. Hay un desarrollo automático e inevitable en el pensamiento colectivo, con sus períodos, formas y leyes, que el hombre aun realizándolo, no se da cuenta de él y del cual inconscientemente acepta los resultados. Existe una maduración que no está en la voluntad humana determinar y guiar.

La comprensión de estos escritos tendientes a la espiritualidad demuestran un cambio de forma mental, es un síntoma del real aproximarse de un nuevo modo de concebir la vida, en la nueva civilización del espíritu. Esto ocurre en medio del deshacerse de los valores de la actual civilización de la materia. En ésta, todos los principios han sido falseados y por ello cada vez más va perdiendo sus significados precisos. A fuerza de mentir en todo para sacar ventaja de la lucha por la vida, la avalancha de los valores falsos puestos en circulación en todos los campos, está contaminando la atmósfera de todos. Las ideas más santas son aprovechadas para camuflajear los valores más bajos. La delincuencia y el vicio se fabrican sus mártires que se comportan como víctimas del ideal. Todo se emplea únicamente con una finalidad utilitaria y de explotación. Estos escritos responden a la necesidad vital de la reposición de los más altos valores que en la tabla invertida actual han pasado al fondo.

Entre tantas divisiones y partidos, mentiras e intereses, la palabra imparcial y universal, sincera y desinteresada, reconstructora de valores elevados, conectada a la verdad eterna, aunque parezca fuera de la psicología del tiempo, precisamente porque siempre es más rara, es cada vez más buscada. Mientras más se propaga la injusticia, más hambre de justicia hay; mientras más se inflama el odio, más se ansía el amor; mientras más la maldad nos atormenta, más se valoriza la bondad. Especialmente los jóvenes que todavía tienen que vivir una vida en la Tierra y más que todos tienen la necesidad de un mañana, se sienten atormentados más por el vacío resultante y por la destrucción moral, que por la destrucción material y económica de la última guerra, y buscan reconstruir su alma derrotada. Y he allí el alimento de la verdad eterna que ningún derrumbe humano podrá destruir.

Es verdad que estos escritos por su imparcialidad pueden ser mirados con desconfianza por aquellos que no se ven en ellos particularmente representados, dado

que ellos se encuentran encerrados en los castillos de sus propias verdades particulares. Quien no representa a ningún grupo humano, al no ser el exponente de ningún interés, no es sostenido ni impulsado por nadie, y debe avanzar sin las ayudas terrenales. Está solo. Pero así solo, se puede alcanzar una verdad universal, como las que reclaman las grandes unificaciones sociales de nuestro tiempo, que no pueden lograrse a través de extensiones imperialistas de centros particulares. Está solo. Pero precisamente por esto puede decir la verdad de todos y no únicamente la del grupo, la de la clase social o el partido, a la cual, en adelante, quedaría exclusivamente ligado. Está solo. Pero de esta forma, en vez de representar a un grupo de hombres, puede representar a la vida, a sus leyes, expresar su voz y tener para su propio empuje, sustento y defensa, más que las fuerzas de un conjunto de hombres, los mucho más poderosos de la evolución. En nuestro caso, todo lo que parece producido por inspiración de una inteligencia que no es humana, debe también difundirse por fuerzas y medios que no son los de los hombres. Extraño método de concebir y de actuar, sin embargo es el que aquí vemos en acción. Extraño porque él está en las antípodas del método empleado por el mundo. Éste actúa desde afuera, porque obra a través de vías exteriores, sensoriales, operantes desde lo exterior. Aquí, en cambio, se actúa desde adentro, por vías interiores, de modo que la publicidad y el dinero en realidad no sirven de nada. Es el método de Cristo.

Todo lo que proviene de Cristo parece estar marcado por este método que repudia los medios humanos. Pero, ¿por qué, se podría entonces objetar, precisamente hoy la necesidad de una demostración racional del Evangelio como es la ofrecida aquí, es decir, un distinto método de divulgación, cuando Cristo en su tiempo no sintió, de hecho, la necesidad de recurrir a él? Con esto él nos demostró que para conquistar al mundo no hay ninguna necesidad de demostración racional. Pero el mundo de hoy no es el mundo de entonces, y este nuevo medio es hoy utilizado porque ahora es de mayor eficiencia. Si el Evangelio es hoy presentado así idéntico en sustancia, pero con palabras distintas, es para que permanezca vivo en el alma moderna transformada por evolución, es una concesión a la forma mental de nuestros tiempos, de modo que ésta, teniendo el alimento espiritual en la forma que ella exige, no pueda tener ya el derecho de rechazarlo. Concesión que implica una gran responsabilidad para el mundo, porque si él no quiere hoy aceptar su Evangelio racionalmente demostrado, esto solamente podrá atribuírsele a su mala voluntad. La vida abre hoy a la humanidad las puertas de una nueva gran civilización. Las tremendas consecuencias de un rechazo, que de ahora en adelante únicamente puede ser conscientemente querido, se deberán después inevitablemente sufrir.

El producto ofrecido con estos escritos es global, unitario, como es el argumento siempre orientado hacia el mismo centro. Unitario porque los más variados problemas, dispares y apartados, resultan conectados por esta su constante centralización que los funde en una única ley. Todo aquí está regido por un universal sentido unitario por el cual cualquier particularidad es llevada siempre al mismo centro. Unitario también porque aquí se ofrece teoría y práctica en conjunto, el principio y su experiencia, la ley expuesta es vivida por quien la expone, dado que

todo verdadero filósofo debe creer en su filosofía y debe vivirla. Aquí pensar y escribir significan vivir. Y como es para el autor, también para el lector la palabra debe tener el mismo significado de vida, y no puede ser comprendida si no es transformada en vida. Leer sin vivir significa poder comprender muy poco. Esto porque la comprensión viene dada por la confirmación exterior de la experiencia e interior de la voz de la vida que es la que le debe decir al lector en su íntimo: “sí, es verdad”. Estos libros requieren, pues, este nuevo modo de leer que no es el común. Leer para comprender, no significa aquí una única penetración de pensamiento, un árido proceso racional como suele ocurrir en el mundo cultural sino que significa quedar penetrados hasta lo profundo, asimilar y vivir los conceptos, hacer de ellos la propia vida para realizar en sí una maduración biológica, la misma que ellos han producido en quien los ha escrito. La dialéctica, las disquisiciones, el poder de la argumentación lógica y polémica, pertenecen a otros planos. Aquí la lucha en el significado humano de vencer, aunque sea intelectualmente, no tiene sentido.

El grado de evolución del individuo se revela rápidamente por su método. El involucionado polemiza, el evolucionado organiza; el primero es llevado a afirmarse dominando, el segundo construye; uno es individualista, egocéntrico-separatista, el otro es universal, armónico-altruista. El primero comprende únicamente pequeñas verdades particulares, en función de sí mismo, el otro abarca verdades universales, en función de todos. El primero es exclusivista y sólo admite su verdad y declara falsas todas las otras. El segundo siente la posibilidad de infinitas otras verdades, todas verdaderas en lo universal, cuales aspectos de lo Absoluto. El evolucionado puede comprender al involucionado; el involucionado puede agredir al evolucionado, mas no comprenderlo. La dialéctica es corrosiva; divide y no convence. La fe y el amor, la bondad y el ejemplo convencen. Más que con la razón y la discusión, la verdad se conquista con el impulso de la mente y del corazón. Esta conquista es sobre todo un abandono en Dios. Como nosotros no creamos la vida, pero si la vivimos, esto es porque la vida vive en nosotros, así si nosotros comprendemos, no es que nosotros creamos o descubrimos la verdad, sino que es la verdad la que entra en nosotros.

Hemos llegado así al final de este nuevo esfuerzo. He allí una nueva serie de experiencias materiales y morales, vividas, realizadas en las vicisitudes cotidianas, alineadas a lo largo del camino de la vida. Ellos forman una nueva serie de conceptos expuestos en este volumen. ¿Se puede ahora detener este pensamiento? En el pasado cada punto de llegada anteriormente alcanzado, se convierte después para mí en un punto de partida para nuevos desarrollos. He dicho tanto y, sin embargo, no he dicho nada. Es verdad que el pasado se hace siempre más amplio, pero el futuro sigue siendo un infinito. Miro con una sensación de temor hacia este vertiginoso infinito que a todos nos espera. Así como no se puede detener la vida, para la cual siempre hay un mañana, así como no se puede detener una maduración biológica, de la misma manera no se podrá detener este pensamiento que en mí continuamente nace. Y continuará naciendo, como continuará naciendo en mí y en todos la vida. Siento la atmósfera de mi recámara cargada de vibraciones conceptuales, allí ya escritas en forma imponderable, solamente perceptibles para los sentidos del alma, la cual luego,

después de haber hecho tuyas estas vibraciones asimilándolas en su propio sistema de fuerzas, debe transmitir las al cerebro que las registra en forma racional y analítica, para después concretizarlas en palabras y al final, por medio de la mano comandada por el cerebro y por el sistema nervioso dependiente, las materialice en escritura. He allí mi trabajo. Así este pensamiento continuará desarrollándose en nuevos volúmenes, arrastrándome hacia nuevos horizontes, en la dirección en la cual son lanzados, vale decir, cumpliendo cada vez más aquel proceso de sublimación que es el contenido de esta tercera trilogía.

Esta sublimación realiza lo que puede parecer una extraña transformación de la personalidad. Ante todo se transformó en mí el método del registro conceptual, y es natural que el proceso evolutivo lleve a esta transformación. Mientras que en mis primeros escritos: “Los Grandes Mensajes” y “La Gran Síntesis”, se trataba de recepción directa por vía inspirativa de una fuente de pensamiento de la cual yo era sólo el instrumento, aunque fuera con plena conciencia, es decir, del registro de un pensamiento ya formulado que yo simplemente recibía (nueva mediumnidad o ultrafania pasiva en trance), ahora con el progresar haciéndome dueño de la técnica del método de la intuición, la recepción ocurre no por la simple recepción, sino por libre observación de la sustancia de las cosas, por lectura del pensamiento directivo de los fenómenos, por visión directa, con una nueva vista interior mía, de los conceptos que presiden el funcionamiento orgánico del Todo. Es así que las escenas de los últimos volúmenes se presentan no en forma inspirativa, sino como “visiones” en las cuales simplemente describo mis observaciones en lo hípersensorial. De esta manera se explica la sustitución del lenguaje de mis primeros escritos, que no era mío, sino de naturaleza trascendental, por un lenguaje racional y normal. Así podrá parecer que la segunda parte, la más reciente, de mi producción no sea más que mi explicación racional de la primera. Pero no es así. Ninguno de mis escritos es mi producto personal o creación de mi mente. Solamente que se ha ampliado y perfeccionado la vía de mi percepción. Si antes yo era instrumento, ahora soy espectador, cuando mucho observador, pero jamás creador de mi Obra que es de Dios y sólo de Dios.

Pero la sublimación realiza en mi caso también otra transformación. Efectivamente debo atravesar con mi sensación la gran revolución biológica representada por la demolición de mi propio “yo” como unidad egocéntrica. El altruismo y el sacrificio de sí mismo, además de una ley de la vida en el plano moral, lo es también del plano biológico. La vida es un devenir y quererla frenar en una separada propia existencia, encerrándose en el propio egoísmo conservador, en vez de abrirla en un altruismo innovador, aislarse en la corriente del ser sacudiendo de sí el sacrificio para la continuación, es castigado con la desecación hasta la extinción. La vida está hecha de tal manera, que mientras tiende egoístamente a conservarse, balancea esta tendencia con la opuesta, por lo cual ella se empobrece en el querer conservarse, y se enriquece en el darse. El egoísmo mata, el altruismo es genético. El Evangelio dice que el que quiera salvar su vida la perderá, y quien pierda su vida (por causa del Evangelio que es Amor) la salvará. La vida, fuente de todo, se niega a quien se niega a ella, y se

entrega a quien a ella se entrega. Ella es un intercambio. Todo esto nos lo dice la célula, que nos muestra que la vida que dura es la impersonal. Esto nos revela una gran ley del ser que nos dice que para sobrevivir es necesario no aislarse conservándose, sino perderse lanzándose en la gran corriente de la vida, vale decir, es indispensable desindividualizarse, despersonalizarse, como ocurre en el amor que se entrega. Quien se hace centro, se separa y muere. De la vida, entonces, podremos aprovecharnos mucho más, cuanto menos pensemos en nosotros mismos.

Estando el universo construido con esquemas de tipo único, encontramos esta ley que es verdadera tanto en la reproducción como en el amor evangélico por el prójimo. En ambos casos la vida se retraerá a nosotros, si nosotros nos retraemos a ella y no revivimos, sea en el primer caso como carne, o en el segundo como espíritu. En biología es el no-individuo el que dura y no el particular aislado. El amor es la voz de la vida toda que exige el altruismo para vivirla en un “yo” más amplio del cual el ser viviente es una célula y su vida un momento. De modo que como individuo separado, como “yo” particular, el ser aparece más bien como una negación, un límite a la vida toda que es eterna y universal.

He allí el contenido de la sublimación. A un cierto grado de evolución el “yo” se despersonaliza y se funde en la humanidad. Es una inmensa dilatación de sí en todos. Parece perderse, pero en cambio se conquista una vida más grande: ella es dada por el “yo” impersonal que no puede perecer. Ya no se concibe el “yo” agresivo, que combate para vencer y oprimir, porque los demás se han convertido en él mismo. Sólo se concibe, en cambio, el “yo” que ama, lucha y sufre para ayudar a los demás, porque él se ha convertido en ellos mismos. Entonces el “yo” separado muere, desaparece y se siente como propio el dolor, la responsabilidad, el deber de ascensión del mundo. Es inútil rebelarse a esta ley de la vida que en un dado momento de nuestro camino nos toma, así como los jóvenes son tomados por el amor. Es la vida la que lo quiere así. Todo es biológicamente lógico. Entonces la existencia solamente puede ser una misión.

Gubbio, Pascua de 1.950

PIETRO UBALDI Y SU OBRA



A las 08:30 minutos de la noche del 18 de Agosto de 1886, nació Pietro Ubaldi, en Foligno, una pequeña ciudad italiana cerca de Asís. En aquella región impregnada de la espiritualidad de San Francisco, inició su contacto con este mundo, que siempre le pareció muy extraño por el juego desesperado de egoísmos, fruto de la ignorancia general de las leyes de la vida, el cual percibió, desde muy joven.

Ubaldi procuró estudiar esas leyes en los libros. Mas descubrió que ellos poco le ofrecían de la sustancia que en vano procuraba. Se graduó en Derecho en la Universidad de Roma (profesión elegida por sus padres, pero jamás ejercida) y en Música (ofrecimiento, también de sus progenitores), se convirtió en políglota, y hablaba fluidamente, Inglés, Francés, Alemán, Español, Portugués, conocía Latín y Griego.

Era un hombre de una cultura envidiable. Su tesis de grado en la Universidad de Roma, fue sobre la **EXPANSIÓN COLONIAL Y COMERCIAL DE ITALIA HACIA EL BRASIL**, muy alabada por el jurado examinador y publicada en 1911, en un volumen de 266 páginas por la Editora Ermano Loescher & Cia, de Roma, Italia. La escuela secundaria y la universitaria no le auxiliaron en su angustiada sed de conocimiento. Comenzó entonces un periodo de intenso sufrimiento que fue su contacto con la vida de todos los días, con los hombres de todas partes, lo que constituyó una gran preparación para su espíritu. Había heredado de su padre una gran fortuna que no quiso considerar como suya por no haber sido producto de su esfuerzo personal, y a ella renunció y comenzó a trabajar como profesor de inglés en un colegio estatal en Módica, en Sicilia, después de ser aceptado en concurso público, siendo éste el medio que encontró para su sustento conforme le dictaba su conciencia.



En 1931 tenía 45 años. Se inicia entonces su gigantesco trabajo. Su inspiración alcanza alturas jamás soñadas, dando explicación genérica, sintética y profunda de toda la fenomenología universal, analizando al mismo tiempo y objetivamente, su evolución y la de toda la humanidad a través de 24 libros escritos que constituyen La Obra. Sus libros van siendo esparcidos por toda Italia, pero poco después, la guerra por un lado y la mentalidad europea con su conocida tendencia a la cristalización (saturada de culturas seculares) no parecía ser el terreno apropiado para esta novedosa semilla que fructificaría en el espíritu humano a través del tiempo. En el verano italiano de 1932, comenzó a escribir La Gran Síntesis, concluida el 23

de Agosto de 1935 a las 23:00, hora de Roma. Este libro, con cien capítulos, escrito en cuatro veranos sucesivos, fue traducido a varios idiomas. Solamente en Brasil ya alcanzó veinte ediciones y otras realizadas en Uruguay, México, Argentina, Italia y Venezuela. Otros volúmenes, verdaderos manantiales de sabiduría cristiana, surgieron en los años siguientes, completando los diez libros escritos en Italia. Esta parte de La Obra está compuesta de:

Grandes Mensajes

La Gran Síntesis

Las Noúres

Ascensión Mística

Historia de un Hombre

Fragmentos de Pensamiento y de Pasión

La Nueva Civilización del Tercer Milenio

Problemas del Futuro

Ascensiones Humanas

Dios y Universo



En 1951 Pietro Ubaldi realizó su primer viaje a Brasil, invitado a realizar una serie de conferencias por todo el país. Finalmente, en Diciembre de 1952, se instaló definitivamente en tierras brasileñas, escogiendo su domicilio en San Vicente, “célula mater” de Brasil, en el estado de Sao Paulo. En 1953, retornó a su misión apostolar, y continuó la recepción de los libros y recibió el último mensaje, “Mensaje de la Nueva Era”, del Libro *Grandes Mensajes*. Dos años después se mudó con su familia al edificio “Nueva Era” (pura coincidencia, nada tiene que ver con el mensaje mencionado anteriormente), donde completó su misión, la segunda parte de La Obra, llamada Brasileña, porque fue escrita en Brasil. Allí desencarnó a los treinta minutos del 29 de Febrero de 1972, después de concluir su último libro (24°): *Cristo*. Ambos acontecimientos fueron previstos en su libro *Profecías*, escrito con 16 años de anticipación. Ubaldi considera que Brasil es realmente el país más propicio para el gran movimiento de transformación de la Tierra, rumbo a la nueva civilización del tercer milenio. Los catorce volúmenes escritos en Brasil son:

Profecías

Comentarios

Problemas Actuales

El Sistema

La Gran Batalla

Evolución y Evangelio

La Ley de Dios

La Técnica Funcional de la Ley de Dios

Caída Y Salvación
Principios de Una Nueva Ética
El Descenso de los Ideales
Un Destino Siguiendo a Cristo
Pensamientos
Cristo

Escritores católicos, espiritualistas, espiritistas, filósofos, poetas y científicos rindieron homenaje a Pietro Ubaldi y a su Obra. Entre ellos: Ernesto Bozzano, Marc'Antonio Bragadim, Antonio D'Alia, Gino Trespioli, Paolo Zoster, Enrico Fermi, Ricardo Pieracci, Franco Lanari, Paola Giovetti, Moris Ulianich, Antonio Pieretti, Monseñor Mario Canciani, Cura Anthony Elenjmittam, Dario Schena Sterza, Cura Ulderico Pasquale Magni, Albert Einstein, Isabel Emerson, Gaetano Blasi, Maurice Schaerer, Humberto Mariotti, F. Villa Guillon Ribeiro, Carlos Torres Pastorino, Canuto de Abreu, Clóvis Tavares, Medeiros Corrêa Júnior, Monteiro Lobato, Rubens C. Romanelli, Emmanuel, Augusto dos Anjos, Cruz e Souza, etc..

Después de analizada su Obra, se puede constatar la magnitud y el interés palpitante que ella encierra para la humanidad de nuestros días. Pietro Ubaldi nunca pretendió hacer prosélitos, formar grupos o desencadenar luchas ideológicas. Insistiendo en estos puntos, declara en sus libros que el único propósito es hacer el bien y contribuir para que este mundo alcance, cuanto antes, su madurez espiritual.

